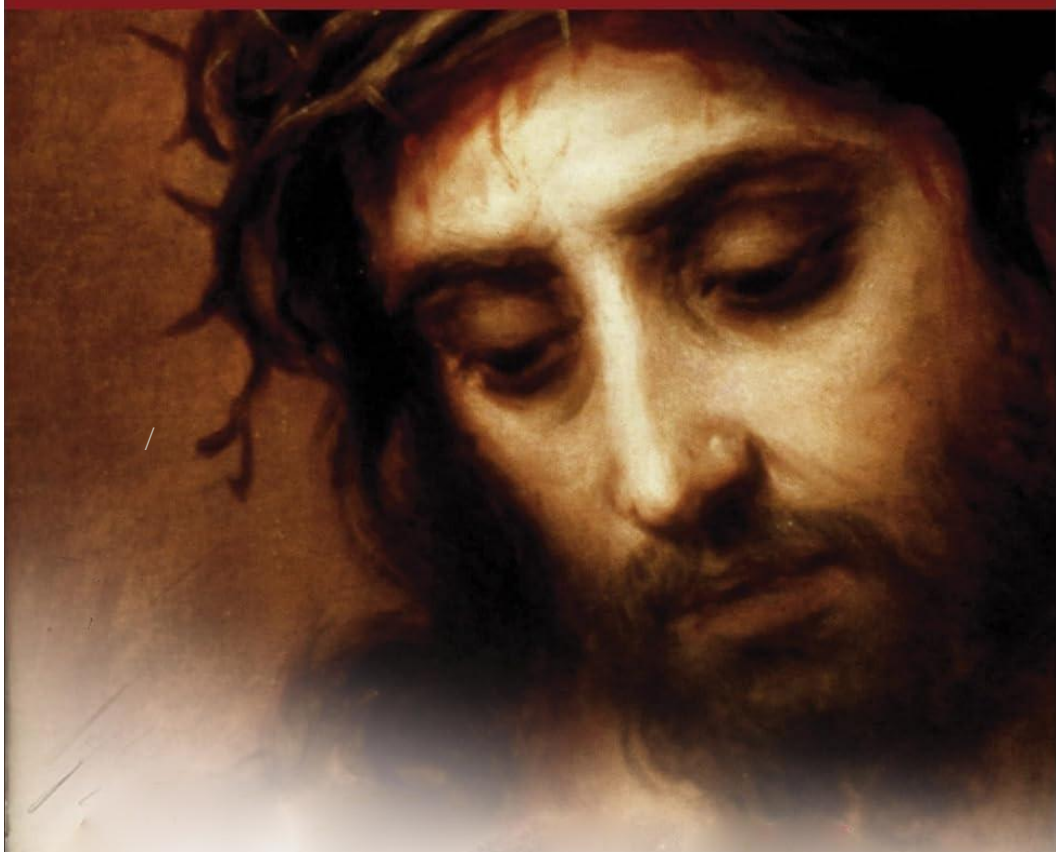


MORE THAN 500,000 COPIES IN PRINT



CRISTO EL SANADOR

F. F. BOSWORTH

Foreword by ROBERT V. BOSWORTH

**CRISTO el
SANADOR**

FF BOSWORTH

Prólogo de ROBERT V. BOSWORTH

© 1924, 1948 por FF Bosworth
Prólogos © 1973, 2000 por RV Bosworth
“El triunfo definitivo” © 2000 por RV Bosworth

Publicado por Chosen Books
Una división de Baker Publishing Group
Apartado postal 6287, Grand Rapids, MI 49516-6287

www.chosenbooks.com

Edición de libro electrónico creada en 2010

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse en ninguna forma ni por ningún medio (por ejemplo, electrónico, fotocopia o grabación) sin la autorización previa por escrito del editor. La única excepción son las citas breves en reseñas impresas.

ISBN 978-1-4412-0013-6

Los datos de catalogación en publicación de la Biblioteca del Congreso están archivados en la Biblioteca del Congreso, Washington, DC.

A menos que se indique lo contrario, las Escrituras se toman de la versión King James de la Biblia.

Las escrituras marcadas como asv están tomadas de la versión estándar americana de la Biblia.

Contenido

[Derechos de autor](#)

[Prólogo a la edición de 2000](#)

[Prólogo a la edición de 1973](#)

[Prefacio del autor](#)

Sermón

[1 Para aquellos que necesitan sanación](#)

[2 ¿Nos redimió Jesús de nuestras enfermedades cuando expió
nuestros pecados?](#)

[3 ¿La curación es para todos?](#)

[4 La compasión del Señor](#)

[5 Cómo apropiarse de la bendición redentora y del pacto de la
sanidad corporal](#)

[6 Apropiarse de la fe](#)

[7 Cómo recibir la sanidad de Cristo](#)

[8 Cómo obtener respuesta a tus oraciones](#)

[9 La fe que toma](#)

[10 Nuestra confesión](#)

[11 La plenitud de la vida de Dios: El secreto de la victoria](#)

[12 El jardín de Dios](#)

[13 Por qué algunos no reciben la sanidad de Cristo](#)

[14 La espina de Pablo](#)

[Treinta y una preguntas](#)

[Testimonios](#)

[El triunfo definitivo](#)



FF Bosworth

Prólogo a la edición de 2000

Cristo el Sanador, publicado por primera vez por mi difunto padre, F. F. Bosworth, en 1924, se ha impreso ininterrumpidamente durante 76 años. El libro ha sido un clásico pionero y un libro de texto sobre la compasión de Dios y su anhelo por sanar a todos los enfermos. Sigue vivo gracias a la avalancha actual de testimonios de quienes se nutren espiritualmente del ministerio de mi padre a través del libro. Otras multitudes se benefician del ministerio de innumerables predicadores en todo el mundo que proclaman la misma verdad que han aprendido a través de estas enseñanzas. Parece ser que esto explica la necesidad de revisar, ampliar y publicar una nueva edición de un clásico tan exitoso.

Mi padre dijo en su prefacio: “En este libro hemos tratado de utilizar el vocabulario que la gente común entiende. En su época, este objetivo se cumplió, pues

Como lo demuestra la avalancha de testimonios que inundaban su ministerio de personas convertidas y sanadas. La pasión de papá era comunicar verdades transformadoras, conceptos transferibles que se propagaran de creyente en creyente. Anhelaba ver crecer la Palabra de Dios, creando un efecto dominó y trayendo un verdadero avivamiento.

Aunque las verdades publicadas en las primeras ediciones no cambiaron, el lenguaje, la redacción y el vocabulario se han vuelto más directos. Los primeros mensajes se componían de oraciones largas con numerosas frases compuestas, lo que dificultaba su comprensión. Muchos de los mensajes más recientes de la octava edición se presentaron de forma más moderna y fácil de entender. Los mensajes antiguos se mantuvieron intactos, y para las generaciones más jóvenes, estos se volvieron más difíciles de comprender.

Al presentar esta revisión limitada, he buscado enriquecer la verdad sin alterarla. Se han desglosado las frases largas y se ha verificado la claridad de los conceptos. He sido muy cuidadoso en mantener la integridad de la verdad, tal como se afirma en el texto anterior.

ndo se publicó el libro original, mi padre experimentaba mucha presión ministerial y sentía la imperiosa necesidad de publicar la verdad impresa para las masas. Como nunca desarrolló la habilidad de escribir, simplemente recopiló sus sermones más importantes y los ordenó en una secuencia lógica. Su libro se convirtió en una compilación de sermones. Los sermones fueron escritos en el mismo estilo que él predicaba. Las pruebas y las referencias se redujeron al mínimo. Muchas citas de la Palabra provenían de traducciones y paráfrasis útiles que hoy en día no están disponibles. Tenía la costumbre de usar comillas para enfatizar una verdad, no siempre una cita. Debido a la necesidad en el ministerio de recapitular verdades previas, hay cierta repetición y superposición en los sermones presentados. No los he revisado ni editado.

Poco se ha escrito sobre la vida y el ministerio de FF Bosworth y su hermano Bert, en relación con Cristo el Sanador y su ministerio de sanidad. Papá y BB eran evangelistas consagrados. Para ellos, la salvación de las almas era primordial, y cualquier otra consideración, incluyendo la sanidad del cuerpo, era secundaria. Al principio de su ministerio, papá descubrió que la vertiente sanadora del Evangelio había sido confiada a la Iglesia como su mayor agente evangelizador. Este descubrimiento continuó guiándolo a lo largo de más de cincuenta años de ministerio. Esta luz guía finalmente lo llevó a África a los 75 años, donde desarrolló su ministerio más exitoso.

Se ha ampliado Cristo el Sanador para cubrir brevemente el testimonio de sanación y ministerio exitoso de papá después de los 75 años.

En el prefacio de este libro, FF Bosworth expresó su ferviente oración para que miles de personas aprendan a hacer que las promesas de la Palabra de Dios surtan efecto en sus vidas. Con esta idea en mente, presentamos la nueva edición revisada y ampliada de Cristo el Sanador.

Bob Bosworth

**Prólogo a la
edición de
1973**

Poco me imaginaba, cuando publiqué la primera edición popular de bolsillo de este libro, la oleada de interés que generaría. Cuando finalmente se asentó el polvo del escepticismo, avivado por los métodos mercenarios de una década de "curanderos", muchos cristianos sinceros anhelaban una presentación sensata y bíblica de la verdad bíblica irrefutable.

Muchos hombres de Dios han sido conscientes de que la Reforma nunca se ha completado, de que Dios parece estar trabajando sistemáticamente para un retorno a la fe y la simplicidad del Nuevo Testamento, a fin de silenciar eternamente la excusa del hombre de ignorancia del mensaje de Dios. El cristianismo fundamentalista ha sufrido un gran daño debido a los esfuerzos de algunos teólogos por justificar su propia impotencia espiritual, relegando todo lo sobrenatural a un período de transición imaginario de verdad dispensacional, que no puede probarse bíblicamente. Solo puede sustentarse mediante su propia interpretación de pasajes aislados y se perpetra mediante un tradicionalismo ciego, similar al que Cristo enfrentó. Sin embargo, en lo profundo del corazón de hombres sinceros, existe el anhelo de rescatar el libro de los Hechos de convertirse en un simple registro histórico y de devolverlo a su lugar apropiado como modelo para la Iglesia moderna. De esta manera, Dios puede continuar confirmando su Palabra y dar prueba de la resurrección de su Hijo en estos tiempos de incredulidad universal.

Cuando mi padre comprendió las primeras verdades sencillas sobre la actitud de Dios hacia la enfermedad y el sufrimiento humano, gracias a un estudio intensivo de las Escrituras, fue como una luz brillante en una oscuridad tradicional. Dios no solo iluminó las Escrituras, sino que confirmó su Palabra a través del ministerio personal de papá, sanando a quienes estaban más allá de la ayuda de la ciencia médica. La Palabra también produjo una profunda santidad en sus vidas. Estoy seguro de que mi padre no se dio cuenta de que la verdad recibida se adelantó cincuenta años a su tiempo. Solo después de que se demostró a través de la vida y el ministerio de papá, pudo ser utilizada como una contribución importante en el proceso de reforma de Dios para devolver el poder sobrenatural a su Iglesia.

La ciencia médica ha avanzado mucho en su esfuerzo por aliviar el sufrimiento humano. Sin embargo, el ritmo acelerado de nuestra sociedad moderna sigue afectando gravemente el cuerpo de hombres y mujeres, produciendo enfermedades que superan la capacidad humana para controlar.

La demanda de suficientes médicos, hospitales, camas y curas aumenta con la presión, y muchos medicamentos nuevos están creando nuevos problemas. La explosión demográfica ha causado problemas de pobreza, desnutrición y epidemias que solo pueden intensificar el mensaje de que el hombre necesita un Dios sanador. ¡Cuánto anhela la naturaleza paternal de Dios que el hombre regrese a la seguridad y la fe sencilla de la comunión pura con Él, aceptando su Palabra como una verdad en la que se puede confiar plenamente!

Es en el contexto de la necesidad humana que el mensaje más importante de este libro brilla como un faro en un mundo sin fe. En esencia, la Iglesia tiene un solo mensaje: en todo, se puede confiar en que nuestro Padre Celestial honrará su Palabra. Más allá del simple mensaje de sanidad divina, este libro presenta claramente los principios de la fe de una manera que permite a todo cristiano descubrir y poseer, mediante los beneficios del Calvario, todo lo que Adán perdió. Es a los hombres y mujeres hambrientos y necesitados de todo el mundo a quienes presentamos esta nueva edición de Cristo el Sanador.

Casa rodante Bosworth

Prefacio del autor

Cuando, en el año 1924, escribimos los mensajes para la primera edición de este libro, nunca imaginamos que las verdades presentadas bendecirían a tantas personas en tantas partes del mundo. Los resultados, a lo largo de los años, han demostrado la veracidad de la declaración inspirada de que Dios «es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20).

Durante los cuarenta y cuatro años siguientes, se han impreso otras seis grandes ediciones, que han sido leídas por miles de ministros y laicos que nos han escrito contándonos cómo han sido iluminados y bendecidos, en alma y cuerpo, al leer y releer estos mensajes.

En este libro, hemos intentado usar el vocabulario que la gente común entiende. Recibimos un flujo continuo de testimonios de personas profundamente convertidas y sanadas milagrosamente gracias a su propia fe, la cual les llegó al leer y meditar en las verdades de la Biblia, las cuales hemos tratado de explicar.

Hemos demostrado miles de veces, y seguimos demostrando, que con la simple presentación de suficiente Palabra escrita de Dios a las mentes y corazones de los afligidos incurables, ellos pueden ser llevados al mismo estado de certeza y seguridad concerniente a la curación de su cuerpo como a la curación de su alma.

Por lo tanto, nos emociona cada vez más el privilegio de plantar la “semilla incorruptible”, la Palabra de Dios, en los corazones de aquellos por quienes Jesús murió. ¡Oh, qué

glorioso hecho es que cada uno de nosotros ha sido “comprado por precio” para ser el jardín del Señor, donde su “semilla incorruptible”, la Palabra, debe ser continuamente “plantada”, “regada” y “cultivada”, para que pueda producir presente! maravillas eternas.

En la semilla hay posibilidades que la mente humana no puede concebir, así como en una pequeña semilla hay un árbol potencial un millón de veces más grande que ella. Todas las obras maravillosas de Dios están potencialmente en la semilla. Al mantener el jardín de Dios plantado, como el agricultor cultiva sus campos, un hijo de Dios puede lograr cosas mil veces mayores que las que pueden lograr los hombres de mayor talento, al recibir sus promesas.

Hemos comprobado que quienes han sintonizado las transmisiones del Avivamiento Nacional de Radio, la mayoría de los cuales nunca hemos visto, al leer la literatura de sanidad y otras publicaciones que hemos publicado, obtienen una comprensión mucho más amplia que quienes solo escuchan un mensaje ocasional en nuestras reuniones públicas. Al poder releerlos y estudiarlos, nuestros mensajes impresos producen mejores resultados en el alma y el cuerpo de quienes oramos que en algunos que asisten a nuestras reuniones y desean que se ore por ellos antes de escuchar lo suficiente de la Palabra de Dios para generar fe.

Este libro se envía con la ferviente oración de que miles más aprendan a apropiarse de las muchas bendiciones prometidas en la Biblia. «Deseamos que cada uno de ustedes [...] sea imitador de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas» (Hebreos 6:11-12).

FF Bosworth

Para aquellos que necesitan sanación

Para que las personas puedan tener una fe firme en la sanación de su cuerpo, deben liberarse de toda incertidumbre sobre la voluntad de Dios. Una fe apropiada no puede ir más allá del conocimiento de la voluntad revelada de Dios. Antes de intentar ejercer la fe para la sanación, es necesario saber lo que las Escrituras enseñan claramente: que la voluntad de Dios es sanar tanto el cuerpo como el alma. Los sermones de este libro señalan y explican las porciones de las Escrituras que le aclararán este punto para siempre. Solo sabiendo que Dios promete lo que busca, se puede eliminar toda incertidumbre y se hace posible una fe firme. Cada una de sus promesas es una revelación de lo que Dios anhela hacer por nosotros. Hasta que sepamos cuál es la voluntad de Dios, no hay nada en qué basar nuestra fe.

Es importante que la mente de quienes buscan sanidad se renueve para armonizar con la mente de Dios. Esto se revela en la Biblia y se explica en las siguientes páginas. La fe para recibir las bendiciones prometidas por Dios es el resultado de conocer y actuar conforme a la Palabra de Dios (Romanos 10:17). La actitud mental correcta, o la “mente renovada” (Romanos 12:2), hace posible una fe firme para todos.

Constantemente recibimos testimonios de quienes, tras haber orado repetidamente sin éxito, se sanaron maravillosamente al leer este libro. Muchos también se han convertido felizmente al leer estas instrucciones.

Sería sorprendente para el mundo leer los maravillosos testimonios que nos han llegado de todo el país. Hemos recibido más de 225.000 cartas de nuestros radioescuchas y sus amigos, la mayoría

de los cuales nunca hemos conocido visto.

Las verdades que se exponen en este libro de sermones, junto con la oración de fe, han puesto la sanación al alcance de miles de personas que sufren, quienes no se habrían recuperado sin la acción directa del Espíritu Santo. A Dios sea toda la gloria.

Mientras nos regocijamos en estos milagros, recordamos que son solo manifestaciones externas de un milagro mil veces mayor y más precioso que ha ocurrido en la cámara sagrada del alma. La causa interna es mucho más valiosa que el efecto externo. Los resultados externos de la oración son como las cifras en una libreta bancaria que muestran que tienes oro depositado. El oro es más valioso que las cifras.

La Palabra es la Semilla

Jesús dijo: «La Palabra es la semilla». Es la semilla de la vida divina. Hasta que la persona que busca sanidad no esté segura, por la Palabra de Dios, de que es su voluntad sanarla, está intentando cosechar donde no hay semilla sembrada. Sería imposible para un agricultor tener fe en una cosecha antes de estar seguro de que la semilla ha sido sembrada.

No es la voluntad de Dios que haya una cosecha sin la siembra de la semilla. —sin que su voluntad se conozca ni se cumpla. Jesús dijo: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». La liberación de la enfermedad proviene de conocer la verdad. Dios no hace nada sin su Palabra. «Envió su Palabra y los sanó», son las palabras del Espíritu Santo (Salmo 107:20, traducción de Fenton). «Toda su obra se realiza en fidelidad a sus promesas».

Para que cada enfermo sepa que la voluntad de Dios es sanarlo, es necesario que la semilla se siembre en su mente y corazón. No se siembra hasta que se conoce, se recibe y se confía en ella. Ningún pecador puede convertirse en cristiano antes de saber que la voluntad de Dios es salvarlo. Es la Palabra de Dios, plantada,

regada y en la que se confía firmemente, la que sana tanto el alma como el cuerpo. La semilla debe permanecer plantada y regada para que pueda dar su fruto.

Decir: «Creo que el Señor puede sanarme» antes de saber por la Palabra de Dios que Él está dispuesto a sanarlo es como decir: «Creo que Dios puede darme una cosecha, sin que se haya plantado ni regado ninguna semilla». Dios no puede salvar el alma de una persona antes de que esta conozca su voluntad. La salvación es por fe, es decir, por confiar en la voluntad de Dios. Ser sanado es ser salvo físicamente.

Orar por sanación con las palabras que destruyen la fe, «si es tu voluntad», no es plantar la «semilla»; es destruirla. «La oración de fe» que sana al enfermo debe seguir (no preceder) a la siembra de la «semilla» (la Palabra). La fe se basa únicamente en esto.

Es el Evangelio, que el Espíritu Santo afirma que es «poder de Dios para salvación» en todas sus facetas, tanto física como espiritual. Todo el Evangelio es para «toda criatura» y para «todas las naciones». El Evangelio no deja al hombre en la incertidumbre orando con un «si es tu voluntad»; le dice cuál es la voluntad de Dios. Las palabras del Espíritu Santo: «Él mismo llevó nuestras enfermedades» (Mateo 8:17), son tan parte del Evangelio como sus palabras: «Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero» (1 Pedro 2:24).

Ni la fase espiritual ni la física del Evangelio deben aplicarse solo con la oración. La semilla es impotente hasta que se siembra. Muchos, en lugar de decir: «Oren por mí», deberían decir primero: «Enséñenme la Palabra de Dios para que pueda cooperar inteligentemente en mi recuperación». Debemos conocer los beneficios del Calvario antes de poder apropiarnos de ellos por fe. David especifica: «Quien perdona todo... tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias.»

Después de recibir suficiente iluminación, nuestra actitud hacia la enfermedad debe ser la misma que hacia el pecado. Nuestro propósito de sanar nuestro cuerpo debe ser tan claro como nuestro propósito de sanar nuestra alma. No debemos ignorar ninguna parte del Evangelio. Nuestro Sustituto cargó con nuestros pecados y enfermedades para que fuéramos librados de ellos. El hecho de que Cristo llevara nuestros pecados y enfermedades es sin duda una razón válida para confiar ahora en Él para la liberación de ambos. Cuando, en oración, le encomendamos a Dios el perdón de nuestros pecados, debemos creer, con la autoridad de su Palabra, que nuestra oración es escuchada. Debemos hacer lo mismo al orar por la sanidad.

Podemos ser suficientemente iluminados por las promesas de Dios simplemente creyendo que nuestra oración es escuchada antes de experimentar la respuesta (Marcos 11:24). Siguiendo esto con la observancia de Hebreos 10:35-36, siempre podemos lograr el cumplimiento de cualquier promesa divina. Es la voluntad de Dios que cada cristiano practique con éxito Hebreos 6:11-12.

Entre el momento en que nos comprometemos definitivamente con Dios a sanar nuestro cuerpo y la culminación de nuestra sanación, podemos y debemos aprender una de las lecciones más valiosas de nuestra vida cristiana. Esa lección es cómo observar Hebreos 10:35-36. Solo las promesas divinas pueden fortalecer nuestra fe. Después de que Jonás oró pidiendo misericordia, no perdió su confianza por falta de pruebas visibles de que su oración fuera respondida. Al contrario, mantuvo firme su confianza y, de antemano, añadió el sacrificio de acción de gracias (Jonás 2:9). En Hebreos 13:15, el Espíritu Santo nos manda a todos a hacer esto continuamente.

Las promesas de Dios obran maravillas cuando vemos y actuamos conforme a las realidades eternas (sus promesas, su fidelidad, etc.), al negarnos a ser afectados por las circunstancias temporales que nos contradicen. Dios siempre cumple sus promesas cuando puede

obtener la cooperación adecuada. Siempre nos acepta y se compromete con nosotros cuando observamos Marcos 11:24 y Hebreos 10:35-36. «Lo saciaré de larga vida» es la promesa de Dios. promesa de ser apropiada por todos (Salmo 91:16).

Instrucciones completas

En Proverbios 4:20-22 tenemos las instrucciones más completas sobre cómo recibir sanidad:

Presta atención a mis palabras; inclina tu oído a mis dichos. No los apartes de tus ojos; guárdalos en medio de tu corazón. Porque son vida para quienes los hallan y salud para todo su ser.

La Palabra de Dios no puede ser salud para el alma ni para el cuerpo sin ser escuchada, recibida y atendida. Observe que las palabras de Dios son vida solo para quienes las encuentran. Si desea recibir vida y sanidad de Dios, dedique tiempo a buscar las palabras de las Escrituras que prometen estos resultados.

Cuando la Palabra de Dios se convierta en salud para todo tu ser, tu cáncer, tu tumor y tu bocio desaparecerán. Hemos visto que la Palabra, al recibirla y ponerla en práctica, produce estos resultados miles de veces. Hoy en día, miles de personas tienen una carne enferma porque no han encontrado ni prestado atención a esa parte de la Palabra de Dios que produce sanidad. Este es el método divino para recibir las bendiciones que Dios nos ha provisto. Muchos no han recibido sanidad simplemente porque no han seguido este método.

Dios dice que cuando hacemos lo que se nos dice en las Escrituras, Sus Palabras se convierten en "salud para todo nuestro cuerpo". No importa qué tipo de cuerpo enfermo tengamos —ya sea cáncer, bocio o tumor—, Dios dice: "salud para todo nuestro cuerpo". ¿De quién? De quienes "encuentran" y "atienden" las Palabras de Dios sobre el tema. Esto es...

Exactamente de la misma manera que la Palabra de Dios se convierte en salud para el alma.

En este extenso pasaje, Dios nos dice exactamente cómo prestar atención a sus palabras. Dice: «No las apartes de tus ojos; guárdalas en lo profundo de tu corazón». En lugar de centrarte en tus síntomas y ocuparte en ellos, no permitas que las palabras de Dios se aparten de tus ojos. Considéralas continuamente y, como Abraham, fortalécete en la fe fijándote únicamente en las promesas de Dios. Así como la única manera en que una semilla puede obrar es manteniéndose en la tierra, la única manera en que la «semilla incorruptible» de Dios puede obrar eficazmente en nosotros es manteniéndola en lo profundo de nuestro corazón. Esto no significa ocasionalmente, sino continuamente. La razón por la que muchos han fallado es porque no lo han hecho.

Hay que hacer lo que hacen los agricultores

Cuando prestamos atención a las Palabras de Dios, manteniéndolas siempre presentes y manteniéndolas en nuestro corazón, la semilla está en buena tierra. Esta es la tierra en la que, como dice Jesús, «da fruto». Pablo dice: «Efectiva». Cuando el agricultor siembra, no la desentierra a diario para ver cómo crece, sino que dice: «Me alegra que esté firme». Cree que la semilla ha comenzado su labor. ¿Por qué no tener esta misma fe en la «semilla incorruptible»: las Palabras de Cristo, que Él dice que son «espíritu y vida»? Creer que ya están obrando, sin esperar a ver. Si el agricultor, sin ninguna promesa definitiva, puede tener fe en la naturaleza, ¿por qué no puede el cristiano tener fe en el Dios de la naturaleza?

El salmista dijo: «Tu palabra me ha vivificado». Pablo nos dice que es la Palabra la que «obra eficazmente» en los que creen. Cada Palabra de Dios es «espíritu y vida» y obrará en nosotros cuando la recibamos y la pongamos en práctica. Cuando recibimos y obedecemos la Palabra de Dios, podemos decir con Pablo: «El poder de Dios obra poderosamente en mí». Así, la Palabra de Dios

se convierte en el poder de Dios. Es Espíritu y vida”. Si un campo donde se ha sembrado la semilla pudiera hablarnos, diría: “La semilla obra poderosamente en mí”.

Tres cosas esenciales

Este pasaje de Proverbios nos muestra el método para obtener resultados de las promesas de la Palabra de Dios:

1. Debe haber un oído atento. “Inclina tu oído a mis palabras”.
2. Debe haber una mirada firme. «No se aparten de tus ojos».
3. Debe haber un corazón que los consagre. «Guárdalos en medio de tu corazón».

Cuando tus ojos están puestos en tus síntomas y tu mente está más ocupada con ellos que con la Palabra de Dios, tienes sembrada la semilla equivocada para la cosecha que deseas. Tienes sembrada la semilla de la duda. Estás intentando obtener un tipo de cosecha de otra semilla. Es imposible sembrar cizaña y cosechar trigo. Tus síntomas pueden indicarte la muerte, pero la Palabra de Dios te indica la vida, y no puedes mirar en direcciones opuestas al mismo tiempo.

¿Qué tipo de semilla tienes?

¿Qué tipo de semilla tienes en la tierra? «No te apartes de tus ojos; guárdala en lo profundo de tu corazón». Es decir, mira con firmeza y constancia, y solo a la evidencia que Dios da para tu fe. Dios dice a todos los incurables: «Todo el que mire, vivirá». La palabra «mire» está en presente continuo. No significa una simple mirada, sino «no te apartes de tus ojos; guárdalas en lo profundo de tu corazón».

Los motivos que llaman nuestra atención son sumamente poderosos. Es nuestro Padre celestial quien habla. Todo el cielo respalda sus palabras. Lo que se dice es de virtud vivificante y vigorizante. Son vida para quienes las encuentran, y salud, no solo para el alma, sino para el cuerpo; no para una parte específica de él, sino para «todo su ser».

Una medicina eficaz para curar un solo miembro del cuerpo podría enriquecer a su inventor. He aquí una medicina para todo el cuerpo, de la cabeza a los pies. He aquí un Médico de infinita capacidad: «...que sana todas tus enfermedades».

La evidencia de las cosas que no se ven

Después de plantar tu semilla, crees que está creciendo antes de verla crecer. Esta es la fe que es "la evidencia de lo que no se ve". En Cristo tenemos la evidencia perfecta de la fe. Cualquier hombre o mujer puede disipar sus dudas mirando con firmeza y únicamente a la evidencia que Dios ha dado para nuestra fe.

Ver solo lo que Dios dice producirá y aumentará la fe. Esto hará que sea más fácil creer que dudar. Las evidencias de la fe son mucho más contundentes que las de la duda. No dudes de tu fe; duda de tus dudas, porque no son fiables.

¡Oh, qué bendición es la mirada de fe en Cristo! Hay vida, luz, Libertad, amor, alegría, guía, sabiduría, comprensión, salud perfecta. Todo está en una mirada fija al Crucificado. Nadie mira en vano al Gran Médico.

Todo aquel que miró a la serpiente de bronce, figura de Cristo, sobrevivió. «Y sus rostros no se avergonzaron», dice el salmista. Todos eran, humanamente hablando, incurables, pero fueron perdonados y sanados al mirar. Quien confía en Cristo no tiene por qué avergonzarse de su confianza. Tanto el tiempo como la eternidad justificarán su confianza en Dios.

Este libro mostrará a quienes necesitan sanidad qué parte de la Palabra de Dios deben recibir y a qué prestar atención. Algunos han sido sanados milagrosamente al leer el siguiente sermón de este libro.

¿Nos redimió Jesús de nuestras
enfermedades cuando Él expió
nuestros pecados?

Nota: Si a usted, lector, le han enseñado a considerar la enfermedad como una "espinas en la carne", que debe permanecer, le instamos a leer el sermón 14 sobre la espinas de Pablo antes de leer cualquier otro sermón de este libro. De lo contrario, probablemente se perderá la fuerza de los argumentos bíblicos presentados en otras partes del libro.

Antes de responder a la pregunta anterior desde la Palabra de Dios, invito su atención a algunos hechos enseñados en las Escrituras, que tienen relación con este tema.

Las Escrituras declaran, en Romanos 5:12, que “por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte”. Aquí se afirma claramente que la muerte entró al mundo por el pecado. Por lo tanto, es evidente que la enfermedad, que es la muerte incipiente, entró al mundo por el pecado. Dado que la enfermedad entró por el pecado, su verdadero remedio debe encontrarse en la redención de Cristo. Es el diablo quien oprime (Hechos 10:38); así que cuando la naturaleza falla, ¿qué poder puede eliminar la enfermedad sino el poder del Hijo de Dios? Tan pronto como la enfermedad ha avanzado más allá del poder de la naturaleza para restaurar, resultará en la muerte en todos los casos, a menos que sea eliminada por el poder de Dios. Todos los médicos honestos lo admitirán, pues solo afirman tener el poder de ayudar a la naturaleza, no de sanar. En este caso, cualquier cosa que obstaculizara el poder de Dios, que así complementa la naturaleza, haría imposible la recuperación. En consecuencia, Santiago dice: “Confesaos vuestras ofensas unos a otros... para que seáis

sanados”, lo que significa que de otra manera no podéis ser sanados.

Cuando la enfermedad ha avanzado más allá del poder de la naturaleza, ni la naturaleza, ni el médico, ni siquiera la oración pueden salvar al paciente hasta que confiese sus pecados y a menos que Dios, por algún propósito soberano suyo, elimine la enfermedad. Desde entonces

La enfermedad es parte de la maldición; su verdadero remedio debe ser la cruz. ¿Quién puede quitar la maldición sino Dios, y cómo puede Dios hacerlo justamente sino por sustitución? La Biblia enseña, como lo expresa un escritor, que la enfermedad es el castigo físico de la iniquidad. Puesto que Cristo cargó en su cuerpo con todas nuestras cargas físicas a causa del pecado, nuestros cuerpos quedan, por lo tanto, liberados judicialmente de la enfermedad. Mediante la redención de Cristo, todos podemos tener, como parte de las "arras de nuestra herencia", la "vida también de Jesús... manifestada en nuestra carne mortal". Esto complementa la naturaleza hasta que nuestra obra esté terminada. De la misma manera que podemos recibir las "primicias" de nuestra salvación espiritual, podemos recibir las "primicias" de nuestra salvación física.

Ahora, a la pregunta: ¿Nos redimió Jesús de nuestras enfermedades al expiar nuestros pecados? Si, como algunos enseñan, la sanidad no está en la Expiación, ¿por qué se dieron símbolos de la Expiación en relación con la sanidad corporal a lo largo del Antiguo Testamento? En el capítulo doce del Éxodo, ¿por qué se les exigió a los israelitas que comieran la carne del cordero pascual para fortalecerse físicamente, a menos que nosotros también podamos recibir vida física, o fuerza, de Cristo? Pablo dice que Cristo es “nuestra Pascua, sacrificada por nosotros”. Setecientos sesenta y cinco años después de la institución de la Pascua, leemos en 2 Crónicas 30:20 que “el Señor escuchó a Ezequías y sanó al

pueblo” cuando celebraron la Pascua. Pablo, en 1 Corintios 11:29-30, habla de la incapacidad de los corintios para “estimar correctamente el cuerpo” (traducción de Weymouth) de “Cristo, nuestra Pascua”, como la razón por la que muchos de ellos estaban “débiles y enfermizos”..... ”

La Cena del Señor es más que una ordenanza, porque podemos participar de Cristo mientras participamos de los emblemas de su muerte y los beneficios resultantes. En Cristo hay vida corporal y espiritual. Sin duda, no hay mejor momento para aprovechar el privilegio de tener la "vida también de Jesús". manifestado en nuestra carne mortal” (2 Corintios 4:11).

La sanidad enseñada en los tipos del Antiguo Testamento

Nuevamente, en Levítico 14:18 leemos que el sacerdote hacía expiación por la purificación del leproso. ¿Por qué una expiación por la sanidad del leproso si nuestra sanidad no reside en la expiación de Cristo? Los tipos de Levítico, capítulos 14 y 15, nos muestran que invariablemente mediante la expiación se sanaba la enfermedad. No necesitamos ir más lejos. Esta es una respuesta completa a la pregunta que estamos tratando. Todas estas expiaciones típicas apuntan y prefiguran el Calvario.

Nuevamente, Jesús nos dice, en Lucas 4:19, que fue ungido para predicar el año agradable del Señor, refiriéndose al año jubilar del Antiguo Testamento. Esto nos muestra que el año jubilar es un ejemplo notable de las bendiciones del Evangelio. Aquí aplica el año jubilar a la era evangélica.

Levítico 25:9 nos muestra que ninguna bendición del año de jubileo debía anunciarse al son de la trompeta hasta el Día de la Expiación. En ese día se sacrificaba un becerro como ofrenda por el pecado, y el propiciatorio se rociaba con sangre. No se ofrecía misericordia hasta que la sangre de la Expiación rociara el propiciatorio, pues sería un tribunal si no se rociaba con sangre. Esto nos enseña que no se nos ofrece misericordia ni bendición del

Evangelio independientemente de la expiación de Cristo.

Recuperación de todo lo perdido en la caída

Por la Caída lo perdimos todo. Jesús lo recuperó todo mediante su Expiación. Fue en el Día de la Expiación que Dios dijo: «Cada uno volverá a su posesión». El orden en el año del jubileo es: primero la Expiación, luego el toque de la trompeta del jubileo, con la buena nueva: «Cada uno volverá a su posesión». El orden es el mismo: primero el Calvario, luego la trompeta del Evangelio que anuncia que Él «llevó nuestros pecados» y «llevó nuestras enfermedades», etc., para ser tocada «a toda criatura». Esto nos muestra que podemos devolver «cada uno a su posesión».

Los siete nombres redentores de Dios, uno de los cuales es Jehová Rapha, «Yo soy el Señor que te sana», nos muestran a qué posesiones perdidas puede regresar «cada hombre» durante nuestra dispensación. Las dos posesiones más importantes que se restaurarán durante la era evangélica son la salud del alma y del cuerpo. El perdón y la sanidad se ofrecieron universalmente dondequiera que Cristo predicó «el año agradable del Señor». El hombre «interior» y el hombre «exterior» pudieron entonces ser sanados y estar listos para el servicio de Dios. Todos fueron «enteramente preparados para toda buena obra», para que pudieran completar su carrera.

Algunos de los fundamentalistas que atacan a los Científicos Cristianos por creer que podemos ser salvos independientemente del Calvario, cometen el mismo error al afirmar que creen en la sanidad, pero que esta se ofrece independientemente del Calvario. Para mí, es un misterio cómo alguien puede afirmar que la sangre de Cristo fluyó por sus venas con la misma eficacia que después de ser derramada. Todo sacrificio del Antiguo Testamento tuvo que morir y derramar sangre para que esta fuera efectiva. La Biblia dice: «Sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados». Adopta una religión sin sangre y solo tendrás una religión de ideas,

y nada más que una emoción humana. El «gozo inefable y glorioso» solo lo pueden conocer quienes han sido salvados por la sangre derramada de Cristo. Es igualmente un misterio para mí cómo estos supuestos fundamentalistas pueden afirmar que la sanidad se otorga sin referencia a la muerte de Cristo. La salvación de cualquier parte del hombre sin sacrificio es desconocida en las Escrituras.

Si la sanidad corporal se ofrece y debe predicarse independientemente del Calvario, ¿por qué no se anunció ninguna bendición del año del jubileo al son de la trompeta hasta el Día de la Expiación? Pablo nos dice que es «en Él» que todas las promesas de Dios son sí y amén. Esto es otra forma de decir que todas las promesas de Dios, incluyendo su promesa de sanidad, deben su existencia y poder exclusivamente a la obra redentora de Cristo.

La sanación no se pospondrá hasta el milenio

Algunos ministros intentan relegar la sanidad corporal al Día del Milenio, pero Jesús dijo: «Hoy [no el Día del Milenio] se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos». Fue en la Iglesia (no en el milenio) que Dios estableció «maestros, milagros, dones de sanidad», etc. Nadie en la Iglesia necesitará sanidad durante el milenio, porque recibirán cuerpos glorificados antes del milenio. Serán arrebatados para encontrarse con el Señor en el aire, «cuando esto mortal se vista de inmortalidad». Si vamos a relegar la sanidad al milenio, tendremos que hacerlo con los «maestros», etc., que Dios puso en la Iglesia, con los «dones de sanidad». Decir que la sanidad es solo para el milenio es sinónimo de decir que ahora estamos en el milenio, porque Dios está sanando a muchos miles en este día.

La promesa integral de Dios es derramar su Espíritu sobre toda carne durante el "año agradable del Señor", que es la dispensación del Espíritu Santo. Él viene como el ejecutivo de Cristo para

ejecutar por nosotros todas las bendiciones de la redención. Nos trae las arras o las primicias de nuestra herencia espiritual y física, hasta que el último enemigo, la muerte, sea destruido, dándonos así acceso a nuestra herencia completa.

La fe viene por el oír

La razón por la que muchos enfermos de nuestros días no han recuperado sus bienes materiales es que no han oído el anuncio de sanidad. «La fe viene por el oír», y no lo han oído porque a muchos ministros se les estropeó la trompeta evangélica mientras estaban en el seminario teológico. Me recuerdan a un hombre que conocí que tocaba el trombón en una banda de metales. Al principio de un ensayo, los chicos le pusieron una pequeña punta en la boquilla. Al soplar, su aliento chocaba contra la punta de la punta, lo que le impedía emitir mucho sonido. Sin embargo, terminó todo el ensayo sin descubrir qué fallaba. Algunos predicadores, como este hombre, creen que están tocando bien su trompeta evangélica.

No han descubierto que no se está obteniendo ni la mitad de lo que debería. No están, como Pablo, declarando «todo el consejo de Dios».

Así como en Levítico los tipos muestran que la sanación se daba invariablemente mediante la expiación, Mateo 8:16-17 afirma categóricamente que Cristo sanó todas las enfermedades basándose en la Expiación. La Expiación fue su razón para no hacer excepciones al sanar a los enfermos. «Él... sanó a todos los enfermos, para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias». Puesto que Él llevó nuestras enfermedades, y su expiación nos abarca a todos, se requeriría la sanación de todos para que se cumpliera esta profecía. Jesús sigue sanando a todos los que acuden a Él con fe viva, «para que se cumpliera " "

Dado que, en la época más oscura de los tipos, todos tuvieron el privilegio de ser sanados, seguramente en esta dispensación "mejor", con su pacto "mejor" y sus promesas "mejores", Dios no ha retirado esta misericordia del Antiguo Testamento. De ser así, la venida y la expiación de Cristo nos privan de eso.

En Números 16:46-50, después de que 14.700 personas murieran a causa de la plaga, Aarón, como sacerdote, en su oficio de mediador, intervino por el pueblo entre los muertos y los vivos e hizo expiación para eliminar la plaga, la sanidad del cuerpo. Así, Cristo, nuestro Mediador, mediante su expiación, nos redimió de la plaga del pecado y la enfermedad.

El tipo de la serpiente de bronce

Nuevamente, en Números 21:9, leemos que todos los israelitas fueron sanados al mirar la serpiente de bronce, que fue levantada como símbolo de la Expiación. Si la sanidad no debía estar en la Expiación, ¿por qué se les exigió a estos israelitas moribundos que miraran?

¿En el tipo de la Expiación para la sanidad corporal? Ya que tanto la sanidad como el perdón vinieron mediante el tipo de la Expiación, ¿por qué no a nosotros mediante Cristo, el Antitipo? Así como su maldición fue eliminada al ser levantada la serpiente de bronce, Pablo nos dice que la nuestra es eliminada al ser levantada Cristo (Gálatas 3:13).

De nuevo, en Job 33:24-25, leemos: «...He hallado un rescate [expiación]. Su carne será más fresca que la de un niño; volverá a los días de su juventud». Aquí vemos que la carne de Job fue sanada mediante una expiación. ¿Por qué no la nuestra?

De nuevo, David inicia el Salmo 103 invocando a su alma a bendecir al Señor y a no olvidar ninguno de sus beneficios. Luego especifica: «Él es quien perdona todas tus iniquidades, y sana todas

tus dolencias». ¿Cómo perdona Dios el pecado? Por supuesto, mediante la expiación de Cristo. Sana la enfermedad de la misma manera, porque la expiación de Jesucristo es la única base para cualquier beneficio del hombre caído. ¿Cómo puede Dios salvar alguna parte del hombre sino mediante la expiación?

En 1 Corintios 10:11, Pablo nos dice: «Todas estas cosas les acontecieron como ejemplos [como tipos], y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos [las eras]». En Gálatas 3:7, 16, 29, el Espíritu Santo nos muestra claramente que estas cosas son tanto para los gentiles como para Israel. «Sabad, pues, que los que son de fe son hijos de Abraham... Ahora bien, a Abraham y a su descendencia fueron hechas las promesas».

..... Y s
“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios.”

El reverendo Daniel Bryant, en su libro Cristo entre nuestros enfermos, dice: “La Iglesia aprendió entonces lo que la Iglesia necesita, al parecer, aprender de nuevo; es decir, que para el Cristo compasivo no hay diferencia entre un gentil enfermo y un israelita enfermo”.

Los siete nombres redentores de Jehová

Para mí, otro argumento irrefutable de que la sanidad está en la Expiación se encuentra en los siete nombres redentores de Jehová. En las páginas 6 y 7 de la Biblia Scofield, el Sr. Scofield, en su nota al pie sobre los nombres redentores, dice que el nombre «Jehová es claramente el nombre redentor de la Deidad» y significa «Aquel que existe por sí mismo y se revela». Estos siete nombres redentores, dice, apuntan a una autorrevelación continua y creciente. Luego añade: «En su relación redentora con el hombre, Jehová tiene siete nombres compuestos que lo revelan como quien satisface todas las necesidades del hombre, desde su estado perdido hasta el fin».

Dado que estos nombres revelan su relación redentora con nosotros, cada uno debe apuntar al Calvario, donde fuimos redimidos. La bendición que cada nombre revela debe provenir de la Expiación. Esto lo enseñan claramente las Escrituras.

Los siguientes son los siete nombres redentores:

JEHOVÁ-SAMÁ se traduce como «El Señor está allí» o «presente», revelándonos el privilegio redentor de disfrutar de su presencia. Él dice: «He aquí, estoy con vosotros siempre». Que esta bendición proviene de la Expiación se demuestra por el hecho de que somos «hechos cercanos por la sangre de Cristo».

JEHOVÁ-SHALOM se traduce como “El Señor, nuestra paz” y nos revela el privilegio redentor de tener su paz. Por eso Jesús dice: “Mi paz os doy”. Esta bendición se encuentra en la Expiación porque “el castigo de nuestra paz recaía sobre él” cuando “hizo la paz mediante la sangre de su cruz”.

JEHOVÁ-RA-AH se traduce como “El Señor es mi Pastor”. Él se convirtió en nuestro pastor al dar “su vida por las ovejas”, por lo tanto, este privilegio es un privilegio redentor, adquirido por la Expiación.

JEHOVÁ-JIREH significa “El Señor proveerá” una ofrenda, y Cristo fue la ofrenda provista para nuestra completa redención.

JEHOVÁ-NISSI significa “El Señor es nuestro Estandarte”, “Vencedor” o “Capitán”. Fue cuando, en la cruz, Cristo triunfó sobre principados y potestades que nos proporcionó, mediante la Expiación, el privilegio redentor de decir: “Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

JEHOVÁ-TSIDKENU se traduce como «El Señor, nuestra justicia». Él se convierte en nuestra justicia al cargar con nuestros

pecados en la cruz. Por lo tanto, nuestro privilegio redentor de recibir «el don de la justicia» es una bendición expiatoria.

JEHOVÁ-RAFA se traduce como “Yo soy el Señor tu Médico” o “Yo soy el Señor que te sana”. Este nombre se nos da para revelarnos nuestro privilegio redentor de ser sanados. Este privilegio se adquiere mediante la Expiación. El capítulo redentor de Isaías declara: “Ciertamente él llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores”. Para mayor claridad, he reservado este nombre para el final. Lo cierto es que el primer pacto que Dios dio después del paso del Mar Rojo, tan característico de nuestra redención, fue el pacto de sanidad. Fue en ese momento que Dios se reveló como nuestro Médico, mediante el primer nombre redentor y de pacto, Jehová-Rafa: “Yo soy el Señor que te sana”. Esto no es solo una promesa, sino “un estatuto y una ordenanza”. Y así, en correspondencia con esta antigua ordenanza, tenemos, en el mandato de Santiago 5:14, una ordenanza positiva de sanidad en el nombre de Cristo. Esto es tan sagrado y vinculante para cada iglesia hoy como las ordenanzas de la Cena del Señor y Bautismo cristiano. Jehová-Rapha es uno de sus nombres redentores, que sella el pacto de sanidad. Cristo, durante su exaltación, no pudo abandonar su oficio de Sanador, como tampoco pudo abandonar los oficios de sus otros seis nombres redentores. ¿Se ha retirado alguna de las bendiciones que revelan sus nombres redentores de esta dispensación «mejor»?

Tras considerar algunos de los tipos que enseñan la sanidad, consideremos ahora el antitipo: la Expiación misma. Esta se describe en el gran capítulo redentor, el capítulo 53 de Isaías. Este es el capítulo más importante del más grande de los profetas, donde se expone plenamente la doctrina de la expiación. Dado que los tipos del Antiguo Testamento enseñaban la sanidad, es ciertamente injustificado e ilógico relegar el antitipo a un plano inferior.

Él llevó nuestros dolores

Antes de citar este capítulo, permítanme aclarar que las palabras hebreas choli y makob se han traducido incorrectamente como "penas" y "dolor". Quienes se han tomado el tiempo de examinar el texto original han encontrado lo que se reconoce en todas partes. Estas dos palabras significan, respectivamente, "enfermedades" y "dolores" en todo el Antiguo Testamento. La palabra choli se interpreta como "enfermedad" y "dolencia" en Deuteronomio 7:15; 28:61; 1 Reyes 17:17; 2 Reyes 1:2; 8:8; 2 Crónicas 16:12; 21:15; y otros textos. La palabra makob se traduce como «dolor» en Job 14:22; 33:19; etc. Por lo tanto, el profeta dice, en este cuarto versículo: «Ciertamente él llevó nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores». Se remite al lector a cualquier comentario estándar para obtener más información sobre este punto; pero no hay mejor comentario que Mateo 8:16-17.

Isaías 53:4 no puede referirse a la enfermedad del alma, y ninguna de las palabras traducidas como «enfermedad» y «dolor» se refiere a asuntos espirituales, sino únicamente a enfermedades corporales. Esto lo demuestra Mateo 8:16-17: «... y echó fuera a los espíritus con su palabra, y sanó a todos los enfermos, para que se cumpliera...»

Lo cual fue dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: «Él mismo tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias». Este es un comentario inspirado sobre este cuarto versículo de Isaías 53. Declara claramente que el profeta se refiere a dolencias corporales. Por lo tanto, la palabra enfermedad, choli, debe interpretarse literalmente en Isaías. El mismo Espíritu Santo que inspiró este versículo lo cita en Mateo como explicación de la aplicación universal que Cristo hizo de su poder para sanar el cuerpo. Adoptar cualquier otro punto de vista equivale a acusar al Espíritu Santo de cometer un error al citar su propia predicción.

Citaré aquí al erudito traductor, Dr. Young, en su versión de la Biblia:

3 Es despreciado y abandonado entre los hombres,

Varón de dolores [heb., makob], experimentado en enfermedad [choli], Y como quien nos oculta el rostro,

Lo despreciamos y no lo estimamos.

4 Ciertamente él llevó nuestras enfermedades [choli], y nuestros dolores [makob] él los sufrió; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.

5 Y él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados,

El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos sanados.

6 Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; Y Jehová trajo sobre sí el castigo de todos nosotros.

10 Y Jehová quiso quebrantarlo, haciéndole enfermar [choli]; si su persona ofreció ofrenda por la culpa, Él ve semilla, y prolonga los días.

12 . . . Con los transgresores fue contado, Y llevó el pecado de muchos,

Y por los transgresores intercede.

El Dr. Isaac Leeser, el hábil traductor de la Biblia hebreo-inglés, traduce estos versículos de la siguiente manera:

3 Fue despreciado y desechado entre los hombres,

Un hombre de dolores y familiarizado con la enfermedad.

4 Pero él sólo llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores.

5 Y por su llaga fuimos sanados.

10 Pero al Señor le agradó aplastarlo mediante la enfermedad.

La traducción de Rotherham del décimo versículo es: “Él le impuso la enfermedad”.

En el cuarto versículo, la palabra "llevar" (nasa) significa "levantar, llevar, transportar o alejar". Es una palabra levítica y se aplica al chivo expiatorio que cargaba con los pecados del pueblo. "El macho cabrío llevará [nasa] sobre sí todas sus iniquidades a tierra inhabitada; y lo dejará ir por el desierto" (Levítico 16:22). Así que Jesús llevó mis pecados y enfermedades "fuera del campamento" hasta la cruz. El pecado y la enfermedad han pasado de mí al Calvario; la salvación y la salud han pasado del Calvario a mí.

Nuevamente, en este cuarto versículo del capítulo de la redención, los verbos hebreos para “soportar” y “llevar” (nasa y sabal) son los mismos que se usan en los versículos undécimo y duodécimo para la carga sustitutiva del pecado: “Él llevará [cargará] sus iniquidades”..... Y él llevó el pecado de muchos.”

Ambas palabras significan un

Carga pesada, y denotan una sustitución real y una completa eliminación de lo que se llevaba. Cuando Jesús cargó con nuestros pecados, enfermedades y dolores, los llevó o los eliminó. Ambas palabras significan "sustitución": uno carga con la carga del otro.

Sobre este punto, permítanme citar «Jesús, nuestro sanador», un espléndido tratado escrito por el reverendo W. C. Stevens. Dice:

Esta profecía presenta la sanidad como parte integral de la Expiación vicaria. . .

Ahora bien, sea cual sea el sentido de estos dos verbos hebreos (nasa y sabal), debe aplicarse el mismo en ambos casos, es decir,

en el de cargar con el pecado y en el de cargar con la enfermedad. Pervertir el sentido en un caso daría libertad para pervertirlo en el otro. Y ningún estudioso evangélico discute que el sentido de los verbos en relación con el pecado, no solo aquí en esta profecía, sino en todas partes del Antiguo Testamento, es estrictamente vicario y expiatorio. Por lo tanto, esta profecía otorga a la conexión de Cristo con la enfermedad el mismo carácter sustitutivo y expiatorio que se le atribuye en todas partes a su ascensión de nuestros pecados.

Una traducción inspirada

En consecuencia, el Espíritu nos abre al sentido redentor de la carga de la enfermedad por parte de Cristo. Mateo 8:17 traduce con libertad pero fidelidad Isaías 53:4: «Él mismo tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias». La ayuda que Jesús brindó en todo tipo de enfermedad corporal se considera en Mateo como un cumplimiento de lo que en Isaías se profetiza acerca del Siervo de Jehová. Los verbos hebreos del texto, cuando se usan para el pecado, hablan de una pesada carga y de llevar la culpa del propio pecado; es decir, llevar el pecado de otro para expiarlo. Pero aquí, donde no son los pecados sino nuestras enfermedades y nuestros dolores el objeto, el sentido mediador sigue siendo el mismo. No significa que el Siervo de Jehová simplemente entró en comunión con nuestros sufrimientos, sino que tomó sobre sí los sufrimientos que teníamos que soportar y merecíamos soportar; y por lo tanto, Él no solo los cargó, sino que también los soportó en Su propia Persona para librarnos de ellos. Ahora bien, cuando uno asume los sufrimientos que otro tuvo que soportar, y lo hace no solo en comunión con él, sino en su lugar, lo llamamos sustitución. Aquí, entonces, los mejores resultados de una exégesis rigurosa muestran que soportar y eliminar la enfermedad humana es parte integral de la obra redentora, una provisión.

de la Expiación, una parte de la doctrina de Cristo crucificado; que Jesús es el Salvador del cuerpo así como del espíritu, y que:

Él viene a hacer fluir sus bendiciones hasta donde se encuentra la maldición.

La sanidad corporal por obra divina directa se convierte en una bendición para todo creyente en cualquier período de la historia del Evangelio. Resuelve la cuestión del deber del predicador de predicarla.

Una objeción respondida

Un escritor canadiense objeta que Mateo 8:17 no puede referirse a la Expiación porque, dado que Cristo aún no había sido crucificado, esto equivaldría a “hacer que Cristo viviera una vida expiatoria”. Para mí, esto no es argumento alguno, ya que Cristo fue “el Cordero de Dios inmolado desde la fundación del mundo”. No solo sanó enfermedades antes del Calvario, sino que también perdonó pecados; sin embargo, ambas misericordias se otorgaron sobre la base de la Expiación en el futuro.

Un prominente clérigo neoyorquino plantea prácticamente la misma objeción. Argumenta que el hecho de que Cristo, en Mateo, cumpla la profecía de Isaías al sanar a los enfermos, demuestra que «Jesús cargó con nuestras enfermedades no en la cruz, sino cuando vivía en la ciudad de Capernaúm». Para responder a esto, solo me queda preguntar: ¿Llevó Jesús nuestras iniquidades en Capernaúm o en la cruz? Tanto su perdón de pecados como su sanación de los enfermos se hicieron con respecto a su futura expiación, porque «sin derramamiento de sangre no hay remisión».

La profecía dice que “Él llevó nuestras enfermedades”. Esto incluye todas otras, así como los de Capernaúm. En los versículos 4 y 5 de este capítulo de redención, lo vemos morir por

“NUESTRAS enfermedades”,

“NUESTROS dolores,”

“NUESTRAS transgresiones,”

“Nuestras iniquidades,”

“NUESTRA paz” y “NUESTRA sanación”, porque “por su llaga fuimos nosotros curados”.

Tendríamos que citar erróneamente para excluarnos de cualquiera de estas bendiciones.

El único "seguramente" en el capítulo de la redención precede a su provisión para nuestra sanidad. No podría haber una declaración más contundente de nuestra completa redención del dolor y la enfermedad mediante su muerte expiatoria. Si Cristo, como algunos piensan, no está dispuesto a sanar tan universalmente durante su exaltación como lo hizo durante su humillación, entonces tendría que romper su promesa en Juan 14:12-13. No sería "Jesucristo, el mismo ayer, hoy y por los siglos".

El hecho de sanar en la Expiación exige la continuación de su ministerio sanador durante su exaltación. Su obra redentora abarca a todos los que viven en...

La tierra mientras Él está con el Padre. Por consiguiente, Él da la promesa antes mencionada de hacer las mismas obras, y aún mayores, en respuesta a nuestras oraciones desde la diestra de Dios. Mientras la Iglesia permaneció bajo el control del Espíritu, las mismas obras continuaron. La historia revela, como lo expresa el Dr. AJ Gordon, «que siempre que encontramos un resurgimiento de la fe primitiva y la sencillez apostólica, allí encontramos los milagros evangélicos que sin duda caracterizan la era apostólica».

El apóstol Pablo nos dice: «Por nosotros, al que no conoció pecado, lo hizo pecado». Asimismo, «por nosotros, al que no conoció enfermedad, lo enfermó». Pedro escribe: «Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero». Isaías declara: «Ciertamente él llevó nuestras enfermedades, y nuestros dolores, él los cargó». Leeser traduce: «Solo llevó nuestras enfermedades», sin tener ninguna de las suyas.

De nuevo, en el sexto versículo de la traducción del Dr. Young citada anteriormente, leemos: “Y Jehová ha hecho recaer sobre él el castigo de todos nosotros”. Un escritor pregunta, sobre este punto: “¿Cuáles son los castigos del pecado?”. Luego dice, en esencia, que todos admitirán que el pecado se castiga con la condenación del alma, el remordimiento, la ansiedad mental y, con frecuencia, con la enfermedad... y creen que estas se remiten gracias a la expiación vicaria. ¿Mediante qué regla de la Escritura o la razón se separa este último castigo del resto? Observen las palabras del profeta: “Jehová ha hecho recaer sobre él el castigo de todos nosotros”. Dado que la enfermedad forma parte de ese castigo, la inmutable Palabra de Dios demuestra que está incluida en la Expiación. Luego pregunta: “¿Es cierto que Dios nos librará de todo castigo y consecuencia del pecado excepto de uno, y que este (la enfermedad) inevitablemente permanecerá hasta el final? ¡Deja de pensarlo! Isaías afirma que todo el castigo de todos nosotros recayó sobre Él”. Él testificó: “Consumado es”. No había nada incompleto en el obra de nuestro poderoso Jesús”. Podría añadir a esto que, si fuera de otra manera, el profeta debería haber dicho: “Jehová ha hecho recaer sobre él solo una parte del castigo de todos nosotros”.

La cruz es un remedio perfecto para todo el hombre

Jesús fue a la cruz, en espíritu, alma y cuerpo, para redimir al hombre, en espíritu, alma y cuerpo. Por lo tanto, la cruz es el centro del plan de salvación para el hombre, en espíritu, alma y cuerpo.

Toda forma de enfermedad y dolencia conocida por el hombre estaba incluida, y muchas de ellas incluso se mencionaban particularmente, en la “maldición de la ley” (Deuteronomio 28:15-62 y otras escrituras). En Gálatas 3:13, encontramos la afirmación positiva de que “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho maldición por nosotros (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)”. ¿Qué declaración más clara podríamos tener que la de que Cristo, quien nació bajo la ley para redimirnos, cargó con su maldición y, por lo tanto, nos redimió de toda enfermedad y dolencia? Aquí se afirma que fue en la cruz que Jesús nos redimió de la maldición de la ley. En otras palabras, nos redimió de las siguientes enfermedades, especificadas en Deuteronomio: tuberculosis, fiebre, inflamación, la enfermedad de Egipto, erupciones, sarna, comezón, locura, ceguera, plagas, todas las enfermedades de Egipto y toda enfermedad y plaga que no está escrita en el libro de esta ley. Esto incluye el cáncer, la gripe, las paperas, el sarampión y cualquier otra enfermedad moderna. Si Cristo nos redimió de la maldición de la ley, y la enfermedad está incluida en ella, sin duda nos redimió de la enfermedad.

Redención sinónimo de Calvario

Redención es sinónimo del Calvario. Por lo tanto, somos redimidos de toda la maldición, cuerpo, alma y espíritu, únicamente mediante la expiación de Cristo. Dado que la enfermedad es parte de la maldición, ¿cómo podría Dios justamente eliminar esta parte de la maldición sanando a los enfermos sin primero redimirnos de ella? De nuevo, ya que “Cristo nos redimió de la maldición de la ley”, ¿cómo puede Dios justificarnos y al mismo tiempo exigirnos que permanezcamos bajo la maldición de la ley? El apóstol Pablo dice:

“No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:14). En resumen, ¿por qué debería alguien permanecer bajo la maldición de la ley si no está bajo la ley? Hacerlo sería...

Lo mismo que poner a un hombre en prisión de por vida después de haber demostrado su inocencia y de que el tribunal haya retirado el cargo de asesinato.

Pablo argumenta, en Romanos, capítulo tres, que “Dios lo puso [a Cristo] como propiciación para que él sea el justo, y el que justifica al que cree en él.

Jesús. En otras palabras, si no fuera por la Expiación, Dios sería injusto al justificar al pecador. Asimismo, sería injusto al sanar a los enfermos sin redimirlos primero de la enfermedad. El hecho de que Dios haya sanado a alguien es, para mí, la mejor prueba de que la sanación fue provista por la Expiación. Si la sanación no fue provista para todos en la redención, ¿cómo obtuvieron todos en la multitud de Cristo la sanación que Dios no proveyó? «Los sanó a todos».

Una pregunta importante

Si el cuerpo no estuviera incluido en la redención, ¿cómo podría haber resurrección? ¿Cómo podría la corrupción revestirse de incorrupción o lo mortal revestirse de inmortalidad? Si no hemos sido redimidos de la enfermedad, ¿no estaríamos sujetos a ella en el cielo si fuera posible resucitar independientemente de la redención?

Alguien ha señalado acertadamente: “Como el destino futuro del hombre es a la vez espiritual y corporal, su redención debe ser a la vez espiritual y corporal”.

¿Por qué no debería el “último Adán” quitar todo lo que el “primer Adán” trajo sobre nosotros?

Consideremos ahora algunos paralelos del Evangelio.

El hombre interior

Adán, con su caída, introdujo el pecado en nuestras almas. El pecado, por tanto, es obra del diablo.

Jesús “se manifestó para destruir las obras del diablo” en el alma. El nombre redentor “Jehová-Tsidkenu” revela la provisión redentora de Dios. En el Calvario, Jesús “llevó nuestros pecados”. Él fue hecho pecado por nosotros (2 Corintios 5:21) al llevar él mismo nuestros pecados (1 Pedro 2:24). “Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”.

“El cual perdona todas tus iniquidades.”

“Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro . . . espíritu” (1 Cor. El espíritu se compra por precio.

¿Es permanecer en el pecado la manera de glorificar a Dios en tu espíritu?

Puesto que Él “llevó nuestros pecados”, ¿a cuántos debe ser la voluntad de Dios salvar, cuando co “Como Dios lo hizo pecado por nosotros, al que no conoció pecado.” –Rev. AJ Gordon. “Ya que nuestro Sustituto llevó nuestros pecados, ¿no lo hizo para que no los lleváramos nosotros?” Cristo llevó nuestros pecados para que fuéramos librados de ellos. No compasión, una razón suficiente.

“Si el hecho de que Jesús “llevó nuestros pecados en su propio cuerpo en el madero” es una razón válida... La fe para la salvación “viene por oír” el Evangelio: Él “llevó nuestros pecados”. Por lo tanto, “Predica el Evangelio (que Él llevó nuestros pecados) a toda criatura.”

La promesa de Cristo para el alma (“será salvo”) está en la Gran Comisión (Marcos 10:1-14). En relación con la ordenanza del bautismo, la Biblia enseña que todo aquel que cree en Él, será salvo. Se nos manda bautizar en el nombre de Cristo.

En la Cena del Señor se toma el vino “en memoria” de Su muerte por nuestro alma. El pecador debe arrepentirse antes de creer en el Evangelio “para justicia”.

El bautismo en agua representa entrega total y obediencia.

El pecador debe aceptar la promesa de Dios como verdadera antes de poder sentir el gozo de la salvación. “Todos los que le recibieron... nacieron de Dios” (Juan 1:12-13).

Sanado por la fe

Citaré ahora uno de los cientos de casos de enfermedad y aflicción que fueron sanados mientras los pacientes escuchaban la predicación sobre la sanidad en la Expiación. Su sanidad se produjo por su propia fe, antes de tener la oportunidad de ser ungidos.

Cuando tenía tan solo ocho años, la Sra. Clara Rupert, de Lima, Ohio, sufrió un caso tan grave de tos ferina que se rompió los músculos de un ojo. Esto lo dejó completamente ciego y tan muerto durante todos los años siguientes que podía frotarse el globo ocular desnudo con el dedo sin dolor. Decía que en los días de viento, cuando las partículas le entraban en el ojo, no le causaba ningún sufrimiento.

Ella estaba escuchando un sermón sobre la Expiación durante nuestro avivamiento en Lima, Ohio. Dijo en su corazón: Si eso es cierto, y lo es porque la Biblia lo dice, entonces estoy tan segura de recibir la vista en mi ojo ciego esta noche cuando vaya al altar como lo estaba de la salvación cuando fui al altar metodista hace varios años y fui salva. Con este razonamiento lógico, ella vino al altar, y mientras orábamos con otros, le pidió a Dios que la sanara. Antes de que tuviéramos la oportunidad de ungirla, ella estaba de pie llorando. Caminó de regreso y echó sus brazos alrededor del cuello de su padre. El público se preguntó por qué se había ido del altar sin ser ungida. Su padre dijo: "¿Qué te pasa, hija?" Ella respondió: "Mi ojo". Él dijo: "¿Por qué te duele?" Ella dijo: "¡No, puedo ver perfectamente!"

Unos meses después, mientras celebrábamos un avivamiento en St. Paul, Minnesota, conocimos a esta mujer y a su esposo. Asistían a la escuela bíblica, preparándose para trabajar con el Maestro. Su esposo quería predicar el Evangelio de Cristo, quien tan bondadosamente había sanado a su esposa.

Casi diariamente en nuestros avivamientos, se dan testimonios de personas que han sido sanadas mientras estaban sentados en sus asientos escuchando el Evangelio.

Lo que los hombres eminentes tienen que decir

Estas perspectivas sobre la sanidad en la Expiación no son nuevas ni exclusivas de mí. Muchos de los maestros más piadosos y capaces de la Iglesia las han visto y enseñado. Además de los maestros ya citados, añadiré algunas palabras del Dr. Torrey y otros.

El Dr. RA Torrey, en su libro sobre “Sanación Divina”, declara:

La muerte expiatoria de Jesucristo nos aseguró no sólo la sanidad física, sino también la resurrección, el perfeccionamiento y la glorificación de nuestros cuerpos.....El Evangelio de Cristo tiene salvación tanto para el cuerpo como para el alma.....Justo A medida que uno obtiene el primicias de su salvación espiritual en la vida presente, así también obtenemos las primicias de nuestra salvación física en la vida presente. Creyentes individuales, Sean ancianos o no, tienen el privilegio y el deber de “orar unos por otros” en caso de enfermedad, con la expectativa de que Dios los escuche y los sane.

El Dr. RE Stanton, ex moderador de la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana, ofrece lo siguiente en su libro “Paralelismos evangélicos”:

Mi objetivo es demostrar que la expiación de Cristo sienta las

bases tanto para la liberación del pecado como para la liberación de la enfermedad. Que se ha hecho provisión completa para ambos; que en el ejercicio de la fe bajo las condiciones Según lo prescrito, tenemos la misma razón para creer que el cuerpo puede ser liberado de la enfermedad que la que tenemos para creer que el alma será liberada del pecado; en resumen, que ambas ramas de la liberación se basan en el mismo principio, y que es necesario incluirlas en cualquier concepción verdadera de lo que el Evangelio ofrece a la humanidad. El sacrificio expiatorio de Cristo cubre tanto las necesidades físicas como las espirituales de la humanidad.La curación del cuerpo no es, por tanto, un “efecto secundario”.

"Cuestión de fondo", como algunos la presentan. No es más que esto, como la sanación del alma, un "tema secundario". Ambos son partes del mismo Evangelio, basados por igual en la misma gran Expiación.

El siguiente es el informe de la Comisión de Sanación Espiritual designada por la Iglesia Episcopal. Este informe fue patrocinado por el obispo Reese, quien durante muchos años ha ejercido el ministerio de sanación y fue presidente de la comisión.

La comisión afirma:

La curación del cuerpo es un elemento esencial del Evangelio y debe ser predicada y practicada...Dios quiere nuestra salud, que la Iglesia, “Cuerpo de “Cristo”, tiene la misma comisión y el mismo poder que “La Cabeza”, que nosotros, los eclesiásticos, con esta verdadera concepción de Dios como Amor Creador, debemos ahora dar a un mundo pecador y sufriente este Evangelio completo de salvación del pecado y sus inevitables consecuencias.

A estas conclusiones llegó esta comisión académica después de tres años de estudio e investigación.

El obispo Charles H. Brent, de la Iglesia Episcopal, fue jefe de todos los capellanes en Francia y dirigió la vida religiosa de nuestros ejércitos en ultramar. Afirma: «Quien descarta el poder sanador de Cristo como perteneciente únicamente a los tiempos del Nuevo Testamento no predica el Evangelio completo. Dios fue y es el Salvador tanto del cuerpo como del alma».

James Moore Hickson aboga: «Una Iglesia viva es aquella en la que Cristo Viviente vive y camina, haciendo a través de sus miembros lo que hizo en los días de su vida terrenal. Por lo tanto, debe ser una Iglesia que sane, así como una Iglesia que salve almas».La sanación espiritual es sacramental. Es la extensión a través de la miembros de su cuerpo místico de su propia vida encarnada”.

Los difuntos y capaces escritores, Dr. AB Simpson, Andrew Murray, AT Pierson, Dr. A. J. Gordon y muchos escritores actuales, a quienes podríamos citar, han sido maestros de la sanidad en la Expiación. Un escritor desconocido dijo: «En la cruz del Calvario, Jesús clavó la proclamación: 'Líbralo de descender a la fosa (sepulcro): He hallado un rescate [una expiación]'» (Job 33:24).

Isaías comienza el capítulo de la redención con la pregunta: "¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha revelado el brazo del Señor?" (Isaías 53:1). Y el anuncio continúa: Él cargó con nuestros pecados y enfermedades. La respuesta a la pregunta es que solo quienes han escuchado el anuncio pueden creerlo, porque "la fe viene por el oír". Dado que Jesús murió para salvar y sanar, sin duda vale la pena anunciarlo.

El propósito de este sermón es demostrar que la sanidad es provista por la Expiación y, por lo tanto, es parte del Evangelio, que Cristo mandó predicar.

A “todo el mundo”,

A “todas las naciones”,

A “toda criatura”, Con “todo el Poder”, Por “todos los días, hasta el fin del mundo”.

¿La curación es para todos?

¿Es todavía la voluntad de Dios, como en el pasado, sanar a todos los que tienen necesidad de curación y cumplir el número de sus días?

La mayor barrera para la fe de muchos que buscan sanidad física en nuestros días es la incertidumbre sobre si la voluntad de Dios es sanar a todos. Casi todos saben que Dios sana a algunos, pero hay muchos elementos en la teología moderna que impiden que la gente conozca lo que la Biblia enseña claramente: que la sanidad es para todos. Es imposible reclamar con valentía, por fe, una bendición que no estamos seguros de que Dios ofrezca. El poder de Dios solo se puede reclamar cuando se conoce su voluntad.

Sería casi imposible lograr que un pecador "crea para justicia" antes de convencerlo plenamente de que era la voluntad de Dios salvarlo. La fe comienza donde se conoce la voluntad de Dios. Si la voluntad de Dios es sanar solo a algunos de los que necesitan sanidad, entonces nadie tiene base para la fe a menos que tenga una revelación especial de que se encuentra entre los favorecidos. La fe debe basarse únicamente en la voluntad de Dios, no en nuestros deseos o anhelos. Apropiarse de la fe no es creer que Dios puede, sino que Dios quiere. Al desconocer que es un privilegio redentor para todos, la mayoría de quienes hoy en día buscan sanidad añaden a su petición la frase: "Si es tu voluntad".

Una teología corregida

Entre todos los que buscaron la sanación de Cristo durante su ministerio terrenal, solo leemos de uno que tenía este tipo de teología. Este fue el leproso, quien dijo:

“Señor, si quieres, puedes limpiarme”. Lo primero que hizo Cristo fue corregir su teología diciendo: “Quiero, sé limpio”. El “quiero” de Cristo anuló su “si”. Esto reforzó su fe en que Cristo podía sanarlo, el hecho de que lo haría.

La teología de este leproso, antes de que Cristo lo iluminara, es casi universal hoy, porque esta parte del Evangelio se predica tan pocas veces y de manera tan fragmentaria.

Vemos, desde casi todos los ángulos imaginables en las Escrituras, que no hay doctrina más claramente enseñada que la de que es la voluntad de Dios sanar a todos los que necesitan sanidad para que cumplan el número de sus días según su promesa. Por supuesto, nos referimos a todos los que reciben la instrucción adecuada y cumplen las condiciones prescritas en la Palabra. Ahora bien, oigo a alguien decir: «Si la sanidad es para todos, entonces nunca moriremos». ¿Por qué no? La sanidad divina no va más allá de la promesa de Dios. Él no promete que nunca moriremos, sino que dice:

Quitaré toda enfermedad de en medio de ti.El
Número de tus días yo
cumpliré.

Éxodo 23:25, 26

Los días de nuestros años son setenta años.

Salmo 90:10

No me quites en la mitad de mis días.

Salmo 102:24

¿Por qué has de morir antes de tiempo?

Eclesiastés 7:17

Entonces alguien podría preguntar: Bueno, ¿cómo va a morir un hombre?

Les quitas el aliento, mueren y vuelven al polvo.

Salmo 104:29

El reverendo P. Gavin Duffy escribe sobre este punto:

Él ha asignado al hombre un cierto lapso de vida, y su voluntad es que la vida se viva al máximo. Quiero que recuerden que todos aquellos a quienes resucitó de entre los muertos eran jóvenes que no habían alcanzado la plenitud de sus años; y en ese mismo hecho podemos ver su protesta contra la muerte prematura. Por supuesto, no debemos esperar que los viejos sean físicamente jóvenes, pero si no se ha agotado el tiempo asignado tenemos derecho a reclamar el don de la salud de Dios; y, aunque haya pasado, si es Su Voluntad que continuemos aquí por un tiempo más, es igualmente Su Voluntad que lo hagamos con buena salud.

Llega la muerte, y entonces culpamos a nuestro Dios, y débilmente decimos: “Hágase tu voluntad”;

Pero nunca debajo de la tierra ha encarcelado Dios a nadie.

Dios no envía enfermedades, ni crímenes, ni descuido, ni clanes en lucha;

Y cuando morimos antes de tiempo, la culpa es del hombre.

Él es un Dios de vida, no de muerte;

Él es un solo Dios que nos da a luz; no ha acortado
ni un suspiro La vida de cualquier persona en la tierra;
Y Él quiere que vivamos en el mundo todos los años
que nos corresponden. Así que no culpes a Dios por
nuestro propio pecado.
Fabricamos nuestras propias lágrimas.

Douglas Malloch

Lea el testamento y sepa

Si queremos saber qué hay en un testamento, leámoslo. Si queremos conocer la voluntad de Dios sobre cualquier tema, leámosla. Supongamos que una señora dice: «Mi esposo, que era muy rico, ha fallecido; ahora quisiera saber si me dejó algo en el testamento». Yo le diría: «¿Por qué no lees el testamento y lo ves?».

La palabra testamento, legalmente hablando, significa la voluntad de una persona. La Biblia contiene el testamento de Dios, en el que nos lega todas las bendiciones de la redención. Dado que es su testamento, cualquier documento posterior es una falsificación. Nadie escribe un nuevo testamento después de su muerte. Si la sanidad está en la voluntad de Dios para nosotros, entonces decir que la era de los milagros ya pasó es prácticamente decir lo contrario de la verdad: que un testamento no sirve después de la muerte del testador. Jesús no solo es el testador que murió; resucitó y también es el Mediador del testamento.

Él es nuestro abogado, por así decirlo. No nos engañará para que no cumplamos con nuestro testamento, como hacen algunos abogados terrenales. Él es nuestro Representante a la diestra de Dios.

Para responder a la pregunta en cuestión, dejemos de lado la tradición moderna y recurramos a la Palabra de Dios, que es una revelación de su voluntad. El capítulo quince del Éxodo tipifica nuestra redención y fue escrito para nuestra admonición. Justo después de cruzar el Mar Rojo, Dios dio su primera promesa de sanidad. Esta promesa era para todos. Dios estableció las condiciones, las cuales se cumplieron, y leemos: «Los sacó también con plata y oro, y no hubo ni un solo enfermo entre todas sus tribus». Es aquí donde Dios dio el pacto de sanidad, revelado y sellado con su primer pacto y nombre redentor, Jehová-Rapha, que se traduce como «Yo soy el Señor que te sana». Esta es la Palabra de Dios, «establecida en el cielo», una verdad inmutable acerca de Dios.

¿Quién está autorizado a cambiar la voluntad de Dios?

Decir que este privilegio de salud no es para el pueblo de Dios hoy es cambiar el "YO SOY" de Dios por "Yo Era" Jehová-Rapha.

¿Quién tiene la autoridad para cambiar los nombres redentores de Dios? En lugar de abandonar su oficio de Sanador, Él es "Jesucristo, el mismo ayer, y hoy, y por los siglos", bajo este primero de los siete nombres del pacto. Las bendiciones reveladas por sus nombres redentores, como vimos en el sermón anterior, fueron provistas por la Expiación. Él "gustó la muerte por todos" y, por lo tanto, no puede limitarse a Israel. Este capítulo quince de Éxodo nos muestra que, al menos en esa época del mundo, hace 3500 años, Dios no dejó al pueblo en duda respecto a su disposición a sanar a todos.

Una nación sin una sola persona débil

Este estado de salud universal en la nación de Israel continuó mientras se cumplieron las condiciones de Dios. Veinte años después (Núm. 16:46-50), cuando, debido al pecado, la plaga destruyó a 14.700 personas, Israel volvió a cumplir las condiciones. La plaga se detuvo, y Él siguió siendo Jehová-Rapha

el Sanador, no para algunos, sino para todos. No sería cierto que la plaga se detuvo si permaneciera en uno solo de ellos. Este estado de salud se mantuvo ininterrumpido hasta diecinueve años después. El pueblo, insatisfecho con el camino de Dios para ellos, escogidos en amor y misericordia, habló contra Dios y contra Moisés. Fueron maldecidos con las serpientes ardientes. Nuevamente cumplieron las condiciones de Dios al confesar sus pecados. Su Palabra a través de Moisés para ellos fue: "Y cualquiera que fuere mordido y la mirare [a la serpiente de bronce, el símbolo del Calvario], vivirá" (21:8). Una vez más, las Escrituras nos muestran que todavía era la voluntad de Dios sanar, no a algunos, sino a todos. Todos los que fueron mordidos vivieron contemplando la serpiente de bronce, lo cual fue un presagio típico del sacrificio venidero en el Calvario por nosotros.

El salmista David, en su época, entendió que la sanidad era un privilegio universal. En el Salmo 86 dice: «Porque tú, Señor, eres bueno, [...] grande en misericordia para con todos los que te invocan». Veremos, en el siguiente sermón, que la sanidad fue una de las misericordias más prominentes en las Escrituras. Los enfermos, en el Nuevo Testamento, pedían «misericordia» al buscar la sanidad de Cristo. La misericordia de Dios...

La misericordia abarca la naturaleza física y espiritual del hombre. Por lo tanto, Jesús, según la promesa del Antiguo Testamento, demostró ser "grande en misericordia" al sanar, no a algunos, sino a todos los que acudían a él. De nuevo, en el Salmo 103, vemos que David creía que la misericordia de sanar era un privilegio tan universal como la misericordia del perdón. Invoca a su alma para bendecir a Dios: "Quien perdona todas tus iniquidades, quien sana todas tus dolencias". "Quien sana a todos" es tan permanente como "Quien perdona a todos", pues se usa el mismo lenguaje con referencia a ambas misericordias.

En el Salmo 91:16, Dios dice acerca del hombre que habita al abrigo del Altísimo: «Lo saciaré de larga vida». ¿Es el privilegio de habitar al abrigo solo para unos pocos o para todos? Si es para todos, entonces la promesa de Dios para todos es: «Lo saciaré de larga vida». Dios tendría que romper esta promesa para no estar dispuesto a sanar a sus hijos obedientes que viven en la mediana edad. Si habitar al abrigo era posible en una época más oscura del mundo, sin duda lo es en esta mejor era de gracia. «Él es poderoso para hacer que abunde toda gracia» para cada uno de sus hijos hoy. Los santos profetas del Antiguo Testamento «profetizaron de la gracia que vendría a nosotros».

El Calvario satisface todas las necesidades del hombre

En el gran capítulo de la redención, el capítulo 53 de Isaías, Jesús cargó con nuestras enfermedades y pecados. Esto hace que un privilegio sea tan universal como el otro. Lo que Jesús hizo por quienes acudieron a él en busca de bendiciones fue para ellos, pero lo que hizo en el Calvario fue para todos.

Es claro que en todos estos casos citados del Antiguo Testamento, la voluntad de Dios era sanar a todos los que cumplían las condiciones. Dondequiera que se ofrecía perdón, también se ofrecía sanidad. Que quienes enseñan que la voluntad de Dios en materia de sanidad no es la misma hoy en día respondan a la pregunta: "¿Por qué Dios retiraría esta misericordia del Antiguo Testamento de esta mejor dispensación?". ¿Acaso no es...

¿Se esperaba que Él, quien nos ha reservado cosas mejores y es el mismo ayer, hoy y por los siglos, continuara con estas mismas misericordias a lo largo de esta mejor dispensación? Examinemos ahora el Nuevo Testamento para ver.

Cristo, expresión de la voluntad de Dios

No hay mejor manera de determinar la respuesta correcta a la pregunta que nos ocupa que leyendo los Evangelios, ya que registran las enseñanzas y las obras de Cristo. Él fue la expresión de la voluntad del Padre. Su vida fue tanto una revelación como una manifestación del amor y la voluntad inmutables de Dios. Literalmente, cumplió la voluntad de Dios para la raza de Adán. Dijo: «Bajé del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió». «El Padre que mora en mí, él hace las obras». También dijo: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre». Cuando sanó a las multitudes que lo apiñaban día tras día, vemos al Padre revelando su voluntad. Cuando «puso las manos sobre cada uno de ellos y los sanó», estaba haciendo y revelando la voluntad de Dios para nuestros cuerpos. Quizás nadie sería más conservador que los académicos de la Iglesia Episcopal. La comisión designada estudió el tema de la sanación espiritual e informó a la iglesia. Dedicaron tres años de estudio e investigación tanto de la Biblia como de la historia. En su informe, afirmaron: «La sanación de los enfermos por Jesús fue una revelación de la voluntad de Dios para el hombre». Al descubrir que su voluntad está plenamente revelada, agregaron: «La Iglesia ya no puede orar por los enfermos con la frase limitante y destructora de la fe: 'Si es tu voluntad'».

El mensaje que se enseña en los evangelios es de sanación completa del alma y el cuerpo para todos los que acuden a Él. Muchos hoy dicen: «Creo en la sanación, pero no creo que sea para todos». Si no lo es, ¿cómo podríamos orar con fe por alguien? Incluso si oramos por alguien a quien Dios quiere sanar, debemos recibir una revelación del Espíritu de que estamos orando por la persona correcta. Si la voluntad de Dios no es sanar a todos, nadie puede determinar la voluntad de Dios para sí mismo a partir de la Biblia. ¿Debemos entender de estos maestros que debemos cerrar nuestros ojos?

¿Biblias? ¿Debemos recibir nuestra revelación directamente del Espíritu antes de orar por los enfermos, porque la voluntad de Dios no se puede determinar a partir de las Escrituras?

Esto prácticamente enseñaría que toda la actividad divina en materia de sanidad tendría que regirse por la revelación directa del Espíritu, en lugar de por las Escrituras. ¿Cómo sanarán los enfermos si no hay un Evangelio (buenas nuevas) de sanidad que les proclame como base de su fe? O, dado que la fe consiste en esperar que Dios cumpla su promesa, ¿cómo puede haber fe para la sanidad si no hay una promesa en la Biblia que el enfermo pueda aplicar a sí mismo? Las Escrituras nos dicen cómo Dios sana a los enfermos. «Envió su palabra, y los sanó, y los libró de su ruina» (Salmo 107:20). «La palabra de Dios, que obra eficazmente» en los que creen, es «salud para todo su cuerpo» (véase 1 Tesalonicenses 2:13; Proverbios 4:22).

La fe se basa en algo más que la mera capacidad

Si un millonario se presentara ante un público de mil personas con el anuncio de que podía darles mil dólares a cada uno, esto no sería base para que nadie tuviera fe en los mil dólares. La fe no puede basarse en la capacidad. Si fuera más allá y dijera: "Les daré mil dólares a cincuenta de ustedes a cada uno", incluso entonces no habría base para que nadie en el público tuviera fe en los mil dólares. Si le preguntaras a uno de ellos si está "plenamente seguro" de recibir mil dólares del millonario, la respuesta sería: "Necesito el dinero y espero ser uno de los afortunados, pero no puedo estar seguro". Pero, si el millonario dijera: "Es mi voluntad darles mil dólares a todos", entonces todos en el público tendrían un fundamento para la fe y sin duda le dirían al hombre rico: "Gracias, tomaré mi dinero".

Ahora bien, supongamos que Dios hiciera acepción de personas y que su voluntad fuera sanar solo a algunos de los que necesitan sanación. Echemos un vistazo a los evangelios y veamos cómo los amigos de los enfermos decidían a cuáles llevarle.

Sanidad. “Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los trajeron a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanó” (Lucas 4:40). Aquí, los desafortunados, si los había, fueron traídos, y todos sanaron igual que los demás. Sin duda, era Dios haciendo y revelando su propia voluntad. Si hubieras estado allí y estuvieras enfermo, te habrían traído y sanado con los demás, porque los trajeron a todos. Mateo, en su relato de este mismo caso, explica por qué Jesús no hizo excepciones. Los sanó a todos, “para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias”. La palabra “nuestras” significa todos, en el sacrificio del Calvario. Por lo tanto, se requiere la sanidad de todos para que se cumpla la profecía. No sólo en esta ocasión, sino en cada ocasión hasta hoy, Él sana a los enfermos “para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias”.

Que los enfermos revisen los evangelios y observen los todos y los cada uno, y verán que la bendición redentora de la sanación fue para todos. Nadie jamás imploró en vano a Jesús por sanación. Nunca hubo una multitud tan grande como para que Jesús quisiera que ni siquiera uno permaneciera enfermo y no lo sanara.

Jesús sanó todas las enfermedades

Jesús recorrió toda Galilea, enseñando... y predicando el evangelio... y sanando toda clase de enfermedades y dolencias entre el pueblo. Su fama se extendió por toda Siria; le trajeron a todos los enfermos, aquejados de diversas enfermedades y tormentos, a los endemoniados, a los lunáticos y a los paralíticos; y los sanó a todos [traducción de Moffat]. Y le siguieron grandes multitudes de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán.

Mateo 4:23–25

Y recorrió Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando... y predicando el evangelio... y sanando toda enfermedad y toda dolencia entre el pueblo. Pero al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas.

Y llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia.

Mateo 9:35–36; 10:1

Nótese que fueron las multitudes que acudían en busca de sanidad las que exigieron el envío de nuevos obreros a su mies para predicar y sanar. No pasó mucho tiempo hasta que se necesitaron setenta más, quienes fueron enviados tanto a sanar como a predicar.

Pero Jesús, sabiéndolo, se apartó de allí; y le siguió mucha gente, y los sanó a todos.

Mateo 12:15

Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos.

Mateo 14:14

Y cuando terminaron de cruzar, llegaron a la tierra de Genesaret. Y cuando los hombres de aquel lugar lo reconocieron, enviaron un mensaje por toda la región circundante y le trajeron a todos los enfermos; y le rogaron que les permitiera tocar tan solo el borde de su manto; y todos los que lo tocaron quedaron completamente sanos.

Mateo 14:34–36

Y una gran multitud de toda Judea y Jerusalén, y de la costa de Tiro y Sidón, acudieron para oírlo y para ser sanados de sus enfermedades; y también los que estaban atormentados por espíritus inmundos, y fueron sanados. Y toda la multitud

procuraba tocarlo, porque emanaba poder de él y los sanaba a todos.

Lucas 6:17-19

Vemos a lo largo de los evangelios que, al llevar a los enfermos a Cristo para su sanación, se afirma repetidamente que los trajeron a todos, incluyendo a los desafortunados, si los había. Si, según la tradición moderna, es la voluntad de Dios que los enfermos permanezcan así con paciencia para su gloria, ¿no es extraño que no hubiera ni uno solo de esta clase entre todas estas multitudes llevadas a Cristo para su sanación? Al sanar al epiléptico (Marcos 9:14-29), Jesús demostró que era la voluntad del Padre sanar incluso a este a quien los discípulos, divinamente comisionados para expulsar demonios, no lograron liberar. Vemos en este versículo que habría sido un error cuestionar y enseñar la renuencia de Dios a sanar debido a este fracaso de los discípulos. Jesús, al sanarlo, les muestra que el fracaso no era más que incredulidad. Pedro, después de tres años de asociación constante con el Señor, describe Su ministerio terrenal en esta breve declaración: “Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hechos 10:38).

Así que, en todo lo anterior y en muchas otras Escrituras que muestran que Él los sanó a todos, tenemos la voluntad de Dios revelada para nuestros cuerpos y la respuesta a la pregunta: “¿Es la sanidad para todos?”

Amor compasivo: el motivo principal de Jesús

A muchos, en nuestros días, se les ha enseñado que Cristo realizó milagros de sanidad solo para demostrar su poder y su deidad. Esto puede ser cierto, pero dista mucho de serlo del todo. No habría tenido que sanar a todos para demostrar su poder; algunos casos

excepcionales lo habrían demostrado. Pero las Escrituras muestran que sanó por su compasión y para cumplir la profecía. Otros enseñan que sanó a los enfermos para darse a conocer, pero en Mateo 12:15-16 leemos: «Grandes multitudes lo siguieron, y los sanó a todos; y les mandó que no lo descubrieran».

Algunos, que tienen que admitir que Jesús sanó a todos los que acudieron a él, sostienen que la profecía de Isaías sobre que él llevaría nuestras enfermedades se refiere únicamente a su ministerio terrenal; que esta manifestación universal de su compasión fue especial, y no una revelación de la voluntad inmutable de Dios. Pero la Biblia enseña claramente que solo "comenzó a hacer y enseñar", lo que no solo continuaría, sino que se incrementaría, después de su ascensión.

Después de tres años de sanar a todos los que acudían a Él, Cristo dijo: «Os conviene que yo me vaya». ¿Cómo podría ser cierto esto si su partida modificaría su ministerio hacia los afligidos?

Anticipando la incredulidad con que sería considerada esta maravillosa promesa,

Él prologó su promesa de continuar las mismas y mayores obras en respuesta a nuestras oraciones después de su exaltación, con las palabras "De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo" (Juan 14:12-13). En otras palabras, debemos hacerlas pidiéndole a Él que las haga.

No dijo «obras menores», sino «las obras» y «obras mayores». Para mí, esta promesa de labios de Cristo es una respuesta completa a todos los opositores y a todos sus libros y artículos contra la sanidad divina.

“Escrito está” fue la política de Cristo al resistir al diablo.

William Jennings Bryan preguntó acertadamente: “Si Cristo dijo: ‘Está escrito’, y el diablo dijo: ‘Está escrito’, ¿por qué el predicador no puede decir: ‘Está escrito’?”

La sabiduría de la Iglesia primitiva

La Iglesia primitiva tomó la palabra de Cristo y oró unida por señales y prodigios de sanidad, hasta que “el lugar donde estaban reunidos tembló”. Entonces, “sacaron a los enfermos a las calles y los pusieron en camas y lechos”. Allí También vino una multitud de las ciudades vecinas

Jerusalén, trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos, y todos fueron sanados. «Todo lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar» Él continuaba aquí desde la diestra de Dios a través de «Su Cuerpo, la Iglesia», según Su promesa. Algunos dicen: «Oh, eso fue solo al principio de los Hechos, con el propósito de confirmar su palabra sobre la resurrección de Cristo».

Pasemos al último capítulo de los Hechos y leamos cómo treinta años más tarde, después de que Pablo en la isla de Melita había sanado al padre de Publio, “todos los demás enfermos de la isla vinieron y fueron curados” (Weymouth).

En el último capítulo de los Hechos del Espíritu Santo, que es el único libro inacabado del Nuevo Testamento, todavía es la voluntad de Dios sanar; no a algunos, sino a todos.

Los actos del Espíritu Santo

El Espíritu Santo, a quien Cristo envió como Sucesor y Ejecutivo, tomó posesión de la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo. Después de Pentecostés, mostró el mismo poder sanador que Cristo había mostrado antes, y grandes multitudes fueron sanadas. Al igual que

en los Evangelios, en los Hechos nunca leemos que alguien pidiera sanidad y le fuera negada. Se le ha llamado a este libro "Hechos de los Apóstoles". Un nombre mejor y más auténtico para este libro sería "Los Hechos del Espíritu Santo". Registra las acciones del Espíritu Santo a través de otros, además de los apóstoles. Felipe y Esteban, que no eran apóstoles, fueron usados tan gloriosamente como Pedro y Juan. El Espíritu Santo vino a ejecutar por nosotros todas las bendiciones adquiridas por la redención de Cristo y prometidas por los siete nombres redentores. Nunca ha perdido el interés en la obra que vino a realizar. Si desea saber cómo quiere actuar hoy, lea cómo actuó. El libro de los Hechos nos muestra cómo quiere actuar a lo largo de "todos los días, hasta el fin del mundo".

Fue el Espíritu Santo quien obró todos los milagros de sanidad en manos de Cristo. Jesús nunca realizó un milagro hasta que el Espíritu Santo, el Hacedor de Milagros, descendió sobre él. Entonces, confiando plenamente en el Espíritu, expulsó demonios y sanó a los enfermos. Todos los milagros de Cristo fueron obrados por el Espíritu de antemano.

De su propia dispensación, o antes de que asumiera oficialmente su cargo. ¿Por qué el Espíritu Santo, quien sanó a todos los enfermos antes de que comenzara su dispensación, haría menos después de asumir su cargo? ¿Acaso el Hacedor de Milagros asumió su cargo para eliminar los milagros durante su propia dispensación?

¿Acaso la enseñanza y la práctica de la Iglesia en materia de sanidad en este período laodicense (tibio) de su historia son una expresión más fiel de la voluntad de Dios que la enseñanza y la práctica de la Iglesia primitiva bajo la influencia plena del Espíritu? ¡Por supuesto que no! No dudo en afirmar que la teología moderna ha privado al Espíritu Santo de una parte de su ministerio.

La actitud actual de Cristo

Ahora, resumiendo lo que hemos escrito hasta ahora, tenemos una revelación desde muchos ángulos de la actitud misericordiosa de Cristo hacia nuestras enfermedades y dolencias desde su exaltación a la diestra de Dios.

Ahora no nos ocupamos del pasado, sino únicamente de la actitud actual de Cristo hacia la enfermedad y la dolencia.

1. La actitud actual de Cristo se revela plenamente en su nombre redentor, Jehová-Rafá. Sus nombres redentores no pueden cambiar. Todos admitirán que sus otros seis nombres redentores revelan su actitud actual al otorgar la bendición que cada nombre reveló.

¿Con qué lógica podemos suponer que ha abandonado su oficio de Sanador, revelado por el nombre Jehová-Rafá?

2. Su actitud actual se revela nuevamente plenamente en Su propia promesa definitiva de Continuar y ampliar su ministerio sanador en respuesta a la oración de los creyentes mientras esté a la diestra de Dios. «De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Juan 14:12-13).

3. Su actitud actual se revela en el cumplimiento de la promesa mencionada, registrada en el libro de los Hechos. Incluso en el último capítulo, treinta años después de su ascensión, leemos: «Todos los demás enfermos de la isla vinieron y fueron sanados» (Hechos 28:9, Weymouth).

4. Su actitud actual se revela en el hecho de que la sanidad forma parte del Evangelio de la Gran Comisión que Cristo mandó predicar. Esta comisión va seguida de la promesa: «Sobre los enfermos pondrán las manos, y sanarán» (Marcos 16:15, 18).

5. Su actitud actual se revela por el hecho de que su obra sustitutiva en el Calvario fue a favor de todos los que viven en la tierra durante su exaltación a la diestra del Padre. Hemos visto en el sermón anterior que, al igual que en Levítico, se registra que toda enfermedad fue sanada gracias a la Expiación. Mateo nos dice que la Expiación fue la razón por la que Cristo no hizo excepciones al sanar a los enfermos que acudían a él.

6. Su actitud actual se revela en el claro mandato a “cualquier enfermo” en la Iglesia, mientras Él está con el Padre, de pedir unción y oración con la promesa de que “el Señor lo levantará” (Santiago 5:14-15). ¿Quiere decir que debemos orar con fe o sin ella? ¿Cómo podemos orar “la oración de fe” a menos que sea Su voluntad sanar? ¿Nos manda orar por algo que Él no hará? Aquí mismo, incluso a los laicos se les manda confesar sus faltas unos a otros y orar unos por otros para la sanación, con el mismo propósito que Elías oró por la lluvia (Santiago 5:16-18). ¿Nos mandaría Dios interceder así por lo que no es Su voluntad? ¿Hacer? ¡Claro que no!

7. Su actitud actual se revela por el hecho de que, desde su exaltación, estableció en la Iglesia maestros, milagros, dones de sanidad, etc. Esto fue para la continuación de las mismas obras y obras mayores que prometió continuar desde la diestra de Dios. La historia registra la manifestación de estos dones milagrosos desde los días de los apóstoles hasta la actualidad.

La compasión inmutable de Jesús

8. Su actitud actual hacia nuestra enfermedad se revela maravillosamente por el hecho de que desde Su exaltación, Su compasión no ha sido retirada ni modificada.

En un sermón posterior, sobre la compasión del Señor, veremos que durante su ministerio terrenal, Él se compadeció de todos y sanó a todos los que necesitaban ser sanados. La misma palabra

griega que se traduce como "misericordia" también se traduce repetidamente como "compasión", pues son la misma palabra. Cuando dos ciegos pidieron misericordia, Jesús se compadeció y los sanó.

Dado que la sanidad corporal, en el Nuevo Testamento, es en todas partes una misericordia (siendo la misericordia, o compasión, lo que lo impulsó a sanar a todos los que acudían a Él), ¿no sigue siendo cierta la promesa de que Él es "grande en misericordia para con todos los que lo invocan"? ¿Acaso esta gloriosa dispensación evangélica no ofrece tanta misericordia y compasión a sus sufrientes como la dispensación más oscura? El reverendo Kenneth Mackenzie, reconocido maestro y escritor de la Iglesia Episcopal, pregunta sobre este punto: "¿Podría el corazón amoroso del Hijo de Dios, quien tuvo compasión de los enfermos y sanó a todos los que necesitaban sanación, dejar de considerar los sufrimientos de... ¿Suyo cuando fue exaltado a la diestra del Padre?"

¿No es extraño que alguien en esta mejor era de gracia adopte una postura que equivaldría a afirmar que la manifestación de la compasión de Cristo hacia los afligidos se ha retirado, o incluso modificado, desde su glorificación? Si Dios no está tan dispuesto a mostrar la misericordia de la sanidad a sus adoradores como a mostrar la misericordia del perdón a sus enemigos, entonces está más dispuesto a mostrar misericordia a los hijos del diablo que a los suyos. Las Escrituras niegan esto al decir: «La misericordia [compasión] del Señor es de eternidad en eternidad [no solo para el pecador, sino] para los que le temen». Él ama a su propio hijo enfermo y sufriente aún más que al pecador. Gracias a Dios: «...su misericordia [compasión] es eterna; y su verdad por todas las generaciones».

Bendiciones para todos

9. La actitud actual de Cristo se revela en el hecho de que en el año jubilar del Antiguo Testamento (Levítico 25:28), que Jesús aplica en Lucas 4:19 a la era evangélica, se le dijo a «cada hombre» que regresara a su posesión. En el año jubilar, sus bendiciones eran para «cada hombre». En la era evangélica, sus bendiciones son para «toda criatura». Esto se desarrolla con más detalle en el sermón anterior.

10. Su actitud actual también se revela por el hecho de que «nos redimió (a todos nosotros) de la maldición de la ley» (Gálatas 3:13). Vimos en el sermón anterior que esta maldición incluía todas las enfermedades conocidas en la historia. ¿Cómo puede Dios justificarnos y al mismo tiempo exigirnos que permanezcamos bajo la maldición de la que nos redimió?

Las arras de la redención completa

11. Su actitud actual se revela en el hecho de que el Espíritu Santo y su obra en nosotros son “las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida” (Efesios 1:14). Ya hemos señalado que, dado que nuestro destino eterno es tanto espiritual como corporal, nuestra redención también debe serlo. Por lo tanto, no podemos recibir nuestra herencia completa hasta el venidero Día de la Redención. Pero, gracias a Dios, al estar llenos del Espíritu, ahora tenemos las arras de ella. Pablo nos dice que tenemos “las primicias del Espíritu”. Estas se manifiestan tanto espiritual como físicamente. Las primicias del Espíritu incluyen las arras de la inmortalidad. Esto es un anticipo de la resurrección. Dado que nuestros cuerpos son miembros de Cristo, su vida corporal glorificada está tan verdaderamente ligada a nuestros cuerpos como su vida espiritual está ligada a nuestros espíritus. La misma vida que está en la vid está en sus pámpanos. En Cristo, “la vid verdadera”, hay vida espiritual y corporal. Solo al traer a nuestros cuerpos algo de la misma vida que Él traerá en la resurrección, el Espíritu puede ser las arras de nuestra herencia al cuerpo. Dado que nuestra herencia incluye un cuerpo glorificado,

¿cuáles deben ser las arras? Gracias a Dios, «también la vida de Jesús» puede «manifestarse en nuestra carne mortal». Su vida inmortal toca nuestros cuerpos mortales con un anticipo de la redención. Esto nos permite terminar nuestra carrera para que podamos «recibir una recompensa completa».

12. ¿Acaso la naturaleza misma no revela la actitud actual de Cristo hacia la sanación de nuestros cuerpos? La naturaleza, en todas partes, sana, o al menos hace todo lo posible por sanar. En cuanto los gérmenes de la enfermedad entran en nuestros cuerpos, la naturaleza comienza a expulsarlos. Si nos rompemos un hueso o nos cortamos un dedo, la naturaleza hará todo lo posible por sanar, y generalmente lo logra. Ahora bien, ¿ha ordenado Dios a la naturaleza que se rebele contra su propia voluntad? Si la enfermedad es la voluntad de Dios para sus hijos, ¿no parecería que sí?

¿Usa Dios la aflicción corporal?

Si la enfermedad, como algunos creen, es la voluntad de Dios para sus hijos fieles, entonces es pecado que incluso deseen sanar. Esto no dice nada de gastar miles de dólares para frustrar su propósito. Agradezco sinceramente a Dios por toda la ayuda que ha llegado a quienes sufren a través del médico, el cirujano, el hospital y...

La enfermera titulada. Si la enfermedad es la voluntad de Dios, entonces, como dijo un escritor: «Todo médico es un infractor; toda enfermera titulada desafía al Todopoderoso; todo hospital es una casa de rebelión, en lugar de una casa de misericordia». Si esto fuera cierto, en lugar de apoyar hospitales, deberíamos hacer todo lo posible por cerrarlos todos.

Si la teología moderna de quienes enseñan que Dios quiere que algunos de sus adoradores permanezcan enfermos para su gloria es cierta, entonces Jesús, durante su ministerio terrenal, nunca dudó en despojar al Padre de toda la gloria que le correspondía al sanar a todos los que acudían a él. El Espíritu Santo, de igual manera, le

despojó de toda la gloria que le correspondía al sanar a todos los enfermos en las calles de Jerusalén. Y Pablo también le despojó a Dios de toda la gloria que le correspondía al sanar a todos los enfermos en la isla de Melita.

Muchos hoy sostienen que Dios aflige incluso a los obedientes porque los ama, haciendo de la enfermedad una muestra de amor de nuestro Padre celestial. Si esto es cierto, ¿por qué intentan deshacerse de esa muestra de amor? ¿Por qué quien padece cáncer no ora por una segunda bendición para sí mismo y también le pide que bendiga a su esposa, hijos, padre, madre, vecinos, etc.?

¿Acaso Dios no castiga a su pueblo a veces mediante la enfermedad? ¡Claro que sí! Cuando desobedecemos a Dios, la enfermedad puede ser permitida mediante la disciplina amorosa del Padre. Pero Dios nos ha dicho cómo evitarla y evitarla. «Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; pero siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo» (1 Corintios 11:31-32). Estos castigos vienen para salvarnos del juicio final. Cuando vemos la causa del castigo y nos apartamos de él, Dios promete que será retirado. Tan pronto como «nos juzguemos a nosotros mismos» o aprendamos la lección, la promesa absoluta es «no seremos juzgados». Al juzgarnos a nosotros mismos podemos evitar el castigo. La sanidad divina no se promete incondicionalmente a todos los cristianos, independientemente de su conducta. Es para quienes creen y obedecen. “Todas las sendas de Jehová son misericordia y verdad para los que guardan su pacto y sus testimonios” (Salmo 25:10).

13. La actitud de nuestro Señor ahora se demuestra por el hecho de que se manifestó para “destruir las obras del diablo” (1 Juan 3:8). Piensen en su partida del cielo y la terrible transición de hacerse hombre, y en todo el sufrimiento y sacrificio que le siguió. ¿Cuál fue el propósito que lo impulsó a hacer todo esto? Las Escrituras dan la respuesta: “Con este propósito... para deshacer las obras del diablo”. Este propósito incluye la sanidad de “todos

los oprimidos por el diablo” (Hechos 10:38). Desde que fue glorificado, ¿ha renunciado a este propósito, que conservó incluso durante el sudor sangriento de Getsemaní y las terribles torturas del Calvario? ¿Quiere que las obras del diablo que antes quería destruir permanezcan en nuestros cuerpos? ¿Será que ahora quiere un cáncer, una “plaga”, una “maldición”, “las obras del diablo” en “los miembros de Cristo” y “los templos del Espíritu Santo”? ¿No es verdaderamente su voluntad sanar cualquier parte del Cuerpo de Cristo? Si no, ¿por qué ha ordenado que cualquier enfermo sea ungido en su nombre para sanidad?

Ya que “el Cuerpo es para el Señor”, un “sacrificio vivo para Dios”, ¿no preferiría Él un cuerpo sano que uno destrozado? Si no, ¿cómo puede Él hacernos “perfectos en toda buena obra para hacer su voluntad”? Es la voluntad expresa de Dios que “abundemos para toda buena obra”, que estemos “preparados para toda buena obra”, “enteramente preparados para toda buena obra”, “celosos de buenas obras” y “procurando mantener buenas obras”. ¿Es esto solo para hombres y mujeres sanos? Si fuera para todos, Él tendría que sanar a los enfermos para que esto fuera posible. Nadie puede “abundar para toda buena obra” mientras esté confinado en una habitación de enfermo.

Salvación Todo Incluido

14. Su actitud actual se revela en el significado mismo de la palabra salvación. La palabra soteria, que en griego significa salvación, implica liberación, preservación, sanidad, salud y solidez. En el Nuevo Testamento se aplica a veces al alma y otras veces solo al cuerpo. La palabra griega sozo, traducida como "salvado", también significa "sanado", "sanado". En Romanos 10:9 se traduce como “salvado”, y en Hechos 14:9 la misma palabra se traduce como “sanado” al referirse a la sanación del hombre cojo de nacimiento. Tanto la palabra griega para salvación como para “salvado” significan salvación tanto espiritual como física, o en otras palabras, sanidad espiritual y física. Pablo afirma en Efesios

5:23 que “él es el salvador del cuerpo”.

¿Esto es para algunos o para todos?

El Dr. Scofield, en su nota al pie sobre la palabra salvación, dice: «La salvación es la gran palabra inclusiva del Evangelio, que reúne todos los actos y procesos redentores». Por lo tanto, la palabra incluye nuestra posesión y disfrute de todas las bendiciones reveladas por sus siete nombres redentores. Estos nombres fueron dados para mostrar lo que incluye nuestra salvación. Es, por lo tanto, el Evangelio de sanidad para el cuerpo, así como para el alma, que «es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego». «El mismo Señor de todos es rico para con todos los que le invocan».

La compasión del Señor

El Señor es clemente y misericordioso; lento para la ira y grande en misericordia. El Señor es bueno con todos, y sus tiernas misericordias se extienden sobre todas sus obras.

Salmo 145:8–9

Al estudiar la compasión del Señor, encontramos una revelación completa de su disposición a sanar. Durante su ministerio terrenal, se compadeció de todos y sanó a todos los que necesitaban ser sanados. Es este mismo Jesús quien, tras decir: «Os conviene que me vaya», ahora está sentado a la diestra de Dios, «para ser un misericordioso y fiel Sumo Sacerdote» para nosotros.

En las Escrituras, compasión y misericordia significan lo mismo. El sustantivo hebreo *rachamin* se traduce tanto como «misericordia» como «compasión». El verbo griego *eleeo* se traduce como «tener misericordia» y «tener compasión»; asimismo, el adjetivo griego *eleemon* se define como «misericordioso-compasivo».

Tener compasión es amar tiernamente, tener piedad, mostrar misericordia, estar lleno de anhelo.

El mayor atributo de Dios es el amor

El texto anterior comienza con: «El Señor es clemente y misericordioso». Estos sentimientos sobre la naturaleza de Dios se expresan una y otra vez en las Escrituras. El mayor atributo de Dios es el amor, que está conectado con su Paternidad. Las declaraciones más conspicuas en las Escrituras sobre nuestro Padre celestial son las declaraciones sobre su amor, su misericordia y su compasión. Ninguna otra nota sobre el carácter de Dios inspirará tanto la fe como esta. En nuestros avivamientos, he visto la fe

elevarse como una montaña cuando la verdad del amor y la compasión actuales de Dios comenzó a manifestarse en la mente y el corazón de las personas. No es lo que Dios puede hacer, sino lo que sabemos que anhela hacer, lo que inspira la fe.

Al mostrar su compasión en todas partes al sanar a los enfermos, Jesús reveló al pueblo el corazón compasivo de Dios. Multitudes acudieron a él en busca de ayuda. ¡Cuán insidiosamente ha obrado Satanás para ocultar este glorioso hecho al pueblo! Ha difundido la afirmación antibíblica, ilógica y desgastada de que la era de los milagros ha pasado, hasta casi eclipsar la compasión de Dios de la vista del mundo. La teología moderna magnifica el poder de Dios más que su compasión; su poder más que el gran hecho de que «la supereminente grandeza de su poder [es] para con nosotros». Pero la Biblia invierte esto y magnifica su disposición a usar su poder más que el poder mismo. En ningún lugar la Biblia dice que «Dios es poder», pero sí dice que «Dios es amor». No es la fe en el poder de Dios lo que asegura sus bendiciones, sino la fe en su amor y en su voluntad.

El amor de Dios velado por la teología moderna

La primera afirmación de nuestro texto anterior es: «El Señor es misericordioso», lo que significa que «está dispuesto a mostrar favores». Este glorioso hecho, que brilla con tanta brillantez en las Escrituras, ha sido tan eclipsado por la teología moderna que por todas partes escuchamos que el Señor es capaz en lugar de «el Señor es misericordioso». Cientos de personas que necesitan sanidad nos han venido o nos han escrito diciendo, respecto a su necesidad de liberación, que «el Señor es capaz». Sus enseñanzas, así como su falta de enseñanza, les han impedido saber que el Señor está dispuesto. ¿Cuánta fe se necesita para decir?

¿Puede el Señor? El diablo sabe que Dios puede y sabe que está dispuesto; pero ha impedido que la gente conozca este último hecho. Satanás desea que magnifiquemos el poder del Señor, porque sabe que esto no es suficiente para la fe, pero que la

compasión y la disposición del Señor sí lo son.

Antes de orar por la sanación de las personas, debemos esperar a enseñarles la Palabra de Dios hasta que puedan decir: «El Señor es misericordioso», en lugar de: «El Señor quiere». Esto es exactamente lo que Jesús tuvo que hacer antes de sanar al leproso que dijo: «Si quieres, puedes». Demostró su disposición, para que el hombre realmente pudiera esperar la sanación.

En el sermón anterior, presentamos muchas pruebas bíblicas de la disposición actual del Señor para sanar. Pero incluso cuando podemos pasar de decir "Él puede" a decir "Él está dispuesto", esto no es suficiente. La palabra "dispuesto" es demasiado simple para expresar plenamente la actitud misericordiosa de Dios hacia nosotros. "Él se deleita en la misericordia" (Miqueas 7:18). Su actitud se expresa con mayor plenitud en 2 Crónicas 16:9: "Porque los ojos del Señor recorren toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen un corazón perfecto para con él". Este texto muestra a nuestro Señor no solo dispuesto, sino ansioso por derramar sus bendiciones con gran profusión sobre todos los que le permiten hacerlo. "Porque los ojos del Señor recorren toda la tierra", o en otras palabras, siempre está buscando oportunidades para complacer su bondad, porque "Él se deleita en la misericordia".

La benevolencia es el gran atributo de Dios. Si quieres agradarle, elimina los obstáculos que impiden el ejercicio de su benevolencia. Él es infinitamente bueno. Existe eternamente en un estado de completa consagración para derramar bendiciones sobre sus criaturas siempre que ellas lo permitan. Todos pueden hacerlo. Supongamos que el vasto Océano Pacífico se elevase sobre nosotros. Imaginemos entonces su presión en cada grieta para encontrar una salida por la que verter sus mareas oceánicas sobre toda la Tierra. Tenemos una imagen de la actitud benévola de Dios hacia nosotros.

Un desafío serio

Después de haber sido debidamente iluminado, te reto, lector, a colocarte donde la misericordia de Dios pueda alcanzarte sin que Él tenga que violar los gloriosos principios de su gobierno moral. Luego, espera y verás si experimentas la demostración más abrumadora de su amor y misericordia. La bendición fluirá hasta que hayas alcanzado el límite de tus expectativas. Cornelio se colocó donde la misericordia de Dios pudiera alcanzarlo al decirle a Pedro: «Todos estamos aquí presentes ante Dios para escuchar todo lo que Dios te ha ordenado». Encontró la bondad de Dios tan grande que ansiaba que Pedro terminara su sermón. Tan pronto como Pedro hubo hablado lo suficiente como para fundamentar su fe, descendió la bendición.

Dios no solo es capaz, sino que también está dispuesto a hacer “mucho más de lo que pedimos o entendemos”. Su amor es tan grande que no podría ser plenamente satisfecho bendiciendo a todos los seres santos del universo. Por lo tanto, se extiende a sus enemigos “por toda la tierra”. Me parece que Dios prefiere que dudemos de su capacidad que de su voluntad. Preferiría que un hombre en apuros me dijera: “Hermano Bosworth, sé que me ayudaría si pudiera” (dudando de mi capacidad), a que dijera: “Sé que puede, pero no confío en su disposición para ayudarme”.

De nuevo, el texto que encabeza este sermón afirma que el Señor es "muy misericordioso, tardo para la ira y grande en misericordia". Cuando pienso en cómo el Señor inunda nuestros corazones con su tierno amor, hasta el punto de que, al interceder por otros, nuestros corazones están demasiado llenos de anhelos para expresar sus sentimientos (anhelos inexpresables), me quedo asombrado y me pregunto cuál será su compasión. La compasión de una madre por su hijo que sufre la lleva no solo a estar dispuesta a aliviarlo, sino también a sufrir si no puede. La palabra griega *sumpathes* (traducida como "compasión") significa sufrir con otro. Por consiguiente, Isaías dice: "En toda su aflicción él fue afligido".

¿No es extraño que este maravilloso hecho de su misericordia hacia los enfermos, tan claramente visto y aplicado durante las épocas más oscuras del Antiguo Testamento, se pase por alto y se deje de lado en esta época "mejor"? Cristo

Ha abierto el camino para las manifestaciones más plenas posibles de Su misericordia hacia cada fase de la necesidad humana.

El Corazón Benevolente de Dios Alcanza a Todos

Nuestro texto, tras mostrar la grandeza de su compasión, concluye con la lógica conclusión: «El Señor es bueno con todos, y sus misericordias se extienden sobre todas sus obras». En otras palabras, es tan compasivo que no puede hacer acepción de personas al otorgar sus misericordias. Dios no puede satisfacer plenamente su bondad benévola bendiciendo a los santos. Tiene que extender sus misericordias a los malvados de la tierra. ¿Cómo podría negar la bendición común de la sanación a alguno de sus hijos obedientes?

Los profetas y reyes deseaban ver, y los ángeles deseaban contemplar esta era de gracia. Qué extraña doctrina la de que los enfermos no deben esperar tanta misericordia durante este tiempo de luz como los que sufrían durante las épocas más oscuras. ¿Está Dios ahora más dispuesto a mostrar la misericordia del perdón a los hijos del diablo que la misericordia de la sanación a los suyos? La verdad es que ama a su propio hijo enfermo y sufriente incluso más que al pecador. «La misericordia [compasión] del Señor es desde la eternidad hasta la eternidad [no solo para los pecadores, sino] para los que le temen». «Como un padre se compadece de sus hijos, se compadece el Señor de los que le temen». «Como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandece su misericordia para con los que le temen», así como para con el pecador. El cristiano enfermo puede decir, con Salomón: «...no hay Dios como tú... que guardas tu pacto y muestras misericordia a tus siervos, que andan delante de ti con todo su corazón» (2 Crónicas 6:14). No algunos, sino «todas las sendas del Señor son misericordia y verdad [no

para con sus enemigos, sino] para los que guardan su pacto y sus testimonios» (Salmo 25:10).

Ejemplos de la compasión del Señor

Veamos algunos pasajes de los evangelios que muestran la compasión del Señor.

Y se le acercó un leproso, rogándole, y arrodillándose ante él, le dijo: «Si quieres, puedes limpiarme». Y Jesús, movido a compasión, extendió la mano, lo tocó y le dijo: «Quiero; sé limpio». Y en cuanto hubo hablado, al instante la lepra desapareció y quedó limpio..... Y vinieron a él de todas partes.

Marcos 1:40–45

Fue la compasión la que movió a Cristo a sanar a este leproso.

Partió de allí en barco hacia un lugar desierto y apartado; y al enterarse la gente, lo siguió a pie desde las ciudades. Y Jesús salió, vio una gran multitud, y sintió compasión de ellos, y sanó a sus enfermos.

Mateo 14:13–14

Aquí, como en otros lugares, Él fue “abundante en misericordia” para “todos los que tenían necesidad de curación”. Fue su compasión lo que lo conmovió.

Al salir de Jericó, una gran multitud lo seguía. Y he aquí, dos ciegos sentados junto al camino, al oír que Jesús pasaba, gritaron: «Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros». Y Jesúsdijo: ¿Qué queréis que os haga? Le dijeron: Señor, que nuestro Se les abrirán los ojos. Entonces Jesús, compadecido de ellos, les tocó los ojos; y al instante recobraron la vista, y lo siguieron.

Mateo 20:29–34

Estos ciegos pidieron la misericordia de que se les abrieran los ojos. Jesús les concedió la misericordia de la sanación, demostrando que la sanación es misericordia, además de perdón. En aquellos tiempos, los enfermos, al buscar sanación, pedían misericordia. Hoy en día, la mayoría piensa que la misericordia se aplica solo al pecador, sin saber que su misericordia también se extiende a los enfermos.

Dios Padre de las Misericordias

Pablo, quien llama a Dios el «Padre de las misericordias», lo demuestra al sanar a todos los enfermos de la isla de Melita. Jesús dijo: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». Job fue sanado cuando oró por sus amigos.

Según una de las bienaventuranzas, obtuvo misericordia al mostrarla. Refiriéndose a la sanación de Job y explicándola, Santiago 5:11 dice: «El Señor es muy misericordioso y compasivo». Continúa con la instrucción a la Iglesia: «¿Está alguno enfermo entre vosotros? Que llame a los ancianos de la iglesia», etc. «El Señor es muy misericordioso y compasivo». En otras palabras, que «cualquier enfermo» en la Iglesia hoy, al igual que Job, obtenga también su sanación. Jesús proveyó todo lo que necesitamos. Él sigue diciendo, como a los dos ciegos: «¿Qué queréis que os haga?».

Jesús tuvo compasión del hombre en los sepulcros. Estaba tan poseído por una legión de demonios que se lastimó con piedras y rompió las cadenas con las que a menudo habían intentado atarlo. Cuando estuvo vestido y en su sano juicio, se alegró tanto que le rogó al Señor que le permitiera permanecer con él.

Pero Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: «Vete a casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cuán compasivo ha sido contigo». Y él se fue, y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas Jesús había hecho con él;

y todos se maravillaban (Marcos 5:19-20).

El resultado del testimonio de un hombre

Leamos Mateo 15:30-31 y veamos los resultados del testimonio de este hombre dado para anunciar la compasión del Señor.

Y vinieron a él grandes multitudes, trayendo consigo cojos, ciegos, mudos, mancos y otros muchos enfermos; y los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó; de tal manera que la multitud se maravillaba, viendo a los mudos hablar, a los mancos sanados, a los cojos andar, y a los ciegos ver; y glorificaban al Dios de Israel.

No fue su enfermedad, como algunos enseñan hoy, sino su sanación lo que impulsó a estas grandes multitudes a glorificar al Dios de Israel. ¡Cuánta gloria recibiría Dios, y cuántas bendiciones para el mundo, si cada ministro hoy presentara claramente las promesas bíblicas de sanidad para los enfermos! ¡Qué bendición sería si, tan pronto como cada uno sanara, publicara la compasión del Señor por toda su Decápolis! En poco tiempo, miles y miles de enfermos en todas partes obtendrían fe en Cristo para su sanidad. Entonces se diría de nuevo que las multitudes glorificaron al Dios de Israel. La alta crítica y el modernismo pronto serían impopulares, y los falsos cultos de sanidad no alejarían de la Iglesia a las multitudes que ahora están siendo engañadas.

Se afirma anteriormente que este hombre “publicó” la compasión del Señor. Algunos se oponen Y escriben artículos contra nosotros por publicar los testimonios de quienes han sido sanados milagrosamente. ¿Qué pasa? ¿Hay algo malo en obedecer el mandato del Señor de "dar a conocer sus obras al pueblo"? Ya que Jesús murió para abrir el camino para que sus misericordias cubrieran todas las necesidades de la humanidad, sin duda deberíamos estar dispuestos a que la conozcan. Al leer algunos de los libros y artículos que se están escribiendo, uno pensaría que es un crimen dar a conocer a la gente la compasión del Señor.

Notarán que en las Escrituras citadas arriba, como resultado de los milagros de sanación, la fama de Jesús se difundió, «y acudían a él de todas partes». Y «lo seguían a pie desde las ciudades», y «grandes multitudes acudían a él». «¡Multitudes! ¡Multitudes! ¡Multitudes!», por todas partes.

Hoy en día, sucede lo mismo. A medida que se obedece el mandato de "dar a conocer sus obras al pueblo" y se divulga su compasión, comienzan a suceder cosas. En cuanto se sabe en cualquier ciudad que "este mismo Jesús" está sanando a los enfermos, la gente acude de todas partes. Nunca he visto nada que derribe tanto las barreras y atraiga a la gente de todas partes como la manifestación de la compasión del Señor al sanar a los enfermos. En nuestros avivamientos, hemos descubierto que en cuanto el público descubre lo que "este mismo Jesús" está haciendo, acude de todas partes. Vienen del sector metodista, del sector bautista, del sector católico, del sector de la Ciencia Cristiana, del sector unitario, del sector espiritista, del sector judío, del sector de los pobres, del sector de los ricos y de todos los sectores.

Multitudes escuchan el Evangelio y entregan su vida a Dios. Ni siquiera asistirían a las reuniones si no existieran milagros de sanidad que revelaran su compasión.

El efecto de las curaciones actuales

Si Cristo y sus apóstoles no pudieron atraer a las multitudes sin milagros, ¿acaso no?

¿Esperaba más de nosotros? Predicamos durante trece años antes de que el Señor nos guiara a predicar esta parte del Evangelio con mayor valentía y público. En lugar de que el ministerio de sanidad se desviara del asunto más importante, la salvación del alma, hemos visto más conversiones felices en una sola semana que en todo un año de evangelización. Tan pronto como comienzan nuestros avivamientos, cientos de personas acuden cada noche para entregar su corazón y su vida a Dios. Ciudades enteras comienzan

a hablar de Jesús. Otros evangelistas que han visitado nuestros avivamientos ahora están demostrando esto en sus propias reuniones.

Nuestro último avivamiento, antes de escribir este libro, se llevó a cabo en Ottawa, Canadá. Durante las siete semanas que duró la reunión, seis mil personas acudieron en busca de sanidad y unas doce mil en busca de salvación. Dudo que hubiera habido más de mil personas en busca de salvación de no haber sido por los milagros de sanidad, que demostraron la compasión del Señor. La ciudad y el país se conmovieron como nunca antes en su historia. Las multitudes más grandes jamás reunidas bajo un mismo techo para reuniones religiosas en esta capital de Canadá llenaron el auditorio recién construido, de un millón de dólares. Este es el edificio más grande de la ciudad. La asistencia llegó a diez mil personas en un solo servicio. Antes de partir de la ciudad, se recibieron cientos de testimonios escritos. Aquellos sanados de casi todo tipo de enfermedades y aflicciones relataron lo que Dios había hecho. ¡A Dios sea toda la gloria!

Un evangelista bautista, quien, entre otros evangelistas, ha demostrado que esto es cierto, escribió en uno de los diez panfletos que ha publicado sobre el tema que la sanidad es el mayor medio de evangelización que el Señor jamás usó. Dijo que no volvería a la antigua (nueva) forma ni por todo el dinero de Estados Unidos.

La cosecha creciente

Ahora veamos otro pasaje acerca de la compasión del Señor.

Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, predicando el evangelio del reino y sanando toda enfermedad y dolencia entre el pueblo. Pero al ver a las multitudes, sintió compasión de ellas, porque estaban desfallecidas y dispersas como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: «La mies es mucha, pero los obreros pocos; rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies». Y llamando a sus doce discípulos,

les dio autoridad contra los espíritus inmundos para expulsarlos y sanar toda enfermedad y dolencia... y les mandó: «Id... predicad... sanad a los enfermos».

Mateo 9:35–10:8

Aquí, la compasión de Jesús por los enfermos se hace tan notoria que la cosecha es demasiado grande para un solo segador. Su corazón compasivo anhela la creciente cantidad de personas que no pueden alcanzarlo debido a la presión. «Al ver las multitudes, sintió compasión de ellas». Es como si solo pudiera ministrar personalmente a una parte de ellas, y su compasión por el resto de las multitudes, que crecían rápidamente, lo impulsa a enviar a otros obreros a sanar y predicar. «Su cosecha» no solo es la misma en carácter en nuestros días, sino que también es mucho mayor que cuando él estuvo aquí. Su compasión sigue siendo la misma. Él quiere que hoy los mismos segadores recojan la misma cosecha predicando y sanando en «todas las ciudades y aldeas». Su compasión, manifestada a través de estos doce nuevos obreros, pronto requirió el envío de setenta más capacitados para predicar y sanar. Obreros de este tipo son pocos hoy en día. «La cosecha» es verdaderamente abundante, más allá de lo que era entonces. Lo que Él comenzaba a hacer y enseñar es exactamente lo que Él quiere que se haga y enseñe en todas partes hoy. En lugar de terminar algo, según la idea moderna, Él comenzaba algo que prometía continuar y aumentar. No es el Evangelio del siglo XX, sino «este Evangelio» (el que Él proclamó) que Él dijo que «será predicado en todo el mundo».

Una extraña inversión de la promesa de Cristo

Jesús, en Juan 14:12-13, enseñó y prometió enfáticamente que la misma misericordia y compasión podría alcanzar a las personas a través de nuestras oraciones mientras él sea nuestro Sumo Sacerdote en el Cielo. De hecho, su partida fue para abrir el camino para que su compasión se manifestara a una escala mucho mayor. Isaías profetizó de él: «Por lo cual será exaltado para tener

misericordia». Jesús dijo: «Les conviene que yo me vaya». Esto no sería cierto si su partida retirara o incluso modificara la manifestación de su compasión al sanar a los enfermos. ¿No es extraño que muchos ministros hoy en día inviertan por completo la promesa de Cristo de que se realizarán obras iguales y mayores, al enseñar que la era de los milagros ya pasó? Otros hacen lo mismo al enseñar que Dios quiere que algunos de sus hijos devotos permanezcan enfermos para su gloria, así como muchas otras ideas tradicionales y antibíblicas.

Todo aquel que enseña que la sanidad no es para todos los que la necesitan hoy como lo fue en el pasado, prácticamente enseña que la compasión de Cristo hacia los enfermos ha cambiado, al menos, desde su exaltación. Peor aún, otros enseñan que su compasión al sanar a los enfermos ha desaparecido por completo. Para mí, es un misterio cómo un ministro puede adoptar una postura que vela e interfiere con la manifestación del mayor atributo de la deidad. La compasión de Dios es el amor divino en acción. Cuando Pablo hizo el llamado más enérgico a la consagración, dijo: «Les ruego... por las misericordias de Dios». Esta es la manifestación de su mayor atributo.

Nuestro Sumo Sacerdote

Jesús dijo: «Cuando venga el Espíritu de la Verdad, él me glorificará». ¿Podría el Espíritu glorificar a Cristo ante los enfermos diciéndoles que la era de los milagros ya pasó? Prometió hacer «estas obras... y obras mayores» durante esta era. ¿Glorificaría a Jesús si, desde su exaltación, retirara o modificara su ministerio a los enfermos? ¿Ha venido el Espíritu a magnificar a Cristo modificando su ministerio a sus hermanos enfermos y sufrientes? ¿Es Cristo su Sumo Sacerdote? ¿Sería esto directamente contrario a la glorificación del Dios de Israel en Decápolis?

¿Acaso la sanación de las multitudes nos ha traído a la mente?
¿Debemos abandonar nuestra oración de fe por nuestra sanación?
Si es así, entonces la práctica común de orar para que los enfermos
tengan fortaleza y paciencia para soportar su aflicción es correcta.
¡Algo anda mal!

Desde que Jesús se convirtió en nuestro Sumo Sacerdote, habla desde el cielo siete veces, diciendo: «El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias». Hoy en día, se dice mucho que el Espíritu nunca ha dicho y que es lo contrario de lo que dice. A continuación, se presentan algunas de las cosas que el Espíritu dice con el propósito de glorificar a Cristo.

“Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para ser misericordioso y fiel sumo sacerdote” (Hebreos 2:17). Ya hemos mostrado que tanto las palabras misericordioso como compasivo se dan como el significado del adjetivo griego *eleemon*, traducido como “misericordioso” en este pasaje. Este versículo no hace referencia a la compasión de Cristo manifestada durante su ministerio terrenal. Se refiere únicamente a su ministerio celestial y al hecho de que su encarnación tuvo como fin mostrar compasión como nuestro Sumo Sacerdote tras su regreso al cielo. “Todo lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar hasta el día en que fue recibido arriba” es lo que, debido a su inmutable compasión, prometió que continuaría y sería mayor después de su partida.

El Espíritu glorifica aún más a Cristo al decir que ahora se compadece de nuestras debilidades (griego: *sumpatheo*, traducido como «tuvo compasión» en Hebreos 10:34). Él todavía puede compadecerse (Hebreos 5:2). Él es «Jesucristo, el mismo ayer, y hoy, y por los siglos». Adorémosle, porque su compasión es la misma hoy. Al contemplar todas nuestras debilidades, sigue compadecido y anhela ayudarnos.

Reconocemos que muchos que no creen en la sanidad divina cooperan con el Espíritu en estos gloriosos sentimientos, en cuanto a la obra más importante de salvar almas. Algunos dicen que la era de los milagros ya pasó. Mientras cumple su oficio de glorificar al Cristo exaltado, el Espíritu expresa la profunda

Sentimientos de Hebreos 10:34. ¡Qué maravilloso sería si todos los ministros y cristianos cooperaran con el Espíritu proclamando también estos gloriosos sentimientos a quienes sufren físicamente! En lugar de ser sacerdotes y levitas que pasan de largo, Santiago 5 manda a la Iglesia a ser un "buen samaritano". Debe atender compasivamente las necesidades físicas de los enfermos y afligidos. Debe vendar sus heridas, vertiendo el bálsamo sanador del vino y el aceite (la Palabra de Dios y el Espíritu de Dios). "Envío su palabra y los sanó" por el poder del Espíritu. Jesús pronunció un ay sobre los escribas y fariseos por haber omitido los asuntos más importantes de la misericordia y la fe.

En el quinto capítulo de los Hechos tenemos otra prueba maravillosa de que la compasión de Cristo por los enfermos sigue siendo la misma. Leemos acerca de las multitudes que se congregaron en las calles de Jerusalén en los días posteriores a su ascensión al Padre, que «todos fueron sanados». Aquí fue nuevamente, como nuestro Sumo Sacerdote en el Cielo, que Jesús hizo exactamente lo que hizo antes de partir. Desde el cielo, «tuvo compasión y sanó a todos los que necesitaban ser sanados».

Incluso en el último capítulo de los Hechos, encontramos su compasión manifestada desde el cielo mediante la sanación de todos en la isla de Melita. Si bien es nuestro Sumo Sacerdote, su compasión es tan grande que «vive siempre para interceder por nosotros».

Nuevamente, su compasión por los enfermos, desde que fue glorificado, lo impulsó a establecer en la Iglesia dones espirituales. Los dones de fe, de milagros y de sanidad para la recuperación de los enfermos se otorgan a lo largo de los siglos mientras él es

nuestro Sumo Sacerdote. El reverendo W. C. Stevens dice sobre estos días posteriores a la exaltación de Cristo: «Encontramos, como algo natural y necesario, 'dones de sanidad', que adquieren la misma jerarquía y prominencia que tuvieron en el ministerio personal de nuestro Señor en la tierra».

Incluso los laicos pueden orar por los enfermos

Es su compasión presente por los enfermos lo que impulsó a Jesús, como nuestro Sumo Sacerdote y Cabeza de la Iglesia, a ordenar a los ancianos e incluso a los laicos que oraran la oración de fe por la sanación de «todo enfermo» durante la Era de la Iglesia (Santiago 5:14; Marcos 16:17-18). El reverendo W. C. Stevens señala al respecto: «Todos los predicadores, maestros, escritores y demás personas que predicán la Palabra de Vida a la gente deben mantener esta instrucción [Santiago 5:14] tan presente a la gente como la enfermedad misma los confronta constantemente».

Incluso durante su ministerio terrenal, nuestro adorable Señor haría cualquier sacrificio y sufriría incluso la maldición, con tal de abrir camino a su compasión para alcanzar a los más indignos y provocadores de sus enemigos. Tanto el sudor sangriento de Getsemaní como las horribles torturas del Calvario no fueron más que manifestaciones de su infinita compasión. Fue al Calvario con el rostro endurecido como el pedernal. Había sido traicionado por el beso de Judas y entregado a las manos de sus crucificadores. Pedro le había cortado la oreja al siervo del Sumo Sacerdote. Jesús sana la oreja de su enemigo y le dice a Pedro que guarde su espada. Envainó, por así decirlo, su propia espada, reprimiendo el impulso más natural de su santa alma.

Se negó a orar cuando, con solo orar, podría haber contado instantáneamente con más de doce legiones de ángeles para escapar de la agonía de la cruz. Entonces solo habría habido un tribunal y no un propiciatorio. El hombre caído, con todas sus necesidades de cuerpo, alma y espíritu, no habría tenido esperanza. En su obra sustitutiva por nosotros, anticipó todas las posibles

necesidades de la raza de Adán y abrió el camino para que la misericordia alcanzara cada fase de la necesidad humana. Él se compadeció entonces, y se compadece, de todos los que necesitan su ayuda. Las siete bendiciones de su pacto: su presencia como proveedor, paz, victoria, pastor, justicia y médico, están garantizadas gracias a la tragedia de su cruz. Nos las revelan sus nombres redentores. Sus pactos, incluyendo el pacto de sanidad, son otorgados por su misericordia. «[Él] guarda el pacto y la misericordia con los que le aman... hasta mil generaciones» (Deuteronomio 7:9).

Cómo no entristecer el corazón de Jesús

Dudar o ignorar su amor y compasión entristece el corazón de Jesús. Lo hizo llorar por Jerusalén. Muchas veces los ministros han dicho hoy que no necesitamos milagros. Creen que los milagros son solo señales para demostrar la deidad del Señor, etc. Les he dicho: «Si tuvieran un cáncer que les arrancara la cabeza, necesitarían un milagro, ¿no es así?». La mayoría de la gente hoy en día está tan a oscuras sobre este tema que nunca se les ocurre que también hay misericordia para los enfermos. Nunca piensan en los dones de sanidad y los milagros como una manifestación de la compasión de Cristo. Hora tras hora, día tras día, durante tres años, sanó a todos los que acudieron a él gracias a su compasión. ¿No son las necesidades de los que sufren hoy las mismas que en aquel entonces? ¿No necesitan tanta compasión como en el pasado?

Pensamos en la infinidad de personas desesperadas, sufriendo una agonía tan intensa que la muerte sería una misericordia. Los médicos, tras hacer todo lo posible, se han visto obligados a decir: «No puedo hacer más por ustedes». La compasión de Cristo, a cada instante, sigue siendo exactamente igual que cuando se manifestó durante los tres años de su amoroso ministerio terrenal. ¡Qué valioso es saber esto como un hecho en el que podemos confiar plenamente!

Hemos demostrado que la sanidad corporal es una misericordia que Cristo otorgó en todas partes a quienes la buscaron. Él fue la expresión de la voluntad del Padre. Tenemos la clara declaración de que el Señor es "grande en misericordia para con todos los que [incluidos los enfermos] lo invocan" porque su misericordia "es para siempre". Su misericordia es "de eternidad a eternidad". Él es "lleno de misericordia" "sobre todas sus obras". ¿Acaso estas Escrituras no zanján el asunto? En lugar de decir que la era de los milagros ya pasó, digamos: "¡Escrito está! ¡Escrito está!".

Cómo apropiarse

El Redentor y el Pacto Bendición de la sanación corporal

Nota: En este sermón repetimos algunas de las afirmaciones de las páginas anteriores para que contenga suficiente verdad como para sentar las bases de la fe. Esto se hace para beneficio de quienes necesiten la oración de fe para su sanación antes de tener tiempo de leer el libro completo.

El primer paso

El primer paso para sanar es el mismo que el primer paso para la salvación o cualquier otra bendición que Dios prometa. La persona enferma necesita saber lo que la Biblia enseña claramente y que es la voluntad de Dios sanar hasta que haya cumplido la vida asignada (setenta años, Salmo 90:10). Cada persona que sufre debe estar convencida por la Palabra de Dios de que su sanación es la voluntad de Dios. Es imposible tener fe verdadera en la sanación mientras exista la más mínima duda de que sea la voluntad de Dios.

Es imposible reclamar con valentía por fe una bendición que no estamos seguros de que Dios ofrece. El poder de Dios solo se puede reclamar cuando se conoce su voluntad. Por ejemplo, sería casi imposible lograr que un pecador "crea para justicia" antes de convencerlo completamente de que era la voluntad de Dios salvarlo. La fe comienza cuando se conoce la voluntad de Dios. La fe debe basarse únicamente en la voluntad de Dios, no en nuestros deseos o anhelos. Apropiarse de la fe no es creer que Dios puede, sino que lo hará. Aquellos que afirman creer en la sanidad, pero dicen...

Una palabra a favor y diez palabras en contra no pueden producir fe para la curación.

La fe es esperar que Dios haga su voluntad

Cuando Dios nos manda orar por los enfermos, quiere decir que oremos con fe. No podríamos hacerlo si no conociéramos su voluntad. Hasta que una persona no conozca la voluntad de Dios, no tiene base para la fe. La fe es esperar que Dios haga lo que sabemos que es su voluntad. No es difícil, cuando tenemos fe, lograr que Dios haga su voluntad.

Cuando sabemos que es su voluntad, no nos cuesta creer que Él hará lo que estamos seguros de que quiere hacer. Es así como toda persona salva ha experimentado el milagro aún mayor del nuevo nacimiento. No puede haber apropiación por fe hasta que el Evangelio nos haga saber lo que Dios ha provisto para nosotros.

No hay doctrina enseñada con mayor énfasis en la Palabra de Dios que la de que mediante la expiación de Cristo se proveyeron tanto la salvación como la sanidad corporal. Es la voluntad de Dios quitar la enfermedad de quienes le sirven y cumplir el número de sus días según su promesa (Éxodo 23:25-26). Así como los símbolos de Levítico 14 y 15 muestran que, bajo la ley de Moisés, la enfermedad se sanaba invariablemente mediante la expiación, Mateo 8:17 afirma categóricamente que Jesús sanó todas las enfermedades basándose en la Expiación.

Esta Escritura nos muestra que la razón por la que Cristo no hizo excepciones al sanar a los enfermos que lo acosaban fue su expiación. Hizo su expiación por toda la raza de Adán, incluyéndote a ti. Mientras multitud tras multitud se agolpaba sobre él para escucharlo y ser sanados de sus enfermedades, se afirma repetidamente en los evangelios: «Los sanó a todos» (léase Mateo 4:24; 12:15; 14:14; Lucas 4:40; Hechos 10:38). Él no podía hacer excepciones. ¿Por qué? Porque en su expiación venidera, él mismo tomó nuestras enfermedades. Puesto que él llevó nuestras

enfermedades, se requiere la sanación de todos para que se cumpla esta profecía.

Dios lo expresó con tanto cuidado y sencillez que tendríamos que citarlo mal para excluirmos. ¡Lo que el Calvario provee es para todos!

La manera en que Dios salva el alma, sana el cuerpo y hace todo lo demás que desea es enviar su Palabra, su promesa. Luego, cumple la promesa dondequiera que genere fe. El procedimiento divino para sanar se declara en el texto: «Envió su palabra, y los sanó, y los libró de su ruina» (Salmo 107:20).

Es la palabra de Dios, que obra eficazmente en los que creen. Es salud para todo su cuerpo (1 Tesalonicenses 2:13; Proverbios 4:22).

Así como la fe de una niña para un vestido nuevo proviene de escuchar la promesa de su madre de comprarlo el próximo sábado, nuestra fe para la sanidad proviene de escuchar la Palabra de Dios. Esta es su promesa de que Él lo hará. Tanto la fe de la niña como la nuestra "vienen por el oír". La niña no podía, ni se esperaba que tuviera fe para el vestido nuevo hasta que su madre se lo prometiera. Así también nosotros no podemos, ni se espera que tengamos fe para la sanidad, la salvación o cualquier otra bendición, hasta que esa fe provenga de escuchar la Palabra (la promesa) de Dios de hacerlo.

¿Cómo podría alguien encontrar la “justificación por la fe” sin que se le predicara? ¿Cómo podría alguien encontrar sanidad por la fe sin que se le predicara? Son las Escrituras las que pueden hacer a los hombres sabios para la salvación. Debemos ver que el Creador y Redentor del cuerpo es también su Médico antes de tener motivos para esperar sanidad.

El valor de los nombres redentores de Dios

Puesto que Él nos sana enviando Su Palabra, ¿qué puede ser más Su Palabra que Sus nombres redentores y de pacto, que fueron dados, los siete, con el propósito específico de revelar a cada hombre de la raza de Adán Su actitud redentora hacia ellos?

Cuando Cristo nos manda a predicar el Evangelio a toda criatura, quiere decir que anunciaremos la Buena Nueva de la redención. Sus siete nombres redentores revelan lo que incluye nuestra redención. Él tiene muchos otros nombres, pero solo siete nombres redentores. Estos siete nombres nunca se usan en las Escrituras, excepto en su trato con el hombre. No seis nombres, ni ocho, sino siete, el número perfecto, porque Él es un Salvador perfecto. Su redención abarca toda la necesidad humana. Las bendiciones reveladas por cada uno de estos nombres se encuentran todas en la Expiación.

Por ejemplo, JEHOVÁ-SHAMMAH significa “el Señor está presente”, “hecho cercano por la sangre de Cristo”.

JEHOVÁ-SHALOM se traduce como “el Señor es nuestra paz”. Esto se encuentra en la Expiación porque “el castigo de nuestra paz recaía sobre él”.

JEHOVÁ-RA-AH se traduce como «el Señor es mi Pastor». Él se convirtió en nuestro Pastor al dar su vida por las ovejas. Este privilegio se encuentra en la Expiación.

JEHOVÁ-JIREH significa «el Señor proveerá» una ofrenda. Cristo mismo fue la ofrenda provista en el Calvario.

Él se convirtió en JEHOVÁ-NISSi, “El Señor nuestro Estandarte” o Victorioso, al despojar a los principados y potestades en la cruz.

Él llevó nuestros pecados y se convirtió en JEHOVÁ-TSIDKENU, “el Señor nuestro Dios”.

Justicia.” Él abrió el camino para que cada pecador recibiera el don de la justicia.

JEHOVÁ-RAFA se traduce como “Yo soy el Señor que te sana”, o “Yo soy el Señor tu Médico”. Esto también se encuentra en la Expiación, pues Él “tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias”.

Esto completa la lista de los siete nombres, dados con el propósito de revelar la relación de Dios con todos nosotros bajo cada uno de estos siete títulos. Estos siete nombres pertenecen permanentemente a Cristo. Es bajo cada uno de estos siete títulos que Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Jesús dice a todos los que acuden a Él en busca de cualquiera de estas siete bendiciones: «Al que a mí viene, no le echo fuera».

Ésta es la Buena Nueva que Dios quiere que sea predicada a toda criatura, para que toda criatura tenga el privilegio de gozar de “la plenitud de la bendición del Evangelio de Cristo”.

Repito que nada es más Palabra de Dios "establecida en el cielo" que su nombre redentor, Jehová-Rapha. Nadie tiene derecho a cambiar el "Yo soy" de Dios, Jehová-Rapha, por "Yo era". La "Palabra del Señor permanece para siempre".

Puesto que Jehová-Shalom, «El Señor nuestra Paz», es uno de los nombres redentores de Cristo, ¿no tiene todo ser humano el derecho redentor de obtener paz de Él? ¿No tiene todo ser humano, igualmente, el derecho redentor de obtener la victoria de Jehová-Nissi? ¿Acaso no tiene todo ser humano el derecho redentor de obtener el don de la justicia de Jehová-Tsidkenu, etc.? Si es así, ¿por qué no tiene todo ser humano el derecho redentor de obtener sanidad de Jehová-Rapha?

Esta palabra, Jehová-Rapha, fue tan aceptada y creída por aquellos a quienes se les envió inicialmente que «no había ni una sola persona débil entre todas sus tribus». Siempre que sus transgresiones perjudicaban su salud, en cuanto se arrepentían, se realizaban expiaciones típicas. Dios seguía siendo Jehová-Rapha el Sanador, no para algunos, sino para todos. Dios quiere que este nombre redentor, así como todos los demás, sea enviado «a toda criatura» con la promesa de que «se recuperarán». «El Señor los levantará».

La serpiente de bronce: un tipo de Cristo

Dios ratificó su Palabra a los israelitas moribundos enviándoles la Palabra añadida: «Todo aquel que sea mordido y mire a la serpiente de bronce, símbolo del Calvario, vivirá». Si la Expiación no provee sanidad corporal, ¿por qué se les exigió a estos israelitas moribundos que miraran el símbolo de la Expiación para recibir sanidad corporal? Así como su maldición fue eliminada al ser levantado el símbolo de Cristo, la nuestra también lo es al ser levantado Cristo, el Antitipo. Ya que el Espíritu nos es dado para hacer de Cristo una realidad, ¿por qué no deberíamos mirar a Cristo mismo con la misma expectativa que ellos miraron al símbolo?

Conviene destacar que no podían mirar la serpiente de bronce y sus síntomas al mismo tiempo. La fe de Abraham se fortaleció mientras miraba la promesa de Dios. Algunos lo invierten. Su fe se debilita mientras miran sus síntomas y olvidan las promesas. La Palabra de Dios es la única base sólida para nuestra fe. Dios sanó al enviar su Palabra. Perderemos la sanidad si permitimos que nuestros síntomas nos impidan esperar lo que su Palabra promete.

El segundo paso

El segundo paso para sanar es estar seguro de que estás bien con Dios. Nuestro

Las bendiciones redentoras son condicionales. Después de escuchar el Evangelio y saber lo que ofrece, Jesús dice: «Arrepiéntanse y crean en el evangelio». Solo quienes están bien con Dios pueden seguir estas instrucciones. Al buscar la sanación de nuestro cuerpo, no debemos ceder ante el adversario de nuestra alma, porque él es el autor de nuestras enfermedades. Jesús ha prometido destruir las obras del diablo en nuestro cuerpo. No puede hacerlo legalmente mientras nos aferremos a la obra del diablo en nuestra alma. Es difícil ejercer fe para eliminar una parte de la obra del diablo mientras permitimos que permanezca otra peor. Hasta que una persona no afronte y resuelva la cuestión de la obediencia a Dios, no está en terreno de fe. Santiago dice: «Confesaos vuestras ofensas unos a otros... para que seáis sanados». Es la voluntad de Dios «que tú seas prosperado y tengas salud, así como prospera tu alma». «Si en mi corazón hubiera yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado». Es cuando nuestro corazón no nos condena que tenemos confianza en Dios.

El mandato a los enfermos de “llamar a los ancianos” se escribió inicialmente a los cristianos llenos del Espíritu. Hay algo erróneo cuando alguien desea la bendición, pero no a Aquel que bendice; su misericordia, pero no a sí mismo. No es apropiado buscar su misericordia mientras se rechaza su voluntad. No pidas una pequeña bendición mientras rechazas una grande. Es imposible recibir y rechazar las bendiciones divinas al mismo tiempo. Dios está esperando para decirles a Satanás y a la enfermedad lo que le dijo a Faraón: “Deja ir a mi pueblo, para que me sirva” (Éxodo 7:16). “Nuestra primera consideración, en todo, incluso al pedir la restauración de la salud física, debe ser la gloria de Dios” (Rev. P. Gavin Duffy).

La fortaleza para servir a Dios es la única base adecuada para buscar la salud en sus manos. La unción con aceite para sanar es símbolo y señal de consagración. Debemos desear nuestra salud para la gloria de Dios.

¿Qué significa entonces la unción? Lea Levítico 8:10-12 y encontrará la respuesta de Dios a la pregunta: «Y Moisés tomó el aceite de la unción, y ungió el tabernáculo y todo lo que había en él, y los santificó», es decir, los apartó para Dios. La unción «con aceite en el nombre del Señor» era un acto de dedicación y consagración, que implica por parte del ungido, una entrega plena a Dios de sus manos para trabajar para Él y sólo para Él, de sus pies para caminar para Él y sólo para Él, de sus ojos para ver, de sus labios para hablar, de sus oídos para oír para Él y sólo para Él, y de todo su cuerpo para ser templo del Espíritu Santo.

Reverendo RA Torrey

“Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma” (3 Juan 2).

El Espíritu Santo nos dice que nos sometamos a Dios antes de decir "resistamos al diablo", porque nadie puede resistirlo con éxito hasta que se someta a Dios. Cuando se resiste así al diablo, no solo se alejará, sino que literalmente huirá de ti (Santiago 4:7).

La maldición, incluyendo las diversas enfermedades catalogadas en Deuteronomio 28, cayó sobre el pueblo porque su obediencia y su servicio no fueron con alegría y gozo de corazón. La condición de corazón que causó la aparición de las enfermedades mencionadas en ese capítulo no es la adecuada para su eliminación. En otras palabras, la condición de corazón que causó la maldición en aquel tiempo no es la condición de corazón con la que debemos acudir a Él para que la elimine en nuestros días.

Las promesas de Dios son sólo para los obedientes

Es a quienes se deleitan en el Señor a quienes Él concede las

peticiones de su corazón (Salmo 37:4). Dios no ha bajado el estándar para el Día de la Gracia. Es solo para los obedientes, aquellos que “escuchan diligentemente la voz del

Señor” y “haz lo que es recto delante de sus ojos”, por lo que se dice: “El Señor quitará de ti toda enfermedad” (Éxodo 15:26; Deuteronomio 7:15).

La fe, como ven, es la unión de nuestro corazón y voluntad con la voluntad y el propósito de Dios; y donde falta esta unidad, los resultados son imposibles. Esta es una ley espiritual muy importante a la que, en nuestros tiempos, hemos estado lamentablemente ciegos (Rev. P. Gavin Duffy). Dios dice, respecto a temer al Señor y apartarse del mal: «Será [en sí mismo] salud [hebreo, medicina] para tu ombligo y médula [hebreo, humectación] para tus huesos» (Proverbios 3:7-8).

La fe siempre implica obediencia. Pablo instruyó a los efesios a obedecer el quinto mandamiento: «Para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra» (Efesios 6:3). La entrega y obediencia de Naamán a la Palabra de Dios fue completa antes de ser sanado.

A quienes andan en integridad se les dice: «No les negaré ningún bien» (Salmo 84:11). Por lo tanto, antes de pedirle algo a Dios, debemos someternos al «primer y gran mandamiento». «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón». Dios dice: «Porque en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré» (Salmo 91:14). Él «guarda el pacto y la misericordia con los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones» (Deuteronomio 7:9). Por lo tanto, como el leproso, adorémosle al pedir sanación.

En su mano derecha [de la Sabiduría] hay largura de días; y en su mano izquierda, riquezas y honores (Proverbios 3:16). Cásate con ella (la Sabiduría) y obtendrás sus posesiones.

La Sabiduría es representada aquí como una Reina generosa, que extiende bendiciones con ambas manos a todos los que quieran someterse a su gobierno.

Es para “aquellos cuyo corazón es perfecto hacia él” que “los ojos del Señor corren hacia él” “de aquí para allá por toda la tierra, para mostrarse fuerte” (2 Crónicas 16:9).

“Un corazón sano es vida de la carne; pero la envidia es carcoma de los huesos” (Proverbios 14:30). Un corazón enfermo es peor que un estómago enfermo. Un alma enferma es peor que un cuerpo enfermo. Una voluntad desordenada es peor que un hígado enfermo. Pablo dijo: “El cuerpo... para el Señor” antes de decir: “El Señor para el cuerpo”.

La Biblia enseña que el cuerpo fue comprado por precio; glorifiquen, pues, a Dios en su cuerpo y en su espíritu, los cuales son de Dios (1 Corintios 6:20). «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, [...] que es vuestro culto racional» (Romanos 12:1). Por lo tanto, presentad vuestro cuerpo a Él si queréis que sane. Solo cuando sea de su propiedad, Él promete repararlo.

Primero en la cruz para ser purificado

El camino seguro para los enfermos es, primero a la cruz para la purificación, luego al aposento alto para recibir el don del Espíritu, luego al monte designado para una comisión vitalicia, y, finalmente, al Gran Médico para recibir la fuerza para el servicio (Bryant). «Si el Espíritu de aquel que levantó a Jesús de entre los muertos mora en vosotros, el que levantó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros» (Romanos 8:11). En Cristo, la Vid verdadera, está toda la vida que necesitamos para nuestras almas y cuerpos. ¿Cómo podremos poseerla y disfrutarla si no es mediante nuestra unión con la Vid? No es separado de Él, sino «en Él», que «estáis completos» (Colosenses 2:10).

La sustitución sin unión no es suficiente para poseer y disfrutar de

la vida de la Vid. Si necesitas un milagro, sintonízate con el Hacedor de Milagros.

Disfrutamos de la Vida de la Vid mediante nuestra perfecta unión con ella. Pedir sanidad mientras nos negamos a ser guiados por el Espíritu es como pedirle a un carpintero que repare la casa y negarle la entrada.

“Todos los que lo tocaron quedaron perfectamente sanos” (Mateo 14:36). No puedes tocarlo con reservas. Al igual que la mujer que se abrió paso entre la multitud y lo tocó, debes apartar a codazos el egoísmo, la desobediencia, los pecados no confesados, la tibieza, la opinión pública, las tradiciones humanas y los artículos escritos contra la sanidad divina. De hecho, a menudo debes ir más allá de tu propio pastor, quien puede no estar iluminado en esta parte del Evangelio. Ir más allá de las dudas, la indecisión, los síntomas, los sentimientos y la serpiente mentirosa.

El Espíritu Santo, enviado para ejecutar por nosotros las bendiciones de la redención, es nuestro Paracleto o Ayudador. Él está listo para ayudarnos a superar todos estos obstáculos hasta el punto de poder contactarlo para nuestras necesidades. Dios espera derramar la plenitud del Espíritu Santo sobre nosotros. Viene como el ejecutivo de Cristo para ejecutar por nosotros todas las bendiciones provistas por el Calvario. Estas bendiciones nos fueron prometidas en sus siete nombres redentores y de pacto.

Sigue siendo cierto que todos los que lo tocan reciben sanidad. ¿Cómo lo tocamos? Creyendo en su promesa. Esta es una manera infalible de tocar a Cristo por cualquier promesa que haya hecho. Lo tocamos al pedir y creer que escucha nuestras oraciones. Cuando la mujer lo tocó, fue su fe la que la sanó. No fue un simple toque físico, pues «el Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha». Millones de pecadores lo han tocado así para obtener el milagro aún mayor del nuevo nacimiento.

No un mero contacto, sino unión

Así como los enfermos lo tocaron y sanaron cuando Cristo anduvo por la tierra, ahora todos tenemos el privilegio de tocarlo. Este contacto nos une a Cristo en una unión más estrecha que entonces. No se trata de un simple contacto, sino de una unión tan real como la del pámpano y la vid. Todo lo que hay en la Vid, incluyendo la vida espiritual y física, nos pertenece a nosotros, los pámpanos.

El toque, por la fe, ahora puede ponernos bajo el pleno control del Espíritu Santo como no pudo hacerlo durante el ministerio terrenal de Cristo, pues “aún no se había dado el Espíritu Santo”. Él es el Hacedor de Milagros. Jesús no es menos Salvador y Sanador desde que fue glorificado; es mayor. El privilegio de tocarlo ahora es mucho mayor que cuando estuvo aquí en persona, porque ahora se puede recibir más por el toque. De la diestra de Dios, Él tiene más que dar. Él dijo: “Les conviene que yo me vaya”. Se fue para enviar al Espíritu. Ya que el Espíritu viene a revelar a Cristo como no podía ser revelado antes de su partida, ¿por qué no podemos acercarnos a Él para recibir sanidad con al menos la misma fe que aquellos que lo rodeaban en aquel día?

Lo anterior demuestra la gran importancia de estar bien con Dios antes de pedir sanidad. La bendición de estar bien con Dios es mil veces más deseable y placentera que la sanidad misma. He visto a los afligidos en su cuerpo radiantemente felices; pero pecadores en perfecta salud han sido tan infelices que han llegado al suicidio.

El tercer paso

Ahora nos esforzaremos por explicar cómo apropiarnos de la sanidad. Recibir lo que Dios nos da es como jugar a las damas. Después de que una persona mueve, no tiene nada que hacer hasta que el otro jugador mueva. Cada persona mueve en su turno. Así que, cuando Dios nos ha dado sanidad, o cualquier otra bendición, y nos ha enviado su Palabra, es nuestro turno antes de que Él

vuelva a movernos. Nuestro turno es esperar lo que Él promete cuando oramos. Esto nos hará actuar con fe antes de ver la sanidad. La sanidad...

viene en el siguiente movimiento, que es el movimiento de Dios.

Dios nunca se aparta de su turno, pero siempre actúa cuando le toca. Cuando Noé fue advertido por Dios de cosas que aún no se veían, su decisión fue creer que el diluvio se avecinaba. Actuó según su fe construyendo el barco en tierra firme. Así, cuando Dios le dice a «cualquier enfermo... la oración de fe lo salvará, y el Señor lo levantará», tú, como Noé, eres informado por Dios de cosas que aún no se ven. Tu decisión es la misma que la de Noé: creer y actuar en consecuencia. La naturaleza caída se rige por lo que ve, por sus sentidos. La fe se rige por la Palabra pura de Dios, y no es nada menos que esperar que Dios cumpla lo que promete. Es tratarlo como un ser honesto.

Por expectativa no me refiero a esperanza. Un escritor dijo acertadamente: «Esperamos lo que puede ser posible, pero esperamos lo que debe ser posible... con esa expectativa que excluye la duda o el miedo al fracaso y muestra una confianza inquebrantable».

La fe nunca espera ver para creer. Viene por el oír acerca de cosas que aún no se ven. Es la evidencia de lo que no se ve. Todo lo que necesita un hombre de fe es saber que Dios ha hablado. Esto le da al alma una certeza absoluta. «Así dice el Señor» lo resuelve todo. «Escrito está» es todo lo que la fe necesita.

La fe siempre toca la trompeta antes, no después, de que los muros caigan. La fe nunca juzga según lo que ven los ojos. Es la evidencia de lo que no se ve, pero que se promete. La fe se basa en una base mucho más sólida que la evidencia de los sentidos. Es la Palabra de Dios, que "permanece para siempre". Nuestros sentidos pueden engañarnos, ¡pero la Palabra de Dios nunca!

Cuando a la niña le prometen un vestido nuevo el próximo sábado, la fe es la expectativa real que tiene y se manifiesta entre hoy y el sábado. Cuando llega el sábado y ve el vestido nuevo, la fe en él se detiene.

La fe siempre tiene acciones correspondientes. La niña, por su fe, aplaude y dice: "¡Bien! ¡Bien! ¡El sábado que viene tendré un vestido nuevo!". Corre a decirles a sus compañeros que tiene la respuesta a su petición.

Dios no puede mentir

Jesús, ante la tumba de Lázaro, levantó la vista y dijo: «Te doy gracias, Padre, porque me has escuchado». Lázaro seguía muerto. La niña no teme testificar de antemano que tendrá un vestido nuevo. Cuando sus compañeros de juego le preguntan: «¿Cómo lo sabes?», ella responde con seguridad: «¡Mamá lo prometió!». Ahora bien, tú tienes una mejor razón para esperar la sanación que la niña para esperar un vestido nuevo, porque la madre puede morir antes del sábado, pero Dios no. La madre puede mentir, pero Dios no. La casa puede incendiarse con el dinero de la madre. Cada caso de fe en la historia fue una certeza bien fundada, producida únicamente por la promesa de Dios. Se puso en práctica antes de que hubiera algo visible que alentara la certeza, como en el caso de la niña «entre ahora y el sábado».

La fe no se fija en lo que se ve. No se vislumbraba un diluvio cuando Noé construyó su arca. Nunca antes se habían derrumbado muros de piedra ante el sonido de los cuernos de carnero y los gritos. Simplemente esperaban lo que Dios prometía. Cuando actuaron según su fe tocando los cuernos de carnero mientras los muros aún estaban en pie, esta fue su acción. Luego, por supuesto, Dios intervino a su vez, ¡y los muros se derrumbaron!

Todo el capítulo once de Hebreos está escrito para mostrar cómo actuó cada uno de los que tuvieron fe "desde ahora hasta el sábado". Dios se complace tanto con las acciones de fe que ha enumerado en detalle muchos casos en el capítulo once de Hebreos. "Por la fe, Noé" actuó así. "Por la fe, Jacob" actuó así. "Por la fe, Moisés" actuó así. "Por la fe, los muros de Jericó cayeron". "Por la fe, Abraham" actuó así cuando todo parecía contrario a lo que Dios había prometido. Fue al considerar la promesa de Dios (no su esterilidad) que

Sara recibió fuerzas para ser madre cuando ya era mayor. Todos actuaron basándose únicamente en la Palabra de Dios como razón para esperar lo que Él había prometido.

Lo mismo ocurre con cada caso de fe en la historia. Los síntomas de Jonás eran muy reales cuando estaba dentro del pez, y no los negó; pero los llamó "vanidades mentirosas". En otras palabras, cualquier síntoma que nos haga dudar de que Dios es "abundante en misericordia para con todos" los que lo invocan, debe considerarse "vanidades mentirosas". Jonás dijo: "Quienes observan vanidades mentirosas abandonan su propia misericordia". En lugar de escuchar a Satanás y observar nuestros síntomas, debemos ser "colaboradores" de Dios, quien sana enviando su Palabra y guardándola.

Debemos cooperar con Él ocupándonos, no de lo que dice el diablo, sino de la Palabra que Él envía para nuestra sanidad.

Los síntomas pueden persistir

Incluso cuando actuamos con fe, los síntomas no siempre desaparecen al instante. Después de la sanación de Ezequías, pasaron tres días antes de que recuperara la fuerza para ir a la Casa del Señor. En Juan 4:50-52, el noble «creyó la palabra que Jesús le había dicho». Al encontrarse con sus siervos, les preguntó a qué hora su hijo moribundo «comenzó a mejorar».

La Biblia distingue entre los dones de sanidad y los dones de milagros. Cristo no pudo hacer ningún milagro en Nazaret debido a su incredulidad, pero sanó a algunos enfermos. Si todos sanaran completamente al instante, no habría lugar para los dones de sanidad. Serían solo milagros. Mucha gente pierde la sanidad al intentar limitar a Dios a los milagros. La promesa de Cristo es que «se recuperarán», pero no dice «al instante».

Los síntomas de vida en un árbol permanecen durante un tiempo después de que el árbol es cortado.

“La fe significa que estamos seguros de lo que esperamos, convencidos de lo que no vemos” (Hebreos 11:1, traducción de Moffatt). Estamos convencidos porque Dios, quien no miente, ha hablado. ¡Cuán suficiente es esta razón para creer! La fe es sumamente racional. No es, como suponen muchas personas irreflexivas, creer sin evidencia. Es creer debido a la evidencia más alta posible: la Palabra de Dios, que está “establecida en el cielo”. El apóstol Santiago dice: “Les mostraré con mis obras lo que es la fe” (Santiago 2:18, traducción de Moffatt). La fe es estar tan convencidos de la absoluta verdad de las declaraciones de Dios, registradas en la Biblia, que actuamos conforme a ellas.

La fe es racional y segura

¿Qué puede ser más racional, más seguro y más cierto que la fe?

La fe es recibir la promesa escrita de Dios como su mensaje directo. Su promesa significa lo mismo que si Él se apareciera y nos dijera: «He escuchado tu oración». La Palabra de Dios cobra vida en nuestros cuerpos de la misma manera que cobra vida en nuestras almas: al creer en su promesa.

He conocido a algunos que han orado por sanidad durante hasta cuarenta años sin recibirla. En cuanto se les ha explicado cómo apropiarse de la sanidad, a veces la han recibido en un instante. No

tenemos que orar durante cuarenta años ni una semana para recibir la bendición que Cristo anhela concedernos. Su corazón compasivo anhela sanarnos más de lo que podemos desearlo. Lo hacemos esperar hasta que tengamos la «fe que viene por el oír» y actuemos conforme a esa fe.

Dios no hará trampa ni se saldrá de su turno.

Vemos que Jesús llevó nuestras enfermedades, así como nuestros pecados en la cruz, y por lo tanto, no tenemos por qué llevarlos. Nuestro siguiente paso es apropiarnos por fe. Esta es la única manera bíblica. Dios nos dio esta parte de nuestra herencia hace casi dos mil años y Él es quien espera. Él está esperando que nos apropiemos de la bendición por fe. Hace dos mil años, Dios “quitó el pecado”. Hace dos mil años, “Dios cargó en Cristo la iniquidad de todos nosotros”. Hace dos mil años, Cristo “él mismo tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias”. Dios es quien espera. Él está esperando que se nos muestre cómo apropiarnos de la bendición que ya nos ha dado. 2 Pedro 3:9 dice: “El Señor no retarda [lento] su promesa... sino que es paciente para con nosotros”. O, como Weymouth traduce: “El Señor no tarda en cumplir su promesa... sino que es paciente con vosotros”. Él no tarda en cumplir sus promesas, pero nosotros sí somos lentos y Él es paciente con nosotros.

La mayoría de nosotros podríamos haber sido salvos cinco años antes. Dios no nos hacía esperar, sino que nosotros lo hacíamos esperar a Él. Lo mismo ocurre con nuestra sanidad.

Cuando oréis, no después

Ahora bien, en Marcos 11:24, Jesús nos dice exactamente cómo apropiarnos de las bendiciones que nos compró con su muerte. Habiendo prometido todo lo que necesitamos, dice: «Todo lo que pidieréis cuando oréis». Esto no se refiere a después de orar durante veinte años. No se refiere a después de sanar, sino mientras estéis enfermos. «Cuando oréis, creed que lo recibiréis, y os

vendrá». La condición para recibir lo que pedimos a Dios es creer que él responde a nuestras oraciones cuando oramos y que sanaremos según su promesa.

Cuando oras por sanidad, Cristo te autoriza a considerar tu oración contestada. Es lo mismo que cuando estuvo ante la tumba de Lázaro y dijo: «Te doy gracias, Padre, por haberme escuchado», antes de ver a Lázaro salir.

de la tumba. Cuando pedimos sanación, Cristo nos invita a decir con fe: «Te doy gracias, Padre, por haberme escuchado», antes de haber visto la respuesta a nuestra oración.

La fe es cuando sólo la Palabra de Dios es nuestra razón para creer que nuestra oración es respondida, antes de que veamos o sintamos.

Jesús declaró: «Las palabras que yo os hablo son Espíritu y son vida». Juan dice: «El Verbo era Dios». Recibir las palabras escritas de Cristo como mensaje directo es fe. Así es como la Palabra de Dios se convierte en vida para nosotros, tanto en nuestra sanidad como en nuestra salvación. Por ejemplo, el acto de creer y recibir a Cristo, según Juan 1:12, es sinónimo de la acción de Dios, que nos da, por su poder, el nuevo nacimiento. Mediante este mismo proceso, la sanidad divina también se imparte a nuestros cuerpos.

Autor desconocido

Otro ha dicho, respecto a la mujer que tocó el manto de Jesús, que la fe, la acción y el sentimiento constituyen el orden de la sanación del que Dios nunca se aparta. Si nos apartamos de este orden, ni la fe, ni la acción ni el sentimiento serán como deseamos, porque no serán como Dios desea.

1 Tesalonicenses 2:13 dice que es “la palabra de Dios que actúa eficazmente en vosotros los que creéis”. Cuando Su Palabra nos

convence de que nuestra oración ha sido contestada, antes de que la hayamos visto, la Palabra comienza a obrar eficazmente en nosotros.

La Palabra de Dios nunca deja de obrar en aquellos que la aceptan como tal, porque son

Sin albergar dudas sobre su cumplimiento en sus propias experiencias Dios

Ha dado todas sus bendiciones a la fe, y no le queda ninguna para otorgar a la incredulidad.

Harriet S. Bainbridge

Cuando la gente me dice: «No sé si es la voluntad de Dios sanarme», les pregunto: «¿Es la voluntad de Dios cumplir su promesa?». No se trata de si tengo suficiente fe, sino de si Dios es honesto. No se trata de cómo nos sentimos, sino de los hechos. Si la niña enferma al día siguiente y se siente mal, no tiene nada que ver con que su madre le haya comprado el vestido nuevo el sábado. Las Escrituras dicen: «Si pedimos algo conforme a su voluntad, él nos oye». ¿Es esto cierto o no?

¿Responde Dios a la oración? Si creen firmemente que reciben la respuesta a su oración (Marcos 11:24) y actúan conforme a su fe, todos sanarán, aunque no siempre al instante.

Dios siempre actúa después de nosotros. Esto es la manifestación de una "plena seguridad" producida únicamente por su promesa antes de que veamos la respuesta a nuestra oración. Dado que la sanidad es por fe, y "la fe sin obras está muerta", es cuando comenzamos a actuar según nuestra fe que Dios comienza a sanar.

Nuestra fe hace que Dios actúe

Nuestra "obra de fe" pone a Dios a trabajar. No todos podemos actuar de la misma manera. Al ir los diez leprosos, fueron sanados. Jonás, estando dentro del pez, no pudo "ir", pero actuó según su fe

al decir, estando aún dentro del pez: "Sacrificaré con voz de acción de gracias". Actuar según nuestra fe, alabando y agradeciendo a Dios por adelantado, ha sido, a lo largo de la historia, su camino designado para...

Nuestra apropiación de todas sus bendiciones. Hebreos 13:15 nos enseña que nuestra ofrenda de agradecimiento, nuestro "sacrificio de alabanza", debe ofrecerse por adelantado por la bendición que Dios ha prometido. Solo entonces podremos esperar una respuesta. El Salmo 50:14-15 dice: "Ofrece a Dios acción de gracias, y cumple tus votos al Altísimo; e invócame en el día de la angustia; yo te libraré, y tú me glorificarás".

Aquí, como en otros lugares, se nos exige, como Jonás, que ofrezcamos acción de gracias mientras aún estamos en apuros. Quizás esta fue la misma promesa que él proclamó: «Que los necesitados alaben tu nombre». Alaben a Dios con anticipación mientras aún están en necesidad. «Lleguemos ante su presencia con acción de gracias» no significa sanar y luego marcharse de su presencia dándole gracias. Significa acudir a él con acción de gracias por la sanidad antes de ser sanados. «Entren por sus puertas con acción de gracias y por sus atrios con alabanza». Deberíamos marcharnos con acción de gracias, pero eso no es fe.

La fe es lo que tenemos antes de ser sanados. «Alabarán al Señor los que lo buscan». «Llamarás a tus muros salvación, y a tus puertas alabanza». Sin alabanza, nos encontramos contra un muro sólido sin puerta; pero cuando empezamos a alabar y a apropiarnos, colocamos nuestra propia puerta y la cruzamos. «Alegraos y regocijaos, porque el Señor hará grandes cosas». En consecuencia, «estaban continuamente en el templo alabando y bendiciendo a Dios». Esto no fue después, sino antes, de ser llenos del Espíritu Santo. Fue «cuando alzaron la voz y alabaron al Señor» que «la gloria del Señor llenó la Casa de Dios». «Creyeron sus palabras [no sus síntomas, no al «padre de la mentira»] y cantaron sus alabanzas».

Haz que Satanás escuche tus alabanzas

En lugar de escuchar al "padre de la mentira", ¡haz que te escuche alabando a Dios por su promesa! "Todo lo que respira alabe al Señor". El enfermo respira. En otras palabras, mientras estés enfermo, alábalo porque te vas a recuperar según su promesa. "No se turbe vuestro corazón".

“Por nada estéis afanosos [distráidos]; más bien, con acción de gracias, sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios.”

“Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros.”

Todo cristiano enfermo, mientras esté enfermo, tiene mil veces más motivos para alegrarse que el más alegre pecador en perfecta salud.

Alabad a Dios, porque “la fe sin obras está muerta”. “Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros”.

“Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará continuamente en mi boca”. Ya que a todo lo que respira se le ordena alabar al Señor, la única excusa bíblica para no alabarlo es estar sin aliento. “Por tanto, ofrezcamos continuamente a Dios sacrificio de alabanza, [...] fruto de labios que confiesen su nombre”. “El que sacrifica alabanza me glorifica”. “Porque mejor es tu misericordia que la vida, mis labios te alabarán”. Alabadle “porque es bueno dar gracias al Señor”. “Dad gracias al acordarse de su santidad”. Alabadle porque retener la alabanza mostrará incredulidad o ingratitud. Alabadle porque “la alabanza es hermosa para los rectos”. Alabadle porque Dios habita en las alabanzas de su pueblo. Pablo y Silas cantaron alabanzas a medianoche con la espalda sangrando y los pies en el cepo, y Dios cantó bajo con un terremoto, que los liberó.

La verdadera fe se regocija en la promesa de Dios como si viera la liberación y la disfrutara.

Con tres grandes ejércitos contra Josafat, lo que humanamente significaría aniquilación, alabaron al Señor "con gran voz en lo alto". La única evidencia de que su oración fue respondida fue la Palabra de Dios; y eso solo a través de labios humanos. Al día siguiente, cuando salieron a la batalla y comenzaron a cantar y alabar, el Señor, a su vez, se movió y puso emboscadas contra el enemigo y la victoria fue obtenida (2 Crónicas 20:21-22).

"Tenemos también la palabra profética más segura"; porque "los santos hombres de Dios hablaron como si fueran

“movidos por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:19, 21).

Así como en el Edén el enemigo logró invalidar el testimonio de Dios sobre los resultados de comer el fruto prohibido, ahora busca invalidar el testimonio de Dios sobre los resultados de creer en el Evangelio. Después de que Dios dijo: «El día que de él comieres, ciertamente morirás», la serpiente dijo: «No morirás», y ahora, cuando la Palabra de Dios claramente dice: «Sobre los enfermos pondrán sus manos y sanarán», la misma serpiente intenta persuadirlos de que no sanarán. ¿Es racional creer al «padre de la mentira» antes que al Hijo de Dios, quien es la Verdad Encarnada? Al acudir a Dios en busca de salvación o sanidad, es esencial que cada uno decida si permitirá que el silbido de la serpiente se eleve por encima de la voz de Dios.

Bienaventurados los oídos que escuchan los pulsos del susurro Divino y no prestan atención a los muchos susurros del mundo.

Tomás de Kempis

Cuando, después de haber sido ungido para sanidad, Satanás le diga que no se recuperará, como Jesús, dígame: «Escrito está:» «Sanarán». «El Señor lo resucitará» (Santiago 5:15). En este

mismo pasaje, «en el nombre del Señor» significa lo mismo que si el Señor mismo lo hubiera ungido. Espere que Él cumpla su propia ordenanza y su propia promesa.

¿Por qué escuchar al diablo?

Todo lo que el diablo oyó de los labios de Cristo al tentarlo fue: "¡Escrito está!" "¡Escrito está!" "¡Escrito está!" (Mateo 4:4, 7, 10). "Entonces el diablo lo deja" (Mateo 4:11). Pero lo único que oímos de algunos es: "¡El diablo dice!", "¡El diablo dice!", "¡El diablo dice!", ¡como si las palabras de Cristo fueran menos importantes que las del diablo! Este fue el camino de Cristo. Es la manera más eficaz de resistir al diablo. ¡No intentemos otra! "Ni deis lugar al diablo" (Efesios 4:27). "Resistid al diablo, y huirá de vosotros" (Santiago 4:7). Solo hay una manera de resistir al diablo: creer firmemente en la Palabra de Dios y actuar conforme a ella.

Siempre que somos afectados por cualquier voz que no sea la voz de Dios, hemos abandonado el camino del Señor para nuestra sanidad.

¿Qué razón tienes para dudar? No tienes más motivos para dudar que el pecador cuando se arrepiente y pide perdón por sus pecados. Tienes exactamente la misma razón para esperar ser sanado que para ser salvo. «Tienes Su Palabra, y si no puedes aceptarla hasta el punto de ponerla en práctica, entonces tu fe aún está muy lejos de lo que debería ser» (Duffy).

La compasión del Señor: una base para la fe

¿Qué fundamento para la fe es la compasión del Señor! Puesto que Cristo nos redimió de la enfermedad, sin duda podemos confiar en su amor y fidelidad. La cruz es un fundamento seguro y una razón perfecta para ejercer la fe.

Descartemos nuestra enfermedad por la fe, como desecharíamos el pecado. El cristiano consagrado no tolerará conscientemente el pecado ni por un instante; sin embargo, ¡cuán tolerantes son algunos con la enfermedad! Incluso acarician y se consienten de sus dolores en lugar de resistirlos como si fueran palabras del diablo.

Harriet S. Bainbridge afirma que el Señor Jesús declaró, respecto al pecado, el dolor y la miseria física de la raza de Adán: «Consumado es». Nos ha ofrecido a cada uno el don del Espíritu Santo para que podamos comprender y disfrutar de la gran salvación que Él nos compró. Creer sin dudar que las palabras de Cristo, «Consumado es», son una declaración literal de un hecho inmutable, invariablemente trae liberación. La serpiente sigue negando esta gran palabra de Cristo, para nuestra gran pérdida, tal como hizo que Eva olvidara e ignorara las palabras que Dios le había dicho claramente. Nuestra redención de la enfermedad se logró en el cuerpo de nuestro Señor crucificado. Al creer y recibir con todo el corazón lo que Dios declara en su Palabra escrita sobre el asunto, el Espíritu Santo nos da la experiencia personal de Cristo como nuestro médico.

Resultados actuales de creer en Dios

Seguir estas instrucciones ha traído sanidad a miles a quienes antes se les había enseñado que la era de los milagros había pasado. Se les había dicho que Dios quería que la gente permaneciera enferma para Su gloria, etc., etc. Los que nacieron ciegos ahora ven. Los sordomudos de nacimiento ahora oyen y hablan. Los lisiados de nacimiento ahora están perfectamente sanos. Los epilépticos durante años ahora están libres y se regocijan. Muchos que estaban muriendo de cáncer ahora están bien y oran la oración de fe por la sanación de otros. Dios no hace acepción de personas. "Si el hombre se purifica de estas cosas, será un vaso para honra, santificado y útil para el Señor, y enteramente preparado para toda buena obra". Esto nunca es cierto mientras estamos enfermos en

cama. El Nuevo Pacto de Dios establece que cada uno de nosotros "será hecho perfecto en toda buena obra para hacer su voluntad". Esto no puede ser mientras estamos enfermos. Esto demuestra Su voluntad de sanarnos. De hecho, Él está ansioso. Él no puede mantener Su Pacto con nosotros sin quitar nuestras enfermedades y cumplir el número de nuestros días, según Su promesa.

Ya que "por sus llagas fuimos sanados", no olvidemos el costo de nuestra sanación. Con gratitud, amor y un servicio consagrado a Dios, aferrémonos a su promesa y toquemos la trompeta de fe y acción de gracias hasta que los muros de nuestra aflicción se derrumben.

La fe no espera a que los muros caigan; ¡la fe los grita!

Apropiarse de la fe

El apóstol Pablo, en su carta a los Gálatas, nos explica con precisión cómo Dios obra milagros. «Aquel, pues, que os suministra el Espíritu [el Espíritu es el hacedor de milagros], y obra milagros entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley o por el oír con fe? Así como Abraham creyó a Dios» (Gálatas 3:5-6).

Moffatt traduce este pasaje: “Cuando Él les provee del Espíritu y obra milagros entre ustedes, ¿es porque cumplen lo que manda la Ley o porque creen en el mensaje del evangelio? Pues, es como con Abraham: él tuvo fe”. En este pasaje, Dios nos dice que obra milagros en nuestros cuerpos de la misma manera que en nuestras almas. Es haciéndonos escuchar y “creer en el mensaje del Evangelio”. De hecho, la manera en que Dios hace todo es haciendo promesas y luego cumpliéndolas dondequiera que produzcan fe. Él dice que con nosotros sucede lo mismo que con Abraham. ¿Cómo fue con Abraham? Observen cuidadosamente:

- Simplemente creyó en la Palabra de Dios. Tenía fe en que Dios haría exactamente lo que había prometido.
- Él estaba “plenamente persuadido” sólo por la Palabra de Dios.
- Se mantuvo firme en el principio de su confianza cuando su fe fue puesta a prueba.
- Estaba completamente ocupado con la Palabra de Dios en el asunto.
- Se negó a perder su confianza cuando Dios, al decirle que ofreciera a Isaac, aparentemente estaba quitando el estímulo visible a su fe.

No consideró su propio cuerpo ni el hecho de que tenía casi cien

años. No consideró la esterilidad de la matriz de Sara (Romanos 4:19) como un obstáculo ni motivo para dudar del nacimiento de Isaac. Estas cosas, que, según la naturaleza, hacían imposible el nacimiento de Isaac, no fueron consideradas por Abraham como la más mínima razón para dudar. Conocía su edad; reconoció la esterilidad de Sara. Sopesó las dificultades; pero a pesar de lo imposible, creyó en Dios.

En circunstancias absolutamente desesperadas, al “mirar a la promesa de Dios”, Abraham “se fortaleció en la fe”, estando “plenamente convencido” (“absolutamente seguro”, Weymouth) de que Dios cumpliría su promesa. Nótese bien: Fue al “mirar a la promesa de Dios” que Abraham “se fortaleció en la fe”. “Todo aquel que

...la mira" [la serpiente de bronce, el remedio y la promesa de Dios] fue también la condición que Dios exigió para la sanación de los israelitas moribundos (Números 21:8). Al acudir a Dios en busca de sanidad, asegúrese de que esta sea su actitud, porque no hay sanidad prometida sin esta condición.

La base de nuestra fe

Cuando basamos nuestra fe en nuestra mejoría, o nos vemos afectados por nuestros síntomas o por lo que vemos o sentimos en lugar de solo por la Palabra de Dios, en esa medida nuestra fe no es verdadera. Ocuparnos en lo que vemos o sentimos es exactamente lo contrario de la condición que Dios nos impone. «Todo aquel que... la mire, vivirá». Esto simplemente significa que todo aquel que, como Abraham, se ocupa en la promesa de Dios para no verse afectado por los síntomas, «se recuperará». Significa que la Palabra de Dios (no lo que vemos o sentimos) será la base.

De nuestra fe. Nuestra mirada puesta en la promesa de Dios es una buena razón para buscar su misericordia. Entonces no hay tiempo para dejar de buscarla hasta que Dios retire su Palabra.

Nótese que fue al perseverar en la promesa de Dios que Abraham

experimentó el milagro. Ocuparse e influenciarse por síntomas en lugar de por la Palabra de Dios es cuestionar la veracidad de Dios. En lugar de hacer de Dios un mentiroso, Jonás, desde el interior del pez, llamó "vanidades mentirosas" a los síntomas y circunstancias que parecían impedirle esperar la misericordia de Dios.

Al darse cuenta de que eran los síntomas, y no Dios, quienes le mentían, dijo: «Quienes observan vanidades mentirosas abandonan su propia misericordia». Dios nunca se niega a dar misericordia, pero muchos la abandonan al observar sus síntomas. Los síntomas son reales, pero se convierten en vanidades mentirosas cuando nos dicen que Dios no es abundante en misericordia para todos los que lo invocan.

La fe de Abraham no se basó en nada que vio. Debes asegurarte de que la tuya no lo sea. Todo lo que Abraham pudo ver era contrario a lo que esperaba. Después del nacimiento de Isaac, Abraham tuvo un soporte para su fe. A través de Isaac, "todas las naciones de la tierra serán bendecidas". Con la mirada puesta en Isaac, el canal a través del cual Dios cumpliría el resto de su promesa, fue fácil creer. Así que Dios probó su fe, diciéndole que ofreciera a Isaac, que destruyera el canal. Esto no intimidó a Abraham. La verdadera fe prospera en una prueba. Como aún tenía la Palabra de Dios para ello, estaba listo para eliminar todo estímulo visible a su expectativa y, sin embargo, seguir estando "plenamente persuadido". Dios tuvo que detenerlo o habría ofrecido a Isaac. Esta prueba fue la manera en que Dios perfeccionó su fe, no la destruyó.

Si, después de acudir a Dios en busca de sanidad, Él lo encuentra más animado por su mejoría que por su Palabra, podría ser necesario que pruebe su fe. Esto es para enseñarle la gloriosa lección de creer en su Palabra, cuando todo sentido la contradice. La fe se basa únicamente en la Palabra de Dios.

En Hebreos 10:35-36 Dios dice a todos aquellos cuya fe está basada en Su Palabra: "Echen

No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene una grande recompensa. Porque os es necesaria la paciencia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque somos hechos partícipes de Cristo, con tal que mantengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio (Hebreos 3:14).

Muchos actúan directamente en contra de esto. Después de ser ungidos y orados, en lugar de regocijarse en la promesa de Dios, he oído a algunos decir decepcionados: «Pensé que iba a sanar». Supe al instante que nunca habían comprendido la idea de lo que es la fe. Su idea era sanar primero y luego creer que Dios había escuchado la oración. Si la Palabra de Dios fuera la única razón de su esperanza, se habrían aferrado a la base de su confianza. Nunca es apropiado ni razonable desechar la confianza mientras se tenga la Palabra de Dios como base. Se promete que seremos partícipes solo con la condición de que «mantengamos firme la base de nuestra confianza». Durante el intervalo entre la promesa de Dios y su cumplimiento, en lugar de observar los síntomas y desechar su confianza porque no había nada visible que lo animara, Abraham hizo exactamente lo contrario. «Puesto los ojos en la promesa de Dios, no dudó por incredulidad, sino que se fortaleció por la fe, dando gloria a Dios» (Romanos 4:20). Después de que Jonás orara pidiendo misericordia desde el interior del pez, no perdió la confianza por falta de pruebas visibles de que su oración fuera escuchada. Mantuvo firme su confianza y, de antemano, añadió el sacrificio de acción de gracias. Tras marchar alrededor de las murallas de Jericó, Josué y los hijos de Israel no perdieron la confianza porque las murallas de la ciudad aún estuvieran en pie. Su fe se basaba en la Palabra de Dios: «He entregado a Jericó en tu mano». Si ninguno de ellos perdió la confianza, ¿por qué deberías hacerlo tú?

Tu estado mental debería ser el mismo que el de Noé cuando construía un barco en tierra firme y ponía brea en las grietas para evitar que entrara el agua. En su mente, la inminencia de un diluvio estaba completamente resuelta, y la Palabra de Dios era la única

razón de este estado mental. Tu estado mental debería ser el mismo que el de Abraham. Para él, el nacimiento de Isaac estaba completamente resuelto, aunque todos los síntomas indicaban lo contrario. La Palabra de Dios para ti respecto a tu sanidad es tan clara y explícita como lo fue para Abraham.

En Marcos 11:24, Jesús nos dice exactamente las condiciones que requiere para que podamos apropiarnos de cualquiera de las bendiciones que ha prometido. Él dice: "Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá". Es decir, "Os vendrá" después de creer que Él ha escuchado vuestra oración. Como Jesús dijo: "Gracias te doy por haberme escuchado" mientras Lázaro aún estaba muerto, deberíamos poder decir: "Gracias te doy por haberme escuchado" mientras aún estamos enfermos. "Os vendrá" es tu respuesta de Jesús y también es tu prueba de que tu oración ha sido escuchada. Para la fe, la Palabra de Dios es la voz de Dios. Él no nos ha prometido que nuestra sanidad comenzará hasta que creamos que Él ha escuchado nuestra oración. "Si pedimos algo conforme a su voluntad, él nos oye". Si esto es cierto, entonces cree que tu oración ha sido escuchada cuando oras de verdad. Debemos poder decir: "Sabemos que tenemos la petición que deseamos de Él", no porque veamos la respuesta, sino porque "fiel es Dios, que también la hará".

Nunca es apropiado basar la fe en nuestra mejoría después de orar. He oído a algunos decir, con gran alegría: «¡Oh, estoy mucho mejor desde que oraron por mí! Ahora sé que me recuperaré». Esto significa que, en lugar de la promesa de Dios, tienen otra razón para esperar la recuperación. No hay razón para la fe tan buena como la Palabra de Dios. Supongamos que, tan pronto como oro por la sanación de un hombre, este pudiera saber que solo ha mejorado un 50 %. Esta mejoría en su condición no es una razón tan buena para saber que se recuperará por completo como lo es la promesa de Dios. La promesa de Dios es una razón mejor, aunque después de orar empeore un 50 %. Supongamos que le prometes algo a tu hijo y al día siguiente descubres que espera exactamente

lo que le prometiste, pero no porque lo hayas prometido. Tiene otra razón para esperarlo. Esto te entristecería. Demostraría que no confié en tu palabra.

Honra a Dios creer en Él incluso cuando todo sentido lo contradice. Él promete honrar a quienes lo honran. Dios ha prometido responder solo a la fe que nace de Su Palabra, Su promesa, y se basa en ella. Algunos esperan creer que han sido escuchados tan pronto como se sienten mejor. Él no dijo que envió mejores sentimientos para producir fe y luego los sanó. "Envío su palabra,

y los sanó". Dios mismo "envió su palabra". No se la sacamos a la fuerza. Qué absurdo, entonces, dudar de ella. ¿No es más racional esperar que Dios cumpla su promesa que esperar que la rompa? En realidad, nada puede ser más ridículo o absurdo que permitir que los síntomas o sentimientos nos hagan dudar del cumplimiento de las promesas de Dios. Supongamos que su hija, después de que le prometieron un vestido nuevo, se tuerce el tobillo y pierde la confianza en el vestido porque le duele el tobillo. Usted le dice: "Mi querida hija, prometí comprarte el vestido nuevo. ¿No puedes creer mi palabra?". Ella responde: "Pero, mamá, mi tobillo todavía me duele; no se siente nada mejor; parece que está empeorando". Qué absurdo es tal razonamiento. Ahora bien, si es absurdo dudar de una promesa por el dolor, entonces es igualmente ridículo dudar de cualquier promesa. Supongamos de nuevo que, después de prometerle el vestido nuevo, corre al espejo para ver si se ve más "arreglada". Ella entonces dice: "No veo ninguna diferencia; no me veo nada mejor"; y luego renuncia a la idea de tener un vestido nuevo.

Aprender a creer que Dios nos escucha cuando oramos es una bendición mucho mayor que la sanación misma. Entonces, la oración de fe puede repetirse mil veces, por nosotros mismos y por los demás. De esta manera, podemos dedicar toda nuestra vida a obtener el cumplimiento de las promesas divinas.

Hemos visto cómo Abraham experimentó un milagro; y Dios dice

que sucede con nosotros “como con Abraham”. De la misma manera, todos podemos recibir el cumplimiento de las promesas de Dios, “quienes también siguen las pisadas de la fe de nuestro padre Abraham” (Romanos 4:12).

Cómo recibir la sanidad de Cristo

Números 21 registra un ejemplo del juicio de Dios. Los israelitas habían sido mordidos por serpientes ardientes y estaban muriendo. Dios había ordenado que se levantara una serpiente de bronce sobre un asta. Este fue un símbolo de la expiación que Cristo adoptó y se aplicó a sí mismo. La condición para la sanidad se da en el versículo 8: «Y todo aquel que sea mordido y mire a la serpiente, vivirá».

Si, como algunos enseñan, la sanidad no proviene de la expiación de Cristo, ¿por qué se les exigió a estos israelitas moribundos que contemplaran el símbolo de la expiación para sanar su cuerpo? Si tanto el perdón como la sanidad les llegaron a todos mediante una mirada expectante al símbolo del Calvario, ¿por qué no podemos recibir todos lo mismo de Cristo, el Antitipo? Si no podemos, entonces el símbolo se coloca en un plano superior al de Cristo mismo, y se convierte en una falsa profecía.

“Todo aquel que mira”

Nótese que nadie recibiría sanidad excepto bajo esta condición: “Todo aquel que MIRE”.

Mirar significa estar ocupado e influenciado por lo que observamos. Es el equivalente a la negativa de Abraham a considerar su propio cuerpo. Su fe se fortaleció al fijar la mirada en las promesas de Dios. Estar ocupado e influenciado por nuestros sentimientos o síntomas es revertir las condiciones que Dios exige.

Mirar significa prestar atención. Dios dio el pacto de sanidad y se reveló como nuestro sanador con el nombre redentor Jehová-Rapha. La condición que estableció fue que debían «escuchar diligentemente... y cumplir todos sus mandamientos». Esto significa prestar atención a su Palabra. En Marcos 4:24, Jesús también nos enseñó que es por nuestra atención a la Palabra de Dios que medimos sus bendiciones para nosotros. «La Palabra de Dios es la semilla». Como toda semilla, cuando se siembra en buena tierra, tiene el poder de producir su propia obra. La atención y el cuidado a la Palabra de Dios es el camino para introducirla en “buena tierra” y mantenerla allí.

Satanás no puede impedir que la semilla haga su obra a menos que le permitamos que la sembre. Solo puede lograrlo si apartas tu atención de la Palabra de Dios y la centras en tus síntomas. Jonás llamó a sus síntomas "vanidades mentirosas" y, estando aún en el gran pez, dijo: "Volveré a mirar hacia tu santo templo". Luego, lo oímos ofrecer "el sacrificio de acción de gracias". Esto muestra lo que significa mirar.

Mirar también significa esperar. Mirar a Dios para salvación significa esperar la salvación de Él. Él nos dice a todos: «Mirad a mí, todos los confines de la tierra, y sed salvos». Ya que Dios ha provisto y prometido sanidad, debemos apartar de nuestra mente el más mínimo pensamiento de no ser sanados.

La palabra MIRAR también se traduce como «considerar». Leemos que Sara «consideró que podía confiar en Aquel que había prometido». En lugar de considerar su edad, recibió fe al considerar la Palabra de Dios.

La palabra MIRAR está en presente continuo. No es una simple mirada, sino una mirada fija continua hasta que te recuperes. Fue una fe firme la que trajo el cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham. El proceso de sanación continúa mientras contemplamos

la promesa. Debemos pensar con fe, hablar con fe, actuar con fe y...

Mantenlo hasta que la promesa se cumpla. Al ocuparnos de síntomas o sentimientos, violamos las condiciones y, por lo tanto, desactivamos su poder.

La visión de la fe

Leemos en Hebreos 11:23-27 que Moisés “se sostuvo como si viera al Invisible”. En cuanto al nervio óptico, “la fe es la convicción de lo que no se ve”. Pero en cuanto a los “ojos iluminados de nuestro entendimiento”, la fe es la convicción de lo que se ve. Andar por fe es andar por una visión mejor. Debemos pasar la vida contemplando cosas mucho mejores que las que se pueden ver con el nervio óptico. Con el ojo de la fe vemos las cosas gloriosas que son invisibles al ojo natural. Después de todo, es la mente, y no el nervio óptico, la que ve. No puedes ver tu dinero en el banco excepto con la mente. Cuando extiendes un cheque, lo haces por fe en lo que ves, no con los ojos, sino con la mente.

La fe es lo más racional del mundo, porque se basa en los hechos y realidades más grandiosos. Ve a Dios; ve el Calvario donde la enfermedad y el pecado fueron abolidos. Ve las promesas de Dios y su fidelidad. Estas son más ciertas que los cimientos de una montaña. La fe ve la salud y la fuerza dadas en la cruz como ya nuestras. Recibe las palabras: «Él mismo tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias», y actúa en consecuencia. Lo que el ojo de la fe ve, la mano de la fe se apropia. Dice: «Esto es mío en virtud de la promesa de Dios». La fe se niega a ver nada más que a Dios y lo que él dice.

Las gloriosas realidades de la fe

Es un gran error suponer que algo no es real porque no se puede ver con

Ojos naturales. Supongamos que confías en mí para vendarte los ojos y guiarte por la calle. El pavimento bajo tus pies es tan real como si pudieras verlo. Cada vez que das un paso, estás actuando con una fe que "es la evidencia de lo que no se ve" a simple vista. Solo ves con tu mente lo que yo veo con mis ojos y te describo. Las grandes realidades y hechos espirituales que Dios ve y nos habla son tan reales como si pudiéramos verlos con ojos naturales. Gracias a Dios, su fidelidad y sus promesas, la fe es el terreno más seguro posible. Para el hombre que no está iluminado o que no ve la promesa de Dios, es como dar un paso al vacío. Para quienes tienen fe en la Palabra de Dios, es caminar sobre los cimientos del universo. Con solo apoyarse en la Palabra de Dios, millones de pecadores han sido "trasladados del reino de las tinieblas al reino del amado Hijo de Dios". Millones también han sido llevados de este mundo al cielo. La promesa de Dios ha sido mejor para ellos que una escalera de Jacob que se extendía desde este mundo hasta el cielo y que podía verse con ojos naturales.

Jesús nos dice que vino "para que los que no ven [con el ojo natural], vean" con el ojo de la fe. Tras ascender al cielo, donde ya no podía ser visto con el ojo natural, nos aconsejó ungir nuestros ojos [espirituales] con colirio para que pudiéramos ver. Al hacer esto, Pedro se regocijó más por lo que vio con su nueva vista que por lo que vio con el nervio óptico. Vivir con esta mejor vista es la vida más feliz posible en la tierra debido a la superioridad de lo que constantemente contemplamos: las mejores cosas; realidades que producen gozo. El gozo sobrenatural siempre es el resultado de usar nuestros mejores ojos.

Es importante ver que la verdadera fe se centra en el poder y la misericordia de Dios, no en la debilidad humana. Dios nos invita a aferrarnos a su fuerza. Él dice: «A los que no tienen ningunas, él les multiplica las fuerzas». También dice: «Diga el débil: Fuerte soy». Es al obedecerle, creyendo en la autoridad de su Palabra, que tenemos su fuerza. Incluso cuando nos sentimos débiles, su fuerza se perfecciona en [nuestra] debilidad. Debemos creer lo que Dios

dice a pesar de cómo nos sentimos.

¿Por qué algunos no reciben sanidad?

Una razón por la que algunas personas no sanan es porque creen en lo que les dicen sus cinco sentidos en lugar de creer en la Palabra de Dios. Debemos comprender que los cinco sentidos pertenecen al hombre natural y que nos fueron dados para usarlos en las cosas de este mundo. Pero las cosas de Dios no pueden discernirse, apropiarse ni conocerse mediante los sentidos naturales.

Ninguna sensación física, como el dolor, la debilidad o la enfermedad, puede ser motivo para dudar del cumplimiento de ninguna promesa divina. ¡Qué insensato sería dudar de la promesa de la segunda venida de Cristo por sentirme enfermo, débil o tener dolor! Y si el dolor no es motivo para dudar de una promesa, tampoco lo es para dudar de ninguna. Dios es tan fiel a una promesa como a otra. Si es insensato dudar de la promesa de Dios sobre la segunda venida de Cristo por dolor o cualquier sensación desagradable, es igualmente insensato dudar de la promesa de Dios de sanar por estas cosas.

La base sobre la que reclamamos el perdón de los pecados es que Cristo los cargó “en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24). Debemos creer que somos perdonados antes de que nuestros sentimientos cambien. Es exactamente de la misma manera y sobre la misma base que debemos apropiarnos de la sanidad física del Gran Médico. La sanidad de nuestras almas y cuerpos se basa en la verdad inmutable de la obra consumada de Cristo, no en nuestros sentimientos.

Dios te da el nombre redentor, “Jehová-Rafá”, diciéndote así: “Yo soy el Señor que te sana”. Él quiere que respondas con fe: “Sí, Señor, tú eres el Señor que me sana”. Él quiere que exactamente lo que dice sea verdad en tu experiencia. No puedes equivocarte al decir y creer firmemente lo que Él dice: que Él realmente te está

sanando en este momento. Él continuará trabajando hasta que estés “perfectamente sano”. La fe es decir y creer lo que Dios dice, y luego actuar en consecuencia. Las bendiciones que recibimos por una firmeza

La fe en las promesas de Dios siempre se materializará.

No debemos ser de doble ánimo

Al apropiarnos de la sanación que Cristo nos ha provisto, no debemos ser indecisos. Santiago dice: “Pero pida con fe, no dudando nada. Porque el que duda es semejante a la onda del mar, arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor” (Santiago 1:6-7). Debemos, por así decirlo, despojarnos de nuestra mente y revestirnos de “la mente de Cristo”. Esto significa ver solo lo que Él dice y actuar en consecuencia. Esto está implícito en que pidamos “con fe”. Pablo nos dice que nos despojemos del viejo hombre con sus obras. Esto incluye el hábito del viejo hombre de pensar solo según la evidencia de los cinco sentidos. Revestirnos del nuevo hombre y tener la mente de Cristo implica pensar y creer lo que está escrito, y decir, como Él dijo: “Escrito está”. Recuerden, el “nuevo hombre” no se rige por la evidencia de los sentidos.

La Palabra de Dios es Poderosa

La Biblia nos dice que no hay Palabra de Dios sin poder. El Salmo 107:20 nos dice: «Envió su palabra y los sanó». Esta es su manera de sanar tanto nuestras almas como nuestros cuerpos. He conocido a muchos que han sido sanados después de leer las palabras de Isaías 53:5: «Por su llaga fuimos nosotros sanados». Luego dijeron: «Dios dice que estoy sanado, y voy a creerle a Dios y no a mis sentimientos». Al decir y repetir lo que Él dice y actuar en consecuencia, incluso los cánceres han desaparecido. Cuando creemos firmemente en la Palabra de Dios y actuamos con fe en ella, nada puede impedir que el poder de la Palabra haga que todas

las cosas sean exactamente como ella dice. Todo lo que tenemos que hacer es creer firmemente en lo que dice la Palabra. Debemos negarnos resueltamente a ver, creer o pensar en cosas que contradigan la Palabra. Debemos ponernos del lado de Dios y creer que todo lo que necesitamos para nuestro espíritu, alma y cuerpo ya es nuestro. Dios le dijo a Abraham: «Te he puesto por padre de una multitud». El nuevo nombre, “Abraham”, significa “el padre de muchas naciones.” Al tomar el nuevo nombre con fe, el patriarca repetía continuamente las Palabras de Dios después de Él: “YO SOY el padre de una multitud.” Al contar así las cosas que no son como si fueran, y dar gloria a Dios de antemano, exactamente lo que Dios dijo se hizo realidad.

“A medida que crees que Dios ha hecho y dado todo lo que dice que ha hecho y dado, y a medida que obedeces constantemente Su Palabra, Dios hace que todas las cosas viejas te abandonen y hace que todo lo que es de Cristo aparezca en ti” (Sra. C. Nuzum).

Dios ya nos ha dado todas las cosas

Él nos ha dado las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad (2 Pedro 1:3). Esto incluye todo lo que necesitamos para el espíritu, el alma y el cuerpo, para esta vida y para la venidera. Jesús compró todo esto para nosotros. Dios nos dice que ya nos lo ha dado. Isaías 53:5 y 1 Pedro 2:24 nos dicen que Dios nos ha sanado. Colosenses 1:13 dice que Dios nos ha librado del poder de las tinieblas. En Lucas 10:19 Jesús dijo: «He aquí, os doy poder... sobre todo poder del enemigo, y nada os dañará». Romanos 6:18 nos dice que somos libres.

Al apropiarnos de todo esto, Dios nos advierte, como en el caso de Pedro, que nunca nos fijemos en nuestras circunstancias ni en nuestros sentimientos. Las olas eran tan altas cuando Pedro caminaba con perfección sobre el agua como cuando se hundió. Aunque no las miró, no pudieron detenerlo. En cuanto las miró, dudó y se hundió. El viento también era tan fuerte cuando Pedro

caminaba con perfección como cuando se hundió. Cuando no le prestó atención, no pudo detenerlo. Dios nos enseña aquí que si nos ocupamos en mirar y sentir, en lugar de en Él y en su Palabra, perderemos todo lo que Él nos ofrece. Por otro lado, al negarnos firmemente a ver nada más que a Dios y lo que Él dice, tendremos y conservaremos todo lo que Él dice que nos ha dado.

Señora C. Nuzum

“Retén lo que tienes”

Satanás está ocupado intentando quitarnos lo que le quitamos a Dios. Dios nos dice: «Retén lo que tienes» (Apocalipsis 3:11). Jesús le dio a Pedro el poder de caminar sobre el agua, pero el diablo se lo quitó al obligarlo a fijar su atención en el viento (que representa lo que sentimos) y en las olas (que representan lo que vemos). Pedro tenía el poder y lo usó; pero lo perdió por dudar.

Señora C. Nuzum

Muchos pierden la manifestación de la sanidad ya en operación, al desviar su atención de Cristo y la Palabra de Dios hacia sus sentimientos. Antes de dar el paso de fe para la sanidad, aclare completamente este asunto: después de dar el paso, no verá nada más que a Dios y lo que él dice. A partir de ese momento, la duda debe considerarse fuera de cuestión e irrazonable. La evidencia sobre la que ha plantado sus pies es la Palabra de Dios. Observar sus sentimientos o síntomas sería como un agricultor que desentierra su semilla para ver si está creciendo. Esto mataría la semilla de raíz. Cuando el verdadero agricultor siembra su semilla, dice con satisfacción: "Me alegra que esté decidido". Cree que la semilla ha comenzado su trabajo antes de verla crecer. ¿Por qué no tener la misma fe en la "Semilla Imperecedera", la Palabra de Dios? Cree que ya está haciendo su trabajo sin esperar a ver.

Al recibir sanidad sobrenatural, lo primero que debes aprender es dejar de preocuparte por la condición de tu cuerpo. Lo has encomendado al Señor y Él ha asumido la responsabilidad de tu

sanidad. Debes sentirte feliz y tranquilo en este asunto. Sabes por Su propia Palabra que Él asume la responsabilidad de cada...
asunto confiado a Él. Al recibir sanidad por fe, se pierde de vista el cuerpo y sus sensaciones, y solo se tiene en cuenta al Señor y sus promesas. Antes de ser consciente de cualquier cambio físico, la fe se regocija y dice: «Escrito está». Jesús obtuvo sus grandes victorias diciendo: «Escrito está» y creyendo lo escrito. Cualquier sentimiento desfavorable debe considerarse una advertencia. No debemos considerar el cuerpo, sino considerar aún más la promesa del Señor y ocuparnos de Él. Cuánto mejor es estar en comunión con Dios y regocijarnos en su fidelidad, que ocuparse de un cuerpo enfermo. De esta manera, hemos visto a multitudes alcanzar un gran progreso espiritual. Otros han perdido la dulce comunión con Dios al ocuparse de sus sentimientos y síntomas.

Cómo se puede perfeccionar la fe

En Marcos 9:24 leemos que el padre que buscaba la sanidad de su hijo, "clamó y dijo con lágrimas: 'Señor, creo; ayuda mi incredulidad'". Al pedirle ayuda a Cristo, recibió la ayuda necesaria. Ascendió a una posición de poder superior a la de los apóstoles y triunfó donde ellos habían fracasado. En griego, al Espíritu Santo se le llama Paráclito, que significa "ayudante". ¡Gracias a Dios! El cristiano siempre puede contar con su ayuda cuando la necesite. El Espíritu Santo siempre está dispuesto a obrar en nosotros "lo que es agradable a sus ojos". En un sentido especial, esto incluye la fe. "Sin fe es imposible agradarle". Dado que la fe es especialmente agradable a sus ojos, él quiere producirla en nuestros corazones por su Palabra y por su Espíritu. El Espíritu Santo siempre está dispuesto a ayudar a cada cristiano a ejercer la fe para cualquier bendición que Dios le haya prometido en su Palabra. La Biblia nos dice que Cristo puede salvarnos completamente. Esto incluye particularmente salvarnos de nuestra incredulidad. Este es el pecado del cual el Espíritu Santo vino a convencernos. Por tanto, con propósito decidido escuchad sólo Su Palabra. Confiesa a Dios tu incredulidad y confía en Él para

librarte de ella, al igual que de cualquier otro pecado. Su gracia siempre es suficiente para que la fe triunfe al apropiarse de cualquier misericordia que Él haya provisto. El Espíritu Santo siempre está listo para ejecutar por nosotros el cumplimiento de cualquier promesa que Dios nos haya dado.

¿Por qué es necesaria la fe?

¿Qué constituye a un hombre justo? Se nos dice repetidamente que Abraham fue considerado justo. La historia de cómo se determinó su justicia es muy simple. Creyó en Dios y actuó en consecuencia. Creyó y actuó como si hubiera recibido de Dios el cumplimiento de su promesa. Hacer esto es la suma total de la justicia. Nada puede ser tan importante ni un privilegio como esto. Solo así se puede llevar a cabo el glorioso plan de Dios para el individuo y para la Iglesia. De ninguna otra manera puede nadie hacer la voluntad y la obra de Dios.

A Cristo se le preguntó: "¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?". Su respuesta fue: "Esta es la obra de Dios: que creáis". Solo donde Él encuentra el ejercicio de una fe viva para el cumplimiento de sus promesas, Dios puede obrar. Dado que al creer en Dios somos considerados justos, es la incredulidad la que nos hace injustos. La incredulidad es malvada e injusta porque obstaculiza y anula el plan divino, que consiste en todo lo que Dios ha prometido hacer en respuesta a la fe. No es de extrañar que Dios enviara al Espíritu para convencer al mundo del pecado de incredulidad. Cualquier cosa que no sea una fe viva en que se haga la voluntad y la obra de Dios es injusta. Aunque la llamemos religión, es algo más que su justicia. La capacidad de Cristo para salvarnos completamente consiste en salvarnos de nuestra incredulidad. Esto es mortal para el glorioso plan divino. El Espíritu Santo es dado para guiarnos a toda la verdad para que podamos creerla, a fin de que se lleve a cabo todo el programa de Dios.

Cuántos creen en Dios, pero no como Abraham. Una fe firme en lo que Dios ha revelado como su voluntad para nosotros es nuestro

deber fundamental. Desde todo punto de vista, este es nuestro mayor privilegio. ¡Cómo inundaría Dios el mundo con su gran poder si todos los que profesan su nombre se propusieran descubrir toda la verdad divina, creerla con una fe apropiada y actuar en consecuencia!

La fe en Dios tiene una base mucho más fuerte y un Ayudador mucho más fuerte (el Espíritu Santo) que la duda, el pecado o la enfermedad. El Espíritu Santo liberará tu mente de toda duda si confías en Él. Confía en Él y mantén tu atención en la Palabra de Dios.

Dios ha provisto que el ojo de la fe contemple realidades gloriosas y duraderas. Cuando se contemplan con firmeza, estas siempre se vuelven más fuertes que el cáncer o la enfermedad que ve el nervio óptico. La duda, el pecado y la enfermedad siempre pueden ser destruidos mediante el uso correcto de los "ojos del entendimiento". Este es el método infalible para que nos apropiemos de todas las bendiciones de Dios. Todas las gloriosas victorias de la fe registradas en el capítulo once de Hebreos fueron el resultado del uso adecuado y persistente de su mejor visión.

La ley del Espíritu de vida, que sana nuestras almas y cuerpos, es mucho más poderosa que la ley del pecado y la muerte. Esta ley, si no la obstaculizamos, triunfará siempre. Todo aquel que se propone obtener los beneficios de la Expiación tiene un Ayudador infinitamente capaz. Su poder, cuando se confía en él, nunca falla. Así como la gracia de Dios es más fuerte que el pecado, la virtud sanadora de Cristo es mucho más poderosa que la fuerza de cualquier enfermedad. Y la evidencia que Dios nos da de la fe (su propia Palabra), cuando ocupa la mente, es mucho más contundente que cualquier evidencia que Satanás pueda darnos para hacernos dudar.

¿Qué es el ejercicio de la fe?

Jesús le dijo al hombre de la mano seca: «Extiende tu mano». Cristo primero da la fe, luego la llama a ejercerla maravillosamente. El hombre extendió la mano confiando en la fuerza divina, y fue sanada. Al esforzarnos, confiando en Dios, para lograr lo que sin Él es imposible, Dios nos acompaña con su poder divino. Todo se hace independientemente de la naturaleza. En todo lo que Dios nos llama a hacer, «todo es posible [no para quien se siente capaz por sí mismo, sino] para quien cree». Vemos la capacidad de este hombre no en sí mismo, sino en Cristo. Toda parte de la salvación está contenida en Él. “Todo lo puedo en Cristo Jesús”.

que me fortalece”. Mediante nuestra unión con Cristo, la Vida verdadera, la fuerza ya es nuestra. Pero debemos ponerla en práctica. Fue el esfuerzo del hombre al extender su mano lo que abrió el camino para que se diera el toque sanador y fluyera la vida divina. Aunque comenzó en lo natural, este acto de fe se convirtió en una vía de entrada para que lo sobrenatural satisficiera la necesidad del hombre. En virtud del poder divino impartido, condujo de inmediato a una acción completamente sobrenatural. Condujo a un ejercicio del cuerpo que no era posible según las condiciones anteriores. Fue un acto independiente de las fuerzas naturales y totalmente dependiente de Dios.

El acto de fe no es solo un acto físico; incluye el ejercicio del corazón y la mente hacia Dios. El ejercicio pleno de la fe significa que pensamos con fe, hablamos con fe, actuamos con fe. Esto trae la manifestación de todo lo que la fe requiere según la promesa de la Palabra. Quizás te preguntes: "¿Cómo se puede ejercer la fe para la sanación de la ceguera o de una aflicción que no interfiere con el movimiento del cuerpo?" Al ciego Jesús le dijo: "Ve a lavarte en el estanque de Siloé". Este acto le dio al hombre la oportunidad de ejercitar la fe en el corazón, la mente y el cuerpo. Lo mismo ocurrió con Naamán, con los diez leprosos y con el centurión. En cada caso, fueron confiando en la Palabra de Cristo. Creyeron que

la sanidad era suya antes de que se manifestara en la vista.

Podrías depositar mil dólares en el banco y venir a decirme que me has hecho un regalo de esa cantidad. Si te creyera, actuaría según mi fe y emitiría cheques del banco según necesitara el dinero. No he visto el dinero en el banco, pero es tan mío como si lo viera y lo tuviera en mis manos. Así también, la sanidad para nuestras almas y cuerpos está en Cristo. Dios ha hecho el tesoro de todo lo que Él es. La enfermedad, de la que he sido redimido, no me pertenece, pero la sanidad sí. Por lo tanto, empiezo a verificar la sanidad. ¿Cómo? Intentando en Su nombre lo que no puedo hacer sin Él. Esto es actuar con fe; verificar la salud y la fuerza del banco de Dios. Es contar con algo que no vemos ni sentimos, pero que sabemos por la propia Palabra de Dios que es nuestro. De la misma manera, el dinero en el banco es nuestro, aunque no lo veamos ni lo sintamos.

El árbol ceñido

Alguien podría preguntar: "¿Cómo puedo decir que estoy sano si veo enfermedad en el cuerpo y soy consciente del dolor?". A veces se da una ilustración en la naturaleza que aclara la verdad. Un método para matar un árbol es ceñirlo, y cuando vemos un árbol ceñido, pensamos que es un árbol muerto. Aun así, su follaje permanece fresco y verde por un tiempo, dando evidencia de vida. El ojo natural ve vida. El ojo de la mente, que posee un conocimiento que va más allá de lo que la naturaleza contempla, ve muerte. Con el tiempo, las hojas se marchitan y caen, y la muerte, que el ojo de la mente vio desde el principio, se manifiesta a los sentidos. Así sucede cuando aceptamos la sanidad para el cuerpo. Al invocar la Palabra de la promesa, recibiendo con fe una obra terminada, la "espada del Espíritu" asesta el golpe mortal a la enfermedad. Por un corto tiempo, los síntomas pueden permanecer; pero el ojo de la fe que contempla al Crucificado ve la enfermedad cancelada y la salud otorgada. "Llamando las cosas que no son

como si fueran", la nueva vida se manifiesta en el cuerpo. Lo que el ojo de la fe vio desde el principio como verdad se manifiesta a los sentidos. La fe ve a Dios en su amor y omnipotencia cumpliendo la Palabra.

De "Joyas de la Verdad sobre la Sanación Divina"

Gobernarse por la visión natural es acientífico porque no considera todos los hechos. Ignora los hechos más importantes. La curación únicamente por medios naturales es acientífica porque ignora hechos importantes. Ignora la intervención sobrenatural en la enfermedad, así como el privilegio de lo sobrenatural en su recuperación.

Damos gracias a Dios por los miles que han logrado un gran avance espiritual al recibir sanidad de esta manera. El proceso de fe que trae la sanidad es una bendición mucho mayor que la sanidad misma. Muchos a lo largo de las Escrituras se hicieron famosos por tener fe como resultado de buscar a Dios para recibir lo que llamamos bendiciones temporales. Cuando hemos aprendido el proceso de fe para recibir sanidad, hemos aprendido a recibir todo lo demás que Dios nos promete en su Palabra. La Iglesia podría ganar millones para el servicio de Dios y convertirlos en... Luchadores de la buena batalla de la fe, ofreciéndoles la sanación que Cristo les compró. Que usted, querido lector, al aprender a sanar de esta manera, avance hacia una vida de fe y utilidad en el Reino de Dios.

Cómo obtener respuesta a tus oraciones

Los tiempos pasados de la Palabra de Dios

Es importante que quienes buscan las misericordias de Dios comprendan que apropiarse de la fe implica tomar y usar lo que Dios nos ofrece. La esperanza es esperar una bendición en el futuro. La fe es aceptar ahora lo que Dios nos ofrece.

Debemos creer lo que Dios dice que ha hecho por nosotros y actuar en consecuencia. Debemos tomar nuestra libertad comprada con sangre, tal como lo hicieron los esclavos del Sur tras la Proclamación de Emancipación de Abraham Lincoln.

El Evangelio es una proclamación mundial de emancipación, de libertad del servicio y la esclavitud al viejo tirano, amo del pecado y la enfermedad, el diablo. Cuando Jesús dijo «Consumado es», quiso decir que la obra estaba hecha. A los ojos de Dios, está completa. Dios espera que consideremos hecho lo que Jesús dice que está hecho. El pasado de la palabra de Dios significa una decisión firme, sellada y definitiva de su voluntad.

En Gálatas 3:13 leemos: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho maldición por nosotros». Dios ha puesto nuestra redención de la maldición de la ley en pasado. Recibimos nuestra liberación cuando hacemos lo mismo. En el capítulo 28 de Deuteronomio, vemos que la maldición de la ley incluye todas las enfermedades.

En la Palabra de Dios leemos: “Ciertamente él llevó [tiempo pasado] nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores” Él mismo tomó [tiempo pasado] nuestras enfermedades, y llevó nuestras enfermedades ...Por por cuyas llagas fuisteis sanados.”

Dios quiere que todos nos apropiemos del pasado de su Palabra en cuanto a la redención de nuestras almas y cuerpos de la enfermedad. Quiere que avancemos en obediencia, actuando como si le creyéramos. Cuando Dios pone una promesa en pasado, nos autoriza y espera que hagamos lo mismo. Nada menos que esto es apropiarse de la fe.

En Marcos 11:24, Jesús nos autoriza y nos ordena que pongamos en pasado la recepción de la bendición que pedimos. Dice que cuando pedimos las promesas que él ofrece, debemos creer que las hemos recibido y que las tendremos. Debemos seguir creyendo que Dios nos dio lo que pedimos al orar. Debemos seguir alabándolo y agradeciéndole por lo que nos ha dado. Es después de creer que hemos recibido lo que pedimos, después de creer que él ha escuchado nuestra oración, que Dios obra. Entonces la semilla imperecedera, su Palabra, comienza a crecer.

El agricultor debe sembrar su semilla en pasado para poder cosechar. La recepción permanente de la Palabra de Dios, la semilla imperecedera, debe sembrarse en la buena tierra de nuestro corazón. Es necesario sembrar en pasado para que la semilla pueda comenzar a trabajar.

Creer que Dios ya escuchó nuestra oración antes de que se manifieste la bendición es la tierra fértil donde la semilla imperecedera, su Palabra, crece y da fruto. Creer que Dios ha escuchado nuestra oración siembra la semilla, y entonces (y no antes) comienza a trabajar.

En la tumba de Lázaro, mientras Lázaro aún estaba muerto, Jesús dijo: «Te doy gracias por haberme escuchado». Los enfermos que oran por sanidad deben decir antes de que esta se materialice: «Padre, te doy gracias por haberme escuchado». La oración de fe es creer que nuestra oración es escuchada antes de que la respuesta se materialice, antes de que la respuesta se manifieste. «Esta es la

confianza que tenemos en él: que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho».

Es antes de haber experimentado o ser consciente de cualquier cambio que la fe se regocija y dice: «Escrito está». Cuando pedimos sanidad, debemos decir, con la autoridad de la Palabra de Dios: «Te doy gracias por haberme escuchado».

La fe se niega a ver (como motivo de duda) nada contrario a la Palabra de Dios. Considera la salud y la fuerza que nos legó como ya propias por la muerte del testador. Con su muerte, el testamento entra en vigor. Jesús nos dice: «Como creíste [tiempo pasado], te sea hecho».

Con nuestros ojos naturales sólo vemos las cosas temporales e inferiores de la tierra, pero con los ojos iluminados de nuestro entendimiento contemplamos las realidades superiores, satisfactorias y duraderas del Reino espiritual y eterno de Dios.

Dios le dijo a Abraham: «Te he puesto por padre de muchedumbre de naciones» (en pasado). Como Dios puso esta promesa en pasado, Abraham hizo lo mismo y demostró su fe al tomar su nuevo nombre, «Abraham», que significa «el padre de una multitud».

Un hombre puso cierta cantidad de dinero en el bolsillo del abrigo de su esposa, diciéndole que lo había hecho. Le preguntó si le creía. Ella respondió: "Claro que sí", y empezó a planear cómo gastarlo. De hecho, ya tenía ese dinero antes.

Ella lo vio. ¿Por qué deberíamos creer la simple palabra de otros y exigirle pruebas a Dios?

Si alguien te cediera una casa que nunca has visto, ya tienes una

casa antes de verla. «La fe es... la evidencia [título de propiedad] de lo que [aún] no se ve». Una escritura te hace tan tuyo que puedes venderlo sin siquiera verla. La fe es creer que tienes lo que Dios dice que tienes y actuar en consecuencia antes de sentir o ver que lo tienes.

Dios le dijo a Josué: «Mira, he entregado a Jericó en tu mano». Josué y sus hombres expresaron esta victoria en pasado, como lo había hecho Dios, y los muros de Jericó se derrumbaron mientras ellos actuaban según su fe.

Jesús dijo a los diez leprosos que pedían misericordia: «Vayan y preséntense a los sacerdotes». Sus palabras equivalieron a decir: «Les he dado mi palabra de que se cumple». Conocían la ley del leproso y, por lo tanto, el significado de su mandato. Habló de su sanidad en pasado antes de verla, y esta se manifestó mientras practicaban su fe.

Jonás expresó su liberación en pasado, llamó a sus síntomas «vanidades mentirosas» y ofreció sacrificios con voz de agradecimiento mientras aún estaba en el estómago del gran pez. Funcionó.

La razón por la que miles no reciben lo que piden en sus oraciones es que mantienen su bendición en tiempo futuro. Esto es solo esperanza, no fe, que se lleva las bendiciones ahora.

Si los dones de Dios para el alma y el cuerpo fueran simplemente regalos prometidos, tendríamos

Esperar a que el Prometedor cumpliera sus promesas, y la responsabilidad recaería sobre Él. Pero todas las bendiciones de Dios son dones ofrecidos, así como promesas, y por lo tanto deben aceptarse. La responsabilidad de su transferencia es nuestra. Esto exime a Dios de toda responsabilidad por cualquier falla.

La única razón por la que no fuiste salvo un año antes es porque no aceptaste lo que Dios te había provisto y te ofrecía. Dios no te hacía esperar; tú lo hacías esperar a Él.

Algunos dicen: «Dios me sanará a su debido tiempo». Esto es solo esperanza, no fe. La fe requiere lo que Dios ofrece ahora.

La fe que toma

Todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá.
Marcos 11:24

La fe: un título de propiedad

“La fe es... la convicción [o título de propiedad] de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). En Jeremías, el título de propiedad se menciona repetidamente como “la convicción”. Tu título de propiedad es “la evidencia” o prueba de que eres dueño de tu casa. La fe es la convicción de lo que aún no has visto. Cuando te han dado la escritura de una casa que aún no has visto, ya tienes una casa antes de verla. Jesús dijo repetidamente: “El que cree, tiene”. La traducción de Moffatt de Hebreos 11:1 dice: “La fe significa que estamos... convencidos de lo que no vemos”.

En Marcos 11:24, Jesús nos manda a creer que hemos recibido las cosas por las que oramos en el momento de orar, sin esperar a verlas ni sentirlas. Con esta condición, promete: «Las tendréis». La fe para la sanidad de vuestro cuerpo es lo mismo que la fe para el perdón. Debes creer, con la autoridad de la Palabra de Dios, que fuiste perdonado antes de sentirte perdonado. Ninguna otra cosa es fe, pues la fe es la evidencia de lo que no se ve. En cuanto se manifiesta la bendición que recibimos por fe, la fe para esa bendición termina.

Si eres el beneficiario del testamento de un hombre rico, ya eres rico en el momento de su muerte, aunque aún no hayas visto nada de su dinero. De igual manera, todo lo que nos legó nuestro Señor en su último testamento ya es nuestro en virtud de la muerte de Jesús, el testador. La fe es simplemente usar lo que nos pertenece.

La sanidad es lo mismo que el perdón. Debemos creer que hemos recibido la sanidad al orar, antes de verla o sentirla. Esta es la confianza que el Espíritu Santo, en Hebreos 10:35-36, nos dice que no desperdiciemos. La razón es que esta confianza tiene una gran recompensa. Pedro nos dice que la prueba de esta fe (la fe que hemos recibido) es más preciosa que el oro.

Debemos creer que nuestra oración es concedida en el momento en que la oramos, que ya tenemos lo que pedimos antes de verlo. Esta es la confianza a la que se refiere 1 Juan 5:14-15: «Sabemos que tenemos las peticiones que le hemos hecho».

La higuera, que Jesús maldijo, se secó, no por las hojas visibles, sino por las raíces, que estaban ocultas. Al observar las hojas, al principio no se pudo detectar la muerte del árbol.

Nuestra “Proclamación de Emancipación”

El Calvario fue nuestra “proclamación de emancipación” de todo lo que está fuera de la voluntad de Dios. Simplemente debemos creer lo que Dios dice que ha hecho por nosotros y actuar en consecuencia. Debemos tomar nuestra libertad comprada con sangre, tal como lo hicieron los esclavos del Sur después de la Proclamación de Emancipación de Abraham Lincoln. Supongamos que los esclavos hubieran juzgado por la evidencia de los sentidos. Supongamos que dijeran: “No me siento diferente; no veo ningún cambio; todo mi entorno es igual que ellos” eran.” ¿Sería eso fe? Era fe solo cuando actuaban con base en la libertad, que ya era suya.

Al creer y actuar conforme a la Palabra de Dios, todo lo que nos pertenece en Cristo se hace disponible de inmediato. Aceptar cualquier evidencia física contraria en lugar de la Palabra de Dios es anularla, en lo que a ti respecta. La fe es creer lo que Dios dice ante la evidencia contraria de los sentidos. Debemos ser firmes al

resistir, como motivo de duda, todo lo contrario a la Palabra de Dios. La fe significa que hemos abandonado el ámbito de los sentidos.

Si un amigo depositara cien mil dólares en el banco a tu favor y te trajera la libreta y la chequera, no revisarías tu billetera vacía para ver cuánto dinero tienes. Revisarías tu libreta. La Biblia es la libreta del cristiano. Dios ha depositado en Cristo todo lo que necesito. Ya es mío. Descuidarla no es una actitud correcta hacia Dios. Una actitud correcta hacia Dios y sus promesas hará que se cumplan.

Tienes que recibir a Cristo antes de experimentar cualquiera de los maravillosos resultados que se obtienen al recibirlo. Cristo viene primero; después vienen los resultados. Recibimos sanidad, vida divina, fortaleza y todas las demás bendiciones prometidas exactamente de la misma manera que recibimos a Cristo y el perdón. Dado que el perdón es invisible, ¿cómo lo recibimos? Respuesta: por fe en la Palabra de Dios. ¿Por qué no recibir sanidad divina, vida y fortaleza de la misma manera?

Con cada bendición que se recibe por fe, debes tenerla antes de ver y antes de que se manifieste. De lo contrario, no se recibiría por fe. La fe es "la evidencia de lo que no se ve". Los diez leprosos ya habían recibido la sanidad en su forma no manifestada cuando se dirigieron a mostrarle al sacerdote que habían sido sanados. Su sanidad se manifestó mientras actuaban su fe. El anuncio de Dios: "Yo soy el Señor que te sana", debe recibirse como la voz de Dios. Debe creerse como un hecho presente y evaluarse según su... costo.

Los seis sentidos

El perfume es inexistente para el sentido del oído. Lo que

recibimos por fe, según Marcos 11:24, es, en principio, inexistente para los cinco sentidos naturales. No dudas de la existencia de lo que ves porque no puedes olerlo, saborearlo ni oírlo. Entonces, ¿por qué dudar de la existencia de lo que has recibido por fe (el sexto sentido) porque aún no puedes verlo ni sentirlo? Los cinco sentidos naturales pertenecen al "hombre natural". Pablo nos dice que él "no percibe las cosas... de Dios". Solo mediante nuestro sexto sentido, la fe, podemos ver, recibir y aferrarnos a las bendiciones que Dios nos ofrece hasta que se manifiesten plenamente. Consultar nuestros sentidos naturales para comprobar si nuestra oración ha sido concedida es tan ridículo como intentar ver con los oídos o escuchar con los ojos.

Nuestros seis sentidos funcionan independientemente. Ves lo que no puedes oír; oyes lo que no puedes ver, etc. De la misma manera, por fe, tienes lo que, al principio, es inexistente para los sentidos naturales. Es importante ver que la evidencia contraria de los sentidos no es motivo de duda. Las evidencias en las que se basa la fe siguen siendo perfectas. Solo hay fe cuando creemos ante la evidencia contraria de los sentidos. Abraham recibió y creyó la Palabra de Dios ante la evidencia natural de la imposibilidad.

Debes tener ya el perfume para poder olerlo. Debes tener ya la comida para poder saborearla. También debes tener ya la sanación para poder sentirla. La fe recibe perdón y sanación. Entonces alaba a Dios por ellos cuando no hay nada por lo que alabarlos en lo que respecta a los cinco sentidos.

Jesús dijo: "Gracias te doy porque me has escuchado", cuando se produjo la resurrección de Lázaro.

Aún no se había manifestado. Antes de ver o sentir ningún cambio, debemos creer que nuestra oración de sanidad ha sido concedida. Debemos decir como Jesús: «Te doy gracias por haberme escuchado». Los ángeles de Dotán ya estaban presentes antes de que el siervo de Eliseo los viera. La capacidad que Dios le dio para ver a estos ángeles no los creó. Dios obra mientras mantenemos el hábito mental de la fe; «No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven» (2 Corintios 4:18). Miramos a Dios: a sus promesas, su fidelidad, su justicia, etc. La fe solo se relaciona con lo invisible. En cuanto lo que hemos recibido por fe se manifiesta a los sentidos, deja de ser fe.

La actitud mental correcta

Nadie que permita que su mente sea gobernada por los sentidos puede tener una fe victoriosa. La mente gobernada por los sentidos vive en un reino de incertidumbre. Hasta que la Palabra de Dios domine tu mente, esta se dejará llevar por los sentimientos y por lo que ves o escuchas, en lugar de por la Palabra de Dios. La mente y los pensamientos de quienes buscan sanidad deben ser renovados. Deben armonizarse con la mente de Dios, tal como se revela en la Biblia y se señala en este libro. La fe en las bendiciones prometidas por Dios es el resultado de conocer y actuar conforme a la Palabra de Dios. La actitud mental correcta, o la "mente renovada" (Romanos 12:2), hace posible una fe firme para todos. Dios siempre sana cuando puede obtener la cooperación adecuada.

Tener antes de ver

Puse cierta cantidad de dinero en el bolsillo del abrigo de la Sra. Bosworth. Después, le conté lo que había hecho y le pregunté si me creía. Ella dijo: «Claro que sí», y me dio las gracias. De hecho, ya tenía ese dinero antes de verlo. ¿Por qué deberíamos creer la simple palabra de otros y exigirle a

Dios pruebas visibles?

Sigue creyendo que Dios te dio lo que pediste al orar, agradeciéndole y alabándolo por lo que te ha dado, y siempre se materializará. Esto siempre pone a Dios a trabajar.

Muchos esperan que Dios los sane, cuando Él espera que acepten lo que les ofrece. ¡Qué difícil sería para un amigo que te ofreciera un regalo si lloraras y suplicas por él, y luego lo hicieras esperar a que lo aceptaras!

Permítanme decirlo de otra manera. Jesús nos manda creer que hemos recibido las cosas por las que oramos en el momento de orar, antes de que se manifiesten. Es evidente que existen en dos formas: primero, invisibles; después, visibles.

Primero, «creed que ya lo habéis recibido [en su forma invisible], y os vendrá [en su forma visible o material]».

Primero lo recibimos en la fe, y después en la sensación.

Jesús, en Marcos 11:24, nos manda, tan pronto como oramos, creer que ya lo hemos recibido (en su forma invisible) lo que pedimos. Luego, lo transforma a su forma visible o material.

Los diez leprosos recibieron su sanación en su forma invisible mientras se dirigían a mostrarle al sacerdote su sanación en su forma visible y material.

Cuando Jesús dijo: «Te doy gracias por haberme escuchado», la resurrección de Lázaro se completó en el ámbito de la fe antes de ser vista. Unos momentos después, se manifestó en forma tangible. De la misma manera, debemos creer que ya tenemos nuestra sanidad completa en su forma invisible antes de que Dios la transforme en su forma visible o material. El hecho de que la fe sea «la evidencia [o título de propiedad] de lo que no se ve» demuestra que ya debemos tener las cosas por las que oramos. Las recibimos primero en su forma invisible, antes de que Dios pueda transformarlas en su forma visible o manifestada.

Todo el capítulo once de Hebreos registra las acciones de los santos de Dios en el ámbito de la fe antes de que los resultados de su fe se manifestaran. Todos los actos de fe se dan en el ámbito de lo aún invisible. Creer que hemos recibido lo que pedimos en el momento de orar es la "confianza", que implica ser firmes.

Tengamos una fe inquebrantable hasta que Dios cambie las bendiciones que hemos tomado, de su forma invisible a su forma visible.

Andar por fe es andar con la visión que ve y se ocupa de las cosas eternas. Ve a Dios, sus promesas, su fidelidad y las muchas otras razones perfectas para la fe. Fue creer sin ver lo que le dio a Pedro un gozo inefable y glorioso. Nada que hubiera visto antes le daba tanto gozo como el que sentía ahora al creer sin ver.

El sacrificio de alabanza y la acción de gracias se realizan continuamente en el ámbito de la fe. Esto ocurre antes de que nuestras bendiciones se transformen en algo visible. Jonás llamó a sus síntomas "vanidades mentirosas" y sacrificó con voz de agradecimiento mientras aún estaba en el estómago del gran pez. Los israelitas cantaron alabanzas camino a la batalla.

Nuestra confesión

Muchas personas no reciben lo que piden en oración por falta de comprensión sobre la confesión. En Hebreos 3:1, el cristianismo se llama «profesión». La palabra griega traducida aquí como «profesión» es la misma que se suele traducir como «confesión».

Qué significa

La palabra confesión en griego significa "decir lo mismo". Significa creer y decir lo que Dios dice sobre nuestros pecados, nuestras enfermedades y todo lo demás incluido en nuestra redención. La confesión es una afirmación de una verdad bíblica que hemos abrazado. La confesión es simplemente creer con el corazón y repetir con los labios la declaración de Dios de lo que somos en Cristo.

El Espíritu Santo dice en 1 Pedro 2:24: «Por cuyas llagas fuisteis sanados». Debemos creer y decir lo mismo. Cuando nuestra afirmación es la Palabra de Dios, Él vela por su cumplimiento (Jeremías 1:12).

La confesión es la manera de expresarse de la fe.

“El Sumo Sacerdote de Nuestra Confesión”

En Hebreos 3:1 se nos manda a considerar al “Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús”. Cuando es de acuerdo con la Palabra de Dios, Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, actúa en nuestro favor conforme a lo que confesamos.

Pablo nos dice que predicó “la Palabra de fe”. Dijo: “Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Romanos 10:9-10).

La relación entre la confesión y la manifestación

Observe aquí que la confesión, que dice lo mismo que Dios, es por fe. Es creer y confesar antes de experimentar el resultado.

La confesión viene primero, y luego Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, responde con el nuevo nacimiento. No es salvación por confesión, sino confesión para salvación. La confesión precede a la salvación. No hay salvación sin confesión.

La fe es actuar según la Palabra de Dios. Esto siempre pone a Dios a trabajar para cumplir su promesa.

¿Qué debemos confesar?

Pocos cristianos hoy en día han reconocido el lugar que ocupa la confesión en el plan de Dios para que nos apropiemos de sus bendiciones. Siempre que se usa la palabra confesión, muchos piensan instintivamente en confesar el pecado, la debilidad y el fracaso. Este es solo el lado negativo de esta gran cuestión. Nuestra confesión negativa del pecado solo abrió el camino a la confesión positiva "para salvación". Esto abarca toda una vida de creer con el corazón y decir con los labios todo lo que Dios nos dice en sus promesas.

Confesar para salvación, en su forma inicial y luego en cada una de sus formas sucesivas, es esencial. Confesamos la Palabra de Dios primero en la forma del nuevo nacimiento, luego en la forma de cada bendición que se nos promete. El cristiano debe actuar conforme a cada fase de su salvación que conoce. Debemos creer con el corazón y confesar con la boca según la "Palabra de fe", que Pablo predicó. Él predicó "todo el consejo de Dios". Predicó "las inescrutables riquezas de Cristo". Dijo que no retuvo nada que fuera útil para ellos.

Todo lo que Jesús hizo en su obra sustitutiva es propiedad privada de quien lo hizo. A lo largo de nuestra vida cristiana, Dios quiere que creamos con el corazón y digamos con los labios todo lo que Él dice que somos en Cristo. No debemos ignorar ni descuidar nuestra posición legal en Cristo. Es la base de los actos de fe que impulsan a Dios a cumplir su Palabra. Debemos confesar o susurrar en nuestro corazón: «En Él estoy completo». Cuando sabemos que Dios en su Palabra dice: «Yo soy el Señor que te sana», debemos creerlo y confesarlo con los labios. Cristo actuará como nuestro Sumo Sacerdote y lo cumplirá.

Debemos confesar que el Calvario fue nuestra proclamación de emancipación, liberándonos de todo lo ajeno a la voluntad de Dios, y actuar en consecuencia. Debemos confesar que nuestras enfermedades fueron depositadas sobre Cristo y que somos redimidos de la maldición de la enfermedad. «Que el que es débil diga: Fuerte soy», porque «el Señor es mi fuerza».

Nuestra confesión incluye:

Toda la verdad de las Escrituras

Todo lo que su sacrificio proveyó

Todo lo que cubre su Sumo Sacerdocio

Toda la voluntad revelada de Dios

Debemos confesar que nuestra redención es completa. El dominio de Satanás ha terminado; el Calvario nos ha liberado. Debemos creer que somos libres gracias a nuestra proclamación de emancipación, nunca por nuestros sentimientos ni por las evidencias de nuestros sentidos.

La remisión es la eliminación de todo lo relacionado con la vieja vida. Somos una «nueva criatura: las cosas viejas pasaron, y todas son hechas nuevas». Debemos confesar continuamente nuestra redención del dominio de Satanás.

Por supuesto, no debemos decirles a los demás que nuestra sanidad se manifiesta plenamente antes de que ocurra. Dios no lo dice. Pero sí puedes decirles a quienes te preguntan: «Me baso en la Palabra de Dios».

Confesión equivocada

Nunca superamos nuestra confesión. Una confesión negativa nos rebajará al nivel de esa confesión. Es lo que confesamos con nuestros labios lo que realmente nos controla. Nuestra confesión nos aprisiona si es negativa, o nos libera si es positiva. Muchos siempre están hablando de sus fallas y su falta de fe. Invariablemente llegan al nivel de su confesión. Confesar la falta de fe aumenta la duda. Cada vez que confiesas dudas y temores, confiesas tu fe en Satanás y niegas el poder y la gracia de Dios. Cuando confiesas dudas, estás preso con tus propias palabras. Proverbios 6:2 dice: «Estás atrapado con las palabras de tu boca, estás preso con las palabras de tu boca». Cuando dudamos de Su Palabra, es porque creemos algo que es contrario a esa Palabra. Una

confesión errónea excluye al Padre y deja entrar a Satanás.

Debemos negarnos a tener nada que ver con confesiones erróneas. Cuando nos damos cuenta de que nunca podremos superar nuestra confesión, llegamos al punto donde Dios puede usarnos.

La enfermedad se impone cuando confiesas el testimonio de tus sentidos. Los sentimientos y las apariencias no tienen cabida en el ámbito de la fe. Confesar una enfermedad es como firmar un paquete que la empresa de mensajería ha entregado. Satanás entonces obtiene tu recibo, demostrando que lo has aceptado. No aceptes nada que Satanás te traiga. «No deis lugar al diablo». 1 Pedro 4:11: «Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios». En Efesios 4:29 se nos manda a hablar solo «lo que sea bueno para la necesaria edificación». No debemos testificar por el adversario. Debemos actuar con fe, hablar con fe y pensar con fe.

En Filipenses 4:8 el Espíritu Santo dice: “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad”.

El Espíritu Santo dice en Proverbios que, como un hombre «piensa en su corazón, así es él». En 2 Corintios 10:4-5, el Espíritu Santo dice: «Las armas de nuestra milicia son... poderosas... llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo». Debemos derribar las imaginaciones (razonamientos) y dar a la Palabra de Dios su lugar en nuestra mente y en nuestros labios.

La mente de Cristo

Jesús recuerda cuando cargó con tus enfermedades. El Espíritu Santo manda: «No olvides ninguno de sus beneficios, pues él perdona todas tus iniquidades y sana todas tus dolencias».

Las transformaciones espirituales y físicas de Dios deben venir a nosotros “por la renovación de nuestra mente”. Romanos 12:1-2: “...presentad vuestros cuerpos [el hogar o laboratorio de los cinco sentidos] en sacrificio vivo. Transformaos por medio de la renovación de “vuestra mente, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.”

Una ley espiritual que pocos reconocen es que nuestra confesión nos gobierna. Es lo que confesamos con los labios lo que realmente domina nuestro ser interior. Haz que tus labios cumplan con su deber. No permitas que destruyan la eficacia de la Palabra de Dios en tu caso. Algunos confiesan con los labios, pero niegan en su corazón. Dicen: «Sí, la Palabra es verdad», pero en su corazón dicen: «No es verdad en mi caso». La confesión de tus labios no tiene valor mientras tu corazón la repudie.

Mantén firme tu confesión

Hebreos 4:14 (rv): “Teniendo, pues, un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, mantengamos firme nuestra profesión.” Esta es la confesión de nuestra fe en la obra redentora que Dios realizó en Cristo.

Se me dice que me aferre a la confesión de la absoluta integridad de la Biblia. Se me dice que me aferre a la confesión de la obra de Cristo en todas sus fases. Se me dice que me aferre a la confesión de que «Dios es la fortaleza de mi vida». Se me dice que me aferre a la confesión de que «ciertamente él llevó mis enfermedades y cargó con mis

dolencias» y que «por sus llagas fui sanado».

Dios dice esto, y debemos creer y decir lo mismo. Debemos conocer nuestros derechos, tal como los revela la Palabra, y aferrarnos a nuestra confesión de ellos.

Cuando sabes que Cristo “tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias”, aférrate a tu confesión de esta verdad.

Cuando leas “mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo”, aférrate a esta confesión.

Debemos mantener firme nuestra confesión de lo que Cristo ha hecho por nosotros, para que también se haga en nosotros.

Debemos aferrarnos a la confesión de nuestra redención del dominio de Satanás.

Debemos aferrarnos a nuestra confesión frente a toda evidencia contraria.

Dios declara que «por su llaga fuimos sanados». Debo confesar lo que Dios dice sobre mi enfermedad y aferrarme a esta confesión. Debo reconocer la absoluta veracidad de estas palabras antes de cualquier cambio visible. Debo actuar conforme a estas palabras y agradecerle por haber puesto mi enfermedad sobre Cristo, al igual que puso mis pecados.

La sanidad siempre responde al testimonio de fe. Algunos fracasan cuando las cosas se ponen difíciles porque pierden su confesión. La enfermedad, como el pecado, se vence con nuestra confesión de la Palabra. Haz que tus labios cumplan su deber; llénalos de la Palabra. Haz que digan lo que Dios dice sobre tu enfermedad. No permitas que digan lo contrario.

Creer en la Palabra de Dios con el corazón implica despojarnos del viejo hombre, con su hábito de juzgar por la evidencia de los sentidos. La fe considera todas las señales contrarias como vanidades mentirosas, como lo hizo Jonás, y pone la Palabra en el lugar de los sentidos.

Nuestro único problema es mantenernos en armonía con la Palabra de Dios y no permitir que los sentidos usurpen su lugar. Dejamos de estar de acuerdo con el incrédulo Tomás, quien dice: «Si no veo, no creeré». Debemos comprobar las propias palabras de Cristo: «Bienaventurados los que no vieron, y sin embargo creen». La Palabra carece de vida hasta que la fe se infunde en tus labios. Entonces se convierte en una fuerza sobrenatural. Armoniza tus labios con la Palabra de Dios.

El ministerio sumo sacerdotal de Cristo satisface todas nuestras necesidades desde el momento de nuestro nuevo nacimiento hasta nuestra entrada al cielo. ¿Por qué debemos aferrarnos a nuestra confesión?

- Porque Cristo es el Sumo Sacerdote de nuestra Confesión (Hebreos 4:14-16).
- Porque Él es un gran Sumo Sacerdote.
- Porque Él es un Sumo Sacerdote misericordioso.
- Porque Él se compadece de nuestras debilidades.
 - Porque Él vive siempre para interceder por nosotros. Siempre está dispuesto a darnos gracia para ayudarnos en tiempos de necesidad.

Nuestro éxito está asegurado

Porque Jesús es el Sumo Sacerdote de nuestra Confesión, nuestro éxito está asegurado. Cuando confiesas que «por sus llagas fui sanado» y te aferras a tu confesión, ninguna enfermedad podrá resistirte. Simplemente agradece al Padre y alábalo cuando enfrentes una necesidad que esté cubierta por la redención, y será tuya. La fe es agradecer a Dios de corazón por la sanidad que aún no se ha manifestado. Estamos tan seguros de esto como si ya se hubiera manifestado.

La confesión de tus labios, que nace de la fe en tu corazón, derrotará definitivamente al adversario en todo conflicto. Las palabras de Cristo rompieron el poder de los demonios y sanaron a los enfermos. Hacen lo mismo hoy cuando creemos en ellas y las confesamos. La Palabra te sanará si la confiesas continuamente. Dios hará que tu cuerpo obedezca tu confesión de su Palabra; porque ninguna Palabra de Dios carece de poder (Lucas 1:37).

Si me atrevo a decir que es verdad el Salmo 34:10: “Mas los que buscan al Señor no tendrán falta de ningún bien”, y mantengo mi confesión, Dios hará realidad todo lo que he confesado.

Nada te establecerá y edificará tu fe tan rápidamente como la confesión:

- Confiésalo primero en tu corazón.
- Confiésalo en voz alta en tu habitación.

- Dilo una y otra vez.
- Dilo hasta que tu espíritu y tus palabras estén de acuerdo.
 - Dígalo hasta que todo su ser esté en armonía y en línea con la Palabra de Dios.

Las palabras de Cristo están llenas de Él mismo, y al ponerlas en práctica, nos llenan de Cristo. Debemos obedecer la Palabra como obedeceríamos a Jesús si estuviera visiblemente presente en nuestra presencia.

Confesando a Cristo como Señor

Al acudir a Dios para la salvación, tanto en su forma inicial como en cualquier otra forma posterior, es necesario confesar y someternos al señorío de Cristo. El Espíritu Santo dice en Colosenses 2:6: «De la manera que habéis recibido a Cristo Jesús el Señor, andad en él». Romanos 14:9: «Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven». Apropiarse de la fe para el cumplimiento de cualquier promesa implica nuestra sumisión a su señorío. Es mientras nos entregamos a él como Señor de nuestras vidas, que él está listo para:

- Cúranos
- Bautízanos con el Espíritu
- Danos Zoe, la vida misma de Dios en abundancia
- Sé dentro de nosotros una fuente que brote para vida eterna.
- Hagamos de nuestra legitimidad nuestra experiencia

- Manifiesta Su Persona en forma de cada bendición prometida
- Sea Él mismo nuestra fuerza, nuestra porción, nuestro todo.
- Danos el uso ilimitado de Su nombre.
- Capacítanos para expulsar demonios en Su nombre
- Ungenos para predicar
- Permítenos poner nuestras manos sobre los enfermos para su recuperación.

Tu éxito y utilidad en el mundo se medirán por tu confesión y por la tenacidad con la que te aferres a ella en cualquier circunstancia. Dios no puede ser más grande en ti de lo que tú confieses. Ante cada necesidad, confiesa que el Señor es tu pastor y que no lo necesitas.

La mayoría de las reflexiones expresadas en este sermón las he recopilado, con permiso, de los escritos del difunto reverendo EW Kenyon. Fue autor de "El Padre y su Familia", "El Maravilloso Nombre de Jesús", "Dos Clases de Vida", "Jesús el Sanador", "En Su Presencia", "Dos Clases de Amor", "Dos Clases de Fe", "Dos Clases de Rectitud" y "Poemas Vivientes de Kenyon".

Plenitud de la vida de Dios

El secreto de la victoria

Sin una revelación divina, no puedo decirle a una persona la razón específica por la que su oración por el cumplimiento de una promesa divina se retrasa. Sin embargo, puedo señalarle una verdad maravillosa. Esta es la más vital de todas las verdades que Dios ha revelado. Es la única cura para todas nuestras dolencias. Un retraso en recibir sanidad, por ejemplo, es, en cierto sentido, una buena noticia. La buena noticia es que podemos tener más de la "Vida de Dios".

Hay cuatro palabras griegas en el Nuevo Testamento que se traducen como «vida». Una significa «estilo de vida»; otra, «vida humana»; y otra, «comportamiento». Pero la palabra griega para la clase de vida que Jesús trajo al mundo es zoé. Esta se traduce como «vida eterna» y «Vida de Dios». «Vida eterna» es la vida misma del Eterno.

El Evangelio de Juan comienza con la palabra zoé. Esta palabra se encuentra ciento treinta veces en el Nuevo Testamento. Juan 10:10 nos dice que el hombre tendría derecho a la abundancia de una nueva clase de vida, «la vida de Dios». Es nueva, por supuesto, solo en el sentido de posesión humana.

La vida que se vive a sí misma

Hoy en día, muchos ministros se centran en la «forma de vida» y el «comportamiento» en lugar de en zoe, la «Vida de Dios». Cuando se recibe en suficiente medida, zoe se vive por sí misma.

Pablo oró por los cristianos, ya llenos del Espíritu, para que fueran llenos de toda la plenitud de Dios. Esto demuestra que zoe es Dios

mismo, y que todo lo que tenemos de él es una parte inseparable de la vida de Dios. La manera de estar llenos de fe es estar llenos de esa clase de vida que todo lo cree. La manera de estar llenos del amor divino es estar llenos de la vida de Dios, que es amor.

“Todo es posible” para Zoe. Cuando se recibe en suficiente medida, puede cumplir en nosotros cualquier promesa o requisito de la Biblia. Cumplir en nosotros todo lo que la Biblia exige o promete es precisamente lo que la “Vida de Dios” en nosotros debía lograr. Al recibir suficiente de la “Vida de Dios”, podemos ser “más que vencedores”, en espíritu, alma y cuerpo. Dios quiere hacer en nosotros todo lo que hizo en Cristo por nosotros.

Zoé, recibida en medida suficiente, nos transforma de gloria en gloria a la imagen de Cristo. Convierte la fe en conocimiento. Es la fuente de todas las gracias divinas. Nos da la sabiduría de Dios. Vence al mundo, a la carne y al diablo. Obra en nosotros lo que es agradable a sus ojos.

Al llenarnos de su propia vida, Dios mismo se convierte en nuestra vida, nuestra paz, nuestra justicia, nuestra pureza, nuestra fuerza y nuestra salud. Se convierte en el Preservador de todo nuestro espíritu, alma y cuerpo, nuestro celo, nuestra alegría y nuestra fe. Por medio de Su Vida, Él es nuestro Guía, nuestro Maestro, nuestra satisfacción y nuestro “todo lo que pertenece a la vida y a la piedad”.

Las bendiciones de Dios son parte de Él mismo

Al llenarnos cada vez más de Su Vida, Dios quiere manifestarse en Nos ha dado toda bendición espiritual que Él ha prometido. Este es el milagro y la genialidad del cristianismo. Romanos 5:10 nos dice que somos «salvados por su vida». Esto aplica tanto al alma como al cuerpo.

Es imposible estar a la altura del propósito de Dios para nuestra vida de oración sin estar llenos de esa Vida que “vive siempre para interceder”. En otras palabras, cuando Zoe inspira nuestras oraciones, podemos pedir lo que deseamos y recibirlo. Zoe, la “Vida de Dios”, es la sanadora del alma y del cuerpo. La sanidad divina, la vida divina y la fuerza divina son Cristo mismo “manifestado en nuestra carne mortal”. La plenitud de esta nueva vida es mejor que la sanidad que produce. David dijo: “El Señor es mi porción”; “el Señor es mi fuerza”. Sus bendiciones eran Dios manifestándose en estas diversas formas. Dios nos da a cada uno bendiciones espirituales al entregarse a sí mismo; nuestras bendiciones son parte de Dios.

Jesús dijo: «Yo soy la vid y vosotros los pámpanos». La vida de la Vid está en los pámpanos. «La vida de los pámpanos es parte de la vida de la vid». Es la voluntad de Cristo que todos los pámpanos estén llenos de su propia vida. Cuando estamos llenos de zoé, somos uno con Dios, así como la bahía es una con el océano porque las mareas fluyen hacia ella. Pablo dice: «Los que se unen al Señor son un solo espíritu». Es decir, nuestro espíritu y el suyo se funden en uno. Esta verdad nos da una de las respuestas a la pregunta: ¿Por qué no me sano?

He escuchado a cristianos expresar sus razones para querer ser llenos del Espíritu. Me parece que todo cristiano del mundo oraría hasta ser lleno del Espíritu. Muchos desconocen las muchas y gloriosas razones por las que el Espíritu Santo quiere que sean llenos de Él. Una de sus razones es que desea que su maravillosa obra de vivificar continuamente nuestro espíritu, alma y cuerpo sea libre de obstáculos. En Juan 6:63, Jesús dijo: «El Espíritu es el que vivifica», o da vida. En Romanos se le llama «el Espíritu de vida». Toda vida se debe a la acción directa del Espíritu Santo. Su obra es impartirnos continuamente la verdadera Vida de Jesús. Jesús es la verdadera fuente de Vida tanto para el alma como para el cuerpo de los hijos de Dios. Su obra de vivificar o aumentar la vida divina

en nuestro espíritu, alma y cuerpo se ve obstaculizada o limitada cuando somos...cualquier cosa menos que llena del Espíritu.

Jesús dijo que vino no solo para que tuviéramos Vida, sino para que la tuviéramos en abundancia. No podemos tener Su Vida en la medida que Él desea a menos que estemos llenos del Espíritu. La permanencia, que Cristo ordenó, nos mantiene llenos del Espíritu. Esto elimina de nosotros todos los obstáculos a la vivificación constante del Espíritu. En el Salmo 119, David usó la palabra vivificar once veces. Sabía que más Vida es la cura, la única cura, para todas nuestras dolencias. Es bueno saber por qué oramos. David deseaba vivificación, más Vida, Vida en abundancia. Por lo tanto, buscó esa bendición que es la raíz de todo lo demás. Oró: «Vivifícame conforme a tu misericordia». Nunca debemos temer nada de lo que hace la misericordia. Nada es tan bueno. La misericordia en sí misma no puede hacernos un servicio mayor que hacernos tener vida en abundancia.

“Conforme a tu palabra”

En el versículo 25 del Salmo 119, David oró: «Vivifícame conforme a tu palabra». Gracias a Dios, todos podemos orar con fe y recibir la respuesta cada día. Esta es una oración integral e inspirada: «Vivifícame conforme a tu palabra». Observen que la vivificación es, como dijo David, «conforme a tu palabra». El Espíritu Santo inspiró la Palabra de Dios. Es su propio modelo a partir del cual obra mientras lleva a cabo su gran obra de vivificación. Ser vivificado «conforme a la Palabra de Dios» significa estar lleno de su vida en todo nuestro complejo ser: cuerpo, alma y espíritu.

Dios ha hecho de Cristo el tesoro de todo lo que Él es. En Él está corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Podemos estar llenos de todo lo que la Vid contiene. El pámpano que permanece no solo tiene vida, sino que está lleno de vida todo el tiempo. Es por la plenitud del Espíritu y la consiguiente vivificación sin obstáculos

que somos preservados, como dice Pablo, en espíritu, alma y cuerpo. Pablo dice que el Espíritu también vivificará vuestro cuerpo mortal”. En 2 Corintios 4:11 encontramos las palabras: “para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal”. Si necesitas la sanidad de Cristo, espera en Dios que el Espíritu te vivifique hasta el punto de que Marcos 11:24 se cumpla en ti. Esto es exactamente lo que el Divino Vivificador quiere hacer por ti.

Oremos cada día: «Vivifícame (dame más vida) conforme a tu Palabra». Esto se ajusta a cada revelación que encontramos en la Biblia, que nos muestra cómo Dios quiere que seamos. Cada vez que descubras en la Palabra más de lo que Dios requiere, regocíjate. Anímate. Es obra del Espíritu, no tuya, vivificarte justo en ese grado. Que esta oración sea tu primera oración cada día; es la condición para mil bendiciones más. Es la manera en que Dios «cumple en ti todo el beneplácito de su bondad». El Espíritu Santo quiere vivificarnos hasta el punto de que todo lo que ha revelado sobre nosotros en la Palabra de Dios se cumpla en nosotros.

En el versículo cincuenta de este Salmo 119, David dice: «Tu palabra me ha vivificado». El Espíritu nos vivifica según nuestra confianza en la Palabra de Dios. Esto se aplica a cada promesa o mandato que encontramos de vez en cuando en la Palabra de Dios. Esta vivificación será, como dice Pablo, «de gloria en gloria». Las palabras de Dios «son espíritu y vida» y cumplen exactamente lo que revelan. Cuando oramos para ser vivificados «conforme a su Palabra», sabemos que estamos orando conforme a su voluntad. Por lo tanto, podemos obtener la respuesta. «Conforme a su Palabra» significa conforme tanto a sus promesas como a sus mandatos. Cuanto más requiera la Palabra, mejor. Mayor será la vivificación. Qué glorioso privilegio es que, siempre que sintamos la mayor carencia, podamos orar al Dador de la Vida. «Vivifícame»; dame más vida. Necesitamos vivificación cada día. Mientras estuvo en la tierra, Jesús dijo: «Venid a mí y bebed». Desde el cielo, Él sigue diciendo, en el último capítulo de la Biblia:

«El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente». Él quiere ser una fuente inagotable de Vida dentro de nosotros, que brote y fluya en «ríos de agua viva».

La lectura repetida y la práctica diaria y devota de este mensaje harán posible su cumplimiento. Puedes recibir el cumplimiento de cualquier promesa o requisito de la Biblia. Esta práctica es una bendición cada día mayor para mí, y siempre lo será.

FFB

El jardín de Dios

Yo sembré, Apolos regó, pero fue Dios quien hizo crecer la semilla. Tú eres el campo de Dios para ser plantado.

1 Corintios 3:6–9 Moffatt

Todo ser moral en la tierra ha sido comprado por precio para ser el huerto del Señor, donde su semilla imperecedera crecerá, será cultivada y producirá sus maravillas. Los verdaderos cristianos son la labranza de Dios, su labranza, su campo, su huerto. Un campo pertenece a su dueño. Por eso Pablo dice: «No sois vuestros; habéis sido comprados por precio». Dios tiene el título de propiedad. Somos absolutamente suyos. Le pertenecemos por derecho de creación y de preservación. Pero lo más importante es que le pertenecemos por derecho de redención. Él nos compró por un precio infinito para ser su campo.

La siembra de la semilla

Pablo les dijo a los corintios: «Yo sembré». En la parábola del sembrador, Jesús dijo: «La semilla es la palabra». Es la «semilla incorruptible». Dios produce sus maravillosas cosechas como lo hace un agricultor. Jesús dijo: «Envió a un sembrador a sembrar». Es la Palabra de Dios la que nos permite saber en qué confiar en Él. «La fe viene por el oír», al saber cuál es la voluntad de Dios para nosotros.

Debido a que la semilla puede lograr tales maravillas, Dios quiere que toda Su semilla sea plantada. El propósito de Dios al crear la semilla fue que pudiera ser plantada en “buena tierra” donde pudiera germinar, crecer y “dar fruto”. Así que Pablo dijo: “Yo hice

La semilla es impotente hasta que es plantada.

El precio infinito que Dios pagó por el “campo” revela la importancia de plantar la “semilla imperecedera”. Todas las obras maravillosas de Dios están potencialmente en la semilla.

David dijo: «Toda su obra se realiza con fidelidad», es decir, con fidelidad a sus promesas. Las obras de Dios se detienen hasta que la semilla esté en buena tierra. Su designio para todos nosotros es que dediquemos nuestra vida a hacer posible la germinación y el crecimiento de la semilla incorruptible.

Nada puede reemplazar la semilla, ni siquiera la oración. La oración no es la semilla; la Palabra es la semilla. El único propósito de las promesas de Dios es su cumplimiento. Todas son una revelación de lo que Él anhela hacer por nosotros. El Espíritu Santo, cuya obra es cumplir las promesas, las describe como «sumamente grandes y preciosas». Su grandeza se ve en su idoneidad para satisfacer todas nuestras necesidades y llenar todas nuestras capacidades. Su inmutabilidad las hace «sumamente grandes y preciosas». Eliminan toda duda y nos dan razones perfectas para basar nuestras expectativas. Como semilla, las promesas son inmutables. Por lo tanto, producen sus maravillosos resultados en cualquier momento y en cualquier jardín.

Es tarea de los cristianos demostrar al mundo mediante demostraciones reales que las promesas de Dios son tan verdaderas hoy como lo fueron hace dos mil años. Fueron dadas para ser conocidas, reconocidas, reclamadas y suplicadas en oración. Deben ser sembradas y cultivadas mediante la oración. En Romanos 4:12, Dios se refiere a los cristianos como aquellos que "siguen las pisadas de la fe de nuestro padre Abraham". Todos debemos tratar cada promesa que Dios nos ha hecho exactamente como Abraham trató la promesa que Dios le hizo a él. ¿Será posible que Dios sea menos real para los hombres de esta dispensación del Espíritu Santo que para quienes vivieron a la sombra de estas "cosas mejores"?

Jesús dijo a algunos judíos de su época: «Mi palabra no tiene cabida en vosotros». ¿Qué lugar debería tener la Palabra de Dios en nosotros? Respondo que debería ocupar y conservar un lugar vital en nuestros pensamientos, nuestra memoria, nuestra conciencia y nuestra...afectos. Debe obtener y conservar en nosotros un lugar de honor, reverencia, fe, amor y obediencia. Debe obtener y conservar en nosotros un lugar de confianza. Debe obtener y conservar en nosotros un lugar de autoridad.

Millones de personas cantan ese glorioso himno "Firmes en las promesas de Dios". Lo cierto es que la mayoría de los miembros de las iglesias modernas nunca reclaman las promesas de Dios. Firmes en las promesas de Dios significa que se cumplan. Significa apropiarse de la bendición que cada promesa revela. Significa orar con fe para que se cumplan. Descuidar las promesas equivale a deshacer lo que significaría su cumplimiento si ya se hubiera cumplido.

Su valor debería determinar nuestro amor y estima por ellos. Pablo se alegraba al decir: «Yo sembré». Si todos los agricultores trataran sus semillas como millones de miembros de la iglesia tratan hoy la «semilla imperecedera» de Dios, el mundo moriría de hambre.

Las posibilidades en la semilla

En la semilla hay infinitas posibilidades. Por eso, como al principio, se debe decir de cada cristiano: «Recibieron la palabra con alegría». En el texto bíblico más sencillo, hay un mundo de bendiciones, así como en una pequeña semilla hay un árbol potencial un millón de veces más grande que ella. Un solo versículo de la Escritura, al germinar en un corazón humano, puede convertirse en una cosecha de miles de conversiones y la «gloria eterna» que le sigue. Un grano de trigo puede, con el tiempo,

cubrir un continente y alimentar naciones. Los resultados de cultivar la semilla imperecedera son tanto mayores y más deseables que las cosechas de semillas materiales, como los cielos son más altos que la tierra. Solo la semilla imperecedera puede producir resultados imperecederos. La Biblia dice que cada semilla produce según su género. Cada promesa, mediante la bendición prometida, revela la naturaleza de la cosecha cumplida.

El riego

Pablo dijo: «Yo planté, Apolos regó». Toda semilla y todas las plantas del jardín de Dios necesitan riego. Jesús dijo del terreno pedregoso en el que cayó la semilla: «No tenía mucha tierra» (o humedad). Dijo: «La semilla no tenía raíz». Para que la semilla crezca, la tierra debe mantenerse húmeda. Es por la falta de riego constante que muchas de las plantas de Dios se marchitan en lugar de crecer. Un jardín es un lugar para crecer. Pablo escribió a los corintios: «Vuestra fe crece sobremanera». Vuestro amor crece. Él mandó a todos a «crecer en la gracia». «Por eso, Dios dice a cada uno de sus pequeños jardines: “Sed llenos del Espíritu”». Mantengan la tierra húmeda. El agua es el Espíritu «que Dios ha dado a los que le obedecen». La plenitud del Espíritu es la condición de su obra perfecta.

Cómo David regó la semilla

Cada uno de los 176 versículos del Salmo 119 muestra la actitud de David hacia la Palabra de Dios. Reconoce con gozo su obligación de guardar diligentemente los preceptos de Dios. Prometió: «Guardaré tus estatutos». Le dijo a Dios: «En mi corazón he guardado tu palabra».....Me he alegrado en el camino de tu testimonios, tanto como en todas las riquezas. Meditaré en tus preceptos.Ivoluntad Me deleitaré en tus estatutos; no me olvidaré de tus palabras. I has guardado tu testimonios príncipes También se sentaron y hablaron contra mí; pero tu siervo no hizo nada.

Meditaré en tus estatutos... He escogido el camino de la verdad. I correrá el camino de tus mandamientos... Observaré [tus leyes] con todo mi corazón... Así guardaré tu ley continuamente para siempre jamás. Hablaré de ti testimonios El Los orgullosos me han ridiculizado mucho, pero no he...Me aparté de tu ley... tus estatutos fueron mis cánticos tú arte mio porción, oh Señor. . . . Me apresuré y no me detuve para guardar tus mandamientos. Los soberbios han forjado mentira contra mí, pero yo guardaré tus preceptos con todo mi corazón... Me deleito en tu ley. La ley de tu boca es mejor para mí que miles de oro y plata Para Siempre, oh Señor, tu palabra está firme en cielo. tu fidelidad es por todas las generaciones A menos que tu ley hubiera sido mi Deleite, entonces habría perecido en mi aflicción. Nunca olvidaré tus preceptos... ¡Oh, cuánto amo tu ley! Es mi meditación todo el día. Itener De todo mal camino apartaste mis pies, para guardar tu palabra. Cómo ¡Dulces son tus palabras a mi paladar! ¡Sí, más dulces que la miel a mi boca!... Tu palabra es una lámpara a mis pies y una luz a mi camino. He jurado, y lo cumpliré, que guardaré tus justos juicios. tus testimonios han Los he tomado como herencia para siempre, pues son el regocijo de mi corazón. He inclinado mi corazón a cumplir tus estatutos siempre, hasta el fin. Aborrezco los pensamientos vanos, pero amo tu ley. Tendré en cuenta tus estatutos continuamente... Amo tus mandamientos más que el oro; sí, más que el oro fino I Considero rectos todos tus preceptos acerca de todas las cosas, y aborrezco todo camino de mentira. Maravillosos son tus testimonios; por tanto, los guarda mi alma muchos. Son mis perseguidores y mis enemigos; pero no me aparto de tus testimonios....Mi corazón reverencia tu palabra. Me regocijo en tu palabra, como quien halla un gran botín.

Todas estas afirmaciones, y muchas más, se encuentran en este Salmo 119. Nos muestran cómo David regó la Palabra. Pablo dijo que el que planta y el que riega son iguales. Regar la semilla es tan necesario como plantarla. Dios no hará que la semilla crezca a menos que la regemos.

Dios hace crecer la semilla

Y luego Pablo dijo: «Dios es quien da el crecimiento». Hizo sus promesas con este único propósito. Siempre hace que la semilla crezca cuando se mantiene en buena tierra y se riega. El crecimiento viene después del riego.

Jesús también dijo: «Da mucho fruto». La semilla siempre da fruto. La intensidad de todo deseo santo se mide por el grado de amor divino que uno posee. Por lo tanto, el deseo de Dios es tanto mayor que el nuestro, como su amor lo es. Su benevolencia es tan grande que sus ojos recorren toda la tierra, buscando continuamente oportunidades para bendecir a quienes su actitud lo hace posible. Lo que Dios ha prometido nos pertenece.

La justicia de Dios exige que Él haga crecer la semilla al plantarla y regarla. Juan dice: «Él es fiel y justo». La palabra «justo» significa que Dios sería injusto si nos negara lo que promete. Tenemos derecho a lo que nos promete. Es un hecho innegable que Dios hace crecer cada semilla al plantarla y regarla. Todos podemos comprobarlo para nuestro deleite presente y eterno.

Dios es el mejor agricultor del universo. ¡Nunca falla!

El tiempo de Dios es ahora

La obra de la “semilla incorruptible” es sobrenatural, porque solo Dios la hace crecer. Las semillas a menudo producen sus maravillosos resultados el mismo día en que se plantan. Las promesas de Dios son para hoy; su tiempo siempre es hoy. “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 4:7). Si demoras en aceptar las promesas de Dios, puede que mañana no estés vivo. Las promesas de Dios nos pertenecen hoy, y no estamos seguros de ellas en ningún otro momento. La única manera de estar seguros de las bendiciones prometidas por Dios es aceptar su tiempo; y leemos en 2 Corintios 6:2: “He aquí ahora el tiempo

aceptable”. Ya que ahora es el tiempo que Dios acepta, debemos aceptarlo como nuestro tiempo. Él nos manda a escuchar su voz “hoy” y dice: “No endurezcáis vuestros corazones” esperando. En Marcos 11:24, Jesús dijo: “Creed que lo recibiréis” (literalmente, “tomad”). ¿Cuándo? “Ahora”, “cuando oréis”. La fe dice, antes de que se manifieste la respuesta: “Padre, te doy gracias por haberme escuchado”. Cuando no puedas ver ni sentir, di: “Este es el momento de confiar”. Los resultados no se manifestarán hasta que creamos que nuestra oración es escuchada y sigamos creyendo. Dile a Dios: “Ahora estás obrando en respuesta a mi fe; cuento con tu fidelidad”. El asunto pasa de nuestras manos a las de Dios en el momento en que lo encomendamos definitivamente a Él. Pablo dijo: “Él es poderoso para guardar mi encargo”. Pero Dios no promete guardar nada que no se le haya encomendado.

Esta es la manera de recibir todo lo que Dios nos ha prometido. Si los dones de Dios para el alma y el cuerpo fueran simplemente promesas, tendríamos que esperar a que el Prometedor cumpliera sus promesas. La responsabilidad recaería sobre Él. Pero todas las bendiciones de Dios son regalos ofrecidos, así como promesas, y por lo tanto necesitan ser... Aceptado. La responsabilidad de su transferencia es nuestra. Esto exime a Dios de toda responsabilidad por cualquier falla.

El efecto de regar la semilla

¿Cuál fue el efecto de la actitud de David hacia la Palabra de Dios, de su riego de la semilla? Este joven pastor, al regar la Palabra dentro de él, se volvió más sabio que todos sus maestros. Su actitud hacia la Palabra de Dios lo convirtió en un hombre conforme al corazón de Dios. Lo convirtió en el salmista más grande del mundo. Sus salmos han bendecido a millones durante los siglos posteriores. Su riego de la semilla lo convirtió en un escritor divinamente inspirado. Como cada semilla plantada, a su vez, produce más semilla, así las palabras de David en los Salmos se convirtieron en la semilla imperecedera de Dios, que durante

siglos ha germinado en los corazones humanos de todo el mundo. Sus palabras han sido el texto de miles de sermones.

David descubrió que la meditación mastica nuestro alimento espiritual y obtiene su dulzura. Extrae la virtud nutritiva de la Palabra en nuestros corazones y vidas. La meditación tiene un poder digestivo y convierte la verdad en alimento espiritual. Es la Palabra de Dios la que, según Pablo, "obra eficazmente" en nosotros todas las transformaciones divinas de "gloria en gloria". David dijo: "Entiendo más que los ancianos, porque guardo tus preceptos". Al observar en su corazón y vida los preceptos del Señor, David comprendió, desde muy joven, más que quienes vivieron en tiempos anteriores. Sabía más de lo que ellos aprendieron en toda una vida por experiencia. David, quien comenzó su vida siendo solo un pastorcillo, al meditar y practicar los preceptos divinos, obtuvo tal sabiduría y conocimiento que en 2 Samuel 14:17 se le llama "un ángel de Dios". Era capaz de discernir el bien y el mal. En el mismo capítulo, su sabiduría se compara con la de un ángel. Dijo: "Tu palabra me ha vivificado". Vivificó todo su ser hasta el punto de que la Palabra de Dios se cumplió en él. Su vida rebosaba de alabanza y agradecimiento. ¡Cuánto mejor ser el jardín del Señor que el del diablo! Las posibilidades de la "semilla imperecedera" son infinitas. Nada puede ser tan beneficioso como ser el jardín de Dios. Solo Dios sabe cuál será la cosecha eterna. Recuerda que a lo largo de tu vida cristiana, eres campo de Dios para ser plantado.

¿Por qué algunos no reciben sanidad de Cristo?

Veintidós razones por las que no se puede sanar

Se revela con tanta claridad en las Escrituras que el Padre celestial desea nuestra sanidad. ¿Por qué algunos que buscan sanidad no la reciben? Esta pregunta ronda en la mente de muchos investigadores sinceros. Hay varias respuestas, que mencionaremos brevemente. Gracias a estas respuestas, muchos que antes no habían recibido sanidad han sido ayudados. En consecuencia, han sido sanados gloriosamente.

1. Instrucción insuficiente

La primera razón para no recibir sanidad es la ignorancia del poder sanador del Evangelio. Pablo nos dice que «la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios». Muchos han buscado la sanidad de Cristo antes de haber escuchado o conocido lo suficiente la Palabra de Dios. No han tenido una fe firme. En la Iglesia primitiva, los creyentes estaban de acuerdo en proclamar todo el Evangelio. No retuvieron nada que fuera útil. Pablo declaró «todo el consejo de Dios».

Hemos visto que la manera en que Dios produce la fe para la sanidad es la misma que la de Produciendo fe para la salvación. Este es el camino para cualquier otra bendición. El necesitado debe aprender primero, de las Escrituras, cuál es la voluntad de Dios en el asunto. La mano de la fe no puede extenderse y arrebatarse a Dios lo que el ojo de la fe no ve primero como su voluntad. Jesús dijo: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Es la verdad de la Palabra escrita la que nos libera.

La libertad es la verdad conocida, entendida, recibida, puesta en práctica, mantenida y creída firmemente con una fe apropiada.

Pablo nos dice que es “la Palabra de Dios, que obra eficazmente en los que creen”. La Palabra de Dios es la “semilla preciosa”; la “semilla incorruptible”. Es la semilla que tiene el poder. Nunca deja de hacer su obra. Debe ser conocida, recibida y guardada en “la buena tierra”, el único lugar donde la buena semilla puede crecer.

Algunos no reciben sanidad porque intentan obtener resultados de la semilla, la Palabra sobre sanidad, sin saber qué es. Intentan obtener resultados sin darle a la Palabra su lugar, sin mantener la buena semilla en la buena tierra. La semilla no puede obrar en nosotros a menos que esté en nosotros por haberla conocido y recibido.

Dios dijo: «Yo soy el Señor que te sana» y prometió sanar todas nuestras enfermedades. Pero primero dijo: «Si escuchas atentamente... y haces todo». Esto significa ser diligentes en conocer, comprender y practicar lo que Dios dice en su Palabra sobre la sanidad. Debemos saber lo que Dios nos ofrece antes de esperar recibirlo de él. El conocimiento de la voluntad de Dios debe preceder a la fe para que se cumpla. Multitudes hoy desconocen que la sanidad perfecta de sus cuerpos es la voluntad de Dios plenamente revelada en su Palabra escrita, la Biblia. Saber esto es la única evidencia suficiente para una fe apropiada.

Quienes buscan sanidad pueden decir, al ser probados, "Escrito está". Entonces pueden citar las promesas de Dios a Satanás. Esto resuelve la cuestión de la voluntad de Dios. Sin esto, Su fe no puede mantenerse firme. Muchos pacientes han orado por sanación durante años sin éxito. Esto se debe a que han orado la frase que destruye la fe: «Si es tu voluntad». Luego, han sido sanados mediante la verdad de la Palabra de Dios contenida y explicada en este libro.

La Iglesia primitiva estaba unánime en la enseñanza de esta verdad. Los creyentes también elevaron sus voces a Dios unánimes en oración pidiendo señales y prodigios de sanidad. Hicieron la oración de fe antes de que los enfermos fueran llevados a las calles de Jerusalén. No fue la fe de un solo evangelista, sino la fe de toda la congregación de creyentes. Esto trajo sanidad a todos en las calles de Jerusalén después de la ascensión de Cristo (Hechos 5:14-16).

La mayoría de los ministros y cristianos de hoy están atados a sus tradiciones de ultradispensacionalismo en cuanto al ministerio de sanidad. Debido a su desconocimiento de la Palabra, se oponen a ella tal como se enseñaba, predicaba y practicaba en la Iglesia primitiva.

Los miembros de la iglesia, en general, no han aceptado la actitud de nuestro Señor hacia la enfermedad, tal como se revela en los evangelios. No pueden orar unánimes por estos resultados de sanidad, como lo hizo la Iglesia primitiva. En nuestros días, la oposición a menudo reemplaza la oración unida. La incredulidad reemplaza la fe unida. A diferencia de la Iglesia primitiva, la tibieza reemplaza la llenura del Espíritu. Les haré una pregunta: dado que somos miembros los unos de los otros, ¿no podría la culpa de que algunos no reciban sanidad hoy en día deberse en gran medida a la parte incrédula de la propia Iglesia? Creo que estarán de acuerdo.

Con mucha frecuencia oímos decir que "el día de los milagros ha pasado". Supongamos que se creyera generalmente que el día de la regeneración ya ha pasado. ¡Cuánto obstaculizaría esto la obra del ministerio en esa parte del Evangelio! Los obreros cristianos no tendrían éxito en salvar almas. Primero tendrían que lograr que la gente abandonara la falsa tradición y la reemplazara con la Palabra de Dios. Por otro lado, supongamos que desde la

infancia se nos hubiera enseñado la parte sanadora del...

Evangelio. En este caso, estoy seguro, muy pocos tendrían dificultad en demostrar fe para la sanación.

Es la Palabra de Dios la que produce fe para la sanidad. Hemos tenido el gozo de ver a cientos de personas sanar mientras escuchaban la verdad sobre este tema. Otros han sido sanados al leer nuestras instrucciones impresas. Estas respondieron a sus preguntas y eliminaron los obstáculos a su fe.

2. Falta de oración unida

La segunda razón por la que algunos no reciben sanidad amplía lo que ya hemos dicho. Cristo planeó continuar su ministerio de sanación durante su ausencia. Esto debía ser realizado por toda su Iglesia, que es su Cuerpo, no a través de un miembro desconocido de ese Cuerpo. Dijo: «Estas señales los seguirán», a la Iglesia, no a «él», al individuo. Cristo se había ido y había enviado a su sucesor, el Espíritu Santo. No fue la fe de un evangelista solitario, sino la de una Iglesia llena del Espíritu. Esto trajo sanidad a todos los enfermos en las calles de Jerusalén.

Hoy en día, a algunos no les gustan los servicios públicos de sanidad. Cuando Dios se salió con la suya, sanó a multitudes en plena calle. Quería que su compasión se diera a conocer al mundo como base de la fe. Dios comenzó sus obras en esta dispensación, como quiere que continúen, a través de toda la Iglesia. Cada miembro debe ser lleno y mantenerse lleno del Espíritu Santo.

Hoy en día, el mayor número de conversiones se produce por un derramamiento del Espíritu Santo y a través de una Iglesia unánime. Así fue como todos fueron sanados en las calles de Jerusalén.

La mayor parte de la obra de Dios con los hombres, tanto en salvación como en sanidad, se realiza mediante el derramamiento de su Espíritu y a través de una Iglesia llena del Espíritu, unida y que ora. Su método se revela en la promesa: «Derramaré de mi Espíritu» y en la declaración: «Todos fueron llenos del Espíritu». Una Iglesia llena del Espíritu y que ora crea un ambiente en el que Dios obra con facilidad. Esto dificulta la intervención del diablo. Este ambiente es el Espíritu Santo mismo. Él es más que un rival para el diablo.

En la zona de avivamientos, durante los avivamientos de Finney y otros grandes avivamientos, los pecadores caían bajo convicción tan pronto como bajaban del tren donde se estaba llevando a cabo un avivamiento. El Sr. Finney habla de tal unidad en la oración que todos los adultos en una calle de cinco kilómetros de largo fueron salvos, excepto uno. Los cristianos oraron unidos por él, y fue salvo.

Es cierto que a veces se salva y sana a personas donde no hay avivamiento. Sin embargo, la manera habitual de Dios es que todo su pueblo ore por un derramamiento del Espíritu Santo. Leemos: «Todos estos perseveraban unánimes en oración y ruego». ¡Rara vez vemos algo así hoy en día! Parte de nuestra teología actual hace que muchas personas se aferren a bendiciones pasadas. No experimentan una renovación diaria de la plenitud que constituyó la bendición inicial. En aquel entonces, los cristianos eran llenos del Espíritu. A menos que la Iglesia esté llena y se mantenga llena del Espíritu Santo, es imposible que el ambiente espiritual de las reuniones sea el que debe ser. De lo contrario, Dios se ve limitado u obstaculizado. Este ambiente se produce cuando toda la Iglesia está llena del Espíritu y todos oran por la obra de Cristo. Entonces, el poder de Dios está presente para sanar como lo fue al principio. La manera de Dios es que toda la Iglesia esté llena y se mantenga llena del mismo Espíritu Santo que salvó y sanó a aquellas

multitudes en los tiempos del Nuevo Testamento.

Los resultados del cumplimiento de las promesas divinas son los mismos en cualquier época. Si quieres saber cómo actúa el Espíritu ahora, simplemente lee cómo actuó cuando tenía plena posesión de la Iglesia. El libro de los Hechos es un modelo mediante el cual el Espíritu Santo desea obrar a lo largo de su dispensación. Los primeros cristianos en los Hechos... Cuatro fueron llenos del Espíritu; todos oraron con firmeza pidiendo señales y prodigios de sanidad. Santiago 5 manda a todos los cristianos orar por la sanidad de los enfermos con la misma intensidad con la que Elías oró por la lluvia. Cuando esto se hacía en la Iglesia primitiva, la oración de fe de los ancianos no era más que la expresión de la oración de toda la Iglesia.

Juan dice: «Esta es la confianza que tenemos en él: que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye». Esto fue demostrado por toda la congregación cristiana en el cuarto capítulo de los Hechos. Hoy en día, a todo cristiano se le manda ser lleno del Espíritu, orar por el derramamiento del Espíritu y orar con insistencia por la sanación de los enfermos. Todo sacerdote debería ejercer su sacerdocio. El hecho de que la mayoría no lo haga hoy en día contamina el ambiente de las reuniones. Dificulta la fe de los enfermos y la acción del Espíritu Santo.

El fracaso de los cristianos en vivir y andar en el Espíritu limita al Santo de Israel. Ser llenos del Espíritu es la condición para su obra perfecta. En lugar de estar rodeadas por esta atmósfera en nuestros días, una esposa pobre y afligida a menudo se ve rodeada de la oposición de su propia familia. A veces, enfrenta la oposición de su propio pastor y de sus compañeros de iglesia. No recibe sanidad, por ser demasiado débil mental y físicamente para luchar sola. Precisamente quienes se oponen a ella son quienes deberían

orar con fe por su sanidad. Todos debemos «sobrellevar los unos las cargas de los otros, y cumplir así la ley de Cristo».

Aquellos en la Iglesia primitiva cumplían la condición de ser llenos del Espíritu. Hoy, son quienes violan estas condiciones quienes preguntan por qué algunos no reciben sanidad. La respuesta es que estos mismos escépticos impiden que la Iglesia esté unánime en oración y fe por los enfermos. La Iglesia no está en sintonía con el programa de Dios.

Un documento notable es firmado por veinte obispos de la Iglesia Episcopal en La Mancomunidad de Australia. Ofrece un maravilloso informe de los milagros de sanación manifestados en las catedrales de esa Iglesia en diversas ciudades del país. En este informe se dice:

La fe que se necesita no es meramente individual, sino colectiva: la fe del hogar, del ministerio y de toda la Iglesia. El Cuerpo, no un solo miembro, debe cooperar con Cristo, su Cabeza, para que todos sus miembros enfermos sean sanados. Los grupos más destacados después de la misión provenían de parroquias donde la ola de intercesión había sido más intensa y se había extendido más. El mundo Hoy aguarda una nueva revelación de la presencia y el poder de Dios en la obra de la Iglesia y en la vida de sus miembros. Ya ha visto y sentido una vez más la maravilla de la sanación divina.

Hoy en día, gran parte de los miembros de la Iglesia, por ignorancia, se oponen a aquello por lo que la Iglesia primitiva prevaleció en la oración. No han aceptado la actitud de nuestro Señor hacia la enfermedad. No han cumplido las condiciones para la sanación de los enfermos que Dios desea. Son estos mismos obstaculizadores quienes señalan los fracasos de los cuales ellos mismos son en gran medida responsables.

Hoy en día, no es raro encontrar a quienes deberían estar haciendo las obras de Cristo advirtiendo a los enfermos que se mantengan alejados de los lugares donde se realizan las obras de Cristo. ¿No sería mejor que advirtieran a la gente que no fuera a lugares donde la confirmación, el bautismo, la membresía en la iglesia o la reforma se anteponen al nuevo nacimiento?

3. Incredulidad de la comunidad

La tercera razón por la que algunos no reciben la sanidad de Cristo es la incredulidad de la comunidad. Jesús hizo milagros y sanó a todos los enfermos. Cuando llegó a su ciudad natal de Nazaret, donde se había criado, "no pudo hacer nada" milagros allí... [debido a] su incredulidad" (Marcos 6:5-6, Weymouth). ¡Piénsenlo! Cristo mismo, bajo la plena unción del Espíritu Santo, se vio obstaculizado por la incredulidad de la comunidad. Siendo esto cierto, ¿es extraño que hoy en día algunos en cualquier ciudad no reciban sanidad? En Nazaret, Dios no permitió que el don de milagros operara a través de Cristo donde, por su incredulidad, la gente lo estaba haciendo mentiroso. ¿Por qué debería hacerlo hoy? Pablo tuvo más éxito obrando milagros entre los paganos que Jesús en su ciudad natal (Hechos 14).

En cuanto a la sanidad, hoy en día se ha enseñado a la gente a creer en tradiciones en lugar de la sencilla Palabra de Dios. Esto ha convertido al mundo entero en un verdadero Nazaret de incredulidad. Con esto quiero decir que hoy la incredulidad comunitaria es casi generalizada. Quienes predicán el Evangelio completo y oran por los enfermos se ven obligados a trabajar en un Nazaret de incredulidad. Solo podremos avanzar en la medida en que logremos deshacernos de las "tradiciones humanas" en cuanto a la sanidad. Debemos enseñar a la gente lo que las Escrituras

realmente enseñan al respecto. Al hacer esto, afirmo con valentía que Jesucristo (no nosotros) ha tenido mayor éxito obrando milagros en todas las ciudades donde se han llevado a cabo nuestras campañas de avivamiento que en Nazaret, su propia ciudad natal. Ahora bien, no me malinterpreten. No digo que hayamos tenido éxito. Hablo de lo que Cristo ha hecho. Dondequiera y cuandoquiera que la gente haya sido iluminada por nuestro ministerio, conoce su privilegio en materia de sanidad.

El hecho de que Cristo no pudiera hacer ningún milagro en Nazaret solo demostró la incredulidad del pueblo. Si, como algunos enseñan, los enfermos deben ser sanados sin su fe, ¿por qué Jesús no sanó a los enfermos de Nazaret? La Biblia responde: «Por su incredulidad».

Algunos cristianos hoy justifican la incapacidad de algunos para recibir sanidad cuestionando la disposición de Cristo a sanar a todos los enfermos. Deberían entonces cuestionar su disposición a salvar a todos los pecadores, para explicar el hecho de que tantos en las iglesias no sean salvos.

En cierta ocasión, solo una mujer entre una gran multitud tocó a Jesús con fe para sanar. Más tarde, multitudes enteras hicieron lo mismo. Es cuestión de iluminación y fe.

Los nueve discípulos no habían logrado liberar al niño epiléptico mencionado en los evangelios. Algún teólogo de aquella época, si fuera como muchos de los teólogos de hoy, podría haber aprovechado ese fracaso. Podría decir: «Ahí tenemos la prueba de que no siempre es la voluntad de Dios sanar». Pero el padre quería que el niño sanara. El niño mismo quería ser sanado. Los discípulos, divinamente comisionados para expulsar demonios y sanar a los enfermos, querían que sanara. En circunstancias similares hoy, alguien diría, debido a tal fracaso: «No es la voluntad de

Dios que tal persona sane». Harían teología del fracaso. Pero Jesús bajó del monte y liberó al niño. Esto demuestra que era la voluntad de Dios sanar, incluso cuando sus representantes acreditados habían fracasado. ¿Por qué no hacer teología de esto?

Cuando el padre de este niño le dijo a Jesús: «Si puedes hacer algo», Jesús se negó a asumir la responsabilidad por cualquier fracaso. Dijo: «Si puedes creer...».

... Entonces el padre exclamó: «Señor, creo; ayuda mi incredulidad». Por supuesto, recibió la ayuda solicitada. Triunfó donde los apóstoles habían fracasado. Cristo liberó al niño.

Lo cierto es que en el ministerio de sanidad nos vemos obligados a trabajar frente a una incredulidad casi universal. Quienes predicán solo la parte del Evangelio que se refiere a la salvación del alma trabajan en medio de una aceptación casi universal de esa doctrina. Sin embargo, Dios está dando pruebas de sanidad divina tan brillantes y convincentes como las de la regeneración. Esto ocurre con poca enseñanza para generar fe. Cuando pienso en la falta de enseñanza sobre la sanidad divina y en la condición poco espiritual de las iglesias, no me sorprende la falta de fe, debido a su actitud general hacia esta parte de la ortodoxia olvidada.

En lugar de preguntarme por qué algunos no sanan, me maravillo del éxito que Dios les está dando a quienes oran por los enfermos. He visto a muchos sordomudos sanar cuando casi nadie en el público esperaba la sanación.

Miles de personas ahora testifican que han sido sanadas divinamente y gozan de buena salud física. El promedio general de los cristianos profesantes en cualquier iglesia no siempre goza de buena salud espiritual. ¿Acaso la salud física de quienes testifican haber sido sanados divinamente no se compararía favorablemente con la salud espiritual de quienes

se oponen al Evangelio de la sanidad? ¿Acaso el cristiano profesante promedio es una mejor prueba de la doctrina de la regeneración que quienes testifican haber sido sanados divinamente de la doctrina de la sanidad divina? Deberían serlo, porque han escuchado esa parte de la Palabra de Dios toda su vida. La mayoría de quienes son sanados cuando oramos por ellos, solo han escuchado la clara enseñanza de la Palabra de Dios sobre la sanidad divina durante unos pocos días. Hoy en día, muchos han sido sanados divinamente tras haber sido sordomudos de nacimiento. Pueden oír mejor físicamente que el promedio de los miembros de la iglesia. He visto a muchos que no podían dar un paso hasta después de haber orado por ellos, y que ahora caminan mejor físicamente que el promedio de los cristianos espiritualmente. El cristiano promedio, toda su vida, ha escuchado la Palabra de Dios, que enseña la sanidad del alma, mientras que estos otros solo han escuchado pocas veces la Palabra de Dios, que enseña la sanidad del cuerpo.

¿Están todos los bautizados limpios de todos sus pecados? No, pero quienes tienen fe sí. Lo que el agua es en la ordenanza del bautismo cristiano, el aceite lo es en la ordenanza de ungir a los enfermos para su sanidad.

Supongamos que alguien me dijera: «Fulano fue ungido, pero no sanó». Yo respondería: «Fulano fue bautizado, pero no fue salvo ni sanó de la enfermedad del pecado». Si alguien me dijera: «Conozco a un hombre a quien ungiste, cuyo cuerpo no sanó», le diría: «Conozco a un hombre a quien bautizaste, cuya alma no sanó». Miles de personas que han sido bautizadas nunca han sido regeneradas. Esto es infinitamente peor que que un cristiano no reciba sanidad para su cuerpo.

Algunos dicen: «Si fulano se sana, creeré en la sanidad divina». ¿Por qué no ser coherente? Decir: «Si fulano se salva, creeré en la salvación». Esto es lo mismo que decir:

«Creeré en la experiencia de fulano antes que en Dios, la Biblia y las experiencias de los otros miles que han sido salvados y sanados». Después de que Dios haya sanado a miles de todas sus aflicciones, ¿por qué no decirle: «No creeré a menos que sanes a uno más»?

¿Rechazarías la doctrina de la consagración porque algunos miembros de la iglesia no están consagrados, mientras que miles sí lo están? Escuché a un ministro decir, refiriéndose a la obra de otro evangelista: «Fulano fue ungido y se oró por él, pero murió sin sanar». Sin embargo, este mismo ministro bautizó a fulano y lo recibió en la Iglesia, proclamando así al mundo que su alma había sido sanada de la enfermedad del pecado. Pero el hombre murió sin nacer de nuevo, y su alma se perdió. Esto es infinitamente peor que para un cristiano enfermo no sanar, morir y despertar en gloria.

Supongamos que el testimonio de quienes afirmamos haber sido sanados es rechazado, porque tras un examen minucioso realizado por un médico experto, se demuestra que no alcanzamos la perfección física. Para ser consecuentes, ¿por qué no deberíamos pedirle a un experto espiritual con discernimiento espiritual, como el apóstol Pablo, que examine a quienes en la Iglesia moderna se oponen al Evangelio de la sanidad? Que rechace el testimonio de todos aquellos que no alcanzan espiritualmente lo que la Biblia describe como un alma sana.

Tras presenciar la sanación milagrosa de miles de personas, estoy convencido de que las pruebas de sanidad son tan contundentes y convincentes como las de regeneración. Sin embargo, no baso ninguna doctrina en estas respuestas a la oración. Yo, por mi parte, predicaría todo el Evangelio aunque no viera a nadie más salvo o sanado en mi vida. Estoy decidido a basar mis doctrinas en la Palabra inmutable de Dios, no en fenómenos ni en experiencias humanas.

Ningún ministro puede obtener resultados hasta que, al predicar la Palabra de Dios, pueda producir Fe en lo que la Palabra ofrece. Sesenta mil iglesias en Estados Unidos no reportaron conversiones en todo un año. Sin embargo, no voy a usar este hecho como excusa para combatir la doctrina de la regeneración ni ninguna otra parte del Evangelio.

Algunos dicen: «Creemos en la sanidad, pero no en presumir de ella». He notado que quienes no se alegran con quienes logran recibir la sanidad de Cristo, se apresuran a presumir de un fracaso. No dicen nada de los éxitos. Para mí es un misterio cómo un cristiano puede no alegrarse cuando un pobre afligido ha sido sanado por Cristo. No solo me regocijo cuando un paciente ha sido sanado por Cristo, sino que me alegra presumir de la misericordia de Dios al mundo. «Dad a conocer sus obras entre el pueblo» es el mandato de Dios.

Jesús ordenó al endemoniado, de quien expulsó al diablo, que regresara a su comunidad y contara la gran misericordia que Cristo le había mostrado. Las Escrituras nos dicen que difundió por toda Decápolis esta misericordia de Cristo. En el capítulo siguiente leemos que multitudes en Decápolis fueron sanadas por Cristo. Las multitudes glorificaron al Dios de Israel.

4. Las tradiciones de los hombres

La parte sanadora del Evangelio se ve obstaculizada e incluso invalidada por las tradiciones humanas. Jesús dijo a los maestros judíos de su época: "¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición?". En nuestros días, la mayoría de los predicadores han actuado peor. Han invalidado una parte del Evangelio con sus tradiciones.

- Una tradición sostiene que Dios es el autor de la enfermedad y que Él desea la enfermedad de algunos de sus adoradores. Es un misterio para mí cómo alguien puede sostener esta opinión frente a las Escrituras y el ministerio de Cristo. Durante tres años, Jesús sanó a todos los oprimidos por el diablo, o al menos a todos los que acudían a él en busca de sanidad.

Si la enfermedad es la voluntad de Dios para sus adoradores, entonces todo médico es un infractor, toda enfermera profesional desafía al Todopoderoso y todo hospital es una casa de rebelión en lugar de una casa de misericordia. Si Dios quiere que alguien enferme, es pecado que esa persona incluso desee estar sana, porque debemos amar la voluntad de Dios, sea cual sea.

- Otra tradición responsable de que miles de personas mueran prematuramente tras años de agonía física es la enseñanza de que podemos glorificar a Dios más permaneciendo enfermos y mostrando paciencia que recibiendo sanidad divina. Un ministro honesto, pero poco iluminado, a menudo se arrodilla junto a la cama de alguien que sufre de artritis, cáncer o alguna otra enfermedad grave. Ora: «Señor, ya que en tu amorosa providencia has considerado oportuno poner tu mano afligida sobre nuestra querida hermana, dale fortaleza y paciencia para soportar esta aflicción». Hace esto en lugar de obedecer el claro mandato de ungir a «todo enfermo» en la Iglesia y orar «la oración de fe» por su sanidad (Santiago 5:14-15). John Wesley dijo que este método era el único proceso de sanidad en la Iglesia hasta que se perdió por la incredulidad.

A muchos se les enseña que se puede glorificar más a Dios permaneciendo enfermo que sanando. Si esto es cierto, entonces Jesús no dudó en despojar a su Padre de toda la gloria posible. Sanó a todos los que acudieron a él en busca de ayuda durante todo su ministerio terrenal. Su sucesor, el Espíritu

Santo, fue enviado para complementar lo que Cristo había comenzado a hacer y enseñar. No dudó en despojar a Dios de toda la gloria posible al sanar a todos en las calles de Jerusalén (Hechos 5:15-16). Pablo no dudó en despojar a Dios de toda la gloria posible al sanar a todos los demás enfermos en la isla de Melita.

- La tradición más común y desgastada es la desgastada afirmación: «La era de los milagros ha pasado». De todas las tradiciones actuales de los ancianos o ministros, esta es la más insensata, ilógica y antibíblica que conozco.

El Espíritu Santo, en cuya era vivimos ahora, es el único hacedor de milagros de Dios, El único administrador de la voluntad del Padre. Él es quien sanó a todas las multitudes de enfermos que acudieron a Cristo en busca de sanidad durante su vida en la carne. Todos los milagros obrados hasta el Día de Pentecostés fueron obra del Espíritu, el Hacedor de Milagros. Esto fue antes de que Él entrara oficialmente en su propia dispensación.

La era en la que vivimos fue diseñada por nuestro Padre celestial para ser la más milagrosa de todas las dispensaciones. Es la era del Hacedor de Milagros; la dispensación del Espíritu Santo. Durante esta era, la gran promesa es que Dios derramará el Espíritu Santo, el Hacedor de Milagros, sobre toda carne. Esta es la única era en la que el Hacedor de Milagros se encarnaría en nosotros. Esta es la única era en la que los nueve dones del Espíritu, incluyendo los dones de fe, sanidad y milagros, debían ser distribuidos a cada hombre individualmente como Él, el Espíritu Santo, lo desea. Jesús declaró que las obras que estaba haciendo continuarían y que incluso "obras mayores" serían realizadas por el Espíritu Santo, el Hacedor de Milagros. Esto fue después de que Él asumiera el cargo durante la exaltación de Cristo. Esta es la dispensación del Espíritu.

¡Qué absurdo y ridículo que cualquier supuesto maestro de la Biblia señale esta, la era del Hacedor de Milagros, como la única en la que no se deben hacer milagros! ¡Qué absurdo que alguien así enseñe que el Espíritu Santo obrará milagros en todas las épocas menos en la suya! Esta es una dispensación "mejor", con un Sacerdote "mejor", un "mejor pacto... mejores" promesas, y "mejor" en todo que cualquier época anterior.

Algunos hablan como si la era actual no fuera la era del Espíritu Santo. Solo hay una dispensación del Espíritu Santo, y esa se encuentra entre la primera y la segunda venida de nuestro Señor. Es cierto que vivimos en el período laodicense o tibio de la dispensación del Espíritu. Al principio de la era, la Iglesia estaba en su período lleno del Espíritu, y ahora estamos en el período tibio de la misma era. Pero, por mi parte (y, ¡gracias a Dios!, hay muchos otros como yo), voy a basar tanto mi predicación como mi práctica en la predicación y la práctica de la Iglesia durante su período lleno del Espíritu. Esto es mejor que operar según...

Predicar y practicar la Iglesia durante su período de tibieza. Prefiero esforzarme por elevar la verdadera Iglesia al nivel de la Biblia del primer siglo que intentar que la Biblia se ajuste al nivel de la Iglesia tibia del siglo XX. En discursos anteriores hemos visto que Dios ha obrado milagros en cada siglo desde el fin de las Escrituras hasta nuestros días. Esta tradición desgastada que estamos considerando ha sido completamente descartada por los hechos históricos.

- Otra tradición sostiene que no es la voluntad de Dios sanar a todos. En capítulos anteriores hemos respondido a esta objeción desde todos los ángulos imaginables. Si la voluntad de Dios es sanar solo a algunos de los que necesitan sanidad, entonces nadie tiene base para la fe hasta que haya recibido una revelación especial de que se encuentra entre los

favorecidos. Si las promesas de sanidad de Dios no son para todos, entonces nadie puede determinar la voluntad de Dios por sí mismo a partir de la Biblia. ¿Debemos entender de estos maestros que debemos cerrar nuestras Biblias y obtener nuestra revelación directamente del Espíritu antes de poder orar por los enfermos? ¿Acaso no puede determinarse la voluntad de Dios en este asunto a partir de las Escrituras? Esto equivaldría prácticamente a enseñar que toda la actividad divina en el campo de la sanidad tendría que regirse por revelaciones directas del Espíritu en lugar de por las Escrituras.

- A otros se les impide recibir sanidad al enseñarles a añadir a su oración la frase, que destruye la fe, «Si es tu voluntad». Solo hay un caso en el Nuevo Testamento de alguien que pidió sanidad de esta manera. Es el caso del leproso, que dijo: «Si quieres, puedes sanarme». Este hombre no podía haber orado de otra manera porque aún no estaba informado de la voluntad de Dios en el asunto. Jesús no sanó a este leproso hasta que añadió a su fe el hecho de que Jesús podía sanarlo, y luego la fe de que Jesús lo sanaría. El «quiero» de Jesús anuló el «si» del leproso. Es imposible orar con fe hasta que el «si» haya sido eliminado de la oración. Tener fe verdadera es estar «plenamente convencido» de que Dios hará lo que ha prometido. Nadie está «plenamente convencido» si añade a su oración: «Si es tu voluntad». Puesto que Dios ha revelado Su voluntad en este asunto mediante Sus promesas, decir: “Si es Tu voluntad” cuando oramos por sanidad es lo mismo que decir: “Si es Tu voluntad cumplir Tu promesa”.

- Otra premisa antibíblica, que ha llevado a miles de personas a la muerte prematura y ha impedido que muchas otras reciban sanidad, es la enseñanza moderna de que la espina en la carne de Pablo era algún tipo de problema físico. La falsedad de esta postura se muestra en el siguiente capítulo, «La espina de Pablo».

La expresión "aguijón en la carne" no se usa ni una sola vez, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, salvo como ilustración. La figura del "aguijón en la carne" no se usa ni una sola vez en la Biblia como símbolo de enfermedad. Cada vez que se usa la frase en la Biblia, se especifica con exactitud qué era el "aguijón en la carne". Por ejemplo, en Números 33:55, Moisés habló a los hijos de Israel, antes de que entraran en la tierra de Canaán. Dijo: "Si no expulsáis a los habitantes de la tierra de delante de vosotros, sucederá que los que dejéis que queden de ellos serán como aguijones en vuestros ojos y como espinas en vuestros costados, y os afligirán en la tierra donde habitáis".

Aquí la Escritura misma nos dice claramente qué eran los aguijones en los ojos y las espinas en los costados de los israelitas. Eran los habitantes de Canaán que habían sido perdonados, no problemas oculares ni enfermedades. Dios solo usaba esto como ilustración para mostrar que, así como una espina clavada en la carne es molesta, los cananeos, si se les permitía permanecer en la tierra, serían una molestia constante para los hijos de Israel. En todos los demás lugares de la Biblia donde se usa esta expresión, las espinas representan personalidades.

En cada uno de los demás casos, la Biblia indica claramente qué era la espina. En este caso en particular, Pablo afirma claramente cuál era su espina. Dijo que era «el mensajero [griego angelos] de Satanás», o, como otros traducen, «el ángel del diablo», «el ángel de Satanás», etc.

La palabra griega angelos aparece 188 veces en la Biblia. Se traduce como «ángel» 181 veces y como «mensajero» las otras 7 veces. En cada una de las 188 veces...

Donde esta palabra se usa en la Biblia, significa una persona, no una cosa. El infierno fue creado para "el diablo y sus ángeles". Un ángel o mensajero siempre es una persona que

una persona envía a otra, nunca una enfermedad. Pablo no solo nos dice que su aguijón era un ángel, o mensajero de Satanás, sino que también nos dice qué vino a hacer ese ángel. Dijo que fue enviado "para abofetearme", de la misma manera que "las olas abofetearon" la barca y los soldados "abofetearon" a Cristo. Weymouth traduce este pasaje de esta manera: "El ángel de Satanás asestando golpe tras golpe". Abofetear significa dar golpes repetidos. Si el abofeteo de Pablo fue físico, habría tenido que haber sido una sucesión de enfermedades, o la misma enfermedad repetida muchas veces. De lo contrario, no podría haberlo calificado de bofetada.

Al hablar de este mensajero o ángel, la traducción de Rotherham usa el pronombre personal «él». La traducción de Weymouth dice: «En cuanto a esto, tres veces rogué al Señor que me librara de él». Estos dos pronombres, así como la palabra «ángel» o «mensajero», prueban cuál era la espina de Pablo. Él mismo muestra claramente que se trataba de una personalidad satánica, no de una enfermedad. Pablo no pudo haber usado los pronombres personales «él» y «lo» al referirse a una enfermedad, porque la enfermedad no tiene personalidad. Pablo enumera casi todo tipo de problemas que uno pueda imaginar como sus azotes, pero la enfermedad no está en la lista.

Jesús nos reveló la inmutable voluntad de Dios con sus obras. Sanó a todo enfermo que acudió a él, pero no prometió acabar con los azotes ni la persecución. Pablo fue el maestro más prolífico de la Biblia en el tema de la sanidad divina.

- Otra tradición que ha obstaculizado el ministerio de sanidad es la enseñanza de que Jesús sanaba a los enfermos como Hijo de Dios, no como Hijo del Hombre. Estos maestros creen que, como no somos Cristo, no podemos esperar tales obras hoy en día. Las Escrituras nos enseñan que Jesús, el Hijo de Dios, se

despojó de sí mismo y se hizo semejante a sus hermanos en todo, excepto en el pecado. Se refiere a sí mismo como "el Hijo del Hombre" unas ochenta veces. Como Hijo del Hombre, dijo: "No puedo hacer nada por mí mismo". Esto ciertamente no era cierto de Él antes de convertirse en el Hijo del Hombre. Todas las cosas fueron hechas por Él y para Él. Ya hemos visto que Jesús realizó sus obras confiando en el Espíritu. Él "comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba", lo cual Él mismo prometió en Juan 14:12. Estas cosas Él las continuaría y aumentaría en respuesta a las oraciones de la Iglesia cuando fuera glorificado. Las mismas palabras citadas aquí de Hechos 1:1, "Jesús comenzó a hacer y a enseñar", prueban que lo que el Señor "comenzó" tanto a hacer como a enseñar debía ser continuado por el Espíritu Santo obrando a través de la Iglesia.

5. Rompiendo las leyes naturales

El fracaso de algunos en recibir sanación se debe a la violación de las leyes naturales. Recordemos que las leyes naturales son las leyes de Dios y que son tan divinas como sus milagros. La naturaleza es Dios en acción, pero no milagrosamente. Debido a su desconocimiento de las leyes naturales, algunos no están proporcionando a sus cuerpos los nutrientes necesarios, o pueden estar comiendo en exceso, mientras piden a Dios que los sane de sus problemas estomacales, obstaculizando así la respuesta a sus oraciones. Después de que Dios se reveló como Jehová-Rapha, nuestro Sanador, las condiciones que impuso fueron que las personas observaran sus leyes de salud. Hay momentos en que quienes padecen ignorancia de la dietética y otros requisitos sencillos necesitan el consejo de alguien capacitado para asesorarlos en tales asuntos.

6. Incredulidad del anciano o ministro que ora

Algunos no sanan debido a la incredulidad del anciano o ministro que ora por ellos. Los discípulos de Cristo, aunque divinamente comisionados para expulsar demonios y sanar enfermos, no lograron liberar al niño epiléptico. Cuando Jesús bajó del monte, liberó al niño y reprendió a los discípulos por su incredulidad.

7. Un espíritu maligno debe ser expulsado

Algunos no sanan porque su aflicción es obra de un espíritu maligno que debe ser expulsado. Jesús no sanó la enfermedad epiléptica, sino que expulsó al espíritu epiléptico. También expulsó a los espíritus de sordos, mudos y ciegos. Dice de los que creen: «En mi nombre expulsarán demonios». Muchas veces hemos visto a personas liberadas al instante cuando reprendemos al espíritu maligno. Hablamos representando a Cristo, en nombre de Él, o por su autoridad.

8. El pecado del enfermo

Algunos no reciben sanidad porque albergan iniquidad en su corazón. Estos deberían aprender a decir con David: «Si albergara iniquidad en mi corazón, el Señor no me escucharía». Dios no ha prometido destruir las obras del diablo en el cuerpo mientras nos aferremos a las obras del diablo en el alma. El pecado no confesado impide que las personas reciban la misericordia de Dios. Su Palabra nos dice: «El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia».

9. La tibieza de la Iglesia

En este período laodicense de la Iglesia, la tibieza es uno de los grandes obstáculos para la sanidad. Después de la glorificación de Cristo, envió el mensaje: «¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca».

Lo mejor para nosotros es ser apasionados por Dios. Lo segundo mejor es ser fríos. Pero es fatal ser tibios, pues el Señor dijo que expulsaría a los tibios.

La tibieza es una enfermedad mucho peor que el cáncer; por eso, Dios quiere sanarla primero. Él ha prometido y espera sanar nuestras rebeliones e inundar nuestros corazones con su amor. Dios dice del hombre cuyo corazón arde de amor por Él: «Porque en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré». Servir a Dios con alegría y buen corazón era la condición para la sanidad en los tiempos del Antiguo Testamento. ¡Sin duda, el estándar no debe rebajarse en estos días de gracia!

10. Falta de voluntad para entregarse a Dios

Algunos no reciben sanidad porque la enfermedad y la aflicción son el resultado natural de un corazón que no está dispuesto a seguir a Dios al centro de su voluntad. Cuando el hombre entrega su voluntad a su Padre amoroso, la sanidad llega. Es la voluntad de Dios que aprendamos el placer de servirle y vivir su plan divino para nuestras vidas. Es imposible orar la oración de fe por quienes no están dispuestos a ser guiados al glorioso centro de la voluntad de Dios.

11. Un espíritu implacable

Un espíritu de resentimiento, o de falta de perdón, impide que algunos reciban la sanidad del Señor. Jesús dijo: «Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará vuestras ofensas». Lo primero que necesitamos y lo primero que Dios quiere concedernos es el perdón de nuestros pecados, pero Dios no puede perdonarnos si nosotros no perdonamos a los demás. Si no puede perdonarnos, ciertamente no puede sanarnos. Muchas veces hemos visto a los afligidos sanados «en un abrir y cerrar de ojos» cuando estaban dispuestos a perdonar a quienes les habían hecho daño.

12. La necesidad de buscar el perdón

Los agravios que no se han corregido impiden que algunos tengan fe para recibir sanación. Quienes han ofendido a su prójimo de alguna manera deben pedirle perdón. Hemos conocido a muchos que, terriblemente afligidos, sanaron en cuanto esto ocurrió.

13. Falta de diligencia

Algunos no son diligentes al buscar la sanación de Dios. Dios "es galardonador de quienes le buscan con diligencia". Hemos conocido pacientes que se han sometido a más de una docena de operaciones sin ninguna promesa de sanación. Sin embargo, al acudir a Dios en busca de sanación, la cual Él promete con certeza, muchos no acuden con la diligencia de quienes buscan la ayuda humana.

14. Buscando milagros, no sanación

Debido a una instrucción inadecuada, muchos no logran sanar porque se empeñan en limitar a Dios a los milagros. Como no se curan y fortalecen al instante, estas personas

pierden la confianza. Dios distingue entre un milagro y una sanación. Si cada hombre, consumido por la enfermedad, se fortaleciera y sanara en un instante, no habría sanidades. Todas serían milagros. Al enumerar los dones espirituales, Pablo habla de dones de sanidad y también de milagros. Cristo no pudo hacer ningún milagro en Nazaret debido a la incredulidad de la gente, pero sí sanó a algunos enfermos allí. Confundir curaciones con milagros es un obstáculo muy común para la curación en estos días, cuando hay tan poca enseñanza clara sobre el tema.

15. Observando los síntomas

Algunos debilitan su fe al observar sus síntomas. En lugar de hacerlo, deberían fortalecer su fe, como Abraham en la antigüedad, fijándose en la promesa de Dios. Dios ha hecho de su Palabra la única base para la fe. Algunas personas frustran su propia sanación al convertir sus sentimientos en la base de la fe.

16. No actuar según la fe

Otros no reciben sanidad porque no ponen en práctica su fe. «La fe sin obras está muerta». No le toca a Dios actuar hasta que tengamos fe con acciones correspondientes. La traducción literal de Marcos 11:22, «Tened fe en Dios», es «Confiad en la fidelidad de Dios».

El pleno ejercicio de la fe significa que pensamos con fe, hablamos con fe y actuamos con fe. Al ciego, Jesús le dijo: «Ve a lavarte en el estanque de Siloé». Este acto le dio la oportunidad de ejercitar la fe en cuerpo, mente y corazón. No sanó hasta que primero dio esta expresión visible de su fe. Creyó que la sanidad era suya antes de que se manifestara.

Lo mismo ocurrió con Naamán, el leproso, y también con los diez leproso. Jesús dijo: «Vayan, preséntense a los sacerdotes». El relato dice: «Mientras iban, quedaron limpios». Se requería una expresión visible de fe, que abarcara su corazón, mente y cuerpo, antes de que se manifestara su sanidad. Algunos pierden la sanidad al invertir este orden divino.

17. Falta de confianza

Otros, al ser probados, pierden la confianza. No comprenden que, como en el caso de Abraham, su fe debe ser perfeccionada por la prueba, no destruida.

Somos hechos partícipes de las promesas de Dios con la condición de que mantengamos firme nuestra confianza inicial hasta que se cumplan (Hebreos 10:35). Si la Palabra de Dios es la razón de nuestra fe, entonces nunca es correcto perder la confianza en ella.

18. No recibir el Espíritu Santo

Algunos no reciben sanidad por descuidar la recepción del Espíritu Santo. Él fue enviado para impartirnos las bendiciones de la redención. En Romanos 8:11, Pablo nos dice que nuestros cuerpos mortales (no muertos en realidad, sino judicialmente) (también) deben ser vivificados por el Espíritu que mora en nosotros (no fuera de nosotros). Dado que nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo aplica la sanidad, podríamos decir que Él es el Carpintero que repara la casa. Algunos, conscientemente, mantienen al Carpintero fuera de la casa mientras le piden que la repare por dentro. Pablo dijo: "El cuerpo para el Señor" antes de decir: "El Señor para el cuerpo". Debemos presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo (Romanos 12:1) y

permitir que se conviertan en templos del Espíritu Santo si queremos que sanen. Esta razón para el fracaso no suele aplicarse a quienes no han sido instruidos en cuanto a su privilegio de ser llenos del Espíritu.

19. Falta de fe

Algunos no se curan porque sustituyen su creencia en la doctrina de lo divino sanación para que la fe personal sea sanada.

20. No recibir las promesas de Dios

Algunos no sanan porque no reciben la promesa escrita de Dios como su Palabra directa. No reconocen que la fe interpreta la Palabra de Dios como su voz. En el Salmo 138:2 leemos: «Has engrandecido tu palabra sobre todas las cosas, y tu nombre».

21. Esperando la sanación para creer

Algunos no creerán que su oración de sanación ha sido escuchada hasta que hayan experimentado y visto la respuesta. Cristo no ha prometido que nuestra sanación comenzará antes de que creamos que Él ha escuchado nuestra oración. Algunos suponen que deben seguir orando, sin creer que su oración ha sido escuchada, hasta que estén bien. Esto es exactamente lo contrario de lo que Dios exige.

En Marcos 11:24, Jesús nos dice exactamente las condiciones que requiere para que recibamos las bendiciones que ha prometido. Dice: «Todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá». Es decir, «lo tendréis» después de creer que Él ha escuchado vuestra oración. Como Jesús dijo: «Te doy gracias por haberme escuchado», mientras Lázaro aún estaba muerto; así también nosotros deberíamos poder decir: «Te doy gracias por haberme escuchado», mientras aún

estamos enfermos. «Lo tendréis», es vuestra respuesta de Jesús. También es vuestra prueba de que vuestra oración ha sido escuchada.

Como ya hemos comentado, la fe interpreta la Palabra de Dios como la voz de Dios. Dios no ha prometido que nuestra sanación comenzará antes de que creamos que... Él ha escuchado nuestra oración. «Si pedimos algo conforme a su voluntad, él nos oye». Si esto es cierto, entonces debemos creer que nuestra oración ha sido escuchada al orar. Debemos poder decir: «Sabemos que tenemos las peticiones que le hicimos», no porque veamos la respuesta, sino porque «Dios es fiel y lo hará».

Abraham no siguió orando por el nacimiento de Isaac hasta que nació. En cambio, siguió creyendo y glorificando a Dios por su Palabra al respecto.

Más de una vez hemos leído que fue después de que Salomón “terminó de orar” que llegó la bendición.

Jesús, ante la tumba de Lázaro, había terminado de orar. Antes de que Lázaro saliera de su tumba, Jesús dijo: «Te doy gracias por haberme escuchado».

Josafat y los hijos de Israel habían terminado de orar. Todos alababan a Dios a gran voz por la respuesta a sus oraciones antes de salir a la batalla contra los tres grandes ejércitos. Su fe era la certeza de lo que aún no se veía (Hebreos 11:1).

Los 120 habían terminado de orar. Todos estaban alabando y bendiciendo a Dios continuamente cuando el Espíritu fue derramado sobre ellos.

Se supone que es el fin de la oración cuando uno ha sido ungido para la sanación. Si quien ha sido ungido realmente tiene fe, no escucharemos de él más que agradecimiento hasta que haya sanado.

Cuando una niña le ruega a su madre por un vestido nuevo, y esta le dice: "Te lo compro", deja de pedir antes de que aparezca el vestido. En lugar de seguir diciendo: "Por favor, dame un vestido", dice: "¡Bien! ¡Bien!".

Quizás debería decir aquí que, tras el compromiso, uno no debe volverse indiferente. La confianza debe mantenerse activa. Debe ser como la de los hijos de Israel cuando marcharon alrededor de los muros de Jericó y tocaron sus cuernos de carnero. Debe ser como la de Josafat y sus hombres. Tras "terminar de orar", salieron a la batalla, cantando alabanzas a Dios.

La curación de los diez leprosos se produjo mientras su confianza aún estaba activa.

Dios dijo a los israelitas moribundos: «Todo aquel que mire, vivirá». Esta palabra «mira» está en presente continuo. No es una simple mirada, sino una «mirada fija» continua.

Moisés “se sostuvo como si viera [continuamente viendo] al Invisible”.

Fue una fe firme la que trajo el cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham. Abraham se fortaleció en la fe al confiar (continuamente) en la promesa de Dios.

Si permitimos que nuestra confianza se vuelva inactiva, se debilitará; si la mantenemos activa, se fortalecerá continuamente.

22. Concéntrese en mejorar, no en las promesas de Dios

Algunos obstaculizan a Dios basando su fe en su mejoría después de la oración en lugar de en su promesa. No se dan cuenta de que no hay otra razón para la fe tan buena como la Palabra de Dios. No comprenden que Dios quiere capacitar a cada cristiano para creer en Él cuando todo lo que ven, excepto su promesa, es lo contrario. ¡Amén, amén!

La espina de Pablo

Y para que no me exaltase desmesuradamente por la abundancia de las revelaciones, me fue dado un aguijón en la carne, el mensajero de Satanás que me abofeteaba, para que no me exaltase desmesuradamente. Por esto rogué al Señor tres veces que lo apartara de mí. Y él me dijo: «Bástate mi gracia, pues mi fuerza se perfecciona en la debilidad». Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo more en mí. Por eso me complazco en las debilidades, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias por amor a Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

2 Corintios 12:7–10

Una de las objeciones más frecuentes hoy en día contra el ministerio de sanidad es la "espina en la carne" de Pablo. Una idea tradicional ha llevado a otra. Existe una enseñanza generalizada de que Dios es el autor de la enfermedad y que ha elegido a algunos de sus hijos más devotos para permanecer enfermos y glorificarlo con fortaleza y paciencia. Esto, sin duda, ha llevado a la idea de que Pablo tenía una enfermedad que Dios se negó a sanar. No creemos que nadie que se tome el tiempo de leer todo lo que Dios dice sobre la sanidad pueda llegar a tal conclusión.

Admito rápidamente que hombres igualmente devotos pueden tener opiniones contrarias, no solo sobre este punto, sino sobre todo el tema de la sanidad divina. Es simplemente cuestión de estudio e investigación. Muchos hombres buenos, cuya enseñanza ha sido que la era de los milagros ya pasó, etc., al leer las Escrituras, han pasado por alto irreflexivamente la enseñanza bíblica sobre la sanidad, creyendo que no es aplicable a nuestros días. Casi todos los que han hablado y escrito en contra de nosotros

no han dudado en usar nuestro nombre y nos persiguen con tenazas y martillo; pero nunca han intentado refutar los argumentos bíblicos que hemos presentado en nuestros sermones sobre el tema. Hemos leído sus declaraciones públicamente, con cuidado y sin mencionar sus nombres, y las hemos respondido con las Escrituras. Si lucháramos contra seres de carne y hueso, los nombraríamos y los perseguiríamos con saña, pero esto no sería propio de Cristo. Nos sentimos dispuestos a no tocar a los siervos de Dios y dejar que Él pelee nuestras batallas por nosotros.

La absurda exposición de un clérigo

Antes de abordar el tema de la “espina” de Pablo, citamos lo siguiente de un informe taquigráfico de un sermón predicado por un prominente clérigo neoyorquino. Él también revisó este sermón, lo imprimió en grandes cantidades y lo distribuyó en todos los hogares cercanos a nuestro avivamiento. Aunque prácticamente desconocía lo que enseñábamos, pues nunca nos había visto ni oído, intentó contrarrestar nuestra enseñanza sobre la sanidad.

Entre otras cosas dijo:

El hecho es que Pablo estaba enfermo. Era el más enfermo de los hombres. Padecía una de las peores y más dolorosas enfermedades orientales: oftalmía, una enfermedad de los ojos. La prueba de que la padecía es abrumadora. Nos dice que tenía una "espina en la carne". Cuando Pablo se presentó ante los cristianos, sus ojos se llenaron de un pus indescriptible, una sustancia de aspecto indescriptible que le corría por la cara. ¿Por qué se habrían sacado los ojos si no fuera porque sus ojos, al estar ante ellos, les resultaban una visión lastimosa y atrayente, como los de cualquiera con oftalmía? El dolor particular de esta enfermedad es que es como una "estaca" en los ojos. Es indiscutible que Pablo estaba enfermo. Él mismo lo dice. Pablo no contrajo esta enfermedad por infección. ¿Cómo la contrajo? Jesucristo se la contagió. Pablo no quería estar enfermo. Oró al Señor para que lo sanara de esta

enfermedad. Oró no una, ni dos, sino tres veces. No recibió respuesta a su Oraciones. A pesar de todas sus oraciones, no recibió sanidad. Su oración, ofrecida tres veces, no le trajo ninguna cura, ni siquiera un atisbo de sanidad. Eso no es todo. El Señor le dijo a Pablo algo muy sorprendente. Dijo: «Bástate mi gracia». Le dice a Pablo que es mejor para él estar enfermo que estar sano. Le dice a Pablo que es la voluntad divina que no se cure. Le dice a Pablo que el poder divino puede y obrará en él y a través de él mejor con oftalmía y enfermedad que sin ellas. Escuche lo que Pablo tiene que decir en respuesta al Señor sobre su enfermedad y la voluntad del Señor de que no se cure. Estas son sus palabras: «Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mi enfermedad, para que el poder de Cristo more en mí». Aquí Pablo dice precisamente esto: «Me gloriaré en mi oftalmía. Mis ojos pueden estar llenos de secreciones repulsivas; puedo ser objeto de compasión; no importa, me gloriaré en ello. Me regocijaré en mi enfermedad». En la carne temblorosa y en el doloroso sufrimiento de su apóstol, el Señor ha escrito su divina protesta contra esta doctrina inefable, esta brutal transmutación de la cruz de Cristo en un centro de curación física.

Para responder a los argumentos de nuestro hermano sobre este punto, afirmaremos, en primer lugar, que la expresión "aguijón en la carne" no se usa ni una sola vez, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, salvo como ilustración. La figura del aguijón en la carne no se usa ni una sola vez en la Biblia como símbolo de enfermedad. Cada vez que se usa la expresión en toda la Biblia, se especifica exactamente qué era el "aguijón en la carne", como veremos. Por ejemplo, en Números 33:55, Moisés les dijo a los hijos de Israel, antes de entrar en la tierra de Canaán: "Si no expulsáis a los habitantes de la tierra de delante de vosotros, sucederá que los que dejéis que queden de ellos serán como aguijones en vuestros ojos y como espinas en vuestros costados, y os afligirán en la tierra donde habitáis".

Aquí la Escritura misma nos dice claramente que los "aguijones"

en los ojos y las “espinas” en los costados de los israelitas eran los habitantes de Canaán, y no problemas o enfermedades oculares. Estos maestros sostienen que la “espina” de Pablo debió haber sido una aflicción corporal, porque Pablo dice que la “espina” estaba “en la carne”. Respondo que, en el caso de estos israelitas, la Escritura dice “aguijones en los ojos” y “espinas en los costados”, pero esto no significa que Dios les clavara a los cananeos en los ojos y los costados, con los talones colgando por fuera. Dios solo estaba ilustrando, para mostrar que, así como una espina clavada en la carne es molesta, así también Si los cananeos permanecieran allí, serían una molestia constante para los hijos de Israel.

Los cananeos fueron una espina para Israel

Ocho años después, Josué 23:13 dice, respecto a las naciones paganas de Canaán: «Serán... azotes en vuestros costados y espinas en vuestros ojos». Así, vemos de nuevo que los «azotes en sus costados y espinas en sus ojos» eran cananeos, y no ojos ni costados irritados. Aquí, como en todos los demás casos, se explica claramente qué era la «espina».

Entre las últimas palabras de David leemos: «Los hijos de Belial serán todos como espinas». Sin excepción, en todos estos casos, las «espinas» son personalidades. Así como en cada uno de estos casos se indica claramente qué era la «espina», Pablo también indica claramente cuál era su «espina». Dice que era «el mensajero [griego angelos] de Satanás»; o, como otros traducen, «el ángel del diablo», «el ángel de Satanás», etc.

Esta palabra griega, angelos, aparece 188 veces en la Biblia y se traduce como «ángel» 181 veces y como «mensajero» las otras 7. En las 188 ocasiones en que aparece en toda la Biblia, se refiere siempre a una persona y no a una cosa, salvo con una sola excepción. El infierno fue «preparado para el diablo y sus ángeles» (o mensajeros), y un «ángel» o «mensajero» es siempre una persona que una persona envía a otra, y nunca una enfermedad.

La espina de Pablo era un ángel de Satanás

Pablo no solo nos dice que su “espina” era un ángel de Satanás, sino que también nos dice qué vino a hacer: “a abofetearme”, o, como lo traduce Rotherham, “que me abofeteara”. Ahora bien, la palabra abofetear significa “golpe tras golpe”, como cuando las olas azotaron la barca, y como cuando “azotaron” a Cristo.

En consecuencia, Weymouth traduce: “El ángel de Satanás, dando golpe tras golpe”. Dado que abofetear significa golpes repetidos, si los abofeteos de Pablo eran una enfermedad, tendrían que haber sido muchas enfermedades o la misma enfermedad repetida muchas veces, para ser llamados abofeteos.

Al hablar de este mensajero, o ángel, la traducción de Rotherham usa el pronombre «él», y la traducción de Weymouth afirma: «En cuanto a esto, tres veces le rogué al Señor que me librara de él». Ambos traductores usan pronombres personales, a saber, «él» y «lo», al referirse a la espina de Pablo. Estos dos pronombres, así como la palabra «ángel» o «mensajero», demuestran que la «espina» de Pablo era, como él mismo lo demuestra claramente, una personalidad satánica y no una enfermedad. No podríamos usar los pronombres personales «él» o «lo» al hablar de oftalmía, ni de ninguna otra enfermedad, porque la oftalmía no tiene género. Supongamos que le pregunto a un hombre cómo está su cáncer. ¿Qué pensarían si le oyeran responder: «Está mucho peor y estoy sufriendo terriblemente»? Ahora bien, dado que Pablo afirma claramente que su «espina» era el ángel de Satanás enviado para abofetearlo, un espíritu demoníaco enviado por Satanás para causarle problemas dondequiera que fuera, ¿por qué deberíamos decir que era otra cosa?

Los sufrimientos de Pablo

Poco después de la conversión de Pablo, Dios le dijo a Ananías: «Yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre», no por enfermedades, sino por las persecuciones, que Pablo enumera como sus azotes. Pablo había perseguido a los cristianos de un

lugar a otro, y ahora comenzaba a experimentar las mismas y mayores persecuciones. Especificando los azotes instigados por el ángel de Satanás, Pablo continúa diciendo: «Por lo cual me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias por amor a Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte». Pablo menciona primero las «debilidades», porque Reconoció, y todo cristiano debería reconocer, su debilidad e incapacidad, con sus propias fuerzas, para enfrentarse a un mensajero satánico; para superar triunfalmente los oprobios, las necesidades, las persecuciones, las angustias y todos los demás azotes que él mismo enumera en otros lugares. Por eso suplicó al Señor tres veces que se librara de él (el mensajero) que lo azotaba tan severamente y de tantas maneras. Cristo respondió a su oración, repetida tres veces, no eliminando al mensajero satánico, sino diciendo: «Bástate mi gracia [que es para el hombre interior]; porque mi poder se perfecciona en la debilidad».

Cuando Pablo vio que la gracia de Dios era suficiente para fortalecerlo a fin de soportar todas estas cosas, exclamó: “Por tanto, me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo”. Para cuando estoy Si soy débil, entonces soy fuerte”. ¿Cómo podría ser cierto que la fuerza de Cristo se perfeccionó en la debilidad de Pablo si él quedó débil, o a menos que Pablo fuera un participante real de la fuerza de Cristo, la cual eliminaría la debilidad, ya fuera física o espiritual? Sin la fuerza de Dios impartándose a él, ¿es un hombre poderoso cuando es débil, ya sea física o espiritualmente? Pablo vio que la gracia de Dios que le fue dada hizo que sus mismos golpes, incluso sus encarcelamientos, obraran juntos para su bien y resultaran en el “avance del evangelio”. ¿Qué siervo de Dios no ha aprendido, y probablemente más de una vez, que es cuando es más consciente de su propia debilidad que el poder de Cristo reposa sobre él con más fuerza? Es cuando es conscientemente más débil en sí mismo que es más fuerte porque depende, no de su propia fuerza, sino de la fuerza divina.

Gracia para las enfermedades espirituales, no para las enfermedades físicas

Pablo enseña claramente que es la vida de Jesús la que se manifiesta en nuestra carne mortal. En ninguna parte de las Escrituras se afirma que Dios dé gracia a nuestros cuerpos. La misma palabra «gracia» indica que era el «hombre interior» el que necesitaba ayuda. La gracia de Dios se imparte solo al «hombre interior», que, según Pablo, en su caso, se renovaba de día en día. En otras palabras, la «gracia» es para las enfermedades espirituales, no para las físicas.

Aunque en el Antiguo Testamento se usaban términos como "punzón en los ojos y espinas en los costados", los cananeos no eran una molestia para los israelitas en el sentido de causarles enfermedades o dolencias físicas. Así como los molestos cananeos estaban fuera del cuerpo de los israelitas, el ángel de Satanás estaba fuera del cuerpo de Pablo; pues ciertamente el apóstol no tenía ningún demonio habitando su cuerpo. La gracia y la misericordia de Dios siempre nos han permitido soportar nuestras persecuciones y tentaciones, pero no nuestros pecados y enfermedades, que Él cargó por nosotros. Dios nunca ha prometido quitar las aflicciones, tentaciones y aflicciones externas de los cristianos. Nos da gracia para soportarlas. Pero a lo largo de la historia, siempre ha estado dispuesto a quitar las opresiones internas o corporales del diablo, así como nuestros pecados.

Dios estaba con él

Jesús “anduvo haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”. La Palabra de Dios nos dice: “Sí, y todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución”. Él nunca dijo: “Permanecerán enfermos”, según las opiniones antibíblicas que muchos sostienen hoy. Esta opinión niega todo precedente bíblico. Sin duda, Pablo

obtuvo la expresión “aguijón en la carne” de la lectura de las Escrituras del Antiguo Testamento. Dado que el término ilustraba sus molestias externas y no las corporales, usó la misma expresión para ilustrar sus propios azotes.

Si las enfermedades (debilidades) de las que habla Pablo aquí eran físicas, y, según el escritor antes citado, Pablo era "el más enfermo de los hombres", y Dios no le quitaba la "espina" dándole fuerza, ¿cómo podría trabajar "más abundantemente que todos"? Si "el más enfermo de los hombres" puede realizar más trabajo que una persona sana, entonces oremos todos por la enfermedad para que también podamos trabajar más para Dios. Tras comprender que la fuerza de Dios se "perfeccionó en [su] debilidad", entonces Pablo podía deleitarse, no solo en sus enfermedades, sino también en los azotes que menciona: oprobios, necesidades, persecuciones,

Angustias, etc. Nótese aquí, entre otras cosas, que Pablo menciona necesidades, refiriéndose a sus dificultades económicas, a las que también se refiere en su primera carta a los Corintios, escrita un año antes. Dice: «Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados y no tenemos morada fija» (1 Corintios 4:11), lo que demuestra que la idea de Pablo de las dificultades económicas no era una enfermedad permanente.

Pablo enumera sus azotes

Si la “espina” de Pablo era la oftalmía, o la irritación en los ojos, que no menciona, en lugar de estos reproches, que sí menciona, ¿por qué no dice que se complace en la irritación en los ojos en lugar de en los reproches? No solo aquí, sino en otras partes de su carta a los corintios, Pablo enumera en detalle los azotes instigados por el ángel de Satanás. Además de los reproches, las necesidades, las persecuciones y las angustias mencionadas en nuestro texto, en el sexto capítulo de esta misma carta, menciona azotes, cárceles, tumultos, trabajos, vigiliass, ayunos, deshonor, mala fama y engañadores. Describe su situación “como moribundos, y he aquí, vivimos; como castigados [azotados], pero no muertos; como

entristecidos, pero siempre gozosos; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo”. En el capítulo once menciona: “azotes sin medida, en cárceles más frecuentes, en muertes a menudo. De los judíos cinco veces recibí cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas, una vez apedreado, tres veces sufrí naufragio, una noche y un día he estado en alta mar; en viajes a menudo”. También habla de “peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de mis propios compatriotas, peligros por los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos”. Él personalmente sufrió “cansancio y dolor, en vigiliias a menudo, en hambre y sed; en ayunos a menudo, en frío y desnudez”. “Injurado, . . . perseguido, . . . difamado, . . . hechos como la escoria del mundo, . . . el desecho de todos hasta el día de hoy” (1 Corintios 4:12–13).

Preguntas que vale la pena considerar

¿Quién sino el ángel de Satanás podría ser responsable de todos estos sufrimientos? Al enumerarlos, vemos que Pablo menciona casi todo lo imaginable, excepto enfermedades u oftalmía. Lo único que no menciona, y que brilla por su ausencia, la tradición lo aprovecha y dice que fue su "espinas". ¿Por qué estos opositores sustituyen "ojos irritados" o "enfermedades", ninguna de las cuales menciona Pablo, por todos estos azotes, que sí menciona?

Aunque muchos hombres buenos lo creen, un escritor señala que esta perversión generalizada de las Escrituras que tratan del “aguijón en la carne” de Pablo está ciertamente inspirada por Satanás, porque le da el privilegio de llevar a cabo su obra malvada de afligir y atormentar los cuerpos de la humanidad.

Dado que la sanación es un elemento esencial del Evangelio, ¿cómo pudo Pablo disfrutar de la plenitud de la bendición del Evangelio como lo hizo, y seguir enfermo? ¿No es la sanación parte de la bendición del Evangelio? Incluso académicos

conservadores como los que conforman la Comisión Episcopal de Sanación coinciden en que la sanación corporal es un elemento esencial del Evangelio.

Supongamos que nuestro hermano tiene razón al afirmar que Pablo era el más enfermo de todos, pues sufría de oftalmía. ¿No es extraño que cuando los efesios vieron el pus que salía de los ojos de Pablo y descubrieron que Dios no lo sanaría, esta visión les infundiera fe en que se obrarían milagros extraordinarios a su favor? Aquí se afirma: «Dios obraba milagros extraordinarios por medio de Pablo: de modo que se llevaban a los enfermos pañuelos o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malignos salían» (Hechos 19:11-12). Las Escrituras nunca hablan de milagros extraordinarios en relación con nadie que no fuera este apóstol, el más enfermo. Hoy, si alguien con oftalmía trajera pañuelos, en lugar de ponérselos para sanar, los quemaríamos para evitar que la infección se propagara.

El caso del cojo de Listra

De nuevo, cuando el inválido pagano de Listra escuchó a Pablo predicar el Evangelio y vislumbró sus ojos, con sus secreciones repulsivas (?), la visión le infundió de inmediato la fe necesaria para caminar por primera vez en la tierra. Pablo, «percibiendo que tenía fe para ser sanado, exclamó a gran voz: 'Levántate sobre tus pies'; y saltó, y anduvo». Este inválido pagano nunca había presenciado un milagro ni oído predicar el Evangelio hasta que lo oyó de boca del «más enfermo de los hombres», a quien Dios quiere que no se cure.

De nuevo, ¿no es maravilloso cómo Pablo, con “una pus indescrípible, una sustancia de aspecto indescrípible que le corría por el rostro”, “el más enfermo de todos”, padeciendo la “peor y más dolorosa de las enfermedades orientales... un espectáculo lastimoso y atrayente para ellos”, y “Jesucristo se la concedió”, diciéndole: “Es la voluntad divina que no se cure”? ¿No es

maravilloso cómo Pablo, en esta condición, pudo “hacer obedientes a los gentiles, con palabras y obras, mediante potentes señales y prodigios, por el poder del Espíritu de Dios... desde Jerusalén y por los alrededores hasta Ilírico” (Romanos 15:18-19)?

En la isla de Melita, después de ver la horrible enfermedad de Pablo, que debía permanecer porque “el poder divino puede y quiere operar en él y a través de él mejor con oftalmía y enfermedad que sin ella”, primero, el padre de Publio y luego los otros enfermos de la isla vinieron y fueron curados (Hechos 28:8-9).

¿Se glorían los enfermos en la enfermedad?

El hermano citado anteriormente dice: “Pablo dice precisamente esto: ‘Me gloriaré en mi oftalmía; mis ojos pueden estar llenos de secreciones repulsivas; puede que sea objeto de lástima; no importa, me gloriaré en ello. ¡Me regocijaré en mi enfermedad!’”. Dado que estos hombres Enseñan que es justo que Pablo se gloríe de ser «el más enfermo de los hombres», ¿por qué no se glorían también de su enfermedad en lugar de esforzarse por librarse de ella? Si se glorían de su «espina», ¿por qué algunos han ido al cirujano para que se la extirpe?

Algunos maestros sostienen que la "espina" de Pablo fue una ceguera parcial causada por el brillo de la luz divina que brilló sobre él en su conversión. En el año 60, cuando escribió esta epístola, Pablo nos dice que fue "hace más de catorce años" que recibió la abundancia de las revelaciones, lo que ocasionó que se le diera la "espina en la carne". Esto significa que la "espina" le fue dada doce años después de su conversión. Esta epístola fue escrita 26 años después de su conversión. Sería casi una blasfemia hablar de una ceguera parcial causada por una visión personal del Cristo glorificado como "el mensajero de Satanás".

¿Por qué la “espina” de Pablo?

Pablo afirma claramente que el mensajero le dio los bofetones para que no fuera exaltado desmedidamente por la abundancia de las revelaciones. ¿Será debido a la abundancia de sus revelaciones que hoy en día a los enfermos de todo el mundo se les debe enseñar a considerar su enfermedad como una espina que debe permanecer para que no sean exaltados?

Si la "espina" de Pablo no fue un obstáculo para su fe en la sanación de los demás enfermos de la isla de Melita ni de otros lugares, ¿por qué debería obstaculizar la nuestra? ¿Por qué debería enseñarse hoy en día en todas partes como un obstáculo para la poca fe que los enfermos pudieran haber recibido para sanar? La Biblia dice que "la fe viene por el oír", pero hoy en día la fe se desvanece por el oír, por oír estas doctrinas necias. El error generalizado sobre la "espina en la carne" de Pablo quebranta el Evangelio. Elimina por completo el fundamento sobre el que debe asentarse la fe para la sanación. El enfermo debe recibir, del Espíritu y no de la Biblia, una revelación especial de que será sanado.

Hemos notado en los escritos de estos maestros que se apresuran a mencionar el más mínimo defecto físico en quienes enseñan sanidad y ven sanar a los enfermos. Sin embargo, argumentan que era apropiado que Pablo, el maestro de sanidad más destacado del Nuevo Testamento, tuviera, como ellos afirman, la "espina" de la aflicción corporal. Si pudiéramos replicar el maravilloso ministerio de sanidad de Pablo mientras un "pus indescriptible" salía constantemente de nuestros ojos, ¿no se burlarían de esto estos mismos maestros?

La espina de Pablo no fue un obstáculo para su labor

Las Escrituras muestran que la "espina" de Pablo no le impidió trabajar más que los demás. Quienes son instruidos en que su

enfermedad es una "espina" que debe permanecer, a menudo se ven incapacitados por ella para cualquier trabajo. Ni siquiera son capaces de cuidar de sí mismos. Aumentan el trabajo de otros al tener que ser cuidados. Fue el apóstol Pablo quien escribió que podemos estar "preparados para toda buena obra", "enteramente preparados para toda buena obra", "celosos de buenas obras... diligentes en mantener buenas obras" y "perfectos en toda buena obra para hacer su voluntad". ¿Cómo puede la multitud de cristianos confinados en sus habitaciones por una "espina en la carne" "abundar para toda buena obra"? ¿Acaso estas diversas Escrituras pertenecen solo a los cristianos saludables?

Si las palabras de Cristo, "Bástate mi gracia", significan que le está diciendo a Pablo que permanezca enfermo, sería la primera y única instancia en la Biblia en la que Dios le dijo a alguien que se mantuviera con su enfermedad. El hecho mismo de ser una sola excepción confirmaría la regla, y lo que las Escrituras muestran abundantemente: que sanó a todos los demás. ¿Por qué tantos de estos maestros hoy invierten las Escrituras y hacen del "aguijón" de Pablo el punto principal al hablar de la sanidad? ¿Por qué mantienen en segundo plano la política universal de sanidad revelada a lo largo de la historia registrada en la Biblia? El "aguijón" de Pablo no le impidió terminar su carrera para Dios (2 Timoteo 4:7). La enseñanza actual sobre el "aguijón" de Pablo ha llevado a multitudes, a menudo después de muchos años de terrible sufrimiento, a una muerte prematura tumbas, con su curso solo a medias. ¡Esta es una tragedia horrible y recurrente! Hoy en día, muchos afligidos creen en esta enseñanza de los últimos días.

Muchos parecen creer erróneamente que deben seguir a Pablo orando hasta que Dios les hable; que, al igual que Pablo, Él quiere que conserven su aflicción. Si Dios les diera una razón bíblica para su enfermedad, diríamos rápidamente: "¡Amén!", pues amamos la voluntad de Dios.

En Gálatas 4:13, Pablo dice: «Ya sabéis cómo a través de una enfermedad del cuerpo os prediqué el evangelio al principio». Probablemente la enfermedad era física, pero «al principio» no significa que permaneciera débil. ¿Acaso no significa que sanó? ¿Por qué diría «al principio»? Probablemente, como creen algunos eruditos, esto fue justo después de su lapidación en Listra.

Después de que Pablo, con las palabras más sencillas, explica cuál era su «espinas», qué extraño que los ministros de hoy digan que es otra cosa. ¿Por qué la usan contra la doctrina bíblica de la sanidad, cuando el propio Pablo fue el mayor maestro en este tema entre los apóstoles y otros escritores del Nuevo Testamento?

La predicación de Pablo estimula la fe

Fue el Evangelio que Pablo predicó en Éfeso lo que dio fe para los "milagros especiales" de sanidad que hemos mencionado. Dijo, refiriéndose a su propia predicación allí: "No he retenido nada que fuera útil para ustedes". Si todos los predicadores de hoy no retuvieran nada que fuera útil, seguramente todos estarían enseñando sanidad.

En Romanos 15:18-19, fue Pablo quien dijo que “predicó plenamente el evangelio de Cristo” (predicó el Evangelio completo) e hizo a los “gentiles obedientes, con palabra y obra”. Esto se hizo “mediante potentes señales y prodigios, por el poder del Espíritu de Dios... desde Jerusalén y por los alrededores hasta Ilírico”.

Veinticinco años después de convertirse en apóstol, escribió a los corintios: «Por esta causa hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros» (1 Corintios 11:30). Si la «espinas» de Pablo fuera una dolencia física, o si estuviera enfermo, probablemente le escribirían preguntando: «¿Por qué estás débil y enfermo?».

Fue Pablo quien escribió: "¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?", "miembros de Cristo"; "miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos". Escribió que tenemos las "primicias del Espíritu" (primicias de nuestra salvación espiritual y física), "para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal" (2 Corintios 4:11); que "el Espíritu también vivificará vuestros cuerpos mortales [no muertos]" (Romanos 8:11). Pablo dijo que Jesús es el Salvador del cuerpo: "El cuerpo es para el Señor, y el Señor para el cuerpo".

Llamados a ser santos

Pablo es el apóstol que escribió "a la iglesia de Dios que está en Corinto [...] llamados a ser santos, con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, nuestro Señor". "Dios ha puesto en la iglesia a algunos [...] que hacen milagros [...] que sanan", etc. Dijo que estos "dones y llamamientos de Dios son irrevocables" [es decir, no se revocan], y que a todos se les manda "procurar ardientemente los mejores dones".

Pablo no creía, como se enseña hoy, que estas bendiciones se limitaran a Israel. Creía que el muro intermedio de separación había sido derribado, que en Cristo no hay ni judío ni griego, sino que todos somos uno en Cristo Jesús. Por consiguiente, sana al gentil de Listra, lisiado de nacimiento, Igual que Pedro y Juan hicieron con el judío cojo en la Puerta Hermosa. Pablo también creía que los símbolos del Antiguo Testamento «fueron escritos para nuestra admonición», que todos los que son de fe son descendientes de Abraham, que «a Abraham y a su descendencia fueron hechas las promesas», y que «si sois de Cristo, ciertamente descendientes de Abraham sois y herederos según la promesa» (Gálatas 3:29).

Pablo en la isla de Melita

Fue Pablo quien enseñó que era “en Él” (Cristo) que “todas las promesas de Dios... son sí... y amén, para gloria de Dios por medio de nosotros”. En otras palabras, que todas las promesas de Dios, incluyendo todas sus promesas de sanidad, deben su existencia y poder a la obra sustitutiva de Cristo por nosotros, que la obra redentora de Cristo fue para todos. En consecuencia, el último capítulo de los Hechos nos muestra que Pablo creyó y demostró que era la voluntad de Dios sanar, no a algunos de ellos, sino a “todos los demás enfermos de la isla” de Melita (Hechos 28:9, Weymouth).

Pablo diferenciaba entre milagros y sanidad. No creía en la sanación instantánea de toda persona, pues dejó enfermo a Trófimo en Mileto. Epafrodito estuvo "casi mortal" por causa del Evangelio (o por exceso de trabajo), y no se recuperó instantáneamente. Pablo no era un fanático de las leyes naturales de la salud, que son tan divinas como los milagros de Dios. No dudó en recomendar "el fruto de la vid" en lugar de solo agua para el malestar estomacal de Timoteo.

Pablo creía en la fe de los propios enfermos para sanar. No le dijo al paralítico: «Ponte de pie», hasta que percibió que tenía fe para ser sanado. Jesús mismo no pudo hacer milagros en Nazaret debido a la incredulidad de la comunidad.

Un currículum instructivo

¿No es extraño que cualquier ministro pueda dejar de lado toda la Biblia, en lo que se refiere al tema de la sanidad, dejando en segundo plano:

- El nombre redentor y de pacto de Dios, Jehová-Rapha

- El pacto de sanación de Dios
- La enseñanza y las promesas de sanidad en los tipos del Antiguo Testamento
- El precedente universal de la curación establecido a lo largo de la historia del Antiguo Testamento
- Las palabras, enseñanzas, mandamientos, promesas y ministerio sanador de Cristo, mediante los cuales reveló la voluntad de Dios para nuestros cuerpos.
- Los dones de sanación establecidos en la Iglesia
- La ordenanza de la unción de la Iglesia, que se ordena
- El hecho de que Cristo llevó nuestras enfermedades así como nuestros pecados en el Calvario
- Los miles de personas sanadas desde los días de los apóstoles, hasta nuestros días inclusive, en particular

¿No es extraño que puedan dejar todo esto de lado y, cuando hablan sobre el tema de la sanidad, elijan como texto la Escritura acerca de la “espina” de Pablo, que los eruditos admiten que no pueden probar que tenga alguna referencia ni a la enfermedad ni a la sanidad?

Treinta y una preguntas

1. Dado que los siete nombres compuestos de Jehová, uno de los cuales es Jehová-Rapha (Yo soy el Señor que te sana), revelan Su relación redentora hacia cada persona, ¿no apuntan al Calvario?
2. Puesto que todas las promesas de Dios son sí y amén en Él (Cristo), ¿no deben estos siete nombres, incluyendo Jehová-Rapha (el Señor nuestro Sanador), su existencia y su poder a la obra redentora de Cristo en la cruz?
3. ¿Acaso no tiene todo creyente el mismo derecho redentor de invocar a Cristo como Jehová-Rapha (el Sanador de su cuerpo) que de invocarlo como Jehová-Tsidkenu (el Sanador de su alma)?
¿Acaso no se le da su nombre tanto para la sanación como para la salvación?
4. Si la sanidad corporal se ha de obtener independientemente del Calvario, como enseñan los opositores, ¿por qué no se debía anunciar ninguna bendición del año del jubileo mediante el sonido de la trompeta hasta el Día de la Expiación?
5. Si la sanidad del cuerpo no era parte de la obra redentora de Cristo, ¿por qué se dieron tipos de la Expiación en conexión con la sanidad a lo largo del Antiguo Testamento?
6. Si la sanidad no estaba en la Expiación, ¿por qué se requería que los israelitas moribundos miraran a la serpiente de bronce, símbolo de la Expiación, para sanar físicamente? Si tanto el perdón como la sanidad provenían de una mirada al símbolo, ¿por qué no del antitipo?
7. Puesto que la maldición de ellos fue eliminada al ser levantado el tipo de Cristo, ¿no fue también eliminada nuestra maldición de enfermedad al ser levantado Cristo mismo? (Gálatas 3:13).

8. Isaías dice: «Ciertamente él llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores» (Isaías 53:4—Nota: véase el capítulo 2, en el apartado «Él llevó nuestros dolores»). ¿Por qué se emplean los mismos verbos hebreos que en los versículos 11 y 12 para referirse a la carga sustitutiva del pecado, a menos que tengan el mismo carácter sustitutivo y expiatorio?

9. Si en la redención no se proveyó sanidad para todos, ¿cómo obtuvieron las multitudes de Cristo lo que Dios no proveyó?

10. Si el cuerpo no fue incluido en la redención, ¿cómo puede haber resurrección? ¿Cómo puede la corrupción revestirse de incorrupción o la mortalidad de inmortalidad? ¿Acaso el pueblo de Dios no disfrutó a lo largo de la historia de las arras (anticipos) físicas y espirituales de nuestra redención venidera?

11. ¿Por qué no debería el “último Adán” quitar todo lo que el “primer Adán” trajo sobre nosotros?

12. Siendo la Iglesia el Cuerpo de Cristo, ¿quiere Dios que el Cuerpo de Cristo esté enfermo? ¿No es su voluntad sanar cualquier parte del Cuerpo de Cristo? Si no, ¿por qué manda que “cualquier enfermo” del Cuerpo sea ungido para sanidad (Santiago 5:14)?

13. ¿Son las imperfecciones humanas de cualquier tipo, ya sean físicas o morales, voluntad de Dios son errores del hombre?

14. Puesto que «el cuerpo es para el Señor, un sacrificio vivo para Dios», ¿no preferiría Él un cuerpo sano que uno destrozado? Si no, ¿cómo puede Él hacernos «perfectos en toda buena obra para hacer su voluntad» o tenernos «enteramente preparados para toda buena obra»?

15. En el Nuevo Testamento, la sanidad corporal se llamaba misericordia. Fue la misericordia y la compasión lo que impulsó a Jesús a sanar a todos los que acudían a él. ¿Acaso no sigue siendo cierta la promesa de Dios: Él es «grande en misericordia para con todos los que lo invocan»?
16. ¿Acaso la gloriosa dispensación del Evangelio no ofrece tanta misericordia y compasión a quienes sufren como las dispensaciones más oscuras? Si no, ¿por qué Dios retiraría esta misericordia y este privilegio del Antiguo Testamento a una dispensación mejor con su "mejor pacto"?
17. Si, como algunos enseñan, Dios tiene otro método para nuestra sanidad hoy, ¿por qué adoptaría Dios un método menos exitoso para nuestra mejor dispensación?
18. Puesto que Cristo vino a hacer la voluntad del Padre, ¿no fue la curación universal de todos los enfermos que acudieron a Él una revelación de la voluntad de Dios para nuestros cuerpos?
19. ¿No dijo Jesús enfáticamente que Él continuaría Sus mismas obras en respuesta a nuestras oraciones mientras estuviera con el Padre (Juan 14:12-13)? ¿Y no es esta promesa por sí sola una respuesta completa a todos los opositores?
20. ¿Por qué el Espíritu Santo, que sanó a todos los enfermos antes de que comenzara su dispensación, haría menos después de asumir su cargo el Día de Pentecostés? ¿O acaso el Hacedor de Milagros asumió su cargo para eliminar los milagros?
21. ¿No es el libro de los Hechos del Espíritu Santo una revelación del modo como Él quiere seguir actuando a través de la Iglesia?

22. ¿Cómo puede Dios justificarnos y al mismo tiempo exigirnos que permanezcamos bajo la maldición de la ley, de la cual Jesús nos redimió al llevarla por nosotros en la cruz? (Gálatas 3:13).

23. Puesto que “el Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo”, ¿ha renunciado ahora a este propósito, que mantuvo incluso durante el sudor sangriento de Getsemaní y las torturas del Calvario? ¿O quiere ahora que continúen las obras del diablo en nuestros cuerpos, las cuales antes quería destruir? ¿Quiere Dios un cáncer, una plaga, una maldición, las obras del diablo en los miembros de Cristo? “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?” (1 Corintios 6:15).

24. ¿Acaso las pruebas de sanidad divina entre las 184 personas que testificaron en este avivamiento los dos últimos viernes por la noche son menos brillantes y convincentes que las pruebas de redención espiritual entre los cristianos profesantes de hoy? ¿Acaso estos 184 que han sido sanados no gozan de mejor salud física que la de un número similar de cristianos profesantes en términos espirituales? ¿No se compararía la salud física de estos 184 con la salud espiritual de muchos ministros de nuestros días?

25. ¿No sería simplemente abrumador el argumento comúnmente empleado contra la sanidad divina, derivado de sus fracasos, si se empleara contra la justificación, la regeneración y las doctrinas de la salvación?

26. ¿Acaso el hecho de que Cristo no pudiera hacer ningún milagro en Nazaret prueba algo más que la incredulidad del pueblo? ¿Sería correcto concluir, debido a que los discípulos de Cristo no lograron expulsar el espíritu epiléptico del niño, que no era la voluntad de Dios liberarlo? Cristo demostró al sanarlo que es la voluntad de Dios sanar incluso a quienes no la reciben.

27. ¿No está Dios tan dispuesto a mostrar la misericordia de la sanidad a sus adoradores como a mostrar la misericordia del perdón a sus enemigos? (Romanos 8:32).

28. Si Pablo (como dice un ministro neoyorquino) era el más enfermo de los hombres que sufrían de oftalmía, o si, como enseñan otros, su aguijón en la carne era una debilidad física en lugar de lo que el propio Pablo afirma que era: un ángel de Satanás que infligía los numerosos azotes que Pablo enumera, ¿cómo pudo trabajar más que todos los demás apóstoles? O, dado que tenía fuerza para trabajar más que todos los demás, ¿cómo podrían ser sus debilidades físicas? Si el aguijón de Pablo no impidió su fe en la sanación universal de todos los demás enfermos de la isla de Melita (traducción de Moffatt), ¿por qué debería obstaculizar la nuestra? ¿Acaso el hecho de que Pablo no sanara, si estaba enfermo, no obstaculizaría la fe universal de estos paganos en su sanación? ¿Por qué los maestros tradicionales sustituyen los oprobios, las necesidades, las persecuciones, las angustias y demás azotes a manos del ángel de Satanás, que sí menciona, por la «oftalmía de los ojos» o la enfermedad (ninguna de las cuales menciona Pablo)? Si la enfermedad constituye su «espina», ¿por qué no dice que se deleita en la enfermedad en lugar de en los azotes? ¿Cómo pudo Pablo, enfermo del cuerpo o con la desagradable enfermedad de la «oftalmía de los ojos», e incapaz de sanar, «hacer obedientes a los gentiles, con la palabra y con las obras, mediante señales y prodigios poderosos...» (Romanos 15:18-19)?

29. Si la enfermedad es la voluntad de Dios, ¿no sería entonces todo médico un infractor, toda enfermera profesional un desafío al Todopoderoso, todo hospital una casa de rebelión en lugar de una casa de misericordia? En lugar de apoyar a los hospitales, ¿no debería... ¿No haríamos entonces todo lo posible para cerrarlas?

30. Dado que Jesús, en los evangelios, nunca comisionó a nadie a predicar el Evangelio sin ordenarle que sanara a los enfermos, ¿cómo podemos obedecer este mandato si no hay un Evangelio (buena nueva) de sanidad que proclamar a los enfermos como base de su fe? Si la fe es esperar que Dios cumpla su promesa, ¿cómo puede haber fe para la sanidad si Dios no la ha prometido? Y dado que la Biblia está llena de promesas de sanidad, ¿no son todas Evangelio (buena nueva) para los enfermos? Dado que «la fe viene por el oír... la palabra», ¿cómo pueden los enfermos tener fe para la sanidad si no hay nada que oír?

31. “¿Podría el corazón amoroso del Hijo de Dios, que tuvo compasión de los enfermos y sanó a todos los que necesitaban curación, dejar de considerar los sufrimientos de los suyos cuando fue exaltado a la diestra del Padre?”

Propuesto por el evangelista FF Bosworth en el Tabernáculo de la Alianza, Toronto, Canadá, el 20 de abril de 1923, como parte de su sermón en respuesta a la pregunta de un opositor: “¿Existe un evangelio de sanidad?”

Testimonios

Los siguientes testimonios se dieron a lo largo de varios años a principios de la década de 1920. El lenguaje y las expresiones originales eran anticuados, y consideramos seriamente eliminarlos en esta revisión. Sin embargo, al leerlos y releerlos, nos pareció que eran demasiado maravillosos como para eliminarlos.

Revisamos parte del lenguaje para hacerlo más legible.

Eliminamos fechas y direcciones porque, después de casi ochenta años, son irrelevantes.

Estos testimonios son solo algunos de los 225.000 que se recibieron hasta 1948. Después, mi padre partió a África y a otros campos misioneros. Hasta su partida a casa en 1958, siguió llegando una oleada de testimonios de incontables miles de personas que fueron salvadas y sanadas maravillosamente. Papá siempre se entusiasmaba por dar a conocer sus obras.

Bob Bosworth

La sanación milagrosa de una persona lleva a muchos a la salvación del alma. También siguen bendiciones físicas.

Los cinco testimonios reunidos bajo este título destacan las bendiciones espirituales y físicas que constantemente acompañan a la sanación de una sola persona. El resultado de la sanación de Eneas fue que toda Lida y Sarón se volvieron a Dios. Su sanación fue tan importante como la salvación de dos ciudades. Mediante la sanación del cojo en la hermosa puerta del Templo, cinco mil hombres fueron salvados. Pablo nos habla del propósito de Dios de «hacer obedientes a los gentiles en palabra y obra mediante señales y prodigios poderosos».

Las personas sanadas reciben constantemente, junto con la bendición física, la llenura del Espíritu. También reciben una

compasión que las impulsa a buscar la salvación de otros y a decirles que pueden recibir de un Dios amoroso la sanación que necesitan para sus propios cuerpos.

Continuamente se reciben testimonios conmovedores que hablan de una “cadena de bendiciones”.

Salvada y sanada de su aflicción, la Sra. J. B. Long, de Pittsburgh, Pensilvania, procuró cumplir su promesa de llevar el mensaje de sanidad divina a algunos amigos enfermos. Impulsada por el Espíritu Santo, acudió al altar con su propia aflicción física. Ungida por el reverendo E. D. Whiteside y el evangelista Fred Francis Bosworth, se levantó para ser una bendición espiritual para otros. La fidelidad con la que cumplió su promesa se demuestra en su determinación de llevar el Evangelio con sus mensajes de sanidad física a los enfermos de alma y cuerpo. Las almas salvadas y los cuerpos sanados traen una bendita seguridad de felicidad a los desamparados y abandonados.

Rodillas agrietadas, dolor al caminar, ahora subo escaleras

Hace más de un año sané de una sordera total del oído derecho y también de una fractura en las rótulas. La sordera se debió a una crisis nerviosa que sufrí hace más de diez años y que me dejó sorda durante más de cinco años. Una noche, camino a la iglesia en compañía de la señorita Elizabeth Taylor, me caí y me fracturé las rodillas. Me causaron un gran sufrimiento durante varios años y fueron empeorando constantemente.

Apenas podía subir y bajar las escaleras, pero ahora, gracias a Dios, puedo correr. Vivo En la cima de una colina. Para tomar el tranvía, hay que bajar 185 escalones. Solía sufrir una agonía, agarrándome a la barandilla e intentando bajar, pero, bendito sea su nombre, ¡ahora puedo bajar corriendo! Nunca bajo esas escaleras sin elevar mi corazón a Dios en sincero agradecimiento por lo que ha hecho.

Fue durante la primera Campaña de Bosworth en Pittsburgh, Pensilvania, que sané. Estaba sentada en la reunión contemplando la maravillosa visión de la gente siendo salvada y sanada. Había sido salvada 38 años antes, cuando era apenas una niña. Esa noche pensé: qué dulce sería poder llevar el mensaje de sanidad divina a algunos de mis amigos enfermos. En ese momento me pregunté cómo podría llevar el Evangelio de la sanidad a alguien sin tener un testimonio propio. Eso me convenció.

Sin dudarlo un segundo, me presenté ante el altar con mis dolencias corporales y fui ungido. El hermano F. F. Bosworth y el reverendo E. D. Whiteside oraron conmigo y sané al instante. Mi sanación fue completa. Durante el año posterior a mi sanación, no he vuelto a sufrir. Fui salvo para servir. Anhelaba ser sanado para poder servirle mejor. Esa noche, mientras caminaba por la calle Ohio para tomar el tranvía, de repente me pareció estar en un mundo nuevo.

Creo que en ese momento Dios me dio un nuevo bautismo de su Espíritu Santo. Este ha sido el año más maravilloso de mi vida, pues Dios me ha usado tan dulcemente en su servicio. Verdaderamente, hay gozo en servir al Rey. He recibido muchas bendiciones espirituales tras mi sanación, y Cristo ha estado más cerca y más querido que nunca.

Descubro que el gran secreto de este gozo proviene de testificar del poder de Dios. La noche que sané, le testifiqué a un miembro de mi iglesia en el tranvía. Sabía que se extendería. La semana siguiente, mi pastor me llamó aparte, me contó lo que había oído y me preguntó si era cierto. Le dije que sí. Al principio no lo comprendía como yo lo veía, pero cuando le di la Escritura que lo respaldaba (Mateo 8:16-17), el Señor lo convenció plenamente.

La semana siguiente comenzamos los servicios de avivamiento en nuestra iglesia. Fue el mejor avivamiento que jamás conocimos. Una noche a la semana, nuestro pastor hablaba sobre la sanidad divina. Se invitaba a quienes buscaban salvación o sanidad. El pastor ungía, mientras el hermano IE Hoover y yo imponíamos las manos a los enfermos. Muchos sanaban mientras orábamos con ellos.

Sentí que era solo una vasija vacía a los pies del Maestro, lista para ser llenada y usada en su servicio. Al día siguiente de mi sanación, le pedí al Señor que me enviara a alguien que necesitara sanación para poder contarle mi historia. El rostro de una amiga mía apareció ante mí, la Sra. Sadie Robinson. Fui a visitarla y la encontré en cama, tras haber estado enferma durante muchas semanas.

Al día siguiente, el hermano IE Hoover ofreció su auto; la llevamos al Tabernáculo de la Alianza Misionera Cristiana, donde el hermano Bosworth la ungía y sanó. Esto resultó en la salvación de cuatro miembros de su familia. Dios la ha estado usando maravillosamente para Su honra y gloria. Una de sus vecinas, la Sra. Bigley, quien sufrió mucho durante treinta años, cuyo testimonio se presenta a continuación, se enteró de la sanación de la Sra. Robinson y nos mandó llamar a ella y a mí. Pasamos una tarde estudiando la Biblia juntas. Estaba muy emocionada.

Volví a los pocos días con el Sr. Fred Collins, quien sanó en la reunión de Bosworth, el Sr. IE Hoover y el reverendo Kreamer, el ministro bautista. Oramos con la Sra. Bigley, la ungimos y sanó.

Esto fue el sábado. El martes siguiente, se levantó y se encontraba perfectamente bien. Llevaba los zapatos puestos, sin rastro alguno de sus antiguos problemas. Irradiaba felicidad y no había vuelto a sufrir ninguno de sus problemas, que duraban treinta años. Su hijo también fue llevado a Cristo y sanó en el Tabernáculo Sheraden.

Considero que lo más importante en la vida cristiana es la obediencia perfecta a la voluntad de Dios. Es muy dulce vivir en el círculo íntimo. Aunque nos aisle de quienes nos rodean, es dulce saber que contamos con su aprobación.

Sra. JB Long, Pittsburgh, Pensilvania

La Sra. Taylor confirma el testimonio de la Sra. Long

Conozco bien a la Sra. Long. Ambas pertenecemos a la misma iglesia y estuve con ella la noche en que se cayó y se fracturó las rótulas. Estuvo en cama un tiempo. Sanaron y ya no tiene problemas.

Elizabeth Taylor, Pittsburgh, Pensilvania

Cargado por tres—Salió solo—Estaba casi muerto —Ahora está curado

LA SANACIÓN DE UN ATAQUE DE NERVIOS RESULTA EN LA SALVACIÓN DE UN ESPOSO Y SUS TRES HIJAS

A principios del otoño del año pasado, enfermé gravemente con una crisis nerviosa física y mental, además de problemas internos. Estuve en casa dos semanas bajo el cuidado de uno de nuestros mejores médicos. Un día parecía estar mejor, pero al siguiente empeoraba hasta que vinieron unos amables amigos y me llevaron a...Su hogar en el campo. Allí me liberé del ruido de la ciudad y recibí el mejor trato, todo el amor y la amabilidad que uno puede recibir. Estuve allí seis semanas, pero tuve los mismos resultados, bajo el efecto de un tónico tranquilizante la mayor parte del tiempo, tanto de día como de noche.

Después de seis semanas, regresé, si cabe, peor que antes. Al día siguiente de mi regreso a casa, el Señor bendito me envió a una de sus fieles siervas, la Sra. Mary Long. Ella me dio su testimonio y oró por mí. Era pura amor y bondad. Un día remendó la ropa de

trabajo grasienta de mi hijo, y otro día ayudó a los niños a preparar la comida. Cuento esto para la gloria de Dios, para mostrar lo que uno hace cuando el Espíritu Santo tiene la autoridad.

El lunes 15 de noviembre, ella y otros dos queridos cristianos vinieron en coche y me llevaron al Tabernáculo en la calle Arch. Allí, el hermano Bosworth oró por mí, me ungió y sané al instante. ¡Bendito sea Dios! Jesús lo hizo en respuesta a la oración. Se necesitaron tres personas para ayudarme a entrar al Tabernáculo, pero salí sin ayuda de nadie, apoyándome con fuerza en el brazo de Jesús.

Oh, Él era, y sigue siendo, tanpreciado para mí. La mañana del 15, cuando me llevaron al Tabernáculo, mi esposo y mi familia creyeron firmemente que no podría sobrevivir ese día. Esa noche preparé la cena con muy poca ayuda de los niños. Mi sanación ha sido el medio por el cual mi esposo y mis tres hijas han entregado su corazón a Cristo. Hoy están firmes sobre la roca sólida, Cristo Jesús, alabado sea Dios.

A la mañana siguiente, el 16, tomé un tranvía y fui a la reunión sin que nadie me ayudara. Jesús estaba conmigo y sigue estando. Al día siguiente, el 17, limpié tres habitaciones por completo, cantando y alabando a Dios constantemente. Desde entonces, he sufrido varios ataques, y cada vez que el Señor me ha enviado a la Hermana Long, quien ha orado por mí y, bendito sea Dios, cada vez he sanado. Realmente tengo mucho por lo que alabar a Dios.

Conocí a la Hermana Long antes de su sanación. Sé cómo la afligía. Desde entonces, ha sido liberada. Alabo a Dios por cómo la está usando para su gloria. Que Él añada su bendición a mi testimonio.

Vuestra hermana en el Señor Jesucristo,

Sra. Sadie Robinson, Pittsburgh, Pensilvania

El nerviosismo se curó: lo sufrí durante años

Crafton, Pensilvania—Srta. Hazel D. Benz. Llevo cinco años sufriendo una afección nerviosa. Los médicos dijeron que se debía a una afección de la columna vertebral. No podía controlar los músculos de la cabeza. Mi cara y boca sufrían espasmos y se distorsionaban constantemente. Mis ojos estaban afectados de forma similar. Mi cabeza se movía de un lado a otro. Consultaron a un especialista tras otro. Ninguno pudo ayudarme.

No pudieron determinar la causa del problema. Finalmente, me enteré de la reunión en el Tabernáculo Sheraden. Asistí el 4 de noviembre. Cuando me dieron la invitación, fui al frente, oraron por mí y fui ungido. Los espasmos y las contorsiones desaparecieron de inmediato y no han regresado.

En una carta escrita varios meses después, confirmando su testimonio, la señorita Benz dice: «Desde que sané de mi grave problema nervioso hace cuatro meses, mi madre, mi hermana, mi cuñado y mi padrastro se han salvado. He ganado dieciocho libras y media de peso».

Varices, presión arterial baja, extremidades hinchadas, problemas resueltos

En conmemoración del nacimiento de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, en este hermoso día de Navidad, no conozco mejor homenaje que el testimonio de mi querida madre y el mío. Espero que al darlo, sirva para traer paz y alegría a algún pobre pecador cansado o para ayudar a algún pobre sufriente a sanar, todo para la gloria de Dios.

Mi madre llevaba más de treinta años sufriendo de varices, además de hipertensión e hinchazón de las extremidades, que derivó en una condición hidrópica durante casi diez años. No pudo caminar durante diez semanas. Hace unos cinco meses, mi madre se enteró

de que una de nuestras vecinas, la Sra. Robinson, había sido sanada por "fe en Dios". El caso fue tan maravilloso que preguntamos y descubrimos que una tal Sra. J. B. Long la había llevado a una iglesia; así que buscamos dónde vivía la Sra. Long y le pedimos que fuera a ver a mi madre. La Sra. Robinson y la Sra. Long vinieron, oraron con mi madre y le explicaron las maravillas que les aguardaban a todos los creyentes. Más tarde, la Sra. Long y tres personas de la iglesia vinieron a vernos, oraron con mi madre y la ungieron. Tres días después, pudo ponerse los zapatos y caminar, algo que no había hecho en diez largas semanas.

Mientras tanto, su madre había leído la Biblia, y cuando Dios se le reveló en oración, fue bendecida enormemente y el dolor desapareció de sus extremidades, las venas varicosas comenzaron a secarse y la hinchazón disminuyó. Su salud general mejoró y la hipertensión comenzó a desaparecer, algo que los médicos habían afirmado que era imposible sin tratamientos eléctricos. Meses atrás, le habían recomendado hospitalización.

Hoy, mi madre goza de mejor salud que en años y no ha vuelto a padecer ninguna de sus antiguas dolencias. ¡Gloria a Dios por sus bendiciones! Al ser salvada y sanada, ha encontrado consuelo y felicidad en la obra de Dios y en sus promesas.

Mientras tanto, la Sra. Long seguía llamándonos. Nunca tenía prisa por irse y siempre rezaba antes de irse.

Cuando vi las maravillosas obras de Dios en mi madre, yo también comencé a escudriñar las Escrituras y descubrí que las promesas de Dios eran las mismas para mí si creía. En una de las visitas de la Sra. Long, me contó sobre su propia vida y la de otros. Después de decirme que era el último día de los servicios del Tabernáculo, me convenció de ir. Fui con la Sra. Robinson y su esposo, quien también había sido salvo y sanado. Fue un día que jamás olvidaré.

Mientras escuchaba al evangelista, oraba en silencio para que Dios me guiara. Al final de su sermón, llamó a todos los que deseaban ser salvos, sanados o por quienes se oraba a que pasaran al frente. Pasé al frente con el hermano Robinson y fui salvo por la sangre de Cristo.

Había sufrido trastornos nerviosos y mala salud durante quince años, y había pasado por tres operaciones muy graves. Nunca tuve un día de recuperación. Después de que uno de los trabajadores orara por mí y me ungiera, regresé a casa. ¡Gloria a Dios, "por sus llagas" fui sanado! Desde entonces he disfrutado de mis comidas, nunca he tenido ningún problema estomacal y mis nervios se han fortalecido maravillosamente. Mi madre y yo estamos muy felices y cuanto más avanzamos, más dulce se vuelve esta vida. Parece que ambas estamos recibiendo las cosas buenas que Dios tiene reservadas para todos los que creen. También quiero mencionar esto: en una semana le pedí a Dios cinco cosas que cualquiera pensaría que fueran casi imposibles, pero, gloria a su santo nombre, obtuve todo lo que pedí.

Por favor, imprima esto para que alguien pueda verlo, aprovechar nuestra experiencia y obtener paz y felicidad como nosotros. Todos los que creen en el Señor Jesucristo serán salvos. Esta es su promesa, y alabado sea su bendito nombre, él nunca rompe sus promesas. Nuestra Biblia es una gran fuente de felicidad ahora. Mi única esperanza es que Dios... Que me use para el avance de su obra como Él desee. Estamos agradecidos con Dios y siempre seremos sus colaboradores aquí hasta que nos lleve con Él.

Carson A. Bigley, Pittsburgh, Pensilvania

Visión restaurada: amigos abrumados por una fe sencilla

Había sido miembro de la iglesia durante cinco años. Sabía que Jesús era el Hijo de Dios y que derramó su sangre en la cruz. Pero no sabía, ni había oído nunca, que era para mí, que estaba perdido y que podía ser salvo y saberlo. No tuve que esperar a morir para saber si iba al cielo o no.

Sin embargo, estaba orgulloso de la iglesia y jamás pensaría en asistir a una reunión de otra denominación. Pero necesitaba sanación. Había sido muy hipermétrope toda mi vida y bizco en un ojo durante quince años. Usé gafas de visión nocturna por más de once años y un especialista tenía que cambiarlas aproximadamente cada seis meses. Cuando me privaban de las gafas por unos instantes, sufría fuertes dolores de cabeza y no podía ver lo suficientemente bien como para distinguir rostros o muebles. Todo se veía borroso y difuso.

Un amigo de Pittsburgh me envió un periódico, The Tribune, que daba testimonios y anunciaba las reuniones de Bosworth en Detroit. Asistí a la reunión el 11 de enero y fui salvo en mi asiento. No recuerdo el texto ni nada de esa noche, excepto que me sentí mucho más ligero al salir que al entrar. Esa semana, el Señor comenzó a obrar conmigo, y «he aquí, las cosas viejas pasaron y todas son hechas nuevas».

A la mañana siguiente, fui al frente para recibir sanidad. El hermano B. B. Bosworth oró por mí y sané al instante. Levantó una tarjeta y pude leer todo lo que contenía. Me quedé atónito. Durante dos horas, mis ojos estuvieron perfectamente rectos y mi visión normal. Luego, ambos volvieron a su estado normal y estuvieron peor que nunca durante el resto de ese día y el siguiente. Algunos en casa intentaron instarme a que me volviera a poner las gafas; decían que me quedaría ciego. Pero, gracias a Dios, me negué y confié en Él. Al día siguiente, mis ojos estaban perfectamente rectos y cada vez estaban más fuertes. Ahora están

tan normales como los de cualquiera. Olvidé mencionar que, durante el tiempo que el Señor me estaba probando, podía leer la Biblia, pero nada más. Dos semanas después de que el Señor me sanara tan maravillosamente, me bautizó y me llenó del Espíritu Santo, y todavía me mantiene lleno.

Alabo a Dios porque puso la sanidad en el Evangelio y porque los hermanos Bosworth vinieron a Detroit y nos lo contaron. Desde que el Señor me sanó, nunca he tenido dolor de cabeza en los ojos.

No hay nadie más real para mí que mi Señor, y cada día lo siento más cerca y más querido. Nunca podría describir lo que ha hecho por mí. Casi siempre que doy mi testimonio, oigo hablar de alguien que ha recibido ayuda física o espiritual.

Alabo a Dios porque se preocupa por todo lo que nos concierne. Cuando el Señor nos dijo que fuéramos a San Pablo, solo teníamos dos centavos (la Sra. Monroe y yo). Después de decirle al Señor que iríamos, nos dio el pasaje. Nunca había oído hablar de confiar en el Señor para recibir ayuda financiera, hasta que el Sr. Bosworth contó sus experiencias. «La fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios».

Una mañana, teníamos trece centavos; después de un desayuno ligero, nos quedaba uno. Así que clamamos "¡Gloria!" a nuestros bolsillos. (Nadie sabía que habíamos partido por fe). Justo en ese momento, nos enviaron una carta de entrega especial con dos dólares. Tres días después, cuando debíamos pagar el alquiler, el Señor nos envió catorce dólares. Así fue como Él proveyó. Cuando yo venía... En casa, teníamos cinco dólares y doce centavos. Le pedí al Señor el dinero para el viaje. A las doce de la noche del sábado, lo envió junto con un dólar y ochenta y cinco centavos más.

Desde entonces he tenido que confiar en sus promesas para todo, y Él nunca me ha fallado.

Utilice este testimonio como mejor le parezca, con la guía del Espíritu Santo, y todo para la gloria de Dios.

Sra. Edith Watt Lau, Detroit, Michigan
(Este testimonio fue dado un año después de su curación.)

Curado del cáncer

Hace unos cuatro años, me empezó un cáncer en la cara. Al principio, al parecer, era una pequeña verruga en la nariz. Me la rasqué hasta que se me hizo una llaga, y entonces fue evidente que se había desarrollado un cáncer. En ese momento sufrí muchísimo. Antes del segundo año, el dolor y la agonía eran extremos.

Era necesario mantenerme la cara cubierta, tanto por su aspecto como por la necesidad de tener paños empapados en éter y anestésico para aliviar el dolor. Gasté unos 500 dólares en anestésicos durante el último año que estuve enferma. Era la única manera de aliviar el sufrimiento. Al quitarme el paño, el dolor era tan intenso que me cegó y no podía ver la mano que tenía delante.

Fui de médico en médico en Ohio, Indiana, Nueva York y Nueva Jersey, dondequiera que oía hablar de uno bueno, buscando alivio. Estoy seguro de que consulté a más de cincuenta. Pero todos dijeron que no había esperanza y que no podían hacer nada por mí.

Pero, alabado sea el Señor, en septiembre me enteré de las reuniones de Bosworth que se celebraban en mi ciudad natal, Lima, Ohio. Fui, movido únicamente por el deseo de sanar. Nunca antes había escuchado el Evangelio predicado de esta manera y fui

inmediatamente. Cuando me pidieron que orara, no supe cómo, y tuvieron que poner las palabras en mi boca. Al repetirlas, la fe inundó mi corazón y comencé a sentirme muy feliz.

Me impusieron las manos para sanarme y, al hacerlo, sentí el poder de Dios recorriendo mi cuerpo. Subió hasta mi rostro. Sentí como si me hubieran puesto una gorra de goma apretada sobre la cara, que se me iba quitando poco a poco. Cuando llegó a la coronilla, vi una luz brillante y tuve una visión de Jesús de pie frente a mí. Entonces grité con fervor, aunque antes no había podido hacerlo. En cuanto me impusieron las manos, el dolor cesó y supe que estaba sana. Otros dicen que grité: «¡Soy salvo y estoy sano!», y que tiré el paño que me cubría la cara. Estaba tan feliz que no me daba cuenta de lo que hacía. Grité y grité de alegría, volví a casa gritando, gritando casi toda la noche y seguí gritando al levantarme por la mañana.

Cuando me levanté, mi hija ya había preparado el desayuno. Me miró y exclamó: "¡Ay, mamá!". Había un espejo en el comedor y me miré. Vi que mi labio superior, del cual se había carcomido previamente, estaba curado. Se había carcomido tanto que se veían las raíces de mis dientes. Durante la noche se había rellenado con carne nueva, estaba cubierto de piel fresca y estaba tan sólido y claro como ahora. No quedaban rastros del cáncer, salvo las cicatrices. Dos costras que tenía en la cara seguían allí, pero luego desaparecieron. Pero dondequiera que la piel había desaparecido, se curó por completo durante la noche, y se había formado la piel nueva.

Mi pulgar derecho estuvo paralizado durante cuatro años. Tenía el empeine roto. Ambos sanaron al mismo tiempo que el cáncer. Desde entonces, no he tenido dolor alguno. Cuando vi que mi labio estaba recuperado, grité tan fuerte que la casa pronto se llenó de vecinos, a quienes les conté lo que Dios había hecho por mí.

Mis hijos tomaron mi sanación como una indicación de que el Señor pronto me llevaría al cielo y si salía a casa de los vecinos y me quedaba más tiempo del que esperaba, vendrían a ver si todavía estaba en la tierra.

Durante dos años no había podido comer nada más que sopa o leche. No podía abrir la boca lo suficiente para ingerir alimentos y tenía que sorber líquido de una cucharita que me ponía en los labios. Sané el viernes por la noche, y el sábado por la mañana tomé cuchillo y tenedor y comencé a comer igual que antes de la enfermedad. Cuando los hermanos Bosworth vinieron a verme esa misma mañana, tomé una cucharada grande, abrí bien la boca y les mostré cómo podía comer. Cuando vinieron, estaba visitando a los vecinos y mostrándoles mi rostro, pero ellos esperaron en mi casa hasta que regresé y se alegraron conmigo por la sanación.

El sábado, alguien me dijo: «Entra al agua». El hermano Bosworth me explicó lo que significaba y obedecí y me bauticé el domingo.

Tan pronto como se difundió la noticia de mi curación, recibí muchas llamadas pidiendo confirmación. Recibí cartas de todo el mundo preguntando por ella, y un día recibí diecinueve. También recibí muchas llamadas de fuera de la ciudad con el mismo encargo. Pude recomendarles a cualquiera de mis vecinos sobre mi condición anterior, ya que todos la conocían.

Hace tres meses, un médico que antes me había recetado vino a mi casa. Me preguntó cómo estaba. Le dije que estaba bien y que alababa al Señor. Quería saber qué médico me atendía. Le dije: «El Dr. Jesús». Me preguntó: «¿Cuánto tiempo lleva aquí?». Le respondí: «Todo el tiempo que yo». No sabía que me refería al Señor Jesucristo. Cuando lo entendió, se rió a carcajadas y se alegró mucho.

El lunes, después de pelar manzanas, fui a orar por una mujer que tenía cáncer. Asistió a la reunión una o dos noches después y sanó.

Al salir de su casa alabando al Señor, pasé por la planta de gas. Los hombres que trabajaban allí me preguntaron qué pasaba. Uno de ellos debía ser cristiano, porque cuando se lo dije, empezó a gritar.

Desde mi curación, hace un año, no he tenido ningún síntoma de cáncer ni dolor en la mano ni en el pie, pero un mes antes de venir a Toledo, me cayó un trozo de carbón enorme en el pie. Quedé muy magullado. Tres o cuatro días antes de venir, se me desprendió un trozo de hueso de unos 1,25 cm. Después de venir a Toledo, oraron por mí y el pie sanó.

Desde entonces no ha vuelto a sentir dolor.

Desde que fui salvo, me han llamado muchas veces para orar por los enfermos. En un caso, fue un niño pequeño, Billy Jones, que llevaba varios meses postrado en cama. Estaba paralizado y tenía llagas graves en la espalda y la cara. Oré por él y les dije a sus padres que en nueve días caminaría. Dije eso porque me pareció que una voz me traía un mensaje. En tan solo nueve días, caminó hasta mi casa, a dos cuadras de distancia.

Un día del invierno pasado, me quedé sin carbón. Sabía que el Señor había prometido cuidarme, así que oré al respecto. Al bajar las escaleras, encontré un trozo de carbón que llenó una cesta cuando la partimos. Nunca supe quién lo envió. Cuando oro por algo que necesito, estoy seguro de recibirlo, como si tuviera una vecina amiga que me lo hubiera dado. No siempre lo recibo de inmediato, pero llega sin embargo.

Justo antes de venir a Toledo en esta visita, le dije al Señor: «Me gustaría asistir a las reuniones de Bosworth una vez más». De inmediato me proporcionó el dinero para ir a Toledo. Sabía que iba a un lugar extraño, así que dije: «Señor, sé que me cuidarás». Sin ningún esfuerzo por mi parte, me proporcionó un hermoso lugar donde quedarme.

Cuando tuve cáncer, me vi obligada a vender mi ropa para cubrir los gastos del éter, las medicinas y otras necesidades; así que, al sanar, me quedé sin recursos. Él me ha mantenido desde entonces, y nunca me ha faltado nada.

El primero de abril, nos expusimos a la viruela. Las autoridades nos pusieron en cuarentena y no nos dieron provisiones. Oré y un día, cuando ya no teníamos nada, había un hombre en la puerta con una enorme cesta llena de cosas. Mi hija y yo estábamos muy enfermas, pero no teníamos más médico que Jesús. Nos curamos sin dejar cicatrices.

Después de casi tres años de sufrimiento, ¡ser liberado instantáneamente es casi demasiado bueno para ser verdad!

Sra. Alice Baker, Lima, Ohio

Confirmación de la señorita Lida Clark del testimonio de cáncer de la señora Alice Baker

Estuve presente cuando la Sra. Baker fue sanada de su cáncer. Después de ser ungida y orar por ella, le dijo a alguien: «Quítate ese paño». La otra persona se lo quitó del rostro y la Sra. Baker lo tomó y lo tiró. Parecía estar llena del Espíritu Santo. Gritó: «¡Soy salva y sana!», mientras se ponía de pie de un salto. Al público no le pareció que estuviera sana, como tampoco me pareció a mí. Su rostro era un espectáculo horrible. Era una masa de sangre, pus y llagas abiertas. Pero después dijo que el dolor había cesado y que tenía la certeza de que estaba sana.

El olor del cáncer era tan desagradable que la trabajadora que llenó su tarjeta estuvo enferma esa noche y todo el día siguiente. Pero no hubo olor la noche siguiente. Me senté a su lado y supe que así era. Y el cáncer, los agujeros en su labio y todas las llagas habían desaparecido. Estaba curada, eso era innegable.

Tras su curación, visité a un médico que la había tratado durante su enfermedad. Al enterarse de su sanación, me pidió que le contara lo que realmente había visto. Le dije que la vi entrar con el paño sobre el rostro, que estuve presente cuando oraron por ella, que la oí decir, al quitárselo, que estaba sana y que la vi caminar por la calle sin el paño.

Dijo que era imposible, que no podía salir sin el paño sobre la cara, porque el dolor habría sido tan intenso que la habría cegado y no podría encontrar la salida del pasillo. Dijo: «Chica, te han hipnotizado. No puede ser».

Lo volví a ver después de que él la viera, y dijo que ciertamente fue algo maravilloso para ella. Reconoció que había sido sanada.

Señorita Lida Clark, Lima, Ohio

Cáncer monstruo curado

Sra. Jerolaman, Chicago, Illinois. Visité a la Sra. Trina Odegard, Woodstock, Illinois, en mayo, y me sorprendió mucho verla en el estado en que la encontré, más muerta que viva. Sabemos que había sufrido úlceras de estómago durante 25 años o más, y creíamos que tenía cáncer. Su comida consistía en media rebanada de pan, y cuando la animé a comer más, me dijo que si lo hacía, los dolores la matarían. Apenas podía caminar.

Después de mi partida, consultó a tres médicos en Woodstock, le hicieron una radiografía y descubrieron que tenía un cáncer grave, demasiado avanzado como para siquiera sugerir una operación. Los médicos opinaron que nunca se recuperaría. Le dieron unas dos semanas de vida. Decidió consultar a un especialista aquí en Chicago, y él le dijo lo mismo. Fue durante

esta visita en julio que se enteró de las reuniones en carpa de Bosworth en las avenidas Cicero y North. La llevaron allí de inmediato y, cuando oraron por ella, sanó al instante. Dijo que el poder de Dios la recorrió de pies a cabeza durante la oración.

Su dolor, molestia y sufrimiento desaparecieron al instante. El cáncer fue eliminado por el poder de Dios. Tenía tanta hambre antes de salir de la tienda que apenas podía esperar a encontrar algo para comer. Nos visitó al día siguiente y comió la comida más abundante que le había visto comer en muchos años, sin la menor señal de secuelas graves.

Han pasado seis meses desde su recuperación, y cuando la llamé la otra noche, se encontraba bien. Ha subido de peso y tiene hambre constantemente. La gente de Woodstock estaba asombrada, pues nunca imaginaron verla regresar con vida después de viajar a Chicago.

Fue gracias a su maravillosa sanación que mi madre y yo nos salvamos. Queríamos servir a un Dios tan amoroso y le entregamos nuestro corazón en ese mismo instante. Cada día soy más feliz desde que me convertí.

Sin embargo, estas no fueron todas las bendiciones que recibimos. Estuve enferma y yendo al médico durante casi cuatro años. Estaba tan nerviosa que a veces casi me ponía histérica. Tenía una anemia terrible y también problemas internos por los que me habían operado dos años y medio antes. Después de eso, estuve peor que nunca; no podía ganar peso ni fuerza, hiciera lo que hiciera. Tomé tónicos nerviosos, tónicos sanguíneos e inyecciones de suero. Nada parecía hacerme bien. Me sentí harta de la vida y decidí dejar de ir al médico.

Doy gracias a Dios por haberme guiado a las reuniones en carpa de Bosworth, pues sé que Él quería que fuera allí para salvarme y sanarme. No era salvo antes de eso, y mi sanidad llegó en cuanto

me entregué a Jesús. Estoy subiendo de peso, estoy más fuerte que nunca y ya no estoy nervioso. También doy gracias a Dios por la paz y el gozo perfectos que tengo en mi corazón. La vida con Cristo es pura alegría y felicidad.

Mi madre experimentó una sanación maravillosa. Un médico me dijo que era mejor que me encargara de que la atendieran de inmediato o no la tendría conmigo mucho tiempo. Dijo que debía ser operada de problemas de vesícula y apéndice, ya que los dolores eran tan intensos que no podía dormir. Había sido operada hacía siete años y no se había recuperado bien desde entonces. También sufrió una ruptura abdominal al regresar a casa del hospital, por lo que le aterraba la idea de otra operación. Después de orar por ella, sintió el poder de Dios atravesándola y lloró de alegría. Sus dolores la han abandonado por completo y, alabado sea el Señor, la ruptura está sanando.

Testimonio de la Sra. Killick

Había sufrido cáncer en la pierna durante años. El dolor me hacía arrancarme el pelo y era demasiado intenso para describirlo. Los médicos me operaron, pero no me aliviaron. Durante dos años después de la operación, no pude atarme los zapatos debido a la hinchazón. No podía caminar bien, arrodillarme, trabajar ni salir. El cáncer era sarcoma melanótico. Estuve en cama sin descanso durante cuatro meses.

Poco después de ser ungido y orar por él, el dolor desapareció al instante y la hinchazón desapareció rápidamente. El cáncer ha desaparecido por completo y solo quedan unas pocas cicatrices donde vivía el monstruo negro con su horrible cabeza. Mi piel se ha vuelto pura y limpia, y mi salud es perfecta.

Después de sanar, fui al médico, quien simplemente se rió y dijo: “Bueno, me alegra verlo, Sra. Killick, pero le apuesto diez dólares a que volverá en seis meses”.

Han pasado casi dos años y mi condición es la descrita.

Sra. Killick, Toronto, Canadá

La curación de la señorita Nix

En octubre, fui sanado por el poder de Dios del cáncer, la diabetes y el azúcar.

Agrandamiento del corazón, torcimiento de la columna, parálisis casi total desde las caderas hasta los pies, un estado de nervios destrozado y casi ceguera total. Había sufrido cáncer durante un año y medio, y los demás problemas durante siete años. Caminaba solo con muletas y, cuando salía, lo hacía en silla de ruedas. El médico que me atendió dijo, hace unas semanas, que había sido una de las personas que más había sufrido.

Alrededor del 12 de octubre, sufrí una mala racha y mandé llamar al médico. Dijo que me quedaban unos diez días de vida, y no más. El 15 de octubre, un hombrecito, que solía traerme el periódico, me abrió la puerta y me preguntó por mi estado. Pidió verme, pero me dijeron que sin duda no lo reconocería. Antes de que saliera, lo reconocí, pero no podía hablar.

Dijo: «La Sra. Killick, que se curó de un cáncer terrible, viene aquí. ¿Le gustaría verla?». Asentí. Vino a verme y me dijo que Dios quería sanarme. Me leyó la Biblia y oró, pero no recuerdo ahora qué dijo. Cantó un himno y sí lo recuerdo. Era:

Si todo el reino de la naturaleza fuera mío,
sería un regalo demasiado pequeño. El
amor, tan asombroso, tan divino, exige mi
alma, mi vida, mi todo.

Se fue diciendo que volvería esa noche. Me quedé en la cama pensando, y cuando entró mi amiga que me cuidaba, le dije: «Si Dios sanó a esa mujer, me sanará a mí».

Le pregunté al Señor qué quería que hiciera, y lo oí decir claramente: «Ponte los zapatos y las medias». Mi amiga dijo: «Cariño, no puedes levantarte», pero trajo los zapatos y las medias. Me levantó el pie para ponérmelo y no sentí ninguna diferencia, pero en cuanto la media me tocó el pie, sentí el poder de Dios tocar mi cuerpo. Empezó en mis pies, justo donde obedecía la orden, y se extendió por todo mi cuerpo. Me puse de pie, aunque no había estado de pie sola en cuatro años. Entonces pedí que me trajeran la ropa y me vestí sola. Entré en la habitación y me peiné. Mi amiga me preguntó: «¿Qué vas a hacer ahora?». Le dije que iba a ayudarla a preparar la cena. Me preguntó qué iba a comer, y le dije lo mismo que ella. Antes, solo había comido huevos y jugo de naranja. Comía exactamente lo mismo que ella.

Me acosté a las nueve y dormí hasta las seis de la mañana. No podía quedarme en cama, pero me levanté, desayuné, lavé los platos y le pregunté a Dios qué quería que hiciera para glorificarlo. Lo oí decir: «Encera el piso». El tentador respondió: «No puedes hacer eso; hace años que no te arrodillas». Enceré el piso de punta a punta, y la Sra. Killick lo vio terminado cuando regresó por la tarde. Me dijo: «Voy a dar mi testimonio en el pequeño salón del Ejército de Salvación. ¿Darás el tuyo?».

Me ofreció un coche para llevarme, pero me negué y caminé todo el camino. Al llegar, el poder de Dios me invadió tanto que no pude hablar. Solo me quedé allí unos instantes.

Desde entonces, Dios me ha fortalecido y guiado mis pasos. El verano pasado, estuve a cargo de una de las casas de verano más grandes de la Iglesia Anglicana. A menudo trabajaba desde las seis de la mañana hasta las dos o tres de la mañana siguiente. Me he sentido perfectamente bien desde mi sanación, salvo por un ataque de neumonía del que el Señor me libró sin necesidad de medicinas ni de un médico. Mi testimonio ha sido una bendición para muchos.

Algunas de las niñas que asisten a nuestro pequeño Salón de

Misión, que abrí con fe, se han convertido y sanado a través de él.

¿Te preguntas por qué amo a Dios? Él me ha bendecido tanto espiritual como físicamente, y estoy segura de que soy la mujer más feliz del mundo. Más que mi propia sanación, Él me ha usado poderosamente para compartir con otros lo que ha hecho por mí. Muchos han sido sanados maravillosamente.

Señorita R. Nix, Toronto, Canadá

Curación milagrosa seguida de conversión de veinte familiares

Llevo unos treinta años sufriendo de problemas estomacales. Hace veinte años me operaron por primera vez de un tumor. Llegué al punto en que no me quedaba nada en el estómago y no podía ni pensar en comer fruta. He tenido tres operaciones desde la primera. Me atendieron catorce médicos diferentes. Llegué al punto en que ni siquiera podía tomar más medicamentos debido al estado de mi estómago. Descubrí que tenía un estómago caído. En junio pasado descubrí que tenía un bocio interno. Mi condición empeoró. Finalmente descubrí que tenía cáncer. Fui al Tabernáculo de los Pueblos en Belén, Pensilvania, donde fui ungido y oraron por él. Dios tocó mi cuerpo con compasión, ¡alabado sea su nombre! Lloré de alegría. El Señor nunca me había sido tan querido. No me había dado cuenta de que me amaba. Las cosas son diferentes. Veo que Él solo estaba esperando para venir a sanarme. Estoy sana de todas mis enfermedades, ¡alabado sea Su nombre!

Lo que es aún mejor, traje a mi esposo, madre, hija, hijos, hermanas, hermanos, cuñada, sobrinas y un sobrino. Veinte en total, y todos se convirtieron. Dios hizo una limpieza total. «Serás salvo tú y tu casa».

Sra. Edward Bander, Easton, Pensilvania

Curado de la enfermedad de Bright y otras dolencias

Mientras escuchaba el Evangelio completo, que te oí predicar en San Petersburgo, Florida, el pasado enero, recibí incontables bendiciones espirituales y físicas. Fue una gran revelación para mí saber que Dios está tan dispuesto a sanar, que espero y rezo para que me sirva para contárselo a otros.

Después de ver a un médico durante cinco años por la enfermedad de Bright, presión arterial alta (240 y más), infección de los senos nasales y varias dolencias menores, me dijeron que solo podría vivir tres meses.

Había consultado a numerosos médicos de gran prestigio en Estados Unidos y Canadá (Mayo Bros. y Johns Hopkins). Consulté con quiroprácticos y osteópatas, y sentí que se había hecho todo lo posible para ayudar a la humanidad.

Pero, gracias a Dios, me sanó maravillosamente físicamente y me siento como una nueva persona. Solía tener episodios tres veces por semana, pero no han vuelto. Mi presión arterial ha bajado y el médico me dijo que mi corazón estaba normal. Pude dejar de usar mis gafas inmediatamente, que he tenido que usar durante años.

Playa Lela, Cornualles, Ontario, Canadá

Enfermera curada de varices

Llevo cuatro años sufriendo de varices. Me era imposible mantenerme de pie, ni siquiera unos minutos, sin cambiar constantemente el peso de un pie a otro. En tres ocasiones, durante cuatro meses seguidos, me vi obligada a no estar de pie en absoluto.

Mis extremidades estaban tan hinchadas e inflamadas que no

soportaba que me las cubrieran. Incluso en invierno, siempre dormía con las ventanas abiertas y mis extremidades expuestas al aire frío, sin importar la temperatura de la habitación.

Hace unos días fui al Tabernáculo y, tras recibir instrucción y enseñanza sobre la sanidad divina, fui ungido y oraron por mí. Estoy completamente libre de dolor en el cuerpo y puedo trabajar todos los días sin ninguna molestia. Los bultos en mis extremidades eran del tamaño de huevos de gallina, pero han desaparecido por completo; ¡alabado sea el Señor!

También quiero agradecer a Dios por la sanación de mi hijita de diez años. Había sufrido de bronquitis crónica toda su vida. Estaba bajo constante atención médica, pero nunca dejaba de toser, día y noche. Desde que fue ungida y se oró por ella, se ha recuperado por completo. ¡Alabamos al Señor!

Estaré encantado de que este testimonio se publique para Su gloria y la bendición de otros.

Beth P. Evans, Johnson City, Nueva York

¡El Señor no podía esperar! Anhelaba bendecir a sus hijos.

En algún momento de diciembre, estaba descargando vagones de carbón. De alguna manera, me torcí la espalda. Empecé a caminar hacia casa, pero me levantaron y me llevaron. No podía caminar debido al intenso sufrimiento.

Durante tres meses no pude caminar. Durante tres años no pude dormir en una cama. Tenía que dormir en el suelo, porque no soportaba acostarme en nada que no fuera perfectamente plano. Mi lado izquierdo estaba paralizado y estaba tan entumecido que apenas podía caminar.

Cuando supe que los hermanos Bosworth venían aquí y leí sobre su gran fe en el Señor para la sanación, sentí que había llegado mi momento de ser sanado. Recibí una tarjeta de sanidad. Me acerqué y descubrí que no podían orar por mí hasta que la tarjeta estuviera numerada. Me sentí como ese hombre del que leemos en la Biblia. Cada vez que llegaba al estanque al agitarse las aguas, siempre llegaba demasiado tarde. Alguien se le había adelantado.

Estaba de pie frente a la plataforma, muy decepcionado. Al girarme para regresar a mi asiento, el Señor me habló y me dijo: «Si estás dispuesto, ¡te sanaré!». Respondí: «Señor, estoy dispuesto». Alabado sea el Señor, me enderezó la espalda y sanó mi costado paralizado. Ya puedo irme a la cama y dormir como un bebé.

Alabado sea el Señor, y que Él sane a todos los que acuden a Él, es mi oración.

Harvey B. Whitecotton, Indianápolis, Indiana

Lisiado y deforme por parálisis infantil, curado instantáneamente

Quiero que se lo cuenten a todo el mundo y que leas esto en tus reuniones, para que todos sepan lo que Dios ha hecho por mí.

Cuando tenía un año, sufrí parálisis infantil. Tenía que caminar de puntillas. El talón me llegaba hasta la punta del zapato. Además, tenía el pie torcido hacia afuera. El miércoles pasado, 17 de febrero, nuestra amable vecina, la Sra. Howell, me llamó y me pidió que la acompañara a las reuniones de Bosworth. Dijo que sanaría. Mi tía, que es muy mayor y se encarga de mantener la casa unida para papá, ya que mi madre falleció de gripe, me dijo que fuera. Acompañé a la Sra. Howell tres noches. El viernes 19 de febrero, me ungieron y oraron por mí. Apenas habíamos llegado a nuestro asiento unos minutos antes, cuando mi talón bajó y mi pie se movió hacia el otro. Sentí como si alguien lo hubiera bajado y lo hubiera movido hacia el otro. Ahora puedo apoyarme con todo el

pie y juntarlos como cualquiera de mis otros hermanos. Hoy, tres días después de sanar, estoy aprendiendo a usar patines. Soy el niño más feliz de Easton. Tengo trece años. Quiero que les cuentes a otros niños discapacitados lo que Dios ha hecho por mí. Siempre le agradeceré, rezaré todos los días y le pediré que ayude a otros niños pequeños.

John Jr. Snyder, Easton, Pensilvania

Una mujer muda se cura instantáneamente

Hace más de tres años, debido a una enfermedad, perdí por completo el habla. He consultado a varios médicos y todos me dijeron que jamás podría recuperar la voz. Algunos me dijeron que tenía los órganos vocales paralizados. Durante todo este tiempo, nunca he podido emitir un sonido audible.

También he sufrido mucho de reumatismo y cálculos biliares. Mis amigos intentaron hacerme creer que no me serviría de nada ir a Belén a recibir la unción para sanar, pero fui, fui ungido y oré por mí el 2 de febrero, y sané al instante. Al bajar de la plataforma y volver a mi asiento, mi voz se había restaurado por completo. Después de tres años de silencio absoluto, pude hablar con normalidad. ¡Alabado sea el Señor! Mi pastor, que no creía que pudiera sanar, se sorprendió mucho al descubrir que podía hablar cuando lo encontré en la calle. Él dijo: “He sido un Tomás incrédulo, pero ahora me veo obligado a creer”.

El pastor de la Iglesia Bautista de Bangor me pidió que fuera a su iglesia el domingo. Después de contarle al público sobre el milagro, me pidió que me pusiera de pie y les mostrara cómo podía hablar.

También me sané del reumatismo y de los cálculos biliares. Estoy muy agradecido a Dios por su misericordia.

Sra. Thomas Hughes, Bangor, Pensilvania

Mujer sana instantáneamente de dos cánceres: respuesta a la oración

Hace quince años mi salud se quebró. Me vi obligado a dejar mi trabajo. Todo mi cuerpo parecía estar lleno de una especie de veneno que desconcertaba a los médicos. Durante doce años sufrí una agonía indescriptible sin esperanza de recuperarme. Hace tres años y medio empeoré tanto que tuve que ir al médico durante cuatro meses. Empeoré constantemente. Más tarde me dijeron que tenía un cáncer en la entrada del intestino grueso y que se había adherido al bazo. Empeoré y el veneno me afectó el brazo y el costado izquierdos hasta que me torcieron. Gritaba.

Con agonía y dolor. Les rogué a todos que me sujetaran el brazo fuerte, pues sentía como si me lo estuvieran arrancando de la articulación. Después, el cáncer se extendió a la boca, entrando desde la garganta y debajo de la lengua, hasta que quedó tan grueso como otra lengua. Las raíces se extendieron y envolvieron la membrana debajo de mi lengua. Un médico de Filadelfia, después de tratarme un tiempo, me instó a ir al Hospital de Filadelfia para ver si usaban radio. Después de que varios profesores me examinaran, decidieron que no podían hacer nada por mí, ya que el cáncer en mi costado estaba adherido al bazo. El de mi boca estaba adherido a una arteria. Llegué a casa para morir. Era un caso perdido. No podían hacer nada. Empecé a orar a Dios para que tuviera misericordia. Lloré solo en mi habitación. Hablé con Dios Todopoderoso, en el nombre de Jesús, hasta que me quitó todo miedo. Decidí sufrir hasta que me llamara a casa. Llegué al punto de tomar dieciocho dosis de medicina al día. Tomaba nueve dosis de asafétida para calmar los nervios y el estómago, y para evitar los vómitos. Tenía fuertes dolores de cabeza y episodios de vómitos. Sufrí así durante dos años. Doy gracias a Dios por mis amigos cristianos que me convencieron de asistir a las reuniones de Bosworth que se celebraban en Filadelfia. Oré al respecto hasta que el Señor me indicó que fuera. Doy gracias a Dios por haber

obedecido. Escuché el Evangelio predicado con gran poder allí. Fui a la sala de consultas tres veces y escuché las instrucciones. Luego conseguí el libro del evangelista "Cristo el Sanador", estudié las referencias y descubrí que la sanidad era para mí. El lunes 14 de junio por la noche, subí a la plataforma y fui ungido para sanidad. ¡Alabado sea Dios! Él me encontró allí mismo y sané al instante. Mientras oraban por mí, sentí una descarga eléctrica que me recorrió el cuerpo. Parecía como si alguien me hubiera agarrado el cáncer debajo de la lengua y lo estuviera sacando de mi boca. Sané al instante de mis terribles cánceres. Desde entonces no he tomado ningún medicamento. Como lo que quiero y no tengo ningún dolor. Doy gracias a Dios porque el grupo de Bosworth vino a Filadelfia. Que Dios los bendiga a todos. Espero que esto ayude a otros pacientes a encontrar la gloriosa liberación que yo he encontrado.

Sra. B. Edwards, Camden, Nueva Jersey

Observaciones de FF Bosworth

Es posible que ni uno de cada diez sanados nos haya enviado su testimonio. Sin embargo, se han recibido miles de testimonios de quienes han sido sanados desde que se publicaron en este capítulo. A lo largo de los años, miles de nuestros oyentes de radio, a quienes nunca habíamos visto, tras leer nuestra literatura de sanidad, nos han escrito pidiéndonos que oremos por su sanidad. Hemos presentado estas peticiones en oración a Dios, una a la vez. Seguimos recibiendo un flujo continuo de maravillosos testimonios de personas sanadas de toda aflicción. Muchos han sido sanados por su propia fe, que les llegó al leer ediciones anteriores de este libro. Hasta 72 sordomudos de nacimiento, tras leer este libro, han sido sanados al orar por ellos durante un solo avivamiento. Nuevamente decimos: a Dios sea toda la gloria.

Querido lector, ¿por qué no le prestas un ejemplar extra de este libro a tus amigos enfermos? Así podrás salvarlos de una muerte prematura y llevarlos a una vida de servicio a Dios. Lo que se ha logrado de esta manera es una historia maravillosa.

El triunfo definitivo

por Bob Bosworth

Tuberculosis, tuberculosis galopante: el pronóstico era una sentencia de muerte. El futuro se tornaba sombrío. En aquellos tiempos, no existía cura para esta enfermedad mortal en sus etapas finales.

Fred Bosworth se dirigía a Fitzgerald, Georgia, para despedirse de sus padres. Los médicos le habían advertido que probablemente no viviría lo suficiente para hacer el viaje, pero Dios tenía su mano sobre este joven. Llegó agonizante, pero aún con vida.

Sanado por el poder de Dios

Bosworth conoció a una mujer metodista, una "mujer bíblica", que solía recorrer las colinas de Georgia y las Carolinas vendiendo Biblias y predicando el Evangelio. Mattie Perry lo miró fijamente y le dijo: "Fred Bosworth, eres joven. Eres cristiano, y si murieras hoy, irías directo al cielo. Pero estoy aquí para decirte que si mueres hoy, será el acto más egoísta que hayas cometido. El plan de Dios es que vivamos al menos setenta años (Salmo 90:10). ¿Qué hay de todas las personas a las que Dios ha ordenado que alcances?"

El joven FF Bosworth dijo: «Señorita Perry, ¿rezaría por mí?». Ella respondió: «No malgastaría mis oraciones en alguien que simplemente va a morir». Fred pensó: «Si me quedo aquí, moriré. Si me levanto, no puedo hacer nada peor».

Le dijo a la señorita Perry que si oraba por él, se levantaría. Ella oró por él; se levantó y sanó al instante.

Un nuevo futuro

Fred Bosworth no podía imaginar el largo, difícil y glorioso camino que le aguardaba. No sabía que Dios lo llamaría a predicar, lo haría exitoso y lo llevaría a otros países del mundo. Poco sabía que su propia sanación era una semilla que daría mucho fruto.

En el momento de su sanación, existía poca enseñanza bíblica sobre la actitud de Dios hacia la enfermedad, pero existía mucha tradición teológica que excluía la sanación en la Expiación. Orar por la enfermedad con las palabras, que destruían la fe, «Si es tu voluntad», dejaba a los enfermos y a los que sufrían sin una esperanza sólida.

Después de que Dios lo llamó al ministerio, durante su estudio personal del Antiguo y el Nuevo Testamento, Bosworth recibió la revelación de que la sanidad estaba en la Expiación y, por lo tanto, era parte del Evangelio. Al descubrir esta verdad, prometió a Dios que nunca más basaría su fe ni su doctrina en la experiencia humana ni en las enseñanzas humanas. Basaría su fe únicamente en lo que Dios decía en su Palabra. Oraría por los enfermos solo sobre esa base; si caían muertos cuando él oraba por ellos, pasaría por encima del cadáver y oraría por el siguiente.

Los años del ocaso

Finalmente, después de una vida y un ministerio ricos y exitosos, FF Bosworth comenzó su Años de ocaso. Su compasión por los enfermos y sufrientes lo impulsaba. A menudo oraba por los enfermos día y noche, sin escatimar esfuerzos. Con el cansancio y la fatiga profunda, comenzó a sentir los efectos de una agenda ministerial sobrecargada a lo largo de los años; era como si ya hubiera vivido dos vidas. Durante la Segunda Guerra Mundial, con

el racionamiento de gasolina, tuvo muy limitada su capacidad para viajar a las reuniones. Sin embargo, era difícil no estar predicando continuamente.

Restaurado—El segundo aire

Hubo un período de frustración. ¿Había terminado su ministerio? ¿Había agotado su tiempo? No creía en la doctrina mundana de la jubilación. ¿Qué debía hacer? Mientras oraba y esperaba, Dios suscitó un avivamiento sanador después de la guerra. Surgieron muchos evangelistas que necesitaban la experiencia y la sabiduría de un mentor. Volvió a enseñar las verdades que conocía y halló gran satisfacción. Esto fue solo el comienzo.

Liberándose—Ministerio en el extranjero

En 1952, a los 75 años, FF Bosworth viajó a Sudáfrica con un equipo de tres evangelistas. Formó parte del ministerio más grande que jamás haya existido en esa nación emergente. En el hipódromo de Greyville, en la ciudad de Durban, el equipo celebró las reuniones religiosas más grandes jamás celebradas en ese país. Los periódicos estimaron que había unas 75.000 personas, y que 25.000 fueron rechazadas por falta de espacio. Miles de personas hambrientas, de todas las religiones, etnias e idiomas, fueron salvadas y sanadas.

Esta fue la primera vez que Fred Bosworth experimentó el hambre espiritual de lo que se había llamado "el tercer mundo". Durante casi cincuenta años había

Derramó su vida en Norteamérica, un lugar que se había vuelto reacio al Evangelio. Le pidió al Señor que no le permitiera seguir ministrando allí.

Después de cumplir 75 años, FF Bosworth ministró durante cinco años consecutivos en evangelismo intensivo en diferentes países del mundo. Volvió a inspirarse en la vida abundante de Dios, quien

renovó su visión y la fuerza de su juventud.

El triunfo definitivo

En 1958, Fred Bosworth regresó de un año de reuniones por las montañas de Japón. En enero cumplió 81 años. Su familia se sorprendió al verlo retirarse a su cama. Cuando le preguntaron qué estaba haciendo, explicó que Dios le había mostrado que había "terminado su carrera", que su ministerio había terminado y que era hora de volver a casa. Dijo: "¡No quiero quedarme aquí!". Todos los niños regresaron a casa, por primera vez en dieciséis años, y hubo una gran reunión final.

Mi padre, FF Bosworth, había orado pidiendo a Dios que lo ayudara a glorificarlo en su muerte como lo había hecho en vida: morir sin enfermedad. Unas tres semanas después de que se acostara, estábamos junto a la cama hablando, riendo y cantando. De repente, papá levantó la vista; nunca más nos vio. Vio lo que para nosotros era invisible. Empezó a saludar y abrazar a la gente; estaba embelesado. De vez en cuando, se detenía y miraba a su alrededor diciendo: «¡Ay, es tan hermoso!».

Hizo esto durante varias horas. Finalmente, con una sonrisa en el rostro, echó la cabeza hacia atrás y se durmió. Nos turnamos para sentarnos con él. Mi esposa, Stella, estaba sentada con él cuando de repente se dio cuenta de que había dejado de respirar. No había habido forcejeo, ni dolor, ni sonido, ni estertor. El salmista lo había descrito correctamente: ¡Dios simplemente le había quitado el aliento y estaba en casa! "¡Oh muerte,

¿Dónde está tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Este es el testimonio y el triunfo definitivo de F. F. Bosworth y CRISTO, EL SANADOR.

¿DIOS SIEMPRE QUIERE SANAR?

F. F. Bosworth responde con un rotundo ¡Sí! En su clásico *Christ the Healer*, Bosworth presenta una enseñanza transformadora sobre la sanidad, basada en la premisa bíblica de que Jesús nos redimió de nuestras enfermedades cuando expió nuestros pecados.

Este libro, publicado por primera vez en 1924, ha vendido más de medio millón de copias y continúa enriqueciendo a nuevos lectores cada día, mostrándoles por medio de las Escrituras que la voluntad de Dios es siempre sanar. Esta edición revisada y ampliada incluye un prólogo y un epílogo completamente nuevos sobre la notable vida y sanidad del propio autor, escritos por su hijo.

Durante dos generaciones, *Christ the Healer* ha cambiado la vida de cientos de miles de personas. Permita que este extraordinario libro cambie la suya también.

Durante la primera mitad del siglo veinte, F. F. Bosworth (1877–1958) realizó campañas evangelísticas y de sanidad a través de los Estados Unidos y lanzó el ministerio radial “National Radio Revival”. A los 75 años fue a África para predicar y enseñar. Su hijo, Robert V. Bosworth, editor de esta edición, continúa el ministerio a través de World Outreach, Inc., African Evangelical Mission y Morning Watch.

Cover design: LUCAS Art & Design
Cover image: SuperStock Images



Chosen

a division of Baker Publishing Group

Copyrighted Material

Christian Living

ISBN 978-0-8007-9457-6



9 780800 794576

www.chosenbooks.com